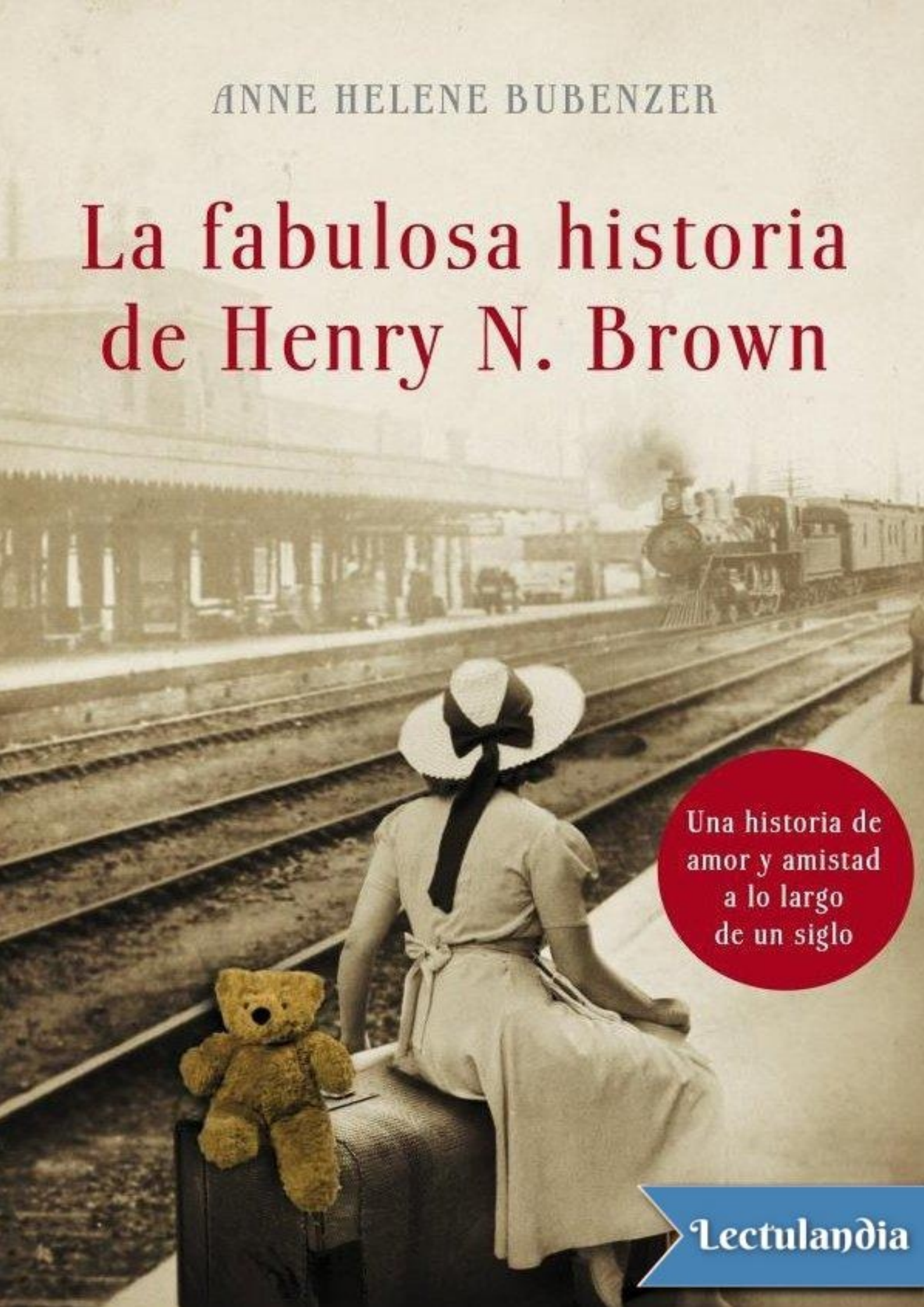


ANNE HELENE BUBENZER

La fabulosa historia de Henry N. Brown



Una historia de
amor y amistad
a lo largo
de un siglo

Lectulandia

«Soy ciudadano del mundo, pero nací en Bath el 16 de julio de 1921, cuando Alice me cosió mi segundo ojo. Me llamo Henry N. Brown y soy un oso de peluche. Pero no soy un oso cualquiera, pues Alice introdujo en mí un secreto que ella llamaba 'amor' y que me hace diferente. Ahora que ya he cumplido ochenta años y ya no soy el juguete preferido de los niños, me he dejado convencer para contaros mi historia. Mi historia que es también la de todos aquellos que he amado a lo largo de los años, en Inglaterra, Francia, Alemania, Noruega, Italia, Hungría... y ¡hasta en Nueva York! Os hablaré de la guerra que asoló Europa y puso tristes muchos corazones, pero también de la felicidad de compartir, de aportar consuelo y alegría, de formar parte de una familia, de haber conquistado a adultos y niños. ¡Tengo tantas cosas que contar! Esta es mi historia. Y que yo sea un osito de peluche no te molesta, ¿verdad?» «Gracias a Henry el lector emprende un viaje fabuloso en el que aprenderá sobre el sentido de la vida y los secretos del amor».

Neue Presse

Lectulandia

Anne Helene Bubenzer

La fabulosa historia de Henry N. Brown

ePUB v1.0

Crubiera 27.11.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Die unglaubliche Geschichte des Henry N. Brown*

Anne Helene Bubenzer, 2012.

Traducción: Lidia Álvarez Grifoll

Diseño portada: Sabrina Veneto

Fotografía portada: ALE+ALE

Editor original: Crubiera (v1.0)

Colaboradores: Mística, Natg, Enylu y Mapita (Grupo EarthQuake)

ePub base v2.1

*En memoria de mi padre
y para Wolfgang con amor*

*No quiero conservar cenizas
sino mantener la llama ardiendo*

Permítanme que les presente a Henry

No es habitual que un editor presente personalmente a sus autores ni que escriba prólogos. Sin embargo, en este caso tengo que hacerlo. Resulta que el protagonista de este libro, Henry N. Brown, es mi osito de peluche y existe realmente, no es un personaje de novela producto de la imaginación. Sí, yo tampoco habría creído nunca que un día contaría con un oso entre mis autores, pero la vida está llena de sorpresas.

Descubrí a Henry una tarde oscura de diciembre, poco antes del cambio de año, en una tienda minúscula de Viena: estaba en el pequeño escaparate, entre muñecos y otros juguetes, contemplando el crepúsculo. Ladeaba levemente la cabeza, como si estuviera un poco cansado. Pero quizá solo tenía mucho cuidado porque sobre su pata descansaba la mano de una muñeca más grande que él y que parecía su hermana mayor.

Fuera como fuese, su conmovedora mirada me hizo entrar en la tienda y pedir el osito del escaparate. Se confirmó que Henry no podía sostener la cabeza erguida: la tenía un poco suelta y se le movía a la derecha o a la izquierda. También tenía el pelo bastante gastado de tantas caricias, y en el pecho incluso le noté un punto hundido. Pensé que aquel oso de peluche era realmente viejo, que llevaba unas cuantas décadas a sus espaldas. La cabeza inestable, la marca hundida, el pelo no muy tupido: parecía tener un pasado ajetreado. De algún modo, el osito me llegó al corazón y me lo llevé conmigo.

Por supuesto, no se llamaba Henry desde el principio, y la «N.» en el nombre alude al color indefinible de su pelo: Henry *nearly* Brown, es decir, Henry Casi Marrón. No, no era exactamente marrón, más bien era parduzco, color ocre o azafrán. Sea como fuere, recibió ese nuevo nombre después de tantos otros que seguramente había tenido.

Le concedí un lugar de honor en una vitrina. Protegido por el cristal, para que el polvo no pudiera dañarle. Allí estaba entre libros, marcos de plata y otros objetos hermosos, y día tras día observaba el mundo de mi despacho como si se asomara a una ventana. En sus ojos siempre había una mirada melancólica. ¿Cuántas cosas habría visto y vivido? No lo sabía.

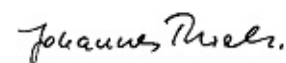
Un día liberé a Henry de su confortable prisión, lo cogí en brazos y le acaricié el pelo hirsuto. Entonces, de pronto, el osito se puso a hablar. Me explicó su vida, una

vida emocionante y llena de vicisitudes. De repente vi el mundo a través de sus ojos, desde una perspectiva osuna, por así decirlo. Me enteré de muchas cosas sobre la historia del siglo pasado, conocí a los niños que habían tenido en ese oso a un compañero de juegos sumamente encantador. Y también aprendí cosas muy importantes sobre el sentido de la vida y el secreto del amor. Ahora lo sé: quien siempre dice que no necesita un oso de peluche y que no sabría qué hacer con él seguramente es quien más lo necesita.

En la escritora Anne Helene Bubenzer encontré a una magnífica cronista de osos, que ha plasmado la vida de Henry N. Brown con cariño y gran sabiduría. El hecho de que en el libro sea la autora quien compra el oso de peluche es una pequeña concesión a la dramaturgia de esta increíble biografía. Todo lo demás es tan cierto como ciertas son las historias vividas.

Así pues, es un placer para mí presentarles a Henry y su historia. Este peluche ha brindado consuelo a muchos niños y, lo confieso, también a mí a veces. Naturalmente, es el oso de peluche más bueno y listo que se pueda imaginar. Naturalmente, es un filósofo. Y, naturalmente, tiene el corazón en su sitio. Aunque seguro que ustedes ya lo habían intuido.

Cordialmente,



JOHANNES THIELE

Hará una media hora hice saltar la alarma en el control de seguridad. La escritora puso el bolso en la cinta de rayos X, y luego ya fue demasiado tarde.

—Disculpe, señora, ¿es suyo ese bolso? —preguntó en tono rutinario el funcionario de seguridad austríaco.

—Sí, es mío —dijo la escritora.

—¿Podría abrirlo, por favor?

—Claro —replicó ella, muy cordial y amable, tal como yo la conocía. Tal como había sido desde el principio.

—¿Es suyo este oso de peluche? —preguntó el funcionario en tono formal, y me sacó del bolso cogiéndome del brazo.

—Sí —repitió—, es mío.

En cierto modo, me enorgulleció cómo lo dijo. No dejaba lugar a dudas de que íbamos juntos. Ella es mi propietaria.

—¿Viaja con un oso de peluche? —continuó preguntando el funcionario.

—¿Por qué no? —repuso ella.

—Es un poco raro que... —murmuró el hombre.

—Bueno, ¿qué quiere? —La impaciencia resonó en la pregunta.

A mí también me resultaba desagradable aquel interrogatorio. No me gusta que los extraños me cojan así del brazo, sobre todo si lo hacen de una manera tan formal. Eso no promete nada bueno, lo sé.

—Tenemos que inspeccionar con más detalle su oso de peluche —dijo el funcionario—. Es sospechoso.

Yo era sospechoso. ¿Qué significaba eso? Yo era sospechoso. No me hagan reír.

—Escúcheme —dijo la escritora, entonces en absoluto cordial ni amable—. No sé a qué viene esta broma, pero debo coger el vuelo a Munich y tengo bastante prisa.

—Lo siento, señora, pero no puedo dejarla pasar hasta que sepamos qué ha hecho saltar la alarma.

—¿Él ha hecho saltar la alarma?

Yo había hecho saltar la alarma. ¿Por qué había hecho saltar la alarma? Contuve el aliento.

—Está claro que en el cuerpo de su oso de peluche se esconde un objeto

sospechoso —prosiguió el hombre—. ¿Podría decirnos de qué se trata?

—¿Un objeto? ¿Qué es esto? ¿Una cámara oculta? Señor..., ¿cómo se llama...?

—Eso no viene a cuento.

—De acuerdo, señor. He comprado este oso de peluche hará unas veinticuatro horas, en una pequeña tienda de muñecos situada en una calle lateral de la Kärntner Strasse. Hacía al menos tres años que estaba en el escaparate. Desde entonces, no lo he perdido de vista ni un segundo. Sinceramente, creo que está usted perdiendo el tiempo y, sobre todo, me lo está haciendo perder a mí, si me toma por un miembro de al-Qaeda y cree que este viejo oso de peluche es Osama bin Laden.

La escritora estaba furiosa. La comprendí. El problema era que el vigilante de seguridad tenía razón. Llevaba algo dentro de mí.

—Señora, cálmese, por favor —dijo—. Volveremos a pasar a su osito. Dorle, anda, hazme el favor de pasar otra vez el oso de peluche.

Me puso en manos de una mujer que me colocó en una bandeja gris de plástico, y volví a pasar por el túnel oscuro de rayos X. No noté nada.

—Ahí, ¿lo ve? —le dijo el funcionario a la escritora señalando el monitor que había junto a la cinta, mientras las tiras de goma me acariciaban y regresaba a la luz del día—. Se ve muy claramente. No me lo negará.

—No —dijo la escritora—. Yo también lo he visto.

Lo vieron todos. En la pantalla, mi contorno brilló en un vivo espectro cromático, y en mi interior se veía algo gris.

—Eso —dijo el funcionario—, el objeto gris, es sospechoso.

Yo estaba sorprendido, espantado y consternado. El hecho de que fuera posible mirar dentro de mí me pilló del todo desprevenido. Por lo visto, es fácil examinar mi interior y descubrir lo que he considerado mi secreto mejor guardado durante los últimos ochenta y cuatro años.

Allí, en el Aeropuerto Internacional de Viena, un vigilante de seguridad había descubierto ese secreto y lo había denigrado usando la desdeñosa palabra «sospechoso» de un modo que me provocó náuseas.

—Y ahora ¿qué? —inquirió la escritora.

—¿Podría usted abrir el oso? —preguntó el funcionario.

—¿Bromea? —replicó la escritora—. Nadie abrirá este oso. Es una rareza, ¿comprende? Tiene como mínimo setenta años, si no más. He pagado mucho dinero por él. No se abre a un oso de peluche como este.

—Lamentablemente, no nos queda más remedio. Intentaremos dañarlo lo menos posible. Cuando se haya comprobado que no es peligroso, podrá volver a coserlo.

¿Quiere rajarme? ¿A mí? ¡No lo permitas!

—¡Ni pensarlo! —exclamó enfadada la escritora—. Es increíble. Aquí no se hará nada hasta que haya hablado con su superior, señor «eso no viene a cuento».

El funcionario de seguridad habló por el walkie-talkie, se oyeron interferencias y chirridos; Dorle, la mujer de los rayos X, se nos había acercado, y la escritora me sacó de la bandeja de plástico y me acarició la cabeza como si quisiera tranquilizarme. Aunque solo se tranquilizaba a sí misma. Conozco esas caricias ausentes, automáticas, de niños y adultos: en eso, son todos iguales.

—Deje el oso donde estaba —dijo Dorle, serena pero con determinación.

La escritora no reaccionó. Continuó acariciándome la cabeza.

—Deje inmediatamente el oso donde estaba —gritó excitado el funcionario—. He dicho que lo deje. —Empuñó la pistola.

—Está bien, por favor, soy inofensiva —dijo asustada la escritora, y me devolvió con cuidado a la bandeja.

¡No, cógeme! ¡Cógeme! Por favor, ¡cógeme!

A nuestro alrededor, la gente se paraba, todos levantaban la vista, con curiosidad, preocupados, divertidos, enfadados porque interrumpíamos el servicio. Pero nadie nos ayudó.

—Hagan el favor de circular, señores, aquí no hay nada que ver —dijo Dorle.

—Enséñenos la tarjeta de embarque. Y también tendrá usted un nombre —dijo el funcionario.

—Todos tenemos uno —le espetó la escritora, que le tendió el pasaporte, donde guardaba la tarjeta de embarque.

Entonces caí en la cuenta de que no sabía cómo se llamaba. Ocurre a veces; los nuevos propietarios raramente se presentan. De hecho, no importa, porque tarde o temprano te enteras de cómo se llaman. Aun así, no puedo negar que en aquel momento habría preferido saber cómo se llamaba.

—Bien, señora, acompáñeme un momento y aclararemos este asunto con tranquilidad —dijo Dorle.

—¿Y qué pasa con mi vuelo?

—Ya veremos.

El funcionario se puso la bandeja de plástico debajo del brazo, la escritora lo siguió y Dorle cubrió la retaguardia. Yo iba boca abajo, con la nariz aplastada contra el plástico helado. El transmisor emitía interferencias, los pasos resonaban.

—Por favor, esto tiene que ser un malentendido —dijo la escritora—. ¿Qué puede haber de malo en un viejo osito de peluche? Vuelvan a examinarlo.

—Disculpe, señora, pero no podemos actuar con contemplaciones. ¿Cómo cree usted que funciona el terrorismo? —dijo con desdén el funcionario.

Entramos en una sala, dejaron la bandeja con brusquedad encima de la mesa y acercaron unas sillas.

—Le tomaremos los datos y luego vendrá un compañero de la policía para examinar a su amiguito. Si coopera, acabaremos enseguida y tal vez conseguirá llegar

a Munich hoy mismo. Solo son medidas de seguridad.

—¡Piensen un poco! —exclamó la escritora, ahora con desesperación en la voz—. Si realmente hubiera escondido una bomba en mi peluche, no volaría a Munich, sino a Washington. ¿O acaso creen que me tomaría tantas molestias por el presidente de Baviera?

Era fantástica. Luchaba por mí, y me sentí culpable. Ella no conocía mi secreto. Nadie lo conocía, salvo Alice. Y Alice —la idea seguía afectándome mucho— seguramente había muerto hacía mucho tiempo.

—Como quiera —dijo el funcionario—. Dorle, lleva a la señora a la Sala 1, por favor. Yo me ocuparé del oso de peluche.

No te vayas, quédate, no me dejes solo. ¡No te vayas!

—Volveré —dijo la escritora en voz baja, pero con determinación. Y no supe si me lo decía a mí o al desagradable funcionario—. ¡Y ni se le ocurra tocarle un pelo al peluche! —añadió amenazadora.

Oí que la puerta se abría, la joven desapareció de mi campo de visión y lo último que oí fue la frase:

—Otra historia increíble que habría que apuntar. No se la creería nadie.

Y ahora estoy aquí. Todo está en silencio, solo un fluorescente zumba levemente y una mosca busca en vano el camino para salir por la ventana. El funcionario ha ido a buscarle a su compañero un cuchillo o lo que sea con lo que quiere rajarme. Ha cerrado el despacho con tres vueltas de llave. Es una sensación terrible. Tengo miedo y, excepcionalmente, no por otro, sino por mí. Porque soy incapaz de imaginar que sobreviviré si alguien me abre el pecho y me quita el amor.

Bueno. Ya está dicho.

La cosa gris que hay en mi pecho es «el amor». Así me lo explicó Alice entonces, o sea que es así y punto. También dijo que es lo más valioso que existe. ¡No pueden arrancármelo sin más!

A veces abren a la gente y les quitan algo. Algunos sobreviven. Viví suficiente tiempo con Bernard para saberlo con exactitud. Pero ¿se puede abrir a un oso de peluche y despojarlo del amor sin que muera? La incerteza me pone enfermo.

Con todo, la semana comenzó muy bien. Qué digo bien, comenzó estupendamente. La escritora me había liberado de mi monótona existencia en la decoración de un escaparate. No había pasado allí tres años, sino cinco, pero ella no lo sabía cuando mintió al funcionario, claro.

Cinco años con las mismas vistas, alternando entre la luz del sol y la de las farolas. Cinco años con incontables personas que aplastaban la nariz en el escaparate

y nunca entraban. Monótonamente transcurrieron semanas, meses y años. De vez en cuando, pasaba por delante un coche de caballos.

A la lluvia le seguía un sol radiante. A veces era verano, a veces invierno. En verano, la gente se paraba más a menudo. Niños que me miraban a mí y a los demás juguetes del escaparate con ojos ávidos, y me señalaban. Padres que, al cabo de unos minutos, cogían a los niños de la mano y tiraban impacientes de ellos. En invierno, todos pasaban de largo muy deprisa. Con el cuello del abrigo subido y el gorro bien calado.

Fue una época tranquila. Los últimos quince años fueron una época tranquila. Demasiado tranquila para mi gusto. Soy un oso de peluche que ha vivido mucho, un oso que prefiere caer en el ardor del combate a morir plácidamente tras un cristal. Pero es obvio que ya no me quieren como juguete. La gente. Me miran como a una reliquia de tiempos remotos. Tal vez, en el fondo de su corazón, sienten nostalgia por un juguete como yo. Pero hoy en día se juega de un modo distinto a cuando yo nací. Eso lo he aprendido durante los últimos años: todo tiene que ir deprisa, tener algún efecto y, a ser posible, un efecto totalmente automático. Y yo no soy así. Por suerte. ¿O por desgracia?

Un día, después de estar un buen rato mirando el escaparate, una niña se atrevió a entrar en la tienda y le preguntó al viejo Ferdinand:

—¿Qué hace? —Y me señaló a mí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él a su vez.

—Bueno, ¿hace algo?

—Si le prestas atención, explica historias.

—¿Y ya está?

—Sí. Ya está.

—Vaya tontería —dijo desilusionada—. Adiós.

La campanilla de la puerta sonó cuando salió.

Así pues, me quedé donde estaba, y tuve bastante tiempo para hacer balance. Me desechaban, estaba de más, y pensé que me hallaba al final de mi vida de oso. ¿Acaso no es eso motivo suficiente para sentir un poco de lástima por uno mismo? Al fin y al cabo, no tenía ni idea de lo que me esperaba. Si examino con detalle mi situación actual, también me pregunto si no estaba más protegido en el escaparate.

Pero, lo dicho, la semana comenzó estupendamente. Anteayer por la tarde, la joven que ya he mencionado entró en la tienda y, con ella, un presentimiento de aire fresco primaveral.

—Buenas tardes —dijo en la penumbra grisácea de la tienda.

Nadie contestó. Todo siguió en silencio, solo se oía el lento tictac del gran reloj de pie.

—¿Hola? —gritó—. ¿Hay alguien ahí?

—Sí, sí —se oyó refunfuñar en la oscuridad—. ¿Qué pasa?

Ferdinand salió de detrás de una librería, y la maquinaria del reloj anunció con un ligero clic que pronto tocaría una nueva hora.

—Quería preguntar cuánto vale el osito del escaparate —la oí decir.

—¿Cuál?

—El de la cabeza torcida.

—Es antiguo.

—Sí —dijo ella—. Ya se ve. ¿Cómo de antiguo?

—Al menos setenta años, más bien ochenta —dijo Ferdinand.

—¿Y cuánto cuesta?

—Como he dicho, es antiguo.

—Sí —dijo ella—. Ya lo sé.

—Digamos que cien euros.

—¿Cien euros? —preguntó sorprendida la joven.

Pero ¿qué haces? ¿Por qué pides tanto? ¡Así no me comprará!

Por fin se interesaba alguien por mí, y Ferdinand se comportaba como si yo fuera de oro puro.

Albergué la esperanza de que ella no dijera también «Vaya tontería» y se fuera de la tienda. Sería fantástico volver a disfrutar de nuevas vistas, tener a alguien que me... No me atreví a seguir hilvanando ese pensamiento. Después de otro clic, el reloj tocó la hora. El sonido cálido de las campanadas resonó por el local. Las conté para serenarme.

—Como le he dicho... —refunfuñó Ferdinand.

—Sí, es antiguo. Ya lo sé.

—Por una pieza como esta, los coleccionistas...

—Pero no es una pieza de coleccionismo —lo interrumpió ella.

—¿Es usted una experta? —preguntó escéptico Ferdinand.

—Lo suficiente para ver que no proviene de ninguna manufactura conocida. Por lo tanto, ¿qué le parece... ochenta? —preguntó muy tranquila.

—¿Qué? ¿Ochenta? No, imposible.

—Vamos, ochenta es un buen precio por un osito ajado.

¿Qué había dicho? ¿Ajado? Casi deseé que Ferdinand subiera el precio. No quería irme con alguien que no me apreciaba. Eso nunca había funcionado.

—No olvide que es un oso con historia. Quién sabe todo lo que podría contar.

—Sí, le creo —contestó ella riéndose levemente.

—Bueno, tendrían que ser al menos ochenta y cinco.

—Ya veo que es usted obstinado —dijo ella—. Pero yo también. Aquí tiene, ochenta y tres. Por las historias que guarda dentro.

Ferdinand refunfuñó y, de repente, su sombra cayó sobre mí por detrás. Se inclinó

en el escaparate, me cogió, me sacudió el polvo del pelaje y me sopló en la cara con su aliento de tabaco de pipa, como hacía una vez al año cuando limpiaba el escaparate.

—Bueno, aquí tiene. Cuídelo bien, ya que me ha liado.

—Muchas gracias —dijo la joven—. Tengo un buen sitio para él.

Me metieron la cabeza dentro de una bolsa de plástico y tuve una nueva dueña.

Siempre se siente el mismo hormigueo cuando se tiene un nuevo dueño. Es emocionante. Incluso después de tantos años. Se abrigan tantas esperanzas..., aunque te hayas prometido no esperar nada esta vez...

Me sacó al día primaveral y volví a ser alguien. «Un oso con historia», había dicho Ferdinand. Y no había mentido.

De noche, en el hotel, me acomodó con cuidado sobre una butaca.

La escritora tenía una bonita habitación, el mobiliario me recordó un poco otros tiempos, mi época en Londres. La cama era grande, con un enorme cabecero y muchos cojines gruesos; las sillas tenían las patas torneadas y fundas de seda a rayas rosas y beis; y delante de la ventana, no demasiado limpia, colgaban unas pesadas cortinas de terciopelo. La butaca donde yo estaba sentado era de felpa de color rosa pálido, y me pareció que allí quedaba de fábula. En cualquier caso, mucho mejor que en el escaparate.

La joven me había colocado adrede de modo que la cabeza, que se me inclinaba hacia la derecha, se apoyara en el brazo de la butaca. Así era más cómodo. Me alegré de que me tratara con tanto cariño. Había echado de menos unas manos suaves.

—Bueno —dijo, y con mano experta se recogió los cabellos oscuros en una cola de caballo—. Cuéntame.

Se sentó frente a mí en la cama y me miró.

Yo tenía mucho que contar. Le devolví una mirada penetrante, a lo mejor me oía si me esforzaba.

Soy ciudadano del mundo, pero inglés de nacimiento, Bath, 1921. Así pues, yo...

Apenas podía respirar de lo excitado que estaba.

—Bueno, y qué esperaba —dijo la escritora en medio del silencio—. Casi no nos conocemos. Pero imagino que has vivido mucho. ¿Qué pensarás de la gente? ¿De dónde serás? Y tienes que guardártelo todo para ti, pobre osito.

Mi nueva dueña había reconocido enseguida mi dilema. Más deprisa que yo mismo cuando aún era joven y vehemente, y tenía una sed de aventuras que jamás se apagó.

—Te prometo una cosa —dijo—. Nunca volverás a estar en un escaparate. Y cuando nos conozcamos un poco más, a lo mejor me cuentas algo de ti. Soy escritora, ¿sabes?, ¡me encantan las historias!

Le habría dado un abrazo.

Sí, eso se dice pronto y suena de lo más natural, pero yo no necesito ni siquiera esforzarme por levantar el brazo. Hace mucho que no lo practico, porque digamos que moverme no es precisamente mi fuerte. Cuando me alegro, lo hago quieto, pero con tanta mayor intensidad.

Saber que alguien se interesaba por mis historias después de tantos años era el cumplimiento de un sueño largamente acariciado. Me sentí en la gloria y me zambullí en una agradable sensación de alegría. Era impensable que aquel encuentro prometedor tuviera un final tan repentino.

Todo eso ocurrió hace apenas un día. ¿Y ahora? ¿Qué me ocurrirá ahora? ¿Acaso mi camino, mi historia, terminará aquí, en un cuartucho del aeropuerto de Viena? ¿Irán a parar mis pedazos a una bolsa de plástico azul, que luego transportarán a un vertedero maloliente situado en algún lugar a las afueras de la ciudad? ¿Tiene que ser así?

Algo en mí se negaba a creerlo.

Me he encontrado a menudo en situaciones desesperadas, pero nunca me he dado por vencido. Con una fe inquebrantable en el mañana, he pasado muchas épocas en la oscuridad, en soledad y con miedo, pero siempre mantuve la esperanza de que alguien me salvaría a tiempo, de que al día siguiente vendría alguien a recogerme, a estrecharme entre sus brazos y a acogerme en su vida. Y siempre llegó alguien. Si no fue al día siguiente, fue otro día.

Hoy lo sé: mi vida transcurre, tanto si me preocupo como si no. Soy un oso de peluche. No puedo cambiar nada en el desenlace de los acontecimientos. Pero lo cierto es que hasta ahora he sobrevivido.

Las personas siempre se preocupan antes que nada por sí mismas y creen que pueden influir en el curso de los acontecimientos. Pero mueren. En eso radica probablemente la diferencia entre una persona y un oso de peluche.

Alguien —supongo que Victor, porque era muy lúcido— dijo una vez que los hombres están condenados por nacimiento a la muerte. Nunca me detuve a pensar en esa frase. Pero ahora me corroe la duda de si esto solo se aplica a las personas o también a los osos de peluche.

Soy

Vine al mundo cuando Alice Sheridan me cosió el segundo ojo. Fue en Bath, el sábado 16 de julio de 1921, poco antes de la hora del té. Quería tenerme acabado para cuando llegara su amiga Elizabeth con el pastel.

—Bueno —dijo Alice, levantándome con los brazos estirados—, esto ya está. Eres una monada.

Desde una altura vertiginosa de más o menos un metro treinta, vi a una mujer de veintitantos años, sentada en una gran butaca de piel marrón y examinándome con la mirada. Tenía el cabello rubio oscuro, unos ojos muy verdes y unos labios grandes y rojos. La observé y sentí un mareo. Era guapa, y pude ver con mis propios ojos que llevaba el cabello peinado con ondas alrededor de la cara, que las comisuras de sus labios mostraban unas pequeñas arrugas cuando hablaba, que le brillaban los ojos. ¡Podía ver!

Y de sus labios rojos habían salido las palabras que acababa de oír. Mis sentidos habían cobrado vida.

Oía. Veía. Era.

Alice me sentó cómodamente en su regazo, me acarició la cabeza y sus ojos vagaron hacia la ventana.

—A William le habrías gustado, ¿sabes? Estoy segura —dijo con voz queda, y en ese instante pareció olvidarme.

Me rodeaba fuertemente con sus brazos por detrás, como se sostiene a un bebé. Y, mientras yo veía mi nuevo hogar por primera vez, su mirada se perdió en la penumbra del otro lado de la ventana.

Ese instante, ese abrazo, es lo que me ha quedado como primer recuerdo claro: la mano cálida de Alice sobre mi barriga, y la calma y la familiaridad que entrañaba aquel gesto. Pero hasta mucho, muchísimo después no comprendí cuánto me habían marcado esos instantes.

En aquel momento estaba tan emocionado y tan ocupado en percibir mi entorno que no me molestó que Alice estuviera con el pensamiento en otra parte. Me encontraba allí, desbordado por las impresiones que se precipitaban sobre mí: imágenes, olores, ruidos... Me sentía extasiado. ¡Era maravilloso estar en el mundo!

Lo observé todo: los dedos de Alice eran finos y delicados; en cambio, la piel de la butaca estaba reseca y agrietada. A la luz de la lámpara bailaba liviano el polvo. Una pequeña araña colgaba encima de la puerta y sobre la mesa había quedado un alfiler. Era fascinante. Años después, cuando tuve la oportunidad de mirar a través de la lupa de Grandpa Greg en Nueva York, recordé esos primeros minutos de mi vida: a través del cristal de aumento, los detalles se volvían gigantescos, y las cosas que normalmente no se perciben se hacían perceptibles de repente. De una manera similar vi el mundo en mi primer día: nítido y claro, y extraordinariamente variado. El pequeño apartamento inglés de Alice Sheridan era *terra incognita*, y yo había ido a explorarla.

Mi sala de partos fue el salón. El papel pintado de seda de color beis estaba lleno de ornamentos florales blancos y quedaba bien, aunque era un poco anticuado ya para la época. Había una librería de madera oscura en la pared, y los lomos de distintas tonalidades de los libros aportaban un poco de color.

En el centro de la sala había una *chaise longue* de terciopelo rojo; delante, una mesita, y debajo de la lámpara de pie en el rincón había una enorme butaca de piel marrón que hacía juego con la butaca que había junto a la ventana, donde estábamos sentados nosotros y donde nos sentaríamos a menudo. Al lado descansaba un gran cesto del que brotaban desordenados todo tipo de retales de tela, bobinas de hilo, botones y otros utensilios de coser. Era el cesto del que yo debía de haber surgido: reconocí una tela que se parecía bastante a mi pelo y, cuando comenzaba a preguntarme de dónde procedía yo exactamente, Alice despertó sobresaltada de sus sueños. Se levantó, meneó un poco la cabeza, como para ahuyentar los pensamientos que la habían mantenido cautiva unos instantes, y dijo:

—Dios mío, yo aquí sentada y soñando, y Elisabeth llegará en cualquier momento. —Me miró—. Ahora solo falta encontrar un nombre adecuado para ti.

Su mirada vagó hacia la izquierda, pensativa pero despierta, y su voz sonó casi alegre al exclamar:

—Te llamaremos Henry. Pareces un auténtico Henry. Los Henry tienen mucho carisma, ¿lo sabías? Y eres marrón. Pues Brown. Bueno, Henry Brown, tienes que ser un oso bueno, ¿de acuerdo?

¡Lo dijo como si nada! Como si todos los días bautizara ositos de peluche. Sin embargo, para mí fue un momento sublime. Porque una cosa sí sé: nadie elige su nombre. Los nombres te vienen, encajan contigo y son lo único que realmente te define. No es que en cierta época me llamase Henry Brown. Yo soy Henry Brown, lisa y llanamente, aunque después recibiera muchos otros nombres (algunos de los cuales preferiría relegar al olvido).

Henry Brown, that's me.

No muy apasionante a primera vista, pero un nombre con futuro, eso es

indiscutible. Y, dicho sea de paso, yo llevé el apellido Brown en una época en la que todavía no habían nacido ni el dibujante ni la idea de un tal «Charlie», y también fueron posteriores a mí James, Gordon, Rita Mae, Dan y todos los demás Brown famosos.

Paladeé con fruición ambas palabras: «Henry Brown». Ese era mi nombre, y me sentía muy satisfecho con él. Sí, ya sé, también está ahí la «N.». Pero no lo estuvo desde el principio y, personalmente, sigo considerando que sobra. Ese hecho se abrió camino a empujones entre el nombre y el apellido en el transcurso de la tarde, y acabó alzándose, por así decirlo, en monumento conmemorativo eterno a mi primera humillación. Porque no todo fue como una seda en mi primer día...

Alice me dio una palmadita en la espalda, me aupó y se levantó de la butaca.

—Ahora tengo que darme prisa y poner a hervir el agua para el té —exclamó, y desapareció de mi campo de visión.

Me quedé solo sobre el alféizar de la ventana. Un aire frío azotó mis flamantes orejas. Me apoyaba con la mejilla tocando el cristal, mis ojos como canicas apuntando al vidrio, y divisé el nuevo mundo. Una luz mortecina penetraba en la habitación, era la penumbra de una tarde lluviosa. Me gustó. Hasta hoy, nunca he tenido nada contra la lluvia. Tampoco comprendo por qué la gente no se cansa de quejarse de ella. La lluvia apremia a la gente a recogerse en la calidez del hogar. Por lo que recuerdo, a los niños siempre se les ocurren los mejores juegos en días de lluvia, excepto a Robert, que tenía ideas hiciera el tiempo que hiciese.

No sé decir cuánto rato transcurrió. Tal vez fueron minutos o segundos los que pasé contemplando personas, automóviles y autobuses, coches de caballos y gotas de lluvia. El pequeño saledizo de la planta baja estaba encarado a Manvers Street, y permitía ver lo que acontecía en Bath. No salía de mi asombro y me embargaba un ansia incontenible de vida.

Llamaron al timbre con impaciencia.

—Cielos, es Elizabeth, y yo aún no me he peinado —oí exclamar a Alice, aunque no la veía, y me pregunté con quién hablaría.

Percibí ruidos de todo tipo, y de pronto llegó Elizabeth Newman y, con ella, entró un aluvión de aire frío y muchas palabras.

—Qué día, con este tiempo nadie echaría a un perro callejero de delante de su puerta, ¿tengo razón? Dios mío. Mira mis zapatos, totalmente empapados. Ya te digo, ni un perro vagabundo. Pero lo prometido, prometido está, ¿no?, y no me repliques, Alice. Además, por desgracia, tú no tienes teléfono.

Meneó la cabeza en señal de desaprobación, sacudió el paraguas con energía, y Alice consiguió introducir un «El té está a punto» antes de que Elizabeth prosiguiera con su cantinela de lamentaciones.

—Querida, ya te digo, es un escándalo por lo que te hacen pasar hoy en día. El autobús ha llegado diez minutos tarde, y yo allí esperando bajo la lluvia torrencial. Y luego no había asientos libres y he tenido que ir de pie en la plataforma de atrás. Habría que presentar una queja, si supiéramos dónde.

En ese tono siguió su parloteo, como un bullicioso manantial de montaña después del deshielo. Yo estaba asombrado y absorbía ávidamente todas y cada una de las palabras. Ah, todo era tan nuevo para mí. Si hubiera sabido que una de mis tareas más importantes sería escuchar a la gente, tal vez en aquel momento no me habría entusiasmado tanto.

Los peluches son oyentes por naturaleza. Un oso guarda en el fondo de su corazón todo lo que le dicen. Los secretos están a buen recaudo con nosotros. He escuchado muchas cosas a lo largo de los años. Algunas habría preferido no saberlas. Muchas no las apruebo. Pero no he cerrado mis oídos a nadie. Tienen ustedes delante a uno de los mejores oyentes de este siglo y del pasado, puesto a prueba el día de su nacimiento por la señora Elizabeth Newman.

Las dos mujeres se acomodaron en el salón. Tenía unas vistas excelentes sobre lo que ocurría en los asientos y pude seguir muy de cerca la primera visita para tomar el té de mi vida. Alice había puesto unos platitos de delicada porcelana fina, pero que presentaban marcas del uso. Las tazas hacían juego con ese estilo, igual que el azucarero y la jarrita de la leche. Unas cucharillas de plata minúsculas reposaban en los platillos, y unas tenacillas para el azúcar descansaban sobre el mantel blanco. Lo que una hora antes había sido el cuarto de costura de una mujer sola se había transformado con un par de movimientos de manos expertas en un salón respetable. En un frutero de plata de tres pisos había naranjas y manzanas abajo, plátanos y cerezas en el medio y, arriba del todo, jengibre escarchado y galletas caseras. Elizabeth había llevado unas tartitas de colores, que fueron devoradas devotamente.

Los pastelillos dejaron unos momentos sin habla a la visita. Luego, entre dos bocados, preguntó:

—¿Has recibido noticias sobre William?

Alice agachó la cabeza. Se hizo un silencio. Elizabeth se interrumpió y la miró.

—Ya es oficial —contestó Alice quedamente—. Lo han dado por muerto. Anteayer.

—Oh, querida, ¡eso es terrible! Mi pobre niña. Esta espantosa guerra. ¿Qué le están haciendo a la gente? Sabes, solo me alegro de que Barney no haya tenido que ir a Irlanda. ¿Has leído el periódico esta mañana? Dicen que no se descarta un armisticio entre Inglaterra e Irlanda. Gracias a Dios.

—Sí —dijo Alice—. Habéis tenido suerte.

—Ay, cielo santo, qué falta de tacto por mi parte, perdóname, querida, perdóname por ser tan estúpida. Cómo he podido... Siempre pensando en mí. Es solo que... hace

tanto que se fue —dijo Elizabeth, sinceramente compungida.

—Cuatro años, dos meses y cinco días.

Elizabeth Newman se calló realmente, de manera excepcional, y se llevó otro trozo de tarta a la boca con el tenedor como disculpa por su torpeza.

Miré a la una y a la otra. Había ocurrido algo, flotaba una tensión en el aire que me disgustaba. ¿Dolor? Fuera como fuese, el tono de charla ligero parecía haberse disipado de golpe. ¿Qué significaba aquella conversación? ¿Por qué la voz de Alice había cambiado tan de repente, y quién era ese tal William al que se referían por segunda vez aquella tarde?

Con todo, no me hizo falta entender de qué hablaban para comprender que aquello entristecía mucho a Alice. Y el hecho de que Elizabeth se comportara como un elefante en una cacharrería no mejoraba las cosas. Se había disculpado, cierto, pero ¿por qué no consolaba a Alice? Me sentí impotente.

Creo que en aquel instante abrigué el ligero presentimiento de cuál sería mi segunda tarea más importante: ofrecer consuelo. Y, desde el principio, fue algo más que una tarea. En aquel preciso instante sentí el profundo deseo de consolar a Alice. Todavía no la conocía muy bien, cierto, pero cuando me había puesto nombre la había visto alegre. Y esa alegría le sentaba mucho mejor a su cara que la voz sombría y un poco temblorosa con que había dicho: «Cuatro años, dos meses y cinco días».

Alice era valiente. Se irguió, se obligó a esbozar una sonrisa y cambió de tema.

—¿Quieres conocer a Henry? —preguntó como quien no quiere la cosa en medio del silencio concentrado.

Elizabeth se detuvo con el tenedor camino de su boca.

—¿Henry? —dijo, y apenas se la entendió.

Completó el movimiento, masticó, tragó y le dio un ataque de tos. Alice calló y dejó que su amiga recuperara el aliento para proseguir.

—Querida, siempre te lo he dicho. Es muy importante que no te encierres en tus penas. Sigues siendo un buen partido, y en absoluto una solterona. Seguro que superarás lo de William. Es el hombre del ferrocarril. ¿Me equivoco? Te lo has vuelto a encontrar. Increíble, Alice. ¿Lo dices en serio? «¿Quieres conocer a Henry?» —la imitó exagerando—. Suena como si lo tuvieras escondido en un armario. Dios mío —bajó la voz—, ¿es guapo?

—Tiene mucho carisma —contestó Alice tranquilamente.

—Ay, querida, cuánto me alegro por ti. Henry. ¿Cómo se llama de apellido?

—Brown.

—Henry Brown. Hum. Es un nombre bastante común. ¿Es de Somerset? ¿Tal vez familia política de Clarisse Brown, o de lady Diana de Dawson Manor?

—No lo sé. —Alice negó moviendo pausadamente la cabeza.

—No lo sabes. Alma de cántaro, ¿has perdido el juicio? Te aventuras con un hombre y ni siquiera sabes de dónde es. Tienes que haberte vuelto loca. —Elizabeth siguió murmurando y se volvió hacia la mesa—. ¿Es rico?

—Creo que no —contestó Alice—, todavía no nos conocemos tanto.

Un silencio tenso se propagó por la sala. Elizabeth se arregló el pelo y se alisó el vestido por encima de las rodillas.

—¿Vendrá a tomar el té? —preguntó.

Alice asintió.

Me latió el corazón. Noté que todas mis fibras se tensaban, sentí un ligero hormigueo debajo de la piel y estuve preparado. Había oído mi nombre. Por primera vez en mi vida lo había pronunciado alguien. «Henry Brown». Mi primera aparición en público era inminente. Los ojos de Elizabeth Newman se posarían en mí, me observarían, me darían el visto bueno. Ahora empieza, pensé. ¡Ahora empieza de verdad mi vida!

Es posible que la pequeña travesura de Alice tuviera la culpa de que mi primera aparición en el escenario del mundo fuera un fracaso absoluto. En cualquier caso, Elizabeth Newman resopló despectivamente mientras me sostenía delante, balanceándome por un brazo y sometiendo mi hombro a una primera prueba de resistencia.

—Henry Brown. Muy divertido. Pero eres un poco daltónica, señorita payasa —dijo Elizabeth, picada.

¿Por qué divertido? No había nada cómico en mi nombre.

Sin embargo, Alice se reía por lo bajo y por lo alto. Se había tapado la boca con un pañuelo y era incapaz de calmarse. Yo estaba muy confuso, y su amiga tan decepcionada conmigo como yo con ella. Aun así, me dio la sensación de que Alice se sentía aliviada por volver a pisar terreno seguro y no tener que seguir hablando del misterioso William.

Elizabeth Newman estaba en su elemento. Las uñas largas de sus dedos me taladraron la piel y me mareó el olor dulce de su perfume.

Ni una caricia, ni una palabra bonita. Ni un gesto de aprobación para el magnífico ejemplar de osito de peluche. Y, a pesar de todo, mi corazón se alegró porque Alice reía y la tristeza había desaparecido de su voz. Ahora pensaba en otra cosa, y yo la había ayudado. Había funcionado, aunque me ofendiera el modo en que Elizabeth hablaba de mí:

—Si esto es marrón, mis pasteles de chocolate son negros como el carbón, te lo digo yo. Tu osito es naranja. O más bien ocre, querida.

—No lo es —insistió Alice, riéndose todavía. A pesar de todo, estaba orgullosa de mí. Y yo era marrón. «Henry Brown».

Elizabeth no aflojó. Agitó el brazo. La sala de estar dio vueltas ante mis ojos. El

papel de las paredes bailaba. Me acercó a la deslumbrante luz de la lámpara para demostrarle a Alice que mi color más bien correspondía a una mezcla de arena y felpudo.

—Míralo bien, Alice, no es marrón.

—Pero casi. —Alice siguió en sus trece.

Elizabeth adoptó una pose regia, levantó un poco la barbilla y las cejas y frunció los labios, como siempre que se las daba de importante. Su parentesco de cuarto grado con la realeza no pasaba inadvertido en momentos como aquel. Y, pronunciado con tono de desprecio por debajo de una nariz respingona, recibí mi segundo nombre:

—*Nearly*, querida —dijo Elizabeth haciendo morritos—. *Nearly brown*.

Alice se echó a reír de nuevo, y Elizabeth también se olvidó pronto de su altanería.

—*Henry Nearly Brown* —gritaron alegres las dos—. ¡Eso es!

Alice se puso seria.

—Puede que tengas razón, Elizabeth, aunque me cueste reconocerlo, desde luego. Esta tarde parecía más oscuro. Sería por la luz. Lo llamaremos Henry N. Brown. Eso le presta todavía más dignidad.

Me estrechó la mano y dijo:

—Encantada, sir Henry N. Brown.

Con ese saludo de bienvenida un poco en broma, y aturdido como estaba, me devolvieron al alféizar de la ventana, desde donde vi que las dos mujeres de repente se lo pasaban en grande a mi costa.

¿No me tomaban en serio? ¿Por qué me trataban tan despectivamente? Estaba indignado. Hasta que Elizabeth se fue a su casa, me abandoné a la indignación sin reservas, cosa que fue totalmente inútil, puesto que pasó inadvertida.

Estaba decidido. «Henry Nearly Brown».

—Así lo ha querido el destino —dijo Alice con seriedad cuando por fin nos quedamos solos.

Estaba anocheciendo, el silencio se instaló en el piso y desplazó el eco de la cháchara de Elizabeth Newman. Para ahorrar electricidad, Alice apagó las luces del pasillo. En el salón, los platos vacíos todavía estaban sobre la mesa, y se oyó un tintineo cuando Alice los apiló. Había recogido las migas de la mesa con la mano. De camino a la cocina, se detuvo y me miró. Le devolví la mirada. Mi indignación se disipó cuando empezó a hablar:

—Oh, Henry, si Elizabeth supiera lo equivocada que está. Nunca amaré a nadie que no sea William. Quizá no regrese nunca a casa, pero jamás desaparecerá de mi

corazón...

Suspiró levemente y se dio la vuelta. Sus zapatos taconearon sobre el entablado del pasillo. La oí sonarse. Cuando volvió, me cogió en sus manos.

—Da la impresión de que Elizabeth no sabe qué es el amor, de lo contrario, no hablaría así. Nosotros sabemos que el amor no se puede destruir sin más en una guerra. El amor de Will todavía existe. Dentro de mí y también dentro de ti. Te lo he dado, mi pequeño Henry, lo he escondido muy hondo en tu pecho. Es nuestro secreto. Y tú lo cuidarás, porque el amor es lo más valioso que existe. El amor, Henry, el amor no es algo que se pueda coger. Viene a ti. Te lo regalan —dijo.

Yo la miré largamente, intentando comprender.

—Casi tengo la sensación de que me entiendes de verdad, Henry N. Brown. ¿No es una locura? Mira que soy tonta.

Alice se sentó cansada en la butaca situada debajo de la lámpara de pie. La luz cálida colmaba la sala. Intenté comprender lo que acababa de decirme. ¿Sabía yo qué era el amor? Por lo visto, no cabía ninguna duda. Quien tiene amor en su interior también sabe qué es el amor, así tenía que ser.

—Ahora eres tú el hombre de mi vida, osito. Tú y yo nos las arreglaremos, ¿verdad?

Si tú lo dices. En todo caso, yo estaré siempre aquí para ti. Y permite que te diga que, si alguien vuelve a tener tan poco tacto como Elizabeth, se las verá conmigo. Creo que...

Mientras yo aún seguía hablando, Alice apagó también la luz del salón, dijo «buenas noches» y se fue a la cocina. No había oído mi respuesta. No pudo oírla porque, evidentemente, yo no podía hablar. A esa deprimente conclusión llegué al final de ese día.

Comenzó la primera noche de mi vida, y me quedé solo con todas las impresiones recibidas, mis pensamientos y, sobre todo, una infinidad de preguntas. Estaba agotado y deprimido. Mi flamante cerebro de oso de peluche pugnó por distinguir lo que esa vida me deparaba. Intenté comprender la dimensión de mi tragedia personal: ¿qué sentido tiene estar en el mundo si no puedes moverte y no puedes hablar, pero al mismo tiempo estás sometido a cuatro sentidos muy vivos? Sí. Eso hay que digerirlo. Los pensamientos amenazaban con precipitarse.

Sin embargo, el que se precipitó fui yo mismo cuando, a primera hora de la mañana de mi segundo día, me tiraron bruscamente del alféizar de la ventana. Me pegué un golpe con la cabeza en el entablado, aterricé de espaldas y me quedé mirando al techo. Vi que una sombra se me echaba encima a la velocidad del rayo y lo siguiente que noté fue un golpe en la nariz. Otro golpe detrás de las orejas y quedé boca abajo, inerte. Luego, ya no pude ver nada. Escuché con atención, pero no oí nada. Un silencio sepulcral, solo el ruido de la lluvia contra los cristales de la

ventana.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué me había pasado? Todo había sucedido tan deprisa que no había sido consciente de nada hasta la caída. Atemorizado y con la desagradable sensación de darle la espalda al enemigo, me quedé allí tirado, esperando que Alice apareciera pronto. Porque tenía que volver. Al fin y al cabo, vivía en aquella casa, ¿o no? El tiempo transcurrió con una lentitud angustiosa mientras yo temía el siguiente ataque repentino. Pero no ocurrió nada. Por fin, demasiado tarde, la voz liberadora de Alice:

—Henry, ¿qué haces en el suelo? ¿Has sido tú, Tiger? Debería darte vergüenza, ¡eso no se hace!

¿Tiger? ¿Quién era Tiger? Hasta entonces no me había dado cuenta de que, aparte de Alice y de mí, había alguien más allí. Alice me recogió y volvió a dejarme en el alféizar. Entonces lo vi. Tiger. Se sentaba con aires de indulgencia en nuestra (o sea, de Alice y mía) butaca y miraba desde unos ojos entornados hasta dejar ver solo una ranura, como si fuera una mosquita muerta. El peligroso Tiger a rayas. Unas patas sedosas con zarpas escondidas no son en realidad nada para alguien invencible como yo. No llevaba ni veinticuatro horas en el mundo y ya tenía un enemigo declarado. Aunque solo fuera un gato.

Cabe imaginar comienzos más gloriosos en la vida, ¿verdad? Yo no lo había imaginado así. Las conclusiones de mi primer día:

No podía hablar.

No podía moverme.

Tenía que escuchar.

Tenía que mirar.

No podía defenderme (contra ataques de gatos).

Tenía un enemigo (o incluso dos, si se contaba a Elizabeth, pero ella solo me parecía tonta, y no peligrosa).

Tenía un nombre con una «N.» de más.

Sin embargo, en aquella época ya era yo mismo, y no me di por satisfecho con esas conclusiones melancólicas. De acuerdo, me hicieron falta una o dos horas para salir de la autocompasión. No obstante, pronto comprendí que todo tiene siempre dos caras. Quizá había tenido un mal comienzo, pero, bien mirado, mis recursos no era tan malos:

Podía ver.

Podía oír.

Podía pensar (mejor que Tiger, en todo caso).

Tenía un nombre (bastante potable).

Tenía una amiga (la propia Alice lo había dicho: «Tú y yo nos las arreglaremos»).

No había mencionado a Tiger).

Tenía un amor (fuera lo que fuese exactamente, era valioso en todo caso).

Decidí que, en esas condiciones, se podía vivir con plenitud.

Alice era realmente muy vivaracha. Había días en que se la veía despreocupada y contenta. Su corazón rebosaba buen humor y alegría, y nunca se mostraba contraria al alborozo a pesar de su timidez. A eso había que añadir cierta propensión a soñar y al desorden, que siempre la ponía en situaciones embarazosas, por las que después se enfadaba terriblemente. Tenía carácter y sabía lo que quería. Pero la vida no se lo había puesto fácil. A menudo le asaltaba una terrible melancolía, y pronto supe que la pérdida de William era la causa. En esos momentos, una sombra se posaba en su sonrisa, y cualquier diversión podía causar el efecto contrario. Echaba de menos a William. Echaba de menos una parte de sí misma, pero intentaba valerosamente llenar de algún modo ese vacío.

No pasó mucho tiempo hasta que se acostumbró a hablar conmigo sin parar. Era muy agradable, porque sentía que me tenían en cuenta y también me enteraba de muchas cosas de Alice y, sobre todo, de la vida, que para mí seguía siendo una gran desconocida. Además, eso parecía ahuyentar su tristeza. Sin embargo, entablaba por su parte unos curiosos monólogos, que pronto me hicieron comprender que no iban conmigo. Simplemente, necesitaba un interlocutor. En realidad, necesitaba a William.

Lo que el primer día había sonado a comentario en broma, era extrañamente cierto: yo era el hombre en la vida de Alice.

Me contaba cómo le había ido el día en la oficina donde trabajaba; me hablaba de libros que leía. Compartía conmigo sus preocupaciones por el dinero y su ilusión por la fiesta en los jardines de Conward House, a la que Elizabeth la había invitado. Si se compraba un chal nuevo, me lo enseñaba. Y si se trataba de escoger sombrero, también me pedía consejo. No es que mi opinión fuera tenida en cuenta. De hecho, me atribuía una preferencia por el sombrero marrón sobre el azul, cuando era al contrario. Pero a quien no puede hablar, nadie lo escucha. A quien nadie escucha, no puede dar su opinión. Quien no puede dar su opinión, está de acuerdo (al menos en apariencia). Yo era un presunto conformista. Esa circunstancia me pareció un terrible contratiempo desde el principio. Hasta que un día descubrí las ventajas: podía pensar lo que quisiera, sin que nadie se molestara o me contradijera. No comprendí la enorme libertad que aquello significaba hasta muchos años después, cuando tuve que presenciar cómo obligaban brutalmente a la gente a negar sus ideas y a mantenerlas en secreto, y a salvar sus vidas y las de los demás con mentiras.

Cuanto más notorio se hacía que en los diálogos monologados de Alice no se requería mi parecer, más se acentuaba este. Pronto tuve una opinión en todos los temas que ella discutía conmigo.

Cuando explicaba que había vuelto a recibir una reprimenda de su jefe, un maleducado indescriptible, porque había llegado tarde, yo no creía que le faltara razón por llamarla al orden sobre la puntualidad. Alice siempre iba con prisas y nunca estaba lista a tiempo, lo cual le causaba problemas permanentemente. ¿Por qué no se levantaba cinco minutos antes? Su jefe no era el único que se lo preguntaba.

Un día me comentó el dramático dilema amoroso de una tal señora Bennet con un tal señor Darcy, y me dejó perplejo que se interesase por la historia de los dos con tanta comprensión. Tal como lo contó, la conducta obcecada de la mujer era tan necia, y el orgullo ofendido del hombre tan infantil, que me pregunté seriamente qué sería de Alice si tomaba como ejemplo a esas personas. Confié en que no vinieran nunca de visita a casa.

Por otro lado, si Alice hubiera oído mis consejos en cuestiones de moda, habría ido más elegante. Le habría aconsejado un chal verde y le habría recomendado un sombrero *cloche* verde oscuro a conjunto, eso habría combinado de maravilla con sus ojos. Pero ¿quién era yo para que mis gustos en temas de vestir fueran decisivos? Con todo, tenía buen gusto, cosa que no puede decir todo el mundo.

Así pues, Alice y yo no siempre nos poníamos de acuerdo, y eso estuvo bien, porque aprendí lo que constituye el sano juicio de un oso: sinceridad, honestidad y una mirada crítica. Aunque todo eso solo tuviera lugar para mí en silencio, me moldeó.

Sin embargo, cuando Alice hablaba de William —y lo hacía muy a menudo—, todo era distinto. Su mirada se volvía oscura, su voz queda y tierna, y un ligero rubor le cubría las mejillas.

Cuando se trataba de William, se trataba del amor, y rápidamente entendí que el amor era el motor de las personas. Frente a él, todo lo demás se volvía insignificante y pequeño. Poco a poco fui comprendiendo el valioso bien que llevaba en mi interior, y no me cansaba de conocer cosas de él.

—Sabes, Henry, cuando Will me miraba, yo era muy feliz —me contó un día mientras pasaba el trapo del polvo por el alféizar—. No nos hacía falta el dinero. Habríamos salido adelante. Ya sé que no se puede vivir del aire y del amor, pero a veces casi lo creía.

Continuó limpiando alegre, sin hacer caso a las marcas que la bayeta había dejado.

—He soñado con Will —dijo una mañana—. Era como si estuviera aquí de verdad. Estaba sentado junto a mi cama y me acariciaba la mano, como solía hacer antes de ir a trabajar. «Buenos días, amor mío —me ha dicho—. Es hora de saludar a un nuevo día». Me he sentido en el cielo, sabes, Henry, como en el cielo, tan ligera y tan feliz y tan reconfortada... Así se siente el amor.

Estaba sentada en nuestra butaca, con la taza de té sobre las rodillas. Yo me

acurrucaba en el asiento que había heredado en el alféizar, y la escuchaba.

—Ojalá no me hubiera despertado —añadió con tristeza—. Así me habría quedado con él.

Esos momentos no dejaban de repetirse. Y yo me alegraba de que, luego, siempre dejara la taza y me cogiera. Apretaba la nariz contra mi nuca y respiraba cálida y tranquilamente hasta que la tristeza se disipaba y sus lágrimas habían desaparecido en mi piel.

Otros días estaba realmente furiosa. Al principio, me daba miedo cuando se ponía colérica y vociferaba.

—Mienten todos. Los políticos, los funcionarios, todos. Will no está muerto. No han encontrado el cadáver. Entonces, ¿cómo van a saberlo? No me lo creo, y punto. Mienten —gritaba, y faltaba poco para que se pusiera a patallar en el suelo—. ¿No es así? —decía luego bajando la voz—. Tú eres el único que no miente, Henry, ¿verdad?

Y reemprendía las labores de casa.

Alice no era tonta, al menos por lo que yo puedo juzgar. Solo era una mujer joven que había perdido a su ser más querido y buscaba consuelo. ¡Quién no le habría prodigado su comprensión! En cualquier caso, yo estaba dispuesto a hacer todo lo posible para que no se sintiera sola.

Sin ánimo de pecar de inmodestia, creo que hice muy bien mi trabajo. A veces me pregunto qué haría después sin mí, cómo se las apañaría estando sola. Tuvo que ser difícil para ella, mucho más difícil que para mí. Pero, a fin de cuentas, fue William quien nos separó. William, que para ella siguió siendo lo más importante del mundo. Tardé mucho en asumir que yo no podía sustituirlo: solo soy un oso de peluche. Pero con un gran corazón.

Una mañana, Alice entró en el cuarto y encendió la estufa. Se ciñó el batín por los hombros y echó carbón al fuego. Había refrescado mucho. En el lugar que yo ocupaba junto a la ventana había corriente de aire y el cristal estaba siempre helado por las mañanas.

—Parece que el invierno ha llegado definitivamente —dijo Alice, que barrió la ceniza que había caído delante de la estufa—. Ya no falta mucho para las Navidades.

Ella odiaba la Navidad, lo había mencionado en una conversación con Elizabeth, que resultó que iba cada dos semanas a tomar el té para contar novedades.

—Me horrorizan las fiestas —le había confesado Alice a su amiga—. Todas esas celebraciones no me dicen nada.

No supe qué significaba la Navidad. Pero si horrorizaba a Alice, no podía ser nada divertido. Sin embargo, Elizabeth volvía a discrepar.

—Venga, Alice, no seas aguafiestas. Milton ha organizado un convite espléndido, y así estarás con gente. Habrá pudín de Navidad. Y seguro que este año encuentras tú el penique.

—No estoy segura, Liz. Soy una sosa. Seguro que Milton no querrá a alguien como yo en su fiesta.

—Sí, Milton me lo ha pedido expresamente. «Lizzy —ha dicho—, tienes que traer a tu encantadora amiga Alice. Es un honor tenerla en cualquier celebración». Te aprecia mucho, ¿sabes? —explicó con una mirada elocuente.

Alice sonrió.

—He recibido carta de Patricia. Me invita a pasar las fiestas en Londres. Por desgracia, parece que tendré que rehusar la invitación de Milton —dijo Alice.

—Pero eso es magnífico, querida. Qué encantador por parte de tu hermana. Y unos días en Londres nunca le han hecho daño a nadie. —Elizabeth rió contenta: se le podían reprochar muchas cosas, pero no era nada envidiosa.

—Ay, me da vergüenza. Incluso quieren pagarme el viaje...

—Pasarás unos días magníficos. Y seguro que conoces gente interesante en el tren. A lo mejor a un auténtico Henry esta vez —dijo, lanzándome una mirada de soslayo que resultaba inequívoca.

Elizabeth y yo nunca seríamos amigos, eso estaba claro. Pero ella también se preocupaba por Alice, y por eso toleraba magnánimo su presencia charlatana.

Alice pasó por alto el comentario y dijo:

—Sí, creo que aceptaré la invitación. Al fin y al cabo, es agradable pasar la Navidad en familia.

¿Por qué eso a lo que llamaban Navidad entretenía tanto a la gente como para que lo celebraran en todas partes? Confié en que Alice pronto me explicaría más cosas sobre el tema. Pero no me enteré de mucho más de lo que ya sabía.

—Esa estúpida celebración —me dijo luego—. ¿Cómo puedo celebrar sola una fiesta del amor?

Pensé que no sonaba tan mal lo de celebrar una fiesta del amor: después de todo lo que sabía ya del amor, podría ser una bonita excusa para que las personas que se apreciaban se reunieran y celebraran que se querían.

¿Será que los osos de peluche albergan ideas absurdas cuando son pequeños? En esa época, todavía no sospechaba que esa fiesta podía celebrarse de maneras tan distintas. Recuerdo fiestas de Navidad posteriores que tuvieron más que ver con la guerra que con el amor, ya fuera una guerra con bombas cayendo o con platos volando...

El día de la partida se aproximaba. Y lo que solo había deseado en mis sueños más íntimos se hizo realidad: Alice me llevaría consigo. Saldría de casa por primera vez, y

por fin vería de cerca el mundo que había contemplado desde la ventana día sí y día también.

Alice preparó el equipaje: una pequeña maleta, una sombrerera y una bolsa de cuero donde me metió a mí junto con unas cuantas manzanas, un pañuelo, un monedero, un pintalabios, un espejo de bolsillo y las llaves de casa. Luego, nos pusimos en camino hacia la estación.

Yo sabía dónde estaba la estación. Desde la ventana podía ver las vías que conducían al este. No estaba lejos. Subiendo unos metros por Manvers Street, a la derecha, te plantabas allí.

Cuántas veces había visto llegar y partir los enormes trenes negros echando humo. También podía oír el sonido de los silbatos antes de la salida, el ruido cada vez más fuerte de la caldera de vapor y la locomotora poniéndose en movimiento lentamente antes de que el monstruo de hierro desapareciera de mi campo de visión.

Había pasado muchas tardes siguiendo los trenes con la mirada. Y siempre me había preguntado por el destino del viaje. Ahora lo sabría por fin. También lo viviría. La palabra «emoción» es insuficiente para describir el estado en que me encontraba en las horas anteriores a la partida.

Cuando salimos de casa, Alice se detuvo un momento. Casi me dio la impresión de que reunía fuerzas para el inminente viaje. Aproveché para asomarme y mirar a mi alrededor. Así pues, ese era el aspecto del exterior. Fue una sensación extraña no estar sentado detrás de los cristales seguros y con las vistas familiares. De pronto vi que a la izquierda y a la derecha de mi fragmento de mundo había más edificios. Y calles. Y árboles. Y gente.

¿Y qué esperaba? Al fin y al cabo, sabía que la gente que pasaba junto a mi ventana siempre iba a algún sitio y venía de algún lugar. Pero no estaba preparado para conocer finalmente cómo era ese lugar. Vi el letrero que había al final de la calle, a nuestra izquierda. Desde la ventana no había podido ver ese cruce; normalmente miraba en la otra dirección porque Alice siempre me ponía en el borde izquierdo de la ventana. En aquel letrero ponía mi nombre. Volví a mirarlo. Era cierto. No cabía duda de que allí ponía HENRY STREET, con letras nítidas, claramente legibles. Me sentí orgulloso. La buena de Alice, pensé. ¡Incluso se había preocupado de que le dieran mi nombre a una calle!

Me habría quedado mirando el letrero eternamente, pero Alice dio media vuelta de golpe y me llevó rumbo a la estación. Nos adelantó un carruaje. El olor intenso a sudor de caballo y a cuero penetró en mi nariz. Oí por primera vez lo que hasta entonces solo había visto. No me gustó especialmente ese olor, pero fue mejor que la nube oscura y maloliente que dejó tras de sí el autobús que nos adelantó tocando la campanilla.

Había gente con maletas y bolsas delante de la estación. Las mujeres llevaban

vestidos lujosos de viaje y sombreros adornados con plumas. Se veían muchachos con pantalones cortos por debajo de las rodillas y gorras con visera, que reían despreocupados en pequeños grupos; los hombres, vestidos con abrigos largos y chisteras, se mantenían en un segundo plano, y de cuando en cuando alguno sacaba un reloj de bolsillo dándoselas de importante, y le echaba una mirada crítica.

El edificio de la Bath Spa Station era de piedra caliza clara. Encima de las ventanas se alzaban tres frontones que ascendían en forma escalonada. En el centro descollaba el reloj más grande que jamás había visto. Mostraba inequívocamente que habíamos llegado demasiado pronto. Alice no había aguantado más en casa. Me habría apostado algo a que estaba tan nerviosa como yo. Ella tampoco había estado nunca en Londres. Se esforzaba por aparentar seguridad y aplomo, pero yo notaba que se sentía insegura entre toda aquella gente.

Era el 24 de diciembre, llegaba y partía mucha gente, daba la impresión de que se había movilizado toda Inglaterra. Los saludos y los buenos deseos resonaban en el aire: «Feliz Navidad» o «Felices fiestas. Dele recuerdos a su esposo».

Me gustó el ambiente, tenía algo especial; en mi concepción de la fiesta del amor, la gente era cordial y alegre.

—Alice —oí decir de repente a una voz profunda.

Alice también la oyó y se volvió casi espantada. Frente a nosotros había un hombre muy alto. Era esbelto y parecía deportista. Tenía el cabello rubio oscuro, lo llevaba un poco más largo de lo que se consideraba moderno y le caía indomable sobre la frente despejada. Por debajo miraban unos ojos despiertos. Vestía chaqueta de tweed oscura y se había anudado una bufanda blanca al cuello. En la cabeza lucía una gorra marrón.

—Ah, Milton, hola —dijo Alice tímidamente.

—He oído que se va a Londres.

—Sí —contestó Alice, apocada, y miró a su interlocutor—. Mi hermana Patricia ha tenido la amabilidad de invitarme.

—Yo también me habría alegrado mucho si mañana hubiera sido usted mi invitada —contestó el hombre sonriendo ampliamente.

Sus ojos castaños brillaron con picardía. Me gustó a la primera. Y a él le gustaba Alice, eso saltaba a la vista.

—Gracias, fue muy amable por su parte invitarme. Pero, lo siento...

—No tiene que disculparse. Comprendo que prefiera estar con la familia. Pero tiene que prometerme que volveremos a vernos antes de la próxima fiesta en Conward House.

Alice se ruborizó y cambió de tema.

—¿Qué hace en la estación?

—Quería llevarle el equipaje hasta el andén.

—¡Me está tomando el pelo!

—No, qué va, prefiero tomarle la maleta. Venga, la ayudaré. Y, si no hay más remedio, de paso recogeré a mi hermana pequeña. Viene de Brighton.

Alice se rió. Milton se echó la gorra hacia atrás y cogió la maleta de Alice y la sombrerera.

—Vaya —dijo el hombre—. ¿Viaja acompañada?

Alice lo miró sorprendida.

—No —respondió—. ¿Por qué lo dice? Viajo sola.

—¿Y quién es este? —preguntó él, tirándome suavemente de la oreja.

¡Eh!

Un ligero rubor volvió a deslizarse por el rostro de Alice.

—Ah, es Henry. Para los niños, ya sabe. No hay que ir sin algún obsequio.

¿Para los niños? ¿Qué significa eso? ¿No irás a regalarme?

Me estremecí. La idea de estar con alguien que no fuera Alice me horrorizaba.

—Seguro que les hará mucha ilusión un oso de peluche tan bonito —dijo el hombre—. Todos hemos soñado de niños con tener un amigo así.

No solo de niños. Soy el mejor amigo de Alice. Lo compartimos todo.

—Sí, es una lástima que seamos demasiado mayores para eso, ¿verdad? —intentó bromear Alice.

En aquel momento dejé de entender el mundo. ¿Qué le pasaba a Alice? ¿Por qué hacía ver que solo éramos conocidos lejanos, que yo no era más que un juguete infantil? ¡Después de todo lo que había hecho por ella! Cuesta admitirlo, pero posteriormente presencié a menudo esa conducta. En el fondo de su corazón, todos los adultos son niños, eso lo sé muy bien. Unos más, otros menos. Pero casi nadie lo reconoce. No me pregunten por qué.

—Yo lo conservaría —dijo Milton cordialmente.

—Tengo que irme —se apresuró a contestar Alice—. El tren no espera.

Milton asintió y nos precedió con el equipaje.

En el andén se agolpaba una muchedumbre densa. Las personas que se apeaban entregaban las maletas por la ventanilla; los mozos de estación, vestidos de uniforme, intentaban abrirse paso y ganarse el aguinaldo navideño. Una espesa humareda blanca envolvía la monstruosa locomotora y el andén.

Alice subió detrás de Milton, apretándome contra su pecho, y Milton nos buscó un compartimiento.

—Este está bien. Si se sienta en el lado izquierdo podrá ver el Avon durante más rato.

—Gracias, Milton —dijo Alice—, ha sido usted muy amable.

—Le deseo una Feliz Navidad, Alice —dijo en voz baja—. Y no olvide lo que me ha prometido —añadió, sonriendo de todo corazón—. Tiene que hacerme una visita.

—Hasta la vista —contestó Alice—. Y felices Navidades.

—Hasta pronto.

Se dio la vuelta para irse. Luego me dijo:

—Y tú cuida de la señora. Londres es un lugar peligroso.

Y puso los ojos en blanco.

Alice se rió y lo echó del compartimiento.

—¡No se olvide de su hermana!

Milton se llevó teatralmente las manos a la cabeza.

—Sí, es verdad, la hermana de Brighton. Acabo de recordar que no llega hasta mañana.

Con esas palabras, se bajó del tren, volvió a saludar una vez fuera y desapareció entre la multitud. Alice lo siguió con la mirada meneando la cabeza.

No daba la impresión de que los esfuerzos de Milton hubieran provocado en ella ningún tipo de emoción. Por primera vez me oprimió el pecho la melancolía, puesto que intuía que el cordial Milton nunca sería para Alice más que un amigo.

La locomotora silbó y pifó; sonó un pitido estridente y se produjo una sacudida. El tren del Great Western Railway se puso en marcha lentamente y resollando con fuerza. Partimos. Vi por la ventanilla los puentes de piedra que cruzaban el río Avon. En los edificios y calles colosales se apreciaba que allí había habido mucha vida antaño. Era una ciudad que no mucho tiempo atrás aún era un punto de destino de numerosas damas y caballeros de la alta sociedad; pero ahora solo irradiaba el encanto del pasado. Vi Bath. Por primera y última vez.

Estábamos solos en el compartimiento.

—Mira, Henry —dijo Alice, que volvía a hablarme sin que se le notara que había renegado vergonzosamente de mí hacía tan solo un cuarto de hora—. Ahí detrás se encuentra la abadía de Bath, con sus diez preciosas campanas. Allí nos casamos. Lástima que no pueda verse bien desde aquí. Pero ahí delante, lo ves, están los jardines de Sidney, el parque más precioso del mundo. Cuando hacía sol, Will y yo recorríamos a veces el laberinto y jugábamos al escondite. Fueron días maravillosos.

Después de unos instantes de silencio, añadió:

—Lo echo tanto de menos...

Por lo visto, no había ningún pensamiento que no condujera de algún modo a William. A menudo me daba la impresión de que lo conocía, tantas eran las cosas que sabía de él. El amor de Alice era indescriptiblemente grande, y yo a veces temía que algún día perdiera el juicio por verse privada de él.

El viaje transcurrió escuchando el ritmo de las ruedas, que traqueteaban regularmente sobre las traviesas. El paisaje desfilaba por la ventanilla y se convirtió en un juego de matices marrones y verdes, un verde que comenzó a resplandecer con

luz propia cuando el sol brilló por debajo de los oscuros nubarrones. Hacía un día precioso, y nada permitía intuir el drama que se avecinaba.

Me di cuenta de que llegábamos a Londres porque Alice estaba cada vez más nerviosa. Abrió mil veces la bolsa y miró en su interior. Sacaba el pintalabios y volvía a guardarlo después de comprobar en un espejito si su rostro aún seguía donde lo había visto la última vez. Bolsa abierta, bolsa cerrada. Estaba a punto de volverme loco cuando el revisor avanzó por el pasillo anunciando que llegaríamos a la Paddington Station en diez minutos.

Alice me guardó en la bolsa y se puso el abrigo. Se cubrió la cabeza con un sombrero de campana negro, adornado con un gran lazo delante. Dejó el compartimiento y salió al pasillo.

La Paddington Station era enorme. Por encima de nuestras cabezas se extendía un techo de metal y cristal, que formaba un arco impresionante. En los laterales se alzaban unas gruesas columnas, a intervalos de unos veinte metros, que sostenían los numerosos tirantes. La luz crepuscular que entraba por el techo le daba un toque de irrealidad a la terminal, y si no se hubiera agolpado allí un enjambre increíble de coches de caballos y gente, de maletas y baúles, me habría parecido fantasmal tener que apearme allí.

Noté que Alice estaba nerviosa. Tenía la cara pegada a la ventanilla, intentando atisbar a Patricia, que le había prometido ir a recogernos. ¿Cómo pretendía encontrar a su hermana entre toda aquella gente? Alice también lo vio. Llegábamos a la capital y lo primero que haríamos sería perdernos, porque había contestado alegremente a la invitación de su hermana: «Eres muy amable por querer ir a buscarme. El tren llega a Paddington a las 17.40. Nos vemos allí; ya se sabe que las hermanas se encuentran en cualquier parte».

Alice parecía darse cuenta de que la pequeña Bath Spa Station y la de Paddington en Londres solo tenían en común las vías que entraban y salían de ellas.

—Pues sí que empezamos bien —dijo para sí misma—. Bueno, esperemos que Pat siga haciéndose notar con su terrible mal gusto para los sombreros.

Reí para mis adentros. Alice y los sombreros, eso era realmente un tema aparte.

La locomotora piafó, los frenos chirriaron con fuerza y estridencia, hubo humo y pitidos, y el andén desapareció en una niebla densa. Abrieron las puertas desde fuera, y un guarda de la estación, que apenas se veía, le tendió la mano a Alice para ayudarla a bajar. Ella lanzó una nueva mirada a la multitud, intentando divisar a Pat. Entonces se quedó petrificada.

—Es Will —murmuró de manera apenas audible. Luego, más fuerte—: ¡William!

Soltó la mano del guarda, se olvidó del equipaje y de la buena educación, y saltó del tren.

—¡Will! —gritó con todas sus fuerzas. Y otra vez—: ¡Will!

Corrió hacia donde creía haber visto a William. Un hombre se cruzó con ella y Alice chocó con él, pero ni siquiera se tomó la molestia de pedirle disculpas. Continuó avanzando alocadamente en zigzag, intentando sortear personas y obstáculos, tropezó, estuvo a punto de caerse y volvió a enderezarse. La bolsa donde yo iba se balanceaba adelante y atrás en su mano.

—¡Will! —volvió a gritar—. ¡Espera, William! ¡William!

La cabeza masculina que tenía en el punto de mira desapareció entre la multitud y, cuando casi daba la impresión de haberse perdido, volvió a aparecer. Alice corrió tan deprisa como le permitían sus piernas y las circunstancias.

Entonces, una niña surgió de repente de la nada y fue a parar entre las piernas de Alice. Se cayó. Su bolsa salió volando. Yo volé. Trazando un gran arco, me separé de la cálida seguridad que el bolso de mano de Alice me había ofrecido. Surqué los aires por encima de dos o tres personas y aterricé bruscamente en el enlosado. Con el rabillo del ojo vi que alguien le daba a Alice su bolsa, que ella se arreglaba la falda y luego intentaba ponerse de pie. Y miraba a su alrededor.

Estoy aquí. ¡Alice! ¡Llévame contigo!

Naturalmente, tampoco me oyó esta vez. Y tampoco era a mí a quien buscaba. Había visto a William. Creía haberlo visto. Quién puede asegurar que realmente era él.

Alice se puso de puntillas para abarcar más con la mirada.

Estoy aquí abajo. Aquí abajo, ¿no lo ves?

Alice echó a correr de nuevo.

De repente noté que me cogía una mano. Me levantaron, muy por encima de la gente. La mano pertenecía a una chica joven. Era regordeta y tenía la cara redondeada. Llevaba el pelo trenzado. Parecía buena persona.

—¡Eh! —gritó—. ¡Espere, señora! ¡Ha perdido su oso de peluche! ¡Señora! ¡Espere!

Ella también echó a correr. Su mano izquierda me rodeaba. Me apretaba demasiado fuerte a causa de la tensión y el esfuerzo. Me oprimía el pecho. Noté que el amor se manifestaba dolorosamente. Tuve miedo de perder a Alice.

Alice, espérame, por favor.

Oí la voz de Alice a lo lejos:

—¡Will! Will, ¡espérame, por favor!

La chica se detuvo en algún momento. Sin resuello, se dobló hacia delante y apoyó las manos en las rodillas. Tenía la cara muy roja y se le había soltado un mechón de pelo.

—No la atraparé —dijo jadeando, mientras se erguía lentamente. Miró otra vez alrededor y luego me inspeccionó con la vista por primera vez.

—Pues te llevaré conmigo —dijo finalmente—. Lili y Leo se alegrarán.

Con esas palabras, me puso debajo del brazo.

El caos había disminuido un poco en el andén. La chica se dirigió a la salida y luego se detuvo por última vez.

Entonces la descubrí. Alice no estaba muy lejos. La vi mirando en el interior de su bolso. La vi buscando por el suelo. Vi la desesperación en su rostro. Estaba sola. Sin William. Sin mí.

Me dirigí a la salida debajo del brazo de una extraña y me sentí impotente.

No se es plenamente consciente de lo injusta que puede llegar a ser la vida hasta que uno no se encuentra en una situación en la que no puede cambiar nada. Pues bien, eso es cotidiano para mí desde hace más de ochenta años, y podría pensarse que ya me las compongo —y lo consigo en gran parte—, pero a veces incluso a mí me cuesta. Como hoy, por ejemplo.

No tengo nada que reprocharme. No hay ningún motivo para que me encierren aquí, en una oficina que huele a moho, como a un delincuente. Tiene que tratarse de un malentendido que, desgraciadamente, no estoy en condiciones de aclarar. ¿Estará realmente prohibido guardar un secreto en tu interior? Pues bien que no ha molestado a nadie en todos estos años.

La escritora no ha vuelto a aparecer; tampoco el funcionario ni Dorle, la mujer de los rayos X, y tampoco se ha dejado ver ningún policía. Afortunadamente. No es que me muera de ganas de que se me acerque con su cuchillo. Mientras no venga nadie, aún quedan esperanzas.

Está tranquilo. La mosca y los fluorescentes zumban a coro; por lo demás, no se oye ningún ruido. Conozco buhardillas solitarias en las que hay más vida que en este horrible aeropuerto.

No me agrada esta calma, porque me obliga a reflexionar. Reflexiones que no quiero hacer en absoluto porque, por un lado, me provocan nostalgia y, por otro, miedo. En estos momentos, pienso con nostalgia en mi vida, cuando era de lo más halagüeña: Alice y yo cómodos en el salón; las veladas tranquilas junto a la chimenea con Victor y Emily; las cálidas tardes en París con Robert y la princesa; Julchen, el amor de mi vida; los emocionantes días en Florencia con Isabelle; incluso con la pequeña Nina en Budapest hubo días en que las risas y el optimismo colmaban el hogar.

¿Y el miedo? El miedo brota de la impotencia que se siente al sufrir una injusticia. He visto tantas injusticias... Personas que no tuvieron ninguna oportunidad y se vieron sometidas a la arbitrariedad de otros porque pertenecían a la clase social equivocada, a la raza equivocada o a la familia equivocada, porque vivían en el país equivocado. O, simplemente, porque eran niños o débiles. Nunca he llegado a

entender cómo la humanidad ha conseguido que unos crean que valen más que otros. Un filósofo (no recuerdo su nombre, solo sé que Victor siempre les hablaba de él a los niños porque, igual que él, era un gran defensor de la puntualidad y de acostarse temprano) dijo que siempre hay que actuar de modo tal que las propias normas puedan aplicarse como ley para todo el mundo. No logro imaginar que todos se rijan por ese principio. Esto es lo que he aprendido de los humanos: la mayoría piensan primero en sí mismos y encuentran justificación para todo lo que hacen, y esta no siempre redundará en beneficio de todos. Tal vez por eso soy tan susceptible cuando se trata de mi sentido de la justicia, tanto si me afecta a mí como si afecta a los que me rodean.

Una cosa segura es que la escritora y yo tenemos un montón de problemas innecesarios y nos acusan de algo de lo que somos totalmente inocentes. Y no consigo librarme de la sensación de que nosotros también seremos víctimas de una injusticia desmedida. O mejor dicho, yo. Porque ahora sé que el mundo es mucho más que un lugar lleno de bondad y amor. Y esta vez no parece haber escapatoria.

El mundo es más

No, dámelo! ¡Cathy me lo ha regalado a mí! —gritó Leo.
—¡No es verdad! ¡Mientes! *Mum*, Cathy nos lo ha regalado a los dos, ¿a que sí? ¡Eres malo! —gritó Lili.

—¡Tú eres la mentirosa! *Daddy*! ¡Dile que suelte el oso de peluche! —exclamó el niño con voz de falsete.

—¡No!

—¡Sí!

—¡Mentiroso!

—¡Tonta!

La situación era grotesca.

Yo danzaba por el aire entre los dos, como una pelota al viento: impotente, involuntariamente; no sabía si estaba arriba o abajo, todo daba vueltas a mi alrededor. De cada uno de mis brazos tiraba y estiraba un niño furioso, en ese momento aún desconocido, con todas sus fuerzas sin miramientos por las posibles pérdidas (que, naturalmente, lamentaría yo).

—Victor, por favor, haz valer tu autoridad —dijo una voz débil de mujer.

—¡Leolili! —resonó por encima del griterío una voz profunda masculina, que a todas luces pertenecía al padre de los dos gallos de pelea—. No puedo creer que os portéis tan mal el día de Nochebuena. Volveréis loca a vuestra madre.

Por un momento, los dos niños se contuvieron y tuve ocasión de ver a mis torturadores. Vestían ropa elegante. El niño parecía un banquero bajito, con traje y camisa blanca. Llevaba la cabellera rubia repeinada con la raya a un lado, aunque, como después sabría, nunca le duraba más de media hora. Desde su cara redonda miraban unos ojos azules furibundos; debajo, una naricilla con las aletas temblorosas se levantaba hacia el cielo.

La niña lucía un vestido rosa, con el que parecía uno de los pastelillos que Elizabeth Newman llevaba siempre a la hora del té. El conjunto estaba coronado por un gran lazo en la espalda. Tenía el cabello más oscuro que su hermano y lo llevaba recogido, también con lazos de color rosa, en dos pequeñas trenzas. Iba con calcetines blancos, largos hasta la rodilla, y uno se le caía obcecadamente. No pude

verle bien los ojos, los tenía fruncidos y en las ranuras abiertas brillaba la indignación. Una mueca de rabia desfiguraba su boquita.

Ambos tendrían diez o doce años, no supe calcularlo con exactitud porque por aquel entonces no tenía experiencia con niños. Y, hablando en plata, estuve dispuesto a detestarlos espontáneamente. Era evidente que se proponían despedazarme, y eso no se hace.

La conducta de ambos no encajaba en absoluto con lo que querían aparentar: pequeños adultos controlados, honestos y bien educados.

Miraron a su madre, que se tocó la frente débilmente con el dorso de la mano y le dijo a un hombre vestido con librea negra:

—James, ya puede recoger, nadie se lo acabará.

—Sí, *madam* —dijo el hombre, que hasta entonces había permanecido inmóvil junto a la puerta.

Cargó la bandeja con la vajilla de porcelana Crown Derby. Aún no había llegado a la puerta cuando volvió a estallar la riña.

—Yo lo tenía primero —vociferó Leo, que me tiró del brazo izquierdo en un ataque sorpresa.

Pero su hermana no se dejó engañar tan deprisa. Se resistió.

—¡Pero yo también quiero cogerlo! ¡Dámelo! —aulló, y tiró de mi brazo derecho también con mucha fuerza.

Se oyó un crujido.

¡*Mi hombro!*

Desde que el miedo había penetrado en todos mis miembros aquella tarde en Paddington Station, me sentía paralizado. Los acontecimientos del día habían superado mi capacidad de comprensión en muchos sentidos. Mi primer contacto con Londres se había hundido en una espesa niebla de desconcierto. Del viaje en un tren que avanzaba afanosamente por el subsuelo a través de un túnel maloliente, de las calles de Camden, pobladas de gente, automóviles, comercios y perros vagabundos, apenas había percibido nada. Mis pensamientos habían girado descontroladamente en círculo durante horas, y no había conseguido hallar la salida de ese terrible carrusel. Alice se ha ido, martilleaba en mi cabeza. Nunca volveré a verla. Estoy solo. La necesito. Es la única que me comprende. ¿Qué será de mí? Y, luego, vuelta a empezar: Alice se ha ido. Nunca volveré a verla... Fue espantoso.

El carrusel de mi cabeza no se detuvo hasta que, bajo la iluminaria del árbol de Navidad, noté de repente que todas las costuras que Alice había cosido con cariño y esmero se tensaban, crujían y amenazaban con reventar porque los dos niños tiraban inflexibles de mis brazos. De repente percibí mi entorno y reconocí que aquel día no era un mal sueño. Noté que me extendía y me estiraba más de lo que podía resistir. No fue una sensación agradable. Desde que había perdido a Alice, ya nada era una

sensación agradable. Mi alma de oso de peluche era un montón de ruinas, y mi cuerpo pronto acabaría hecho pedazos.

Parad, vais a destrozar-me. Solo soy un oso de peluche.

—Parad de una vez —dijo Victor—. Vais a destrozarlo.

—Pues que lo suelte Lili. ¡Cathy me lo ha regalado a mí!

—¡Niños! Solo es un oso de peluche —dijo Emily, la madre de aquellos monstruos horribles.

Aquel día, Emily tenía un fuerte ataque de migraña, como no había dejado de subrayar durante los diez minutos anteriores. Si los niños no me soltaban pronto, yo también tendría migraña o, lo más probable, algo mucho peor, de eso estaba seguro. No obstante, me pregunté seriamente hasta qué punto podía ser aún peor.

Cathy apareció en la puerta. La chica gordita y tierna tenía un aspecto distinto que por la tarde, cuando me había recogido del suelo en Paddington. Llevaba una blusa negra y una falda negra, adornada con un pequeño delantal blanco. En la cabeza lucía una pequeña cofia blanca. Pero la expresión de su cara no había cambiado, seguía siendo cordial y abierta. Se mantenía discreta al fondo, y su modo de agachar la cabeza me dijo que ella, igual que James, el hombre que había recogido los platos, no pertenecía a la familia.

—La ha hecho buena, Cathy —dijo Emily meneando la cabeza.

—Perdone, madam, pensé que... —dijo Cathy en voz baja.

—Emy, por favor, Cathy ha sido muy amable haciéndoles un regalo a los niños —terció Victor para aplacar a su esposa, y, dirigiéndose a Cathy, añadió—: No se preocupe, Cathy. Les ha dado una gran alegría a los niños, eso salta a la vista.

Se le escapó una sonrisa porque, justo en aquel momento, Lili soltó mi brazo y, decidida, agarró a Leo por los pelos y tiró de ellos con fuerza. Yo fui a parar ruidosamente al suelo cuando el niño se defendió con puños y chillidos.

—Perdone, sir, no era mi intención sembrar la discordia...

—Mi cabeza —se quejó Emily—. Me gustaría que tuviéramos la fiesta en paz.

De pronto, nadie me prestaba atención. Me deslizaba desvalido por encima del parquet encerado, entre los pies de los críos. Milton tenía razón, Londres era realmente un lugar peligroso. Alice tendría que haber cuidado mejor de mí, y no al revés. Y además: ¡Navidad! ¡Menuda fiesta del amor! Me reí contra mi voluntad. Aquel alboroto y aquel griterío tenían poco que ver con el amor del que Alice me había hablado.

Intercepté la mirada de Cathy cuando un zapato de charol infantil me dio la vuelta y pasé de estar boca abajo a estar boca arriba.

¡Ayúdame! Al fin y al cabo, ¡tú me has metido en este embrollo!

Y, como si me hubiera oído, se acercó a mí y me salvó por segunda vez aquel día

de pisotones desconsiderados.

¿Por qué no te has quedado tú conmigo en vez de lanzarme a las fauces de esos dos mocosos malcriados?

Considerando las nuevas circunstancias, seguro que me habría acostumbrado enseguida a Cathy. Probablemente, al cabo de un tiempo ella también habría sido una buena amiga. No tan buena como Alice, claro. Era obvio que nadie podría sustituir a Alice. De ningún modo. Ella era única.

Si hoy paso revista a la larga serie de todos mis dueños, sé que cada uno de ellos era único. Todos tenían su lado bueno y su lado malo, todos tenían su propia historia y todos enriquecieron a su manera mi vida, que volvía a empezar desde el principio con cada nuevo dueño. He vivido muchas vidas, y algunas han sido mejores que otras, pero no querría prescindir de ninguna.

Cathy me cogió en brazos y miró severamente a los niños. Pero no dijo nada. Yo no sabía que no era quién para reprenderlos en presencia de sus padres. No obstante, su mirada lo decía todo.

Lili y Leo suspendieron la pelea al darse cuenta de que el objeto de la disputa había ido a parar a manos de un adulto.

Oí latir con fuerza el corazón de Cathy cuando me estrechó contra su pecho. Sentí algo que equivalía a alivio. Estaba a salvo. Ahora me llevaría con ella a su pequeño cuarto, donde ya había estado al caer la tarde, cuando ella se había puesto el uniforme y me había cepillado para quitarme de encima el polvo de la estación. Me había rociado con unas gotas de agua de colonia y me había atado al cuello una cinta de color rojo. Paralizado por el espanto, lo había soportado todo. Ciertamente no habría podido resistirme, pero no pensé en defenderme, ni siquiera cuando me echó el perfume. Y eso que odio el perfume. Seguramente por culpa de Elizabeth Newman, que siempre se ponía demasiado.

La morada de Cathy era mucho más pequeña y sobria que las habitaciones de los señores. Su aposento tenía una ventana minúscula, debajo de la cual había una mesa, pero no sentí curiosidad por saber qué se veía desde ella. Sin embargo, ahora, después del terrible encuentro con los dos niños, el cuarto de Cathy me pareció de repente el lugar más hermoso del planeta. ¡Ojalá pudiera mirar por aquella ventana!

Por favor, llévame contigo. ¡No quiero estar a merced de esas manos destrozadas!

Cathy no pareció prestar oídos a mis súplicas. En todo caso, no me llevó con ella, sino que me sentó decidida en un extremo de la festiva mesa navideña, en la única silla libre que había. Frente a mí, presidiéndola, se sentaba Victor, que me dedicó una mirada escrutadora, aunque divertida, por encima de sus lentes. Emily se sentaba a su izquierda; a su derecha, dos campos de batalla mostraban inequívocamente que allí

habían cenado los niños.

—Mira por dónde —dijo Victor—. Por fin se sienta ahí alguien sensato, y no tendré que mirar como siempre a una silla vacía. Si es que no parece ser simplemente un oso, Emy, cariño.

—Victor, ¡por favor! —dijo Emily, suspirando y alzando la vista al cielo.

—Creo que solucionaremos el problema de una manera muy sencilla —prosiguió Victor, sin atender a los reparos de su esposa—. Este oso no es de Lili ni de Leo. No le pertenece a nadie.

—¡Pero *daddy*! —exclamó Leo—. ¡Cathy nos lo ha regalado! ¡No es justo!

Lili miró a su padre con los ojos muy abiertos, que poco a poco se le llenaron de lágrimas.

—No —replicó Victor, haciendo como si no hubiera oído el «nos» que Leo acababa de pronunciar sin darse cuenta—. Un oso de peluche como este no puede ser de nadie, del mismo modo que nadie puede poseer a nadie. Este oso es su propio amo y señor, de eso no cabe duda. Creo que deberíamos darle la bienvenida como nuevo miembro de la familia. —Miró a través de sus lentes—. ¿Y qué hemos aprendido sobre la familia, Lili?

—Que nos respetamos y nos cuidamos —recitó como un loro la niña, mientras se secaba las lágrimas de los ojos con el dorso de las manos.

—¿Y qué hemos aprendido sobre cómo hay que tratar a las personas?

—Que todo el mundo es su propio amo y señor, y asume su responsabilidad.

—Bueno, eso es. ¿Está usted de acuerdo, Cathy? Gracias a Dios, hace tiempo que dejamos atrás la época de la servidumbre, ¿verdad? No estamos en la India.

Cathy se ruborizó y se limitó a asentir con la cabeza.

Excepto yo, todos los presentes sabían que no había nada que Victor, cuyo padre había progresado en el delirio colonial en la India y había explotado regiones enteras de un modo despreciable, aborreciera tanto como la injusticia, la falsedad y la esclavitud. Yo tampoco sabía que la filosofía moral se contaba entre sus temas predilectos, igual que no sabía que era conocido socialmente como editor íntegro de literatura grande y pequeña, y que estaba muy bien valorado en esa función, por no hablar de lo que eso significaba exactamente. Tampoco sabía que se rumoreaba que trataba demasiado bien a sus autores y con demasiada indulgencia a sus empleados. De todo eso me enteré más tarde, gracias a las conversaciones que Victor mantenía con lord Malcolm Forsythe y Leonard Woolf —ambos visitaban regularmente nuestro hogar— delante de la chimenea del salón de los señores.

Aquella noche yo era la ignorancia personificada, ni siquiera sabía dónde había ido a parar exactamente. Aquella familia apareció tan de repente en mi vida como una nevada en las montañas de Hadanger (y sé por experiencia propia que en Noruega puede ponerse a nevar de repente incluso en verano).

La Nochebuena del año 1921, en el salón de una casa en Fitzroy Square, 34, Victor había anunciado el comienzo de un nuevo período en mi vida, que no sería de los peores.

Después de que Cathy me sacara del polvo, fue Victor quien me salvó finalmente de la triste vida de juguete en el cuarto de Lili y Leo. No quiero ni pensar cómo habría sido mi vida allí. Quizá se habrían peleado por mí dos o tres veces más, luego me habrían arrancado el brazo y habrían perdido todo el interés. En cambio, Victor se había encargado con su truco de que los niños me trataran con cuidado. Y lo hicieron. Al menos la mayor parte del tiempo.

Observé el rostro de aquel hombre alto, y sentí un gran afecto por él, aunque no encontrara nada familiar en su persona. Era un hombre. ¿Y qué sabía yo de los hombres? En aquel momento, los conocía tan poco como a los niños; hasta entonces solo había tenido experiencias con mujeres (si dejamos de lado el breve encuentro con Milton).

Estudí a Victor. Debía de pasar de los cuarenta. Tenía los ojos azules, igual que Leo, una nariz prominente y una boca ancha. Sobre el labio superior se extendía un bigote fino, bien recortado y rubio, que remarcaba aún más la comisura de sus labios, a menudo inclinada hacia arriba. Se peinaba el cabello hacia atrás y con brillantina, y causaba una impresión de lo más correcta.

La Nochebuena mencionada, yo estaba demasiado confuso por el repentino cambio de rumbo de mi vida para seguir reflexionando. Con una especie de comunicado estatal, Victor me había ofrecido un nuevo hogar y había demostrado claramente quién era el más sereno de la familia. Decidí fiarme de él por el momento. Los miró a todos y dio la sensación de que haría cantar a la familia el himno nacional, pero no fue así, afortunadamente.

Lili y Leo habían olvidado la riña. Sabían que no tenía sentido contradecir a su padre: lo que Victor decidía adquiría rango de ley para la familia. Solo Emily tenía el privilegio de plantear objeciones, que siempre eran oídas, pero lo utilizaba poco. Y no tardé muchos días en darme cuenta del porqué de esa conducta: Victor poseía el don de superar cualquier situación con calma y tranquilidad. Era un diccionario andante, tenía el oído a punto para todo el mundo, y respuesta para todo. Tanto si querían como si no.

—¿Y dónde dormiré el osito? —le preguntó Lili a su padre.

Me alegré de que, aparte de mí, alguien más se planteara la cuestión.

—Bueno, creo que encontrará un buen sitio aquí, en el salón. Así no se perderá nada.

No me costaría acostumbrarme al salón. Era una sala grande con muchas

ventanas. El techo era alto, mucho más alto que el de la casa de Alice en la ciudad de Bath, y estaba bien caldeada. Había una chimenea en la que crepitaba un fuego agradable que despedía calor; delante se alzaba una rejilla que impedía que las chispas de los papeles de regalo que ardían volaran sobre la gran alfombra de Aubusson. Un enorme árbol de Navidad adornaba uno de los rincones de la sala. Casi llegaba hasta el techo, tenía ramas magníficas y estaba cargadísimo de lustrosas manzanas rojas, bolas de cristal y todo tipo de adornos brillantes. Sin embargo, lo que más me fascinó fueron las innumerables velas. Centelleaban y resplandecían, y pensé que nunca había visto nada tan hermoso. Una vez sentado a la mesa y sin tener que temer ya gravemente por mi vida, pude admirarlo en todo su esplendor.

—Tenemos que conseguirle una cama —prosiguió Lili, que se preocupaba sinceramente por mi bienestar—. Le puedo dejar una de las muñecas.

—Una idea excelente, cariño —dijo Emily, y le acarició la cabeza a su hija, que se había acercado a la mesa y me miraba compasiva desde su sitio.

Se notó claramente que a Leo le disgustaba no poder ofrecer una cama de muñecas. De repente, todos querían lo mejor para mí. ¡Qué cambio!

—Le puedo dar el traje de pirata de Bad John —ofreció—. Así, al menos no iría desnudo.

¿Qué significa «desnudo»? Tengo una auténtica piel marrón.

—Seguro que le gustará —dijo Emily—. Aunque no está desnudo del todo. Lleva...

—Una cinta alrededor del cuello —completó la frase Victor, sonriendo a su esposa.

Ella le devolvió una mirada profunda y con un deje de picardía, y me di perfecta cuenta de que esa forma de mirarse tenía algo que ver con el amor del que me había hablado Alice. Conformidad silenciosa. Certidumbre tranquila.

Los niños se fueron corriendo. Lili pasó media hora buscándome la camita adecuada, con el triste resultado de que, cuando por fin la encontró, yo no cabía dentro. El traje de pirata de Bad John me venía tan estrecho de hombros que no se podía abrochar por delante, y el sombrero no me entraba en la cabeza.

—Ya nos ocuparemos de eso mañana, niños. Es hora de irse a la cama —dijo Emily.

—Seguro que a nuestro pequeño amigo le bastará con el sofá esta noche —añadió Victor, que pidió a sus retoños que se acercaran a la butaca, donde estaba sentado sirviéndose con toda tranquilidad una copa de coñac, para darles un beso de buenas noches.

—Que soñéis con los angelitos. Y feliz Navidad a los dos.

Después de recibir entre grititos de contento una palmadita en el trasero, los dos se fueron al galope.

El resto de la Nochebuena transcurrió con más calma. Cathy preguntó si los señores deseaban algo más. Emily y Victor dijeron que no y le permitieron irse a la cama. Cathy les dio las buenas noches. Le dediqué una mirada nostálgica. Pero a mí me esperaba otro lugar.

Emily también se retiró temprano; por lo visto, el dolor de cabeza no había mejorado. La pobre no siempre lo tenía fácil. En ocasiones, la excentricidad de su marido le hacía temer por su propia reputación social. No lo sé con certeza, pero creo que a veces hubiera preferido llamar un poco menos la atención. Le habría gustado llevar una vida más normal, como todas sus amigas de la alta sociedad. Pero era difícil conocer a fondo a Emily. Tardé lo mío en aprender a juzgarla mejor. Su aspecto inspiraba respeto: era alta y esbelta, y tenía un porte erguido. Llevaba el cabello recogido como una torre en lo alto de la cabeza, con un peinado perfecto que guardaba cierto parecido con un nido de pájaros. Hoy todavía sigo pensando que habría sido una buena maestra, puesto que su carácter reunía bondad y severidad. Era más bien reservada, pero no arisca. Y lo que al principio me pareció desabrimiento resultó ser su manera personal de firmeza, sin la más mínima mala intención. La querida Emily tenía un gran corazón y, por desgracia, dolor de cabeza demasiado a menudo.

Cuando se acabó la pipa y el fuego de la chimenea se había consumido, Victor cerró su libro, y me quedé solo. Desde la calle entraba la luz amarillenta de las farolas; yo me encontraba en una esquina del sofá, encima de un cojín brocado, y por fin tuve tiempo para reflexionar un poco.

¡Qué día más emocionante! ¿Había sido realmente por la mañana cuando Alice y yo cerramos la puerta al salir de nuestro apartamento de la Manvers Street, en Bath? Solo un día, y a mí me parecía una semana entera. Hasta entonces no me había preocupado demasiado por el tiempo. ¿Para qué? Los días comenzaban cuando Alice bajaba por las escaleras para preparar el té y acababan cuando apagaba la luz para irse a la cama. Entremedias había horas de reflexión y conversaciones, yo miraba por la ventana y contemplaba la vida. De vez en cuando teníamos visita, el cartero o una chica de la limpieza por horas o, a veces, cuando al espantoso Tiger se le habían vuelto a retorcer los bigotes, el veterinario; pero poco a poco me iba dando cuenta de que nuestra vida tenía que haber sido muy sosa si en el mismo tiempo se podía vivir tanto. Por primera vez me embargó la extraña sensación de que el tiempo puede ser de lo más relativo.

La noche declinó, la tranquilidad también llegó a la calle.

¿Qué estaría haciendo Alice? ¿Se sentiría triste por haberme perdido? Seguro que me había buscado por todo el andén. La buena de Alice, con su gran amor solitario en el corazón y su abrumadora nostalgia. No tenía que pensar en eso, o me angustiaría. Lentamente fui tomando conciencia de que tal vez Alice había desaparecido de mi vida. La había dejado en la estación, en un sitio donde muchas cosas empiezan y muchas cosas terminan. Tal vez era mejor así, tal vez tenía que ser así. Pero me costaba aceptarlo.

Lo último que sentí antes de que me venciera el cansancio fue un dolor sordo en el pecho.

Debía de ser aún medianoche cuando los niños, en pijama, se deslizaron de puntillas en el salón, que ya se había enfriado. La puerta chirrió, entró una corriente de aire y dos figuritas se colaron a toda prisa en la sala.

Los comprendo. De las estancias donde se celebra la Navidad surge una magia muy particular. El olor a velas y a galletas de canela y un ambiente festivo flotan en el aire.

Se acercaron al sofá y se plantaron delante de mí. Me hice el dormido. En cierto modo, continuaba teniéndoles miedo. Eran pequeños, es verdad, pero parecían tener mucha fuerza. Además, me daba la impresión de que eran impredecibles.

Una impresión que no engañaba.

Si algo he aprendido es que es mejor no confiar en que las palabras de ayer sigan siendo válidas hoy. Los niños funcionan siguiendo sus propias reglas. Y me parece que no solo por terquedad, sino porque los muy afortunados todavía están libres de presiones externas. Igual que yo.

—Parece que está durmiendo —dijo Lili.

—Los osos no duermen —dijo Leo.

—Duermen mucho —dijo Lili—, si hasta hibernan.

—Pero es un oso de peluche, no le hace falta hibernar.

—¿Qué sabrás tú de osos de peluche? Si nunca habíamos tenido ninguno.

Lili me examinó con la mirada; luego, Leo me cogió en su mano y nos sentamos en plácida armonía sobre la alfombra que había delante de la chimenea, donde ya solo quedaba ceniza de la víspera. Los dos se concentraron en sus regalos, y yo los observé entretanto.

Con las puntas de los dedos, Leo giraba lentamente una gran bola azul llena de manchas marrones y verdes. Contemplaba ensimismado los diferentes puntos.

—Esto es América —dijo, señalando una gran mancha—. Y esto es África. Y esto es la India. Y todo pertenece a Inglaterra.

—No es verdad —replicó Lili, sin levantar la vista de su libro—. América, no.

—Pero África sí.

—Ese globo *cacarráqueo* es muy aburrido —se enfadó Lili—. Caca-carraca.

—Se llama globo terráqueo, tontaina. Además, es mucho mejor que ese libro estúpido —contestó enfadado Leo.

—Al menos yo seré lista. Y no deberías decir palabrotas, lo ha dicho *mum*.

—Yo ya soy listo. ¡Toma ya!

—¿Ah, sí? ¿Y quién pensaba hace un momento que América pertenecía al Imperio?

Leo le sacó la lengua a Lili. Lili no le hizo caso y hundió todavía más la nariz en su libro.

Aún no me había despertado del todo, y los dos ya habían conseguido tirarse otra vez los trastos a la cabeza. Todavía no sospechaba que no pasaría un día, qué digo, una hora sin que riñeran.

Esa pequeña riña insignificante en la madrugada de Navidad era una muestra ejemplar de su relación. Leo era el mayor, pero solo por un año, y su hermana, no hay otro modo de decirlo, era más lista. Lo que él la aventajaba en fuerza, ella lo compensaba mil veces con astucia. Siempre conseguía provocarlo y rara vez dejaba pasar una oportunidad de hacerlo, y él casi nunca tenía suficiente presencia de ánimo como para no picar. En cambio, era tan tozudo y obstinado que Lili se veía obligada a ceder a menudo porque se quedaba sin resuello.

Más de una vez contemplé cómo se divertía Victor en silencio ante el «placer discutidor», como él lo llamaba, de sus hijos. Y creo que admiraba a Lili, igual que yo. Siempre me ponía de su parte. No, no siempre. De hecho, solo desde la caída de Leo en el pecado. Al principio, después de superar mis primeros temores por ellos, los quise a los dos.

En el desayuno se hizo oficial. Yo era un miembro más de la familia. Leo me llevó a la mesa, donde me sentó en la misma silla que la noche anterior. Lili me puso delante un plato y una taza de la vajilla de sus muñecas, y se sentó a mi lado.

James trajo té y *scones*, mermelada de naranja y *porridge*, y chocolate caliente para los niños. Luego, Emily pronunció unas breves palabras para bendecir la mesa.

Debo decir que fue un momento inesperado de dicha, que me cogió tan por sorpresa que no pude evitar disfrutarlo. Después, me atenazó un poco la mala conciencia por Alice. No me pareció correcto estar tan contento en mi nuevo entorno apenas medio día después de separarnos. Por consideración a ella, podría haber sido un poco más desdichado, pero me tranquilicé pensando que no la echaría menos en falta solo porque me fueran bien las cosas.

¿Acaso no es extraño? Un día antes, no tenía ni idea de qué era una familia, y de

pronto me había convertido como si nada en parte de una. Hasta entonces, Alice había sido mi familia, madre y hermana en una misma persona, y aun así me di cuenta enseguida de que aquello era otra cosa. Más.

El destino me había cortado a medida aquella familia, si es que puede decirse así. Simplemente, encajaba a la perfección en ella.

Durante el desayuno, Cathy entró en el salón.

—¿Mister Brown? Le llaman por teléfono, sir.

Tal vez sea un poco bochornoso confesarlo, pero no quiero ocultar nada. Por un instante pensé de verdad que se refería a mí.

—Ya voy, Cathy, gracias —dijo Victor, que se levantó de la mesa y se limpió la boca con la servilleta—. Como no sea un asunto de vida o muerte... —gruñó, y se fue a su despacho.

No podía creer lo que acababa de oír. ¡Había ido a parar a casa de mis semejantes! Se llamaban Brown, todos. Victor y Emily, Lilian y Leonard Brown. Estaba entusiasmado. Qué bien que Alice se empeñara en llamarme Brown, casi como si hubiera intuido que mi camino me conduciría a esa casa de Bloomsbury. Una cálida gratitud colmó mi corazón. Alice había sabido qué era lo indicado.

—¿Y qué? ¿Era cuestión de vida o muerte? —preguntó Emily cuando Victor regresó, y escrutó con la mirada a su marido.

—Era Leonard —dijo Victor cuando se sentó de nuevo en la silla que yo tenía enfrente.

Una profunda arruga le surcaba la frente.

—Viene mañana de Richmond. Han surgido problemas con Hogarth's Press. Además, parece ser que Virginia vuelve a tener una crisis. Dice que escribe como una posea y apenas se puede hablar con ella. Ayer se fue a escondidas de casa y tuvo que ir a buscarla a la estación. Ni siquiera se había puesto el abrigo. El pobre está muy preocupado. Y con razón.

—Virginia es rara —dijo Lili.

—Solo es un poco nerviosa —dijo Emily—. A veces, los escritores son así, ya lo sabes.

—Está loca —dijo Leo—. Lo dice lord Malcolm.

—No creo que tengas derecho a hablar así de otras personas —dijo Emily, y se atusó el pelo con un gesto enérgico—. ¡Debería darte vergüenza!

—¿Y por qué puede decirlo lord Malcolm? —preguntó tozudo Leo.

—Porque no sabe de qué habla. No es ninguna heroicidad seguirle la corriente —contestó Emily.

Victor, que apreciaba mucho a su antiguo compañero de estudios, aunque no precisamente por su sensibilidad con los demás, contestó débilmente:

—Lord Malcolm no es tan malo.

—Pero no tiene ni idea de literatura, ¿verdad, *daddy*? —insistió Leo.

—Es un fanfarrón —intervino Lili.

—Lili, no digas esas cosas —reprendió Emily a su hija.

—No las diré, pero las pienso.

Por lo visto, Lili siempre tenía respuesta para todo. Cada vez me entretenían más esas disputas verbales familiares.

—Solo es un poco torpe a veces —dijo Victor, intentando zanjar el tema.

Pero Lili señaló:

—Ahora eres tú el que habla mal de otros y, además, de un amigo de la familia —objetó, mirando desafiante a su padre.

¿Quién diría la última palabra? Tenía mucha curiosidad por saberlo.

—No hay motivos para continuar profundizando en esta discusión —dijo Victor con severidad.

Noté que le disgustaba que sus hijos lo atacaran con sus mismas armas. La sonrisa enigmática de Emily desapareció detrás de su servilleta, y Victor la miró indignado. Yo también sonreí. Lili tendría las mejores aptitudes para el puesto de reina, si ese cargo aún pudiera alcanzarse.

—¿Ya habéis pensado un nombre para el nuevo mister Brown? Mientras el osito no tenga nombre, no será un miembro de pleno derecho en la familia —dijo Victor, cambiando bruscamente de tema.

Me pegó un susto tremendo. No se me había ocurrido pensarlo. Claro, ellos no sabían que ya era uno de los suyos. No tenían ni idea de que mi nombre era Henry N. Brown, y que yo no quería cambiarlo.

Me llamo Henry Brown. Para ser más exactos, Henry N. Brown, pero la N. no tiene importancia. Henry. Por favor.

—¿Qué tal Tiny Tim? —propuso Lili—. Como en la historia de Navidad que *daddy* nos leyó anoche.

—Está enfermo y se va a morir. Es demasiado triste —objetó Leo—. Para eso prefiero Scrooge.

¿Scrooge? ¿Qué ideas se te ocurren?

—¿Qué? No, de ninguna manera. Scrooge es malo. —Lili estaba aterrorizada.

—¿Y qué tal un bonito nombre inglés? —preguntó Emily—. ¿Tal vez Miles?

La cosa iba de mal en peor.

—Es aburrido, *mum* —replicó Leo, no muy desencaminado.

Sentí alivio.

—¿Y qué tal Paddington? ¿No dijo Cathy que lo había comprado allí a un vendedor? —propuso Victor.

¿Comprado? Ay, Cathy, ¿qué les has contado? ¿No era bastante bueno como osito abandonado?

—¿Como la estación? No, no puede ser. Creo que no hay que insistir en su origen. —Emily rechazó la propuesta. Si yo no hubiera estado tan verde, habría podido deducir de su respuesta el papel que desempeñaban en esa época los valores materiales y la posición social, al margen de todo liberalismo.

Seguí la búsqueda de un nombre con los ojos y los oídos bien abiertos. ¿Qué podía decir yo? En aquella familia, Victor era el único con olfato para las historias que prometían tener éxito. ¿Quién sabe qué habría sido de mí si me hubieran llamado Paddington? Quizá hubiera sido yo el oso más famoso de toda la literatura infantil, y no ese colega de Perú, con su gabardina y el sombrero de ala ancha, del que oiría hablar en diversos cuartos de niños. Qué extraña casualidad que a él lo encontraran en la misma estación que a mí, por no hablar de su apellido. Incluso se podría creer que alguien me había robado la biografía. A veces me pregunto si Lili no habrá intervenido en esa historia; lástima que nunca averiguaré si le habló de mí a ese escritor. Sin embargo, aún pasarían muchos años hasta la aparición de Paddington en el escenario del mundo. Aquella mañana nadie intuía nada.

Finalmente se pusieron de acuerdo con el nombre de Puddly.

Digámoslo así: no es extraño que no me hiciera famoso con ese nombre. Pero ¿qué podía hacer yo? No podía defenderme y, aunque me esforcé por materializar el nombre de Henry en la sala, no se les ocurrió la idea de llamarme Henry.

Al final, habían ido a parar de nuevo a la literatura. No podía ser de otra manera en una casa en la que —como pronto descubriría— había más libros que motas de polvo. Si lo entendí bien, la inspiración vino de un tal doctor Doolittle. Victor había llevado ese libro a casa y se lo había leído a los niños unos días antes de las Navidades. Cuando Victor y su familia se reunían al anochecer delante de la chimenea y él les leía los libros más recientes, los demás eran todo oídos. Incluso Emily. Y cuando Cathy encontraba tiempo entre servir, planchar y limpiar, buscaba disimuladamente un sitio en la habitación contigua, se apoyaba en la puerta y escuchaba con una mirada soñadora; yo mismo lo había visto.

Me adapté enseguida al hogar de los Brown. También es cierto que me lo pusieron fácil para que me sintiera cómodo. Por un lado, no tenían gatos, de lo cual tomé nota favorablemente. Por otro, era una casa llena de vida y casi nunca aburrida. En esos años, pasé pocas tardes largas en el alféizar de una ventana. La quietud no llegaba a la casa de Fitzroy Square ni siquiera cuando Emily estaba en una reunión de mujeres o jugando al bridge, Victor en la oficina y los niños en la escuela. A salvo de la estricta mirada de la señora, el personal de servicio aprovechaba esas horas para cumplir con su trabajo libre y despreocupadamente. Cathy limpiaba el salón con una cancioncilla en los labios, el plumero en una mano y el trapo del polvo en la otra.

En mi vida ha habido unas cuantas personas que no tuvieron que ganarse mi

amor, sino que yo les brindé mi corazón sin que les hiciera falta pedírmelo. Cathy fue una de ellas. Tal vez era un poco ingenua, no había ido nunca a la escuela, pero era buena persona de los pies a la cabeza, sincera, honesta y fiel a sus señores. Nunca habría cometido una falta. Jamás. Me encantaba la alegre desenvoltura con que parecía acometer cada día de su vida y por la que todos la apreciaban en aquel hogar.

Solo con el tiempo comprendí cuánta gente participaba en las tareas de la casa. Además de James y Cathy, también estaban Mary Jane, la cocinera, y Rusty, el pinche. A todos los dirigía miss Hold, el ama de llaves. Su tarea consistía en ocuparse de que los otros cuatro no hicieran tonterías y que la diversión *downstairs* no llegara a ser excesiva.

Nosotros vivíamos en la planta principal, *upstairs* la llamaban. Si supe que existía una planta inferior fue porque Lili mantenía una estrecha amistad con Mary Jane y a veces me llevaba con ella, debajo del brazo, en sus excursiones a la gran cocina.

Abajo era una maravilla. La cocina estaba colmada de olores y siempre había mucho movimiento. El aroma de pan recién hecho cruzaba la cálida sala en forma de vapores intensos, se mezclaba con el vaho de cebolla que subía siseando de la sartén de hierro fundido, y se te hacía la boca agua. No era extraño que Lili se sintiera tan bien abajo. Mary Jane era una mujer gorda y bonachona, con una risa que a veces llegaba arriba desde la cocina. Y, cuando íbamos a verla, siempre había bizcocho, un vaso de zumo o alguna otra golosina. Pero Lili no buscaba la compañía de Mary Jane por eso. La buscaba por las historias que contaba. No se le escapaba ningún cotilleo, aunque de sus labios nunca salió una sola palabra sobre la vida en casa de los Brown. Le hablaba a la niña de la reina y de África, donde los bosquimanos se paseaban sin ropa por el bosque; de la India, donde todo era mucho más animado que en Londres, y del abuelo de Lili, el hombre autoritario con una casa enorme y al menos veinte *boys*, que estaban día y noche a su lado con hojas de palma y lo abanicaban. Y le hablaba de la época en que ellos todavía no habían nacido, mucho antes de la guerra. Le contaba los comienzos de la editorial de Victor, cuando él mismo imprimía los libros a mano y dejaba el lavabo perdido con sus manos negras como el azabache. Y mientras hablaba, amasaba el pan con las mejillas enrojecidas, y removía incansable en las ollas de la sopa y demás cacharros. Yo me sentaba en el regazo de Lili y me quedaba embelesado con ese mundo tan lleno de aventuras. Con todos aquellos lugares de cuyas gentes y acontecimientos nunca había oído hablar. Bueno, de la guerra sí que había oído muchas cosas. La terrible guerra que se había llevado a Will, que había causado tanto daño y había acarreado tanto luto. Pero ¿la India? ¿África? Con el tiempo comprendí que solo conocía una parte minúscula del mundo. De hecho, prácticamente nada. Y cuanto más consciente era de ello, más crecía mi curiosidad. Me habría gustado que Mary Jane no parara nunca de contar cosas, pero cuando la cocinera oía que Emily llegaba a casa nos echaba de malas maneras de la

cocina con un «Para arriba ahora mismo, me estáis haciendo perder el tiempo».

Upstairs, solía pasar el rato en la sala de los hombres o en el salón de las mujeres. Tengo que confesar que prefería con mucho la sala de los hombres, porque en el salón de las mujeres no ocurrían muchas cosas. Emily se sentaba de vez en cuando en una pequeña *chaise longue* y leía un libro, generalmente al atardecer. A mediodía tomaba allí el té o se dedicaba a alguna labor, pero eso era aburrido comparado con las aventuras que se vivían en aquella casa.

Cuando los señores estaban fuera más tiempo, miss Hold permitía a veces que hubiera música. En la biblioteca, una sala oscura y fría, y con lomos de libros haciendo las veces de paredes, había un curioso aparato con el que se podía conseguir que sonaran canciones de unos discos negros. Tenía una enorme manivela a un lado y un embudo que se estiraba hacia arriba como una enorme oreja de elefante. Esos días, Cathy ofrecía el mejor programa de entretenimiento. Limpiaba y revoloteaba, volaba de habitación en habitación con ramos frescos de lilas y hortensias, y a veces me cogía del cojín donde me sentaba y me sostenía delante con los brazos estirados.

—¿Que si quiero bailar? ¡Me encantaría, caballero! —exclamaba, y luego dábamos vueltas juntos y sus faldillas volaban.

Para, ¡me estoy mareando! ¡No tan deprisa!

Seguíamos girando, cada vez más y más deprisa, con las piernas en el aire; el gramófono graznaba y crujía.

—Es usted muy impetuoso, mister Puddly, me estoy mareando —decía Cathy sin aliento y con las mejillas enrojecidas.

Así aprendí a bailar el charlestón. Con Cathy. En la biblioteca.

Es curioso: apreciaba mucho a Victor, me encantaba escucharlo cuando hablaba de cosas que le importaban, cuando hacía bromas o les leía algo a los niños. Leo y Lili se inventaban juegos disparatados conmigo, en los que yo participaba contento, sobre todo porque solíamos emprender expediciones a tierras lejanas, donde luchábamos contra serpientes, tigres y hucahucas. Sin embargo, con quien mejor me lo pasé en aquella época fue con Cathy. A veces se parecía un poco a Alice, no tanto por el físico como por su manera de regocijarse con las cosas. Era un regocijo que salía de dentro. Franco y sin pretensiones. Estaba tan guapa y radiante cuando bailábamos... Deseé que siempre riera y fuera feliz. Pero, por lo visto, los deseos de un oso no reciben un trato preferente en los momentos decisivos.

Emily recibía amigas muy de vez en cuando. Por lo general, los Brown organizaban cenas o reuniones sociales, y entonces venían escritores y escritoras y todo tipo de gente con otras profesiones alocadas: artistas, pintores, escultores. La mayoría se conocían de su época de estudiantes, habían sido miembros del mismo círculo en Cambridge. Por tradición, solían reunirse los jueves, y entonces había

debates. El salón se llenaba pronto de voces y vida. El aire se hacía cada vez más y más denso, cargado de humo y de grandes ideas.

Esas noches, las conversaciones eran muy distintas de las historias alegres que oía en la cocina. Había muchas cosas que no entendía. Utilizaban términos con los que no asociaba nada, hablaban de cosas abstractas que me eran desconocidas. Sociedad, derechos, liberación, colonialismo. ¿Qué tenía que pensar al respecto un principiante en ese mundo como yo?

¿A qué se refería la nerviosa Virginia cuando, fumando lentamente un cigarrillo, hablaba de autodeterminación?

¿A qué se refería Strachey cuando, mesándose la larga barba y subiéndose las gafas en la nariz, se quejaba de la corrompida moral victoriana?

No lo sabía.

Sin embargo, ellos también se entregaban a cotilleos, igual que el personal *downstairs*:

—¿Te has enterado de que E. M. ha vuelto a la India? A ver al maharajá...

—Bueno, si el pobre cree que eso le servirá a su creatividad.

Entretanto, otro preguntó:

—¿Alguien ha leído la última novela de Milne? Me ha defraudado enormemente...

—¿Cuál? ¿*El señor Pim pasa*? A mí, la narración me pareció excelente.

Y un tercero comentó:

—En el periódico escriben de ese abogado indio casi a diario. ¿No es ejemplar su forma de interceder por su pueblo? Hace unos días incluso inició una huelga de hambre. Aquí, la gente es tan apática que ni siquiera sabe cómo se lucha por una causa.

De ese modo, hablaban y discutían hasta bien entrada la noche de colegas y amigos, de enemigos y conocidos.

Durante el día, se procuraba que no faltara comida ni bebida por la noche. Entonces, Mary Jane se superaba a sí misma, y miss Hold se ocupaba de que no se viera ni una mota de polvo en ningún sitio.

Por mí, las cosas podrían haber seguido así eternamente. El día comenzaba con el timbrazo del lechero por la mañana y acababa con el leve chisporroteo del fuego de la chimenea apagándose. Entremedias, horas llenas de acontecimientos, que me enseñaron más cosas sobre la vida de las que nunca habría podido mostrarme Alice. Aquella casa era el paraíso para un oso de peluche ávido de conocimientos como yo.

Pero, por desgracia, donde está el paraíso también ronda el pecado.

Como ya he señalado, fue Leo quien hizo que mi idea de la felicidad perfecta se tambaleara. Ocurrió un miércoles, en el verano de 1923.

El sol brillaba con una calidez insólita para ser Londres. Hacía un día magnífico. Tal vez no era necesariamente el día adecuado para limpiar las ventanas (más tarde aprendí con Marga Möhrche que no hay que limpiar las ventanas cuando brilla el sol, porque entonces quedan rayas), pero Cathy cogió un cubo con agua y jabón, una pila de periódicos viejos y se subió a la escalera de mano.

—Para proporcionar a los Brown unas vistas claras —le dijo a James riendo.

Yo me encontraba en el salón y desde allí pude ver de maravilla cómo daba lustre a los cristales con movimientos regulares, arriba y abajo, nunca en círculo. James le sujetaba la escalera por debajo, aunque, por lo que pude apreciar, Cathy estaba muy segura. Pero no quiero tomarme la libertad de juzgarlo.

La casa estaba tranquila. La serena tranquilidad cantarina de una tarde de verano. Desde abajo llegaba quedamente el canto de Mary Jane. Tarareaba una canción de amor: «*Daisy, Daisy, give me your answer...*».

—*I'm half crazy just for the love of you.* —Cathy unió su voz en el estribillo, mientras frotaba el cristal con papel de periódico hasta dejarlo reluciente.

James se rió.

—¿Es así, Daisy mía? ¿Tú también me quieres? —le preguntó, y la cogió por la cintura.

Escuché con atención. Algo había cambiado en el ambiente. El aire parecía echar chispas.

Cathy se volvió súbitamente. Las mejillas enrojecidas y el sudor brillándole en la frente.

—James. Estate quieto. ¡Si alguien nos ve!

Y apenas acabó de decirlo, la puerta se abrió de golpe. Leo entró en estampida. James y Cathy se separaron como si hubiera caído un rayo entre ambos.

Leo se plantó sin aliento delante de ellos y los miró, a uno y a otro.

—¿Se ha limpiado los pies? —preguntó James con gran presencia de ánimo.

Leo no le contestó.

—Cathy, necesito la raqueta de tenis, ¿sabes dónde está? —dijo jadeando. Sus cabellos rubios salían de su cabeza en todas direcciones.

—Tiene que estar arriba, en su habitación —contestó Cathy sin mirarlo y haciendo ver que estaba muy ocupada con las ventanas.

—No, no está, ya lo he mirado. Búscamela.

—Tengo que acabar de limpiar la ventana o quedarán rayas, iré dentro de cinco minutos.

—No, la quiero ahora. Missy y George me están esperando.

—Será rápido, solo un momento.

Algo brilló de repente en los ojos de Leo, lo vi perfectamente. El rostro del niño se transformó en ese instante, los ojos adquirieron un resplandor de dureza y

parecieron contraerse con enfado. Después, ese rasgo ya no desaparecería. Leo sería siempre un niño colérico.

—Si no vas ahora mismo, le diré a *daddy* que tú y James os habéis besado.

—¡Leo!

—Y tú sabes que está prohibido.

—Y usted sabe que no es verdad —murmuró Cathy.

—Me da lo mismo. ¿A quién dirías tú que creará *daddy*?

Cathy bajó de la escalera lentamente, sin decir nada y sin dignarse mirar a Leo. Le dio el periódico arrugado a James, se alisó el delantal y salió de la habitación. James desapareció para irse abajo. Leo se quedó y se dejó caer en el sofá. A dos centímetros de mí. Boté un poco y fui a parar a su lado.

Me cogió y me sostuvo delante de él.

Si hubiera podido, le habría apartado la mirada. En serio. Me repugnaba la conducta de aquel niño al que creía conocer tan bien, al que le tenía mucho cariño.

—Le está bien empleado —dijo, mirándome a los ojos. Pronunció las palabras con tanta rabia que me cayó saliva en la cara.

Me quedé horrorizado.

¿Qué has hecho, diablillo? ¿Te has olvidado de todo lo que Cathy hace por ti? La has chantajeado. Eso solo lo hacen los canallas.

Leo me miraba lleno de odio.

Desde que había perdido a Alice —y de eso hacía ya un tiempo—, no había sentido tanto el amor como en aquel momento. ¡Mi Cathy! ¿Con qué derecho le daba órdenes el niño de aquella manera? Precisamente Leo, que siempre era el primero en reclamar cuando algo era injusto, se comportaba a todas luces como un canalla. Yo estaba seguro de que sus padres jamás habrían tolerado un comportamiento como el suyo. No habían educado así a sus hijos.

El pequeño Leo había mordido el anzuelo que le habían echado al nacer. Victor no había conseguido convencer al niño de que todas las personas son iguales, pues la vida le demostraba a diario lo contrario. ¡Existía una diferencia! Él podía mandar, y otros tenían que obedecer sus órdenes. De repente, daba la impresión de que no le parecía mal ese acuerdo. Creo que para él estaba más claro que el agua: Cathy era de abajo, Leo de arriba. Así habían nacido, ella abajo y el otro arriba.

Al contrario que Leo, en aquel entonces yo no entendía la diferencia. Creía que Cathy *quería* vivir abajo. Creía que ella lo había elegido así. No me daba cuenta de que había personas que no tenían elección, y que Cathy era una de ellas. Todo el mundo tiene dos brazos, dos piernas, una cabeza y una nariz. Todavía hoy continúo sin saber en qué puede reconocerse que uno es mejor o peor que el otro. Ahora lo intuyo (lo cual no significa que comprenda los motivos ni que los apruebe). Al parecer, se trata de algo que no se puede ver. Algo en la cabeza de la gente. La mayor

parte de las cosas que, después de más de ochenta años, todavía no me explico tienen lugar en la cabeza de la gente.

Cuando Cathy volvió al cabo de unos dos minutos con la raqueta de tenis en la mano, Leo seguía inalterable. El gran reloj de pie hacía tictac; los trinos excitados de los gorriones penetraban desde el exterior. Por lo demás, reinaba el silencio. Un silencio cargado. Cathy dejó la raqueta encima de la mesa.

—Aquí tiene. Estaba al lado de la cama.

—Ya no la necesito. Ahora no me apetece jugar —dijo Leo.

—¿He ido a buscarla para nada?

—Eso parece.

Cathy bajó la cabeza. Vi que la embargaba la rabia. Pero reprimió cualquier comentario y aguantó sin protestar la humillación por parte de un niño de diez años.

¿Qué es esto? ¡Defiéndete! No permitas que un mocoso te haga bailar al son que él toca.

—Entonces, volveré a llevarla arriba —dijo tranquila.

—No.

—Sí, lo haré. Es mi deber mantener el salón ordenado. Ya sabe que sus padres esperan invitados.

—Si lo haces... —La furia volvía a hervir dentro de Leo.

Todavía hoy me pregunto qué le pasó al niño aquella tarde. Él quería a Cathy, lo sé perfectamente. Ella se preocupaba por él, lo ayudaba a salir de embrollos con mentirijillas inocentes, le hacía guiños de complicidad y a veces incluso sacrificaba su escaso tiempo libre practicando lanzamientos con él. No era propio del Leo que yo conocía hacerle daño de aquella manera. Hasta entonces, el crío siempre había dado marcha atrás en el momento decisivo.

Aquel día, no.

—¿Qué? —preguntó Cathy. Saltaba a la vista que había decidido no permitirle a Leo nada más.

—¡Se lo diré! —la amenazó el niño.

Cathy cogió la raqueta de la mesa y giró sobre sus talones.

Qué orgulloso me sentí de ella. No se había doblegado.

Abrió la gran puerta de doble hoja que daba al recibidor, salió y dejó la puerta abierta a propósito.

—¡Te odio! —gritó Leo—. ¡Vaca burra!

Y entonces noté sus dedos calientes en el brazo, tomó impulso velozmente y me arrojó contra ella.

¿Cómo describir la funesta trayectoria que tomé? Fue corta. Pero el lanzamiento se había efectuado con furia, y me arrancó lágrimas de los ojos. ¿Del viento? ¿O de la

decepción al ver que aquel niño se aprovechaba así de mí? Leo había practicado con Cathy, ironías del destino. Era bueno en los deportes de pelota y sabía perfectamente cómo había que lanzar para dar en el blanco. Por algo pertenecía al club de críquet.

Sus palabras seguramente no fallaron su objetivo. Pero la furia mermó su capacidad de lanzamiento y yo me estampé contra el jarrón que estaba a la izquierda de la puerta, encima del aparador. El jarrón se balanceó y durante un terrible segundo giró lentamente sobre su finísimo pie de porcelana.

Por favor, no te caigas. ¡No te caigas!

Luego se volcó ruidosamente y cayó al suelo.

Se me cortó la respiración. Aquel jarrón era el orgullo de Emily. Nadie pasaba por delante sin admirarlo. Nadie. No había visita a la que no contaran el largo y arriesgado viaje de aquella pieza.

—Ming —decía siempre Emily—, de la más selecta calidad y con procedencia certificada de la casa del emperador.

No quería ni pensar en cómo reaccionaría Emily cuando se enterara de aquel percance.

Si los cacharros rotos traen suerte, la suerte debió de caer muy lejos de nuestra casa. A nosotros solo nos trajo desgracia. Una gran desgracia. Mil esquirlas de porcelana blanca y azul salpicaron la sala. Del jarrón solo quedó un montón de añicos. Yo estaba en medio y noté que algunos pedacitos me perforaban la piel. El dolor simbolizó toda la escena.

Leo se quedó petrificado en el sofá. Miró hacia mí y los restos del jarrón con los ojos abiertos como platos. Luego se levantó de un brinco y salió precipitadamente del salón, escaleras abajo y a la calle.

Oí los pasos de Cathy en el pasillo. No se le había escapado el ruido. Se detuvo a mi lado, me recogió y me sacudió la piel, igual que ya había hecho una vez, el año anterior, cuando me rescató del polvo en el andén de Paddington Station. Luego vi que le corrían lágrimas por las mejillas. En silencio y sin hacer ruido.

¿Acaso intuía ya que estaba perdida?

Hasta ese día, los quise a los dos. A Leo y a Lili. Les había cogido cariño enseguida a los dos pequeños torbellinos, era inevitable. Porque, aunque parecieran salvajes e indomables, me sentía muy unido a ellos. Eran muy directos y claros y francos, y expresaban su opinión sin rodeos, con lo cual no era raro que me hablaran con el corazón. Planteaban las preguntas que hacía tiempo que a mí me inquietaban. Y jugaban. Y reían. Ellos eran mis compañeros y yo el suyo. Confiábamos unos en otros.

Oh, Leo. ¿Por qué arriesgaste todo eso?

Pobre Cathy.

El último acto del drama se desarrolló a última hora de la tarde.

Las ventanas relucían, limpias como una patena, con los rayos del sol que caían sobre Fitzroy Square y entraban en la sala del primer piso. Pero Emily Brown no tuvo ojos para eso cuando entró en el salón.

Enseguida vio que faltaba el jarrón. En su lugar, estaba yo, infeliz de mí, que fui testigo involuntario por segunda vez en ese día de la más pura desesperación.

Emily palideció y su piel se tornó traslúcida como el pergamino. Su peinado en forma de torre se tambaleó de manera preocupante cuando empezaron a temblarle las rodillas. Dio un traspié, pero se recuperó sujetándose al aparador de caoba. Respiró profundamente. Dos, tres veces. Luego agarró la campanilla con manos temblorosas y llamó.

—¡Miss Hold! —gritó, y su voz adquirió un tono histérico cuando soltó un gallo —. ¡Miss Hold!

Al día siguiente, Cathy se había ido y yo no comprendía el mundo.

Durante el desayuno, la atmósfera fue gélida. Lili me estrechaba en brazos, boicoteaba el *porridge* y apretaba con fuerza sus pequeños labios infantiles. Leo no estaba. Emily ponía cara de dolor de cabeza y Victor se atrincheraba detrás del periódico.

—Cariño, cómete el *porridge* —dijo Emily, mirando suplicante a Lili.

—Estoy en huelga de hambre. No comeré nada hasta que se le haga justicia a Cathy —contestó Lili.

—Tesoro, ya sabes que no podía hacerse otra cosa. No habría podido pagar los daños. Puede estar contenta de que la haya despedido con buenas referencias.

¿La has despedido? ¿Por qué? Es inocente. ¡Soy testigo!

—Sabes muy bien que ella no fue —dijo Lili.

—Leo dijo que había sido ella. Y ella lo ha reconocido.

—Leo miente. Además, también la habrías despedido si hubiera dicho que había sido Leo.

—Un criado no es quien para acusar a los señores.

—¡Eso es injusto! Yo no quiero ser una señora. Quiero que Cathy vuelva.

—Victor —dijo Emily, mirando suplicante a su marido.

El hombre bajó el periódico y le dedicó a Emily una mirada de cansancio. Me inquieté. Tuve esperanzas. Rogué que pronunciara las palabras de salvación.

Di que Cathy volverá.

Pero solo dijo:

—Lili, cómete el *porridge*.

—Ese estúpido jarrón. Odio a Leo —masculló Lili.

Sus cabellos volaron al viento cuando se levantó de repente de la mesa. Me dejó caer (en aquellos días, me caía muy a menudo) y su silla se volcó estrepitosamente detrás de ella, pero no se tomó la molestia de levantarla y salió corriendo de la sala.

Victor no lograba ocultar lo que pensaba de aquella situación. Se lo noté. Tenía los ojos tristes, y saltaba a la vista que en esos momentos hubiera preferido ser un padre de familia que le daba un pescozón a su hijo y, para mantener la paz, reprendía a la criada por haber asumido una culpa ajena.

Hubiera querido mantenerse fiel a sus principios, según los cuales todos los seres humanos eran iguales. Pero no lo hizo. Se escabulló y dejó a cargo de Emily el dirimir la lucha con su hija.

Así pues, de ese modo funcionaba el poder. Todos sabían que Cathy era inocente y, aun así, la sacrificaban. No entendía a esa familia a la que tanto quería. Todavía era muy joven y tenía muy poca experiencia en la vida. Pero no era ese el motivo.

Todavía hoy me entristece pensar en aquel momento. Me entristece porque yo quería a Cathy. Porque yo quería a Leo. Porque para Emily era más importante tratar al personal correctamente que justamente. Porque Victor era demasiado débil para pasar de verdad por alto las diferencias de las que, día sí y día también, se lamentaba tan amargamente.

—¿Tenías que ser tan dura? —le oí preguntar mientras yo estaba en el suelo, mirando sus relucientes zapatos negros y esperando que alguien me recogiera.

—No lo sé, Victor —murmuró Emily—. No lo sé.

Me dejaron en el suelo.

Llegó una criada nueva. Pero no recuerdo cómo se llamaba, de tan poco que me importó. Lili y Leo tampoco dieron muestras de querer trabar amistad con ella. Simplemente, la chica estaba allí y hacía su trabajo.

Después del caso del jarrón, en la cocina imperó un ambiente triste durante semanas. A Mary Jane se le habían quitado las ganas de cantar.

La huelga de hambre de Lili duró cuatro días.

—Otros han tenido éxito con esto —contestó a las súplicas desesperadas de Victor.

Llevaba puestas unas sandalias y un manto blanco, se había fabricado unas gafas redondas con alambre y rehusó la comida, hasta que Mary Jane rompió finalmente su férrea voluntad con panqueques.

La rabia no se movió de los ojos de Leo. Creo que, aunque era consciente de su culpa, se obstinó en su versión de los hechos. Aquel suceso cambió al niño para siempre; plantó la ira en su corazón.

Pasó un tiempo hasta que la normalidad volvió a instalarse. Un día, volvieron a

sentarse todos juntos a desayunar. Un día, Lili dejó de decir «mentiroso» cada vez que Leo le dirigía la palabra. Un día, Leo no se tapó los oídos cuando pronunciaban el nombre de Cathy. Un día, volvieron a reírse juntos de lord Malcolm Forsythe. Un día, los dolores de cabeza de Emily pasaron. Un día, todo volvió a estar aparentemente bien. Pero ya nada fue como antes. Porque mi cariño por Leo se había agotado. Y como si la desgracia de su acto se hubiera adherido a mí, él también me evitaba. Sin decir nada, le cedió el paso a Lili, que me acogió contenta bajo sus alas. Yo no odiaba a Leo. Pero tampoco podía perdonarlo. No en aquel entonces. El corazón de un oso de peluche es más grande que su razón.

Además de los libros, la segunda gran pasión de Victor era la ingeniería. En el año 1923, se retiraba casi todas las noches a su despacho para escribir una biografía del gran pionero británico Isambard Kingdom Brunel.

—¡No os creeríais todo lo que Brunel llegó a hacer! —podía exclamar sin más ni más durante las comidas—. Ferrocarriles, barcos, todo lo que nosotros damos por sentado, él lo construyó. Era un visionario. Como yo, pero mucho menos.

Emily esbozó una sonrisa ante tanto desatino.

Yo solo conocía los barcos a través de libros y por el cuarto de los niños. Sabía que servían para cruzar las grandes superficies azules del globo terráqueo. Flotaban sobre el mar.

En nuestras expediciones, Leo, Lili y yo habíamos cruzado océanos y habíamos puesto rumbo a islas lejanas en veleros contruidos por nosotros mismos.

—¡Yo seré Magallanes! —gritaba Leo—. ¡Soltad amarras para el descubridor!

—¿No podríamos ser Colón? —preguntaba Lili—. Él al menos llegó a América.

—Pero por error —objetaba Leo—. Magallanes sabía lo que se hacía.

Luego, él era Magallanes y ella Colón, y yo era cocinero en un barco, timonel en el otro, mientras descubríamos el mundo haciendo carreras de velocidad en las naves más fantásticas. Sin embargo, era incapaz de imaginar qué aspecto tenía en la realidad uno de esos gigantes oceánicos.

Debió de ser en octubre, mucho después del gran escándalo, cuando una noche Victor puso cara de solemnidad, irguió la espalda y dijo:

—Leo, Lili, tengo algo que comunicaros. ¡Seguiremos los pasos de Brunel! —anunció, y los ojos le brillaron al pronunciar la frase—. Seguiremos la ruta del *Great Eastern*.

—¿A Australia? —susurró Leo—. ¿Las colonias penitenciarias?

—Hijo mío, ya sabes que el *Great Eastern* nunca llegó a Australia porque los puertos eran demasiado pequeños para ese barco perfecto. No. ¡Iremos a Nueva York!

Lili y yo hablamos toda la noche de la aventura que nos esperaba.

—Sabes, Puddly, Nueva York es enorme. Más grande que Londres, y los edificios son mucho más altos —me explicó, procurando despertar mi curiosidad.

Hum.

—Viviremos con el tío Max y la tía Frances. ¡Sus criados son negros!

¿*Qué son criados negros?*

—Navegaremos durante cinco días, quizá seis. Siempre hacia el oeste. Entre Southampton y Nueva York hay solo agua. ¡Nada más!

¿*Cabíamos todos en ese barco?*

Yo los observaba con los ojos abiertos como platos. Era increíble que quisieran llevar de verdad a la práctica un plan tan absurdo. A mí me parecía realmente disparatado.

Habíamos leído en muchos libros de viajes que en las naves expedicionarias se vivía con estrecheces. Los hombres tenían que dormir por turnos en hamacas porque no había sitio para todos. Sin embargo, pronto se comprobaría que mis preocupaciones eran infundadas.

—Iremos en el *RMS Majestic* —dijo Victor—. Un buque imperial, ¿no es fantástico?

—Suen a barco de guerra —replicó Emily, que era la única que afrontaba el viaje con dudas.

—De ninguna manera, cariño, de ninguna manera. Es el transatlántico de lujo más grande del mundo.

—¿No dijeron lo mismo del *Titanic*? —preguntó ella, preocupada.

—Por favor, el *Titanic* es agua pasada. ¿No creerás que la navegación no ha evolucionado nada en los últimos diez años? La White Star Line no soportaría otro barco tan malo.

—¿Cómo? ¿Pertenece a la misma flota? Victor, no estoy segura de que sea buena idea...

Pero nosotros opinábamos que era muy buena idea.

Leo ardía de entusiasmo. Lo había averiguado todo sobre el barco, y el afán con que se preparaba para el viaje le sentó tan bien que casi estuvo a punto de convencerme para volver a quererlo un poquito.

—Imagínate, *mum*: en el *Majestic* hay sitio para cuatro mil pasajeros y mil doscientos miembros de la tripulación. Impresionante, ¿no? ¡Es casi tan grande como una ciudad!

Emily miraba inquieta a uno y a otro.

—No me explico cómo puede flotar una ciudad semejante. En serio.

Yo también me había planteado la pregunta en secreto, pero nunca la habría

expresado en voz alta: mi curiosidad era demasiado grande.

Ese año, las Navidades pasaron casi desapercibidas. Todos tuvieron un regalo útil para el viaje y, aunque parezca increíble, a mí me tocó un impermeable.

El 30 de diciembre de 1923, cinco personas y un osito emprendieron al fin el camino a Southampton. James nos acompañaba; Emily había insistido en ello. Además de James, nos acompañaban tres baúles grandes, muchísimas sombrereras, una maleta de piel de cocodrilo en la que Victor transportaba sus libros (naturalmente, solo los más importantes), una maleta de cuero vacuno marrón, en la que los niños llevaban sus juguetes (naturalmente, solo los más importantes), una bolsa de lona con asas de cuero y un estuche para las raquetas de tenis. James llevaba una pequeña maleta vieja que le había pedido prestada a Mary Jane, que había viajado a Francia ocho años antes porque había servido en el frente de enfermera.

Yo viajaba sin equipaje, llevaba puesta mi única pieza de ropa, el impermeable; no necesitaba nada más.

Hacía frío. El viento soplaba fuerte desde el mar cuando nos apeamos del coche en Southampton. Se me erizó el pelo con el aire húmedo y frío, y tengo que decir que el chubasquero no estaba de más. Apretujados debajo de los paraguas, esperamos hasta que el chófer descargó el equipaje. Un empleado de la White Star Line acudió a toda prisa con un carro y se encargó de nuestras cosas.

Sin embargo, el mal tiempo nos preocupó bien poco, puesto que ante nuestros ojos se erigía, poderoso y más que impresionante, el *RMS Majestic*, que hacía honor a su nombre. ¡Qué barco! Era tan grande que desde la punta no podía verse la parte de atrás.

En el muelle imperaba una laboriosa actividad. El ajetreo de la Paddington Station parecía ridículo comparado con la cantidad de gente que corría de un lado a otro por allí. Mozos de equipaje, chóferes, familias que se despedían. Marineros, estibadores, oficiales: todos estaban representados. Las banderas rojas con una estrella blanca ondeaban por doquier. Los cláxones de los automóviles pitaban estridentemente, las órdenes a grito pelado acallaban el vocerío de los pasajeros, y de repente resonó la bocina del barco, estruendosa e imponente. Sonó como el largo alarido de un gigante. El nerviosismo aumentó, los pasajeros se apiñaban en el embarcadero, se abrían camino entre maletas y camareros para subir a bordo de aquella nave colosal.

Lili me cogió fuerte del brazo y supe que en aquella ocasión no debía tener miedo de perderme. Ella se cuidaría de que siempre estuviera a su lado. Y por la violencia con que latía su corazón, por lo férreamente que me sujetaba, me di cuenta de que mi presencia le prestaba a ella tanto apoyo como a la inversa.

Mostrando reverencia, con un pertinente respeto metido en el cuerpo y pequeños

como hormiguitas, la familia Brown al completo estaba de pie en el muelle, y volvió a mirar hacia arriba. El casco negro de hierro del buque se levantaba delante de nosotros como un edificio inmenso, y en lo alto, muy arriba, casi en las nubes, se alzaban las estructuras blancas. Vimos a la gente que ya había subido a bordo y eran como puntitos en la cubierta superior, y más arriba, sobre sus cabezas, tres chimeneas enormes se elevaban en el cielo. Un humo negro salía de ellas y se extendía hacia el este.

Nos habíamos quedado paralizados de asombro. También Victor. Emily fue la primera en recuperar el habla.

—Leo, ángel mío, ¿de cuántos botes de salvamento dispone esta ciudad flotante? —preguntó, aparentando tranquilidad.

—Cariño —intervino Victor antes de que Leo pudiera exponer sus conocimientos—, aunque chocáramos con un iceberg, cosa que evidentemente no ocurrirá, no tienes que preocuparte. Nos corresponde una plaza en el bote de salvamento. Viajamos en primera clase.

A Lili se le escapó una risita y su padre le guiñó un ojo.

—Bueno —dijo Victor—, no perdamos más tiempo y subamos a bordo. No vayamos a causarle un disgusto al tío Max perdiendo el barco. James, si es tan amable de cogerle la bolsa a mi esposa. ¿Permites que te ofrezca mi brazo, Emily?

Ella se cogió de su brazo, y todos subimos a la escalera de embarque. Ellos dos delante, Emily a la izquierda de Victor, que sostenía el paraguas en la mano izquierda; detrás, Lili, yo y Leo y, a la cola, James, que vigilaba que nada ni nadie se perdiera.

Nos instalamos en dos camarotes de primera clase, cuatro de cuatrocientos ochenta pasajeros de primera clase, y mi humilde persona de polizón. A James lo alojaron en segunda clase, un par de cubiertas más abajo y más a popa. Pero nunca fuimos a verlo y, por lo tanto, no puedo decir cómo era.

Desde el asunto de Cathy, esas diferencias ya no me sorprendían. Había comprendido que había normas, inexplicables para mí, que se ocupaban de que no todo el mundo disfrutara de los mismos derechos. Sin embargo, al parecer no era el único al que no le gustaban esas normas.

Cuando Lili se disponía a entablar una discusión con su madre sobre por qué James no viajaba con nosotros en primera clase, Emily se enfadó y espetó secamente:

—Puede estar contento de no tener que dormir en la sala de máquinas. Allí no tendría ninguna posibilidad si naufragamos.

Acto seguido se retiró y tuvo migraña. Pero solo hasta la hora de la cena.

Soltaron amarras entre los sonoros bocinazos de las sirenas del barco, y unos remolcadores diminutos nos arrastraron pesadamente y sacaron al monstruo mayestático del puerto. El muelle estaba lleno de gente saludando, y por el aire

volaron sombreros llevados por las irrespetuosas ráfagas de viento.

Cuando las pesadas amarras azotaron el agua y el barco se puso lentamente en movimiento, tuve la sensación de que algo se rompía dentro de mí a causa de la alegría. Tal vez lo sublime y la fuerza indomable que notaba por debajo de mí fue lo que me hizo pensar por un momento que había llegado al lugar al que pertenecía: un hogar apátrida, un lugar de encuentro y de cambio constante, un lugar de movimiento y, sin embargo, con la fuerza de lo inmutable. Imaginé que mi vida podría ser así. Siempre nueva y siempre igual. ¿Acaso no me habría quedado a medida? Tendrían que pasar aún cincuenta años antes de que encontrara un hogar parecido en Fiesole, en casa de los Simoni. Y hasta entonces me esperaban muchos viajes. Pero, francamente, ninguno me impresionó tanto como la travesía a Nueva York en el verano de 1923.

Victor intentó calmar a los niños, que le tiraban intransigentes de la manga, pero al final venció también su propio espíritu explorador y aprovechamos la tarde para reconocer el barco. Lili se propuso caminar de proa a popa y contar los pasos, pero el asombro le hacía olvidar su propósito y pronto perdió las ganas de volver a empezar por el principio. Mientras curioseábamos en salas y salones, Leo y Victor comentaban detalles técnicos sobre toneladas brutas de registro y fuerza de empuje y qué sé yo, pero no les presté atención.

¿Acaso no me había asombrado cuando llegué a la estación de Bath? ¿Acaso no me había admirado el suburbano de Londres? ¿La riqueza en casa de los Brown? Todo eso no era nada comparado con aquel barco. *Peanuts*, como solía decir Victor (por lo que Emily lo reprendía a menudo señalándole sus maneras de expresarse).

El vestíbulo de primera clase era tan grande como yo imaginaba la entrada del castillo inglés de Windsor. En el centro había un enorme gobelino, sobre el que caminamos con cuidado para llegar a la sala. Ante nosotros se abrió como por arte de magia una gran puerta de vidrio de dos hojas, adornada con motivos florales modernistas, y entramos en la sala de descanso de los nobles señores. Y con cuánto señorío se actuaba allí.

Apenas llevábamos dos horas en el mar, y las damas y los caballeros ya se habían reunido allí para jugar al bridge. Los caballeros saboreaban whisky irlandés y las damas, champán, como bien subrayaban. Se sentaban en unas butacas bajas que, con sus patas torneadas y sus altos respaldos de terciopelo, parecían pequeños tronos, y se entregaban gustosamente a la decadencia.

Victor observó con una mezcla de diversión y curiosidad lo que allí ocurría.

Vaya, ¿no es precisamente esto lo que tú siempre criticas?

Los niños estaban completamente entusiasmados. Se abrieron paso entre las mesas hacia los grandes ventanales, que eran todavía más altos que en casa, y

contemplaron Inglaterra, que se iba haciendo pequeña. Las gaviotas ascendían en el cielo y planeaban silenciosas a nuestro lado. Nubes de humo de algún que otro puro cruzaban el salón, se pegaban a las pesadas cortinas de brocado.

A toda esa opulencia, que a Lili no paraba de arrancarle la exclamación «Igual que en la realeza», se añadía otra cosa que me nubló los sentidos. El olor del mar. Agua salada.

Olía a infinito y a insondable. A vida y a muerte al mismo tiempo. Con todas mis limitaciones, mi mudez y mi inmovilidad, nunca me sentí tan libre y tan vivo como aquellos días a bordo del *RMS Majestic*, cuando Lili y yo nos asomábamos a la borda y escuchábamos el runrún del barco, los chillidos de las gaviotas y el batir de las olas. Nunca he olvidado aquel olor ni la sensación asociada a él, y más de una vez, en horas de angustia y estrechez, he recurrido a ese recuerdo como a un preciado tesoro. No echo mano de él muy a menudo porque me da miedo desgastarlo.

El embeleso de los Brown parecía cosa de nunca acabar, sobre todo cuando Lili descubrió la piscina. Por supuesto, también allí el acceso solo estaba permitido a los pasajeros de primera clase. Rodeada por diez altas columnas de mármol, la piscina se extendía plácidamente. A través de la cubierta de cristal emplomado caía una luz suave que se reflejaba en el agua, que se mecía al ritmo del barco.

¿Una piscina en el mar? No lograba explicarme para qué servía. ¿Acaso no iban en barco precisamente para no mojarse?

Un hombre con un bañador a rayas rojas y blancas me sacó de mi error. Con una toalla en el brazo, recorrió la balaustrada del segundo piso de la piscina cubierta y bajó con paso firme la escalera de mármol. Se situó en una de las escalerillas, metió un dedo del pie en el agua para comprobar cómo estaba y, acto seguido, levantó muy serio los brazos dos veces. Luego ejecutó un salto de cabeza y nos salpicó a Lili y a mí. Salimos de nuestro escondite, detrás de la columna, y fuimos a hurtadillas al exterior, donde Leo y Victor le habían echado el guante a un oficial y lo habían enmarañado en una conversación especializada sobre máquinas de vapor.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Victor al ver el vestido empapado de Lili. Yo estaba seco gracias al impermeable.

—Nos ha golpeado una ola que ha inundado la cubierta de popa —contestó la niña muy seria.

—¿Ha arrastrado a alguien por la borda? —preguntó Victor, también muy serio.

—A tres o cuatro señoras mayores y un perro —respondió Lili.

—Pobre perro —dijo Victor.

El oficial los miró confuso, a uno y a otro. Como nadie dio muestras de querer aclararle nada, se marchó sin decir palabra.

—Ese hombre no tiene sentido del humor, lástima —dijo Victor.

—Y eso que parecía muy amable —dijo Leo.

Volvimos al camarote para ir a ver a Emily. Quizá necesitaba sus sales de amoníaco. Pero ya había mejorado y se estaba arreglando para la cena.

Al contrario que Mortimer Wright, Augusta Hobhouse podía crisparte realmente los nervios. Los dos se sentaban a nuestra mesa en el restaurante. Aquella mujer era todavía peor que Elizabeth Newman. Hablaba como una cotorra, disponía de muchísimo dinero heredado y no se esforzaba por ocultarlo. En cambio, mister Wright era muy callado. Se había presentado con voz queda y les había besado la mano a Emily y a Lili.

—Encantado —dijo, y se sentó.

—Esta tarde me ha dejado empapada —dijo Lili.

—¿Eso he hecho, señorita? Lo lamento mucho.

—¡Lili! —la reprendió Emily y, dirigiéndose a mister Wright, añadió—: Por favor, disculpe...

—No he visto a nadie, la piscina estaba vacía —dijo él. Su rostro, enflaquecido y pálido, parecía sinceramente afligido.

—Estábamos detrás de una columna.

—¿Estábamos?

—Puddly y yo —le explicó Lili señalándome.

Mortimer Wright sonrió en silencio y asintió.

Yo no tenía plaza en el restaurante, pero Lili había conseguido, contra la opinión de la madre, que yo también los acompañara al comedor.

—De todos modos, me preguntaba qué pinta en el restaurante un oso de peluche tan deteriorado —intervino miss Augusta Hobhouse.

Por mi parte, el asunto quedaba zanjado. Augusta Hobhouse había perdido todo crédito antes de que retiraran los platos de los entrantes. Pero, claro, Emily se sintió ratificada por miss Hobhouse y totalmente avergonzada por sus hijos. Miró desesperada a su marido.

—Estimada señora, espero que en este caso podrá hacer la vista gorda. —Victor intervino con encanto en la conversación y, luego, imprimiendo un tono especial de preocupación a su voz, dijo—: El osito tiene que estar aquí. Forma parte de un experimento socioeconómico sobre el que tenemos previsto publicar un libro muy importante. Podría ocuparme de que la mencionaran elogiosamente por su apoyo, miss... hmmm... Miss Hobster.

Emily se llevó la mano a la frente. Los niños callaron. Mister Wright se inclinó hacia Lili y dijo en voz baja:

—No era mi intención salpicarla, señorita.

—Está bien —contestó la niña, guiñándole un ojo.

Mister Wright esbozó una sonrisa demasiado triste para un hombre al que una niña preguntona con unos preciosos ojos marrones le había hecho un guiño.

—*Hobhouse*, Augusta Hobhouse —se apresuró a corregir Augusta, y su voz se fue elevando a cada sílaba cuando prosiguió—: Pero ¡querido mister Brown! ¿Haría eso por mí? Seguro que sería muy útil para nuestra causa.

¿*Qué causa? ¿Qué experimento?*

Victor no cometió el error de preguntar por esa «causa», pero Emily le hizo el favor a aquella señora.

—Yo solo digo: «¡Hechos, no palabras!» —se sublevó Augusta Hobhouse. Parecía haberse olvidado por completo de mí, el osito deteriorado. Luego prosiguió —: Las mujeres debemos luchar por nuestra causa, ¿no es cierto, Emily? Estuve en la protesta en la Cámara baja, sé de lo que hablo.

—¿Estuvo con las sufragistas? —preguntó asombrada Emily—. ¿Conoce personalmente a Emmeline Pankhurst?

No pudo dominar su curiosidad, los escritos de aquella feminista eran también un tema recurrente en las reuniones de los jueves en Bloomsbury. Incluso yo había oído hablar de Emmeline Pankhurst, aunque digamos que los derechos de las mujeres no eran lo que más me interesaba.

—¡Por supuesto! Luché codo con codo con Emmeline. Aunque hace mucho de eso, más de diez años. Pero yo no he abandonado. ¡Las mujeres necesitamos nuestros derechos! Ahora opongo otro tipo de resistencia —dijo Augusta, y se arrimó, confabuladora, a Emily. —¡Ahora escribo! —susurró lo bastante alto para que todos los de la mesa pudieran oírlo.

Victor estuvo a punto de atragantarse con la pintada al vino tinto; mister Wright no levantó la vista del plato ni una sola vez.

Había proclamado su vocación tan pagada de sí misma que en aquel mismo instante estuve seguro de que la única causa por la que Augusta Hobhouse intercedería se llamaba Augusta Hobhouse.

—Voy a Nueva York en busca de inspiración. Los americanos son mucho más modernos. Mucho más avanzados —añadió.

—Siempre he admirado enormemente a missis Pankhurst —dijo Emily muy seria, y pasó por alto el ataque de tos de su marido.

—Sí, era magnífica. Lástima que se haya vuelto loca —dijo Augusta con falsa simpatía y, bajando la voz, continuó—: Pero ya le digo yo que la voz de nuestro futuro se llama Virginia Woolf. Tengo su último libro: *El cuarto de Jacob*. Fabuloso, realmente fa-bu-lo-so.

Me alegró que Augusta Hobhouse apreciara los libros de Virginia. Yo no podía leerlos y tampoco sabía de qué trataban, pero me gustaba su forma de hablar de literatura, me gustaba cómo se arrellanaba en el sofá en nuestra casa de Bloomsbury,

enrollaba cigarrillos y bebía whisky, que no toleraba demasiado bien, y me gustaba su carácter. Tierno y duro a la vez.

Esperé que Leo exclamara: «¿Qué? ¿Virginia Woolf? Es mi madrina y también está chiflada», o algo por el estilo. Vi que Victor se erguía, seguramente temía lo mismo. Luego dirigió dos miradas hacia los niños, una señal de desaprobación con la cabeza apenas perceptible en dirección a Emily, y cambió de tema con suavidad, pero con determinación. No se volvió a mencionar a Virginia.

Como siempre que entraban en mi vida personas tan pesadas, me puse taciturno. En aquel momento disfruté por primera vez de no poder hablar, de que no esperaran de mí una respuesta ni una opinión, y de poder consagrarme a mis anchas a pensar mal de los comensales sin tener que morderme la lengua. A veces sospecho que una soledad eterna podría volverme sarcástico. Pero luego pienso: ¿y qué?

Mortimer Wright, al que por lo visto le gustaban muchísimo las coles de Bruselas —se sirvió por tercera vez, pero apenas había tocado su pintada—, me cayó mucho mejor. Era tranquilo y humilde, y contestaba en voz baja cuando le preguntaban, pero nunca iniciaba una conversación.

¿Qué te pasa? ¿Acaso no veían los otros que algo fallaba? Yo nunca había comido coles de Bruselas, cierto, pero sabía lo que opinaban los niños de ellas, y no podía creer que alguien feliz y contento repitiera coles de Bruselas tres veces voluntariamente y despreciara una pintada.

Ojalá me hubiera equivocado.

En los cuatro días siguientes no nos libramos de Augusta Hobhouse. Es decir, Emily no se libró de ella. Pero creo que también disfrutaba un poco de la compañía de aquella mujer. Las dos deambulaban juntas por el barco, conocían a otras damas de la alta sociedad, jugaban alguna que otra partida de bridge y se entregaban al ocio a lo grande.

Lili y yo pasamos el segundo día de travesía mareados. Yo no supe qué le pasaba cuando la cara se le puso de repente de color ceniciento. Primero pensamos que le había sentado mal la comida, quizá la tarta helada que habían servido de postre, pero se comprobó que se debía al oleaje. Vomitó entre ruidos terribles, y yo estaba convencidísimo de que se moriría. Cada vez palidecía más, pronto estuvo más blanca que la cera.

En aquella época, aún no sabía cómo mueren las personas, cómo es cuando la vida cesa lentamente en ellas y solo sus ojos y su boca muestran apenas una frágil agitación. Todavía no conocía el silencio que precede a la muerte.

Pensé que alguien que hacía semejantes ruidos no podría sobrevivir de ningún modo. En nuestras expediciones por casa, cuando a un descubridor lo devoraba un león o lo hería un nativo, moría más o menos a ese volumen.

Me embargó el miedo.

Mi pequeña, querida Lili. Con su camisón blanco, parecía aún más vulnerable. Los mechones se le pegaban a la frente, y lágrimas de agotamiento le rodaban por la cara.

Lili, ¡no te mueras! ¡Yo te consolaré! Estoy contigo.

Tal vez sirvió que lo pensara una y otra vez. En los intervalos en que la pequeña criatura no se veía sacudida por terribles convulsiones, me estrechaba con fuerza.

Yacía en una especie de duermevela, aletargada, y me pasaba el dedo por la barriga incesantemente. Su pulgar se movía una y otra vez sobre mi piel, me estuvo frotando ese punto durante horas como una pequeña máquina.

Aún existe, ese punto. Lo llamo el punto de consuelo. No por esas horas de mareo, no, sino por los muchos pulgares infantiles que buscaron ese punto en mi barriga cuando la enfermedad o el miedo se les metía en el cuerpo, o cuando simplemente estaban cansados y querían dormirse. Pero Lili fue la primera de la lista, y el roce me resultó extraño y familiar a la vez. En cualquier caso, fue una sensación agradable porque noté que yo brindaba consuelo.

Después de que pasáramos horas terribles en el camarote, mientras Leo no paraba de criticar, «Que deje de vomitar ya, aquí apesta», Víctor decidió que lo mejor sería que Lili comiera un poco de pan tostado y luego saliera a tomar el fresco; eso nunca le había hecho daño a nadie.

James, que se había ocupado de vaciar el bacín, agradeció poder acompañar fuera a Lili. Estaba tan cetrino que probablemente él también habría empezado pronto a echar la primera papilla.

Lili se vistió, luego me vistió a mí y después nos fuimos a cubierta. Allí estuvimos, aferrados a la borda, desafiando el viento y las olas. Fue maravilloso y, en cualquier caso, yo no me encontraba mal.

Lili se sentó en una tumbona, se tapó con la manta de lana que le trajo un camarero y se lamentó quedamente hasta que el agotamiento y el aire fresco la durmieron.

Esa tarde se olvidó de mí por primera vez. Me dejó atrás cuando se fue al camarote. Dadas las circunstancias, la disculpo. Además, he de confesar que disfruté de la noche en cubierta. Fue una noche extraña.

El viento había amainado y se había llevado las nubes. En la negrura de la noche, las estrellas brillaban claras en el cielo invernal. Me quedé extasiado con aquella multitud de puntos centelleantes. Víctor les había explicado las constelaciones a los niños y les había contado que cada uno de aquellos puntos era tan grande como la Tierra o incluso más. Esa idea supera aún hoy mi entendimiento, aunque por eso me parece más fascinante todavía.

Una sombra salió de la oscuridad. Un hombre. Se acercó a la borda y se quedó un

buen rato allí, inmóvil. No llevaba abrigo, su camisa blanca ondeaba y los cabellos le revoloteaban por la cara. Tenía que estar pasando mucho frío, pero no parecía notarlo.

La tranquilidad había llegado al barco, la mayoría de los pasajeros se habían ido a la cama, no se oía más que el runrún sordo de los motores y el murmullo de las olas, muy abajo.

Hasta que el hombre no se dio la vuelta y se acercó a mí, no vi que era Mortimer Wright. Se dejó caer, cansado, en la tumbona donde yo estaba, y volvió a levantarse rápidamente cuando se dio cuenta de que se había sentado encima de mi cabeza.

Me cogió.

—Ah, eres tú, osito —dijo—. Me has asustado.

Me puso en su regazo y contemplamos el cielo.

—Qué cielo estrellado más increíble, ¿verdad?

¿Hablabas conmigo?

—Cuando veo esos millones de luces, soy consciente de lo insignificante que es una vida humana.

No es insignificante. Nadie vive sin dejar huella.

—Son los únicos momentos que hacen soportable mi existencia.

¿Qué tiene de malo tu vida para que te sientas insignificante? ¿Por eso estás tan triste?

—No se me ha perdido nada en este mundo —prosiguió—. La gente me resulta extraña. Sus pensamientos, sus sentimientos, no los entiendo. Pero ¿qué digo? Seguro que tú tampoco me entiendes.

Sí, te entiendo perfectamente. Por desgracia. A mí me ocurre lo mismo.

Mister Wright calló un momento y se reclinó en el asiento. Lo oía respirar. Se sorbía los mocos.

—Pensaba que si me mezclaba con la gente todo sería distinto, pero la verdad es que es todavía peor. Las personas como Augusta Hobbouse me sacan de quicio. Su palabrería me saca de quicio. Incluso alguien tan tonto como ella se las arregla. Y yo me siento como un extraño, como si viniera de una de esas estrellas del cielo. No me entiendo a mí mismo. Y eso me da miedo. Ojalá desapareciera esa sensación. Estoy atrapado en mí mismo.

¿Por qué no te liberas?

—Necesito paz. ¡En mi cabeza tiene que reinar la paz de una vez! Todos estos pensamientos. Ojalá me entendiera alguien.

Se mesó los cabellos, se frotó la cara y sacudió la cabeza como si de esa manera pudiera conseguir ponerla en orden.

Yo te entiendo. No estás solo, ¿me oyes? Estamos literalmente en el mismo barco. Yo tampoco puedo actuar como quiero, no puedo hablar. También estoy indefenso.

—Reconforta haberlo dicho.

No sé si esa frase se la dijo a sí mismo o me la dijo a mí. Pero yo también me alegré de que lo dijera. También alumbró mi existencia con una nueva luz, porque hasta entonces yo no había contado con que también había personas que se sentían tan solas en el fondo de su corazón como a veces me ocurría a mí. En mí se agudizó la sensación de haber encontrado un alma gemela en Mortimer Wright.

Seguimos en silencio en la oscuridad, absortos en nuestros pensamientos. Hasta que no empezó a clarear, mister Wright no se levantó. Me llevó consigo debajo del brazo y me dejó delante del camarote de Lili y Leo.

—Gracias, osito —dijo.

Lo miré mientras recorría el pasillo, con pasos un poco tambaleantes, un poco triste. Solo.

La orquesta tocó unos acordes de fanfarria y los pasajeros se levantaron de sus asientos. Faltaba poco para las doce. Fin de año.

En los dos años anteriores, había constatado que, una semana después de Navidad, era costumbre que hubiera fuegos artificiales, abrir botellas de champán, abrazarse y desearse feliz Año Nuevo. Así pues, pronto acabaría aquel año y comenzaría otro. Lástima, ya me había acostumbrado a él. En este mundo, no parecía haber nada duradero. Los años tampoco podían permanecer eternamente.

Algunos de los comensales pidieron sus abrigo y salieron a cubierta, pero nosotros nos quedamos en el restaurante. Lo pidió Augusta, que no soportaba demasiado bien el aire frío de la noche. Excepcionalmente, compartí su opinión, porque no lograba imaginar qué había que ver en el exterior.

Desde el día antes que no se veía tierra, ni siquiera un pedacito y, de noche, el mar y el cielo eran del mismo color negro insondable, que prometía poca esperanza. La luna, que el día antes se mecía como un huevo en el cielo, estaba cubierta por una gruesa capa de nubes. Pero los niños se impacientaron y Emily les permitió salir finalmente, acompañados por James, para que vieran los fuegos.

Yo me quedé con los adultos, probablemente porque no llevaba una indumentaria adecuada; el impermeable se había quedado en el camarote y, para celebrar el día, Lili me había atado una cinta blanca al cuello. Desde mi posición en la silla de Lili, apenas podía mirar por encima del borde de la mesa, de manera que no divisaba ninguna cara, pero vi que solo tres pares de manos se servían fruta del frutero.

—¿Dónde está nuestro querido mister Wright? —preguntó Augusta.

—Habrán salido fuera —dijo Emily—. Quizá le gustan los fuegos artificiales. En eso, los hombres son un poco distintos...

La oí reír. El champán había ahuyentado su migraña, cosa que acrecentaba

claramente su buen humor.

—Ha estado muy callado durante la cena —dijo luego más seria—. Creo que tiene preocupaciones.

—Pero él no ha comentado nada —exclamó Augusta—. ¡Y yo he insistido en darle conversación! ¡Pero no dice nada!

No es extraño. No dejas hablar a nadie. Además, tú serías la última persona a la que se confiaría...

—A mí me cae muy simpático —replicó Emily—. Tiene algo... profundo.

—Vaya, vaya —dijo Victor.

Yo estaba seguro de que sonreía burlón. Y estaba seguro de que Emily ponía los ojos en blanco. Siempre era así.

—A lo mejor está enfermo —siguió conjeturando Augusta Hobhouse—. Creo que parece, en cierto modo, tiene aspecto de, bueno, de tísico.

—No, no... —dijo Emily, y oí la risita disimulada de Victor.

Las conjeturas de Augusta Hobhouse apuntaban en una dirección equivocada, pero gracias a sus dotes de observación al menos había constatado que a mister Wright le pasaba algo.

Durante la cena me había dado la impresión de que nuestro encuentro nocturno solo había sido un sueño. No me miró, no miró a nadie. Sus dedos finos se agarraban al tenedor y al cuchillo. Mantuvo la cabeza gacha mientras comía, y solo abrió la boca para hacer desaparecer en ella bocados minúsculos. Cada vez que le dirigían la palabra, parecía tan sorprendido como si no se hubiera dado cuenta de que a la mesa se sentaban más personas además de él. Solo Lili consiguió arrancarle una pequeña sonrisa de vez en cuando.

Cuando Emily y Augusta se lamentaron por enésima vez de la falta de derecho a voto para las mujeres y luego se enfrascaron en una polémica sobre la injusticia en general, los hombres y las mujeres y la educación de los hijos (missis Hobhouse no tenía), oí que Lili le susurraba sabihonda:

—La vida me parece muy complicada. ¿A usted no le parece extraña, mister Wright?

—Sí, tiene usted mucha razón, señorita Lili —contestó él—. Me parece incluso muy extraña. —Calló y sonrió atormentado.

En mis oídos resonaban sus palabras de la noche anterior, y me oprimían el corazón. Mortimer Wright no le confiaba a nadie cómo se sentía o, mejor dicho, no lo hizo hasta que fue demasiado tarde.

1924. El nuevo año comenzó con baile y alegría. Las copas se alzaron ininidad de veces, un brindis siguió a otro y la gente se puso cada vez más contenta.

Fue una noche maravillosa. Me quedé en la silla de Lili y observé el ajeteo.

Celebré el buen humor de mi familia, sus rostros radiantes, la concordia y el entendimiento que reinaba entre ellos. Son esos momentos lo que hace más feliz a un oso.

Nadie, y tengo que confesar que tampoco yo, echó de menos a Mortimer Wright esa noche. Pensé en él, pero, después de lo que me había dicho, no me extrañó que decidiera entrar en el nuevo año sin Augusta. Emily y Augusta se olvidaron de él tan pronto como concluyeron que era un hombre profundo, y se entregaron a la fiesta. Solo a la mañana siguiente, cuando se reunieron para tomar el *brunch* —no consiguieron salir antes del camarote— y tomaron café en grandes cantidades, Leo preguntó:

—¿Dónde está mister Wright?

—Seguramente se habrá dormido, cariño —dijo Emily, frotándose cansada los ojos.

A la hora del té, seguía sin aparecer.

—*Mum*, ¿puedo llamar al camarote de mister Wright y desearle un feliz Año Nuevo?

—No, cariño. Seguramente no querrá que lo molesten —dijo Emily con determinación, pero en su frente se dibujó una arruga de preocupación.

La buena de Emily no tendría nada que reprocharse más tarde. Aunque hubieran irrumpido en su camarote antes del desayuno, no habrían podido salvar a Mortimer Wright. Había saltado al mar durante la noche. Sigilosamente, sin hacer ruido, se había quitado la vida.

—Seguramente saltó desde la popa —dijo el primer oficial—. Es lo que hace la mayoría.

Augusta palideció. Lili me estrechó contra su pecho. La niña estaba paralizada de horror, de incompreensión, de miedo.

Inclinándose hacia Victor, el oficial prosiguió en voz tan baja que solo mi fino oído de oso de peluche pudo oírlo:

—Así los atrapa la hélice antes de morir ahogados. Es más rápido.

Emily seguía sosteniendo en su mano trémula la nota que Lili había encontrado sobre la almohada de mister Wright, y que nos había empezado a leer con voz despreocupada:

«Es como si no pudiera hablar, ni actuar, ni hacer nada...»

Lili se detuvo. Comprendió que aquello no era un saludo amistoso a un buen amigo. Continuó más despacio:

«El mundo arremete contra mí, y yo estoy a su merced, indefenso. Tengo que salvarme. Nadie me echará de menos».

No. No les hagas eso. No puedes hacerlo. ¡No me refería a ESO cuando te dije

que tenías que liberarte!

Lili paseó la mirada de uno a otro con los ojos muy abiertos. Observó a su madre, a su padre, a su hermano, y lentamente pareció abrirse paso en su conciencia lo que aquel mensaje significaba. Lili estaba aturdida.

—Mum, ¿qué quiere decir? —preguntó.

Noté que su corazoncito latía como una máquina de vapor. Cada vez más deprisa, cada vez más fuerte.

—¿Qué quiere decir eso de salvarse? ¿Qué ha hecho?

—Verás, pequeña —dijo Victor, estrechándonos a mí y a su hija—, seguramente prefería viajar solo.

—¡No! —gritó Lili, y se soltó—. No le he deseado feliz Año Nuevo. ¿Por qué ya no está aquí?

Se hizo un silencio, tan pesado y denso y doloroso como yo nunca lo había vivido antes, y nadie lo rompió. Ni siquiera Augusta.

Volví a reflexionar sobre las palabras de Mortimer Wright. A mí ya me lo había revelado, pero yo no había intuido que se le habían agotado las energías. Que no quería seguir luchando.

No hablar, no actuar, no hacer nada, indefenso.

Mortimer Wright había dado nombre a la sensación que caracterizaba mi vida. Lo había anotado y se había quitado la vida. Se había arrojado al mar porque no soportaba la soledad interior. Una soledad que a mí me estaba reservada para siempre.

Si mi credo con Alice rezaba «escuchar y consolar», los años que pasé con los Brown podrían resumirse bajo el título de «aprender a vivir», y no me refiero a «vivir como la gente», sino a «vivir con la gente». ¿Dónde está la diferencia? Muy sencillo: yo no tenía que cometer sus errores, pero debía vivir con sus errores.

Todavía hoy no puedo pensar en ello sin sentir de nuevo la impotencia que me invadió entonces. Él no estaba solo. Yo no estaba solo. Pero no nos habíamos conocido a tiempo.

Aquel día comprendí otra diferencia sustancial entre los osos y las personas: las personas huyen, los osos aprenden.

El resto de la travesía fue tranquila y transcurrió sin incidentes, ensombrecida por la terrible vivencia de la mañana de Año Nuevo. El quinto día llegamos a Nueva York.

¿Y qué puedo decir? Nueva York no fue un desengaño, y eso se lo debo, en primer lugar, al hecho de que no abrigaba ninguna expectativa y, en segundo lugar, a que conocí a Grandpa Gregory.

¿Qué me importaban a mí las ciudades? Bath, Londres, Nueva York, no veía apenas diferencia entre ellas. Por todas partes había calles, edificios, automóviles, gente, coches de caballos. Sol y lluvia. Ruido y peste. En unas había más y en otras

menos.

—Museos a mansalva —había dicho Lili—, unos edificios altísimos, llamados rascacielos. El edificio Flatiron y el Woolworth. El puente de Brooklyn y el río Hudson. Y sobre todo, la estatua de la Libertad. ¡Hay tantas cosas que ver!

¿Rascacielos? ¿El río Hudson? ¿El puente de Brooklyn? Yo conocía el Big Ben, el Parlamento y el Támesis. Conocía el puente de la Torre. No me dejaba impresionar tan fácilmente. Era un oso de peluche. Para mí, las personas que vivían en los edificios eran más importantes que las construcciones que las rodeaban.

No obstante, lo admito: la estatua de la Libertad me impresionó.

La mañana de nuestra recalada nos apiñamos junto a la borda para no perdernos la llegada a América. El cielo estaba despejado, el aire era frío y el viento cortante, pero los pasajeros perseveraron. Los vestidos de las mujeres ondeaban, más de un visón se ciñó al cuello y más de un sombrero tuvo que ser sujetado.

Cuando el *skyline* de Manhattan se recortó en el horizonte, en un islote situado un poco antes sobresalió de repente una mujer gigantesca. Verde y poderosa, sublime y orgullosa, con la mano derecha alargaba una antorcha hacia el cielo. La barbilla levantada, la mirada resuelta.

Para mí, esa imagen ha estado siempre asociada a mi idea de la libertad. Resistiría. Adopté interiormente su postura. No importaba que nadie la viera.

Nos quedamos cuatro meses.

La casa del tío de Victor, Maximilian, era suficientemente grande para todos, eso fue lo primero que nos dijo cuando fue a buscarnos al puerto en su automóvil negro. Tieso, con una chistera resplandeciente en la cabeza, blandiendo un bastón negro en la mano derecha, esperaba detrás de la aduana y nos dio la bienvenida. El abrigo le tiraba a la altura de la barriga, pero él la echaba orgulloso hacia delante, como si sacara a pasear su prosperidad. Porque la prosperidad era lo que más le gustaba.

Tenía de todo en abundancia: sitio, dinero, personal, bebida (le guiñó elocuentemente un ojo a Victor), diversión (otro guiño) y contactos. Tiempo era lo único que no tenía.

—*Time is money* —solía decir—. *And money, you can't buy.*

Con esas palabras, estirando las vocales a lo largo y a lo ancho de un modo que no conocíamos, se precipitaba por las mañanas fuera de la casa de Brooklyn Heights donde residíamos. No puede decirse de otra manera. La vivienda no era una casa sencilla, y, aunque estábamos acostumbrados a la magnificencia, no podía negarse que aquello era una mansión, construida en estilo victoriano. Al menos, eso dijo Emily entre dos exclamaciones de gozo. Yo no tengo ni idea de arquitectura.

Max era contratista de obras, creo que oficial y realmente, y muy cordial, pero era un fanfarrón y eso no nos agradaba a ninguno de nosotros. Frances, la mujer de Max,

iba ante todo bien peinada; pero, por lo demás, era bastante aburrida. De un calibre muy distinto al de Augusta Hobhouse, cosa que al principio me pareció un descanso. Gobernaba con timidez al personal, que, para mi sorpresa, era más colorido que en nuestra casa. Nunca había visto gente de piel tan oscura. Christopher, el hijo, había salido en cuanto a temperamento a su madre, pero Lili y Leo le enseñaron muy deprisa a hacer tonterías, cosa que a mí me alegró y enfadó a Emily.

Christopher tenía una habitación entera llena de juguetes. Solo me dedicó una mirada despectiva, y luego les enseñó a Lili y a Leo un oso de peluche que medía unas cuatro veces más que yo de altura.

—Es mi oso —dijo, mirándolos desafiante.

¡No os dejéis impresionar por ese fanfarrón! ¡Solo yo tengo el amor!

—¿Y? —preguntó Lili.

—Es más grande, y es de la mayor fábrica de peluches de Estados Unidos —dijo orgulloso.

—¿Y? —volvió a preguntar Lili—. El nuestro es único y por eso tiene más valor, ¿verdad, Leo?

El tono acre no pasó desapercibido. Leo, el pequeño oportunista, que estaba acariciando con admiración la cabeza suave del oso extraño, lo dejó caer como si fuera una patata caliente.

Christopher no supo qué contestar, no estaba acostumbrado a esa capacidad de réplica, y yo me sentí satisfecho. No hubo más discusiones sobre mi persona. Y, no obstante, había notado que, a pesar de toda la lealtad, en la voz de Lili subyacía una pizca de envidia. Pero ¿se le puede tomar a mal? Solo era una niña. Y, aun así, creo que ese día se abrió la primera grieta muy fina en nuestra relación. No es que lo hubiera notado al momento. Nos distanciamos lentamente, paso a paso.

Los Brown descubrieron América, y lo hicieron sin mí. La cosa empezó ya en el trayecto desde el puerto a Brooklyn, que yo recorrí en la negrura nocturna de la bolsa de mano de Emily, apretado entre sales de amoníaco, pañuelos, frascos de pastillas y todo lo que constituye un bolso de mujer.

Después de llegar, solo salí de la casa de Heights para dar un pequeño paseo por las calles de Brooklyn. Observé contento que allí, en Brooklyn, no muy lejos del East River también había una Henry Street (y me olí que esta vez el nombre no tenía nada que ver conmigo). A izquierda y derecha, bordeaban la calle unos edificios de ladrillo marrón y, de vez en cuando, algún edificio extravagante con torrecillas y voladizos. No vi ni un solo rascacielos, pero a cambio vi el Prospect Park, que estaba cerca.

No exagero si digo que estaba furioso. Había emprendido un largo viaje, me habían atormentado mareos, viento y mal tiempo, había perdido a un alma gemela antes de haberla encontrado realmente, y luego van y me dejan en casa. Los motivos

eran poco convincentes. Creo que, tras el episodio con Christopher, Lili y Leo se avergonzaban un poco de mí. Tal vez, yo no era lo bastante bueno para el precioso Nuevo Mundo.

Regresé a la vida detrás de las ventanas. Es curioso, pero casi había olvidado cómo era observar la vida de lejos y no participar en ella.

Suerte que estaba Grandpa Gregory. De lo contrario, seguramente me habría muerto de aburrimiento.

Mientras la familia iba de fiesta en fiesta, de velada a reunión en círculos literarios, yo pasé la mayor parte de los días en *God's own country* en la biblioteca con Grandpa Gregory. Era con mucho la persona más vieja que hasta entonces me había echado a la cara. Tenía la espalda encorvada, cosa que le impedía ponerse recto, y también unas piernas muy arqueadas que contribuían lo suyo a hacer que a menudo se tambaleara de manera preocupante. Sus cabellos blancos iban en todas direcciones, y se negaba vehementemente a que lo peinaran.

Gregory era el padre de Max. Se hacía el despistado y les hacía la vida imposible a todos. Max se avergonzaba de su padre senil, con lo cual Frances, como cristiana temerosa de Dios, se avergonzaba de su marido, cosa que a su vez le resultaba tremendamente penosa a Christopher. El único que no se avergonzaba era Grandpa Greg, que hacía exactamente lo que le venía en gana. Pasaba horas estudiando gruesos infolios antiguos, hablaba solo a media voz, murmuraba sin parar fechas y nombres, y de vez en cuando soltaba ruidosamente una pequeña ventosidad. Si me lo hubieran preguntado, habría dicho que era el más normal de toda la familia, pero no me lo preguntaron y, por tanto, todos continuaron considerándolo un viejo chiflado.

Sería más o menos a principios de febrero. Yo estaba desde hacía casi dos semanas en una estantería de la biblioteca porque la criada me había dejado allí mientras limpiaba.

Por lo visto, nadie me echaba de menos. Eso dolía.

¿Se había olvidado Lili de mí tan fácilmente? ¿Tanto le había ofuscado la mente Nueva York?

Grandpa Greg no me prestaba atención. Aquel era su reino. Hasta entonces, no había dejado entrar en su santuario a ninguno de los «rostros pálidos», como él llamaba a las visitas inglesas. Ni siquiera a Victor, que ardía en deseos de examinar los antiguos mamotretos. Grandpa Greg había sido un gran ingeniero, y Victor tenía puestas muchas esperanzas en su viaje de exploración por la biblioteca. Pero Greg le denegó la visita. Por eso me sorprendió aún más cuando me habló de repente. Con su pronunciación poco clara, masculló dirigiéndose a mí:

—¿Y tú, oso? No se les ocurrió nada mejor que llamarte Puddly, ¿eh? Que alguien me explique si con ese nombre se puede llegar a ser famoso.

¡Si supieras cuánta razón tienes!

Arrastrando los pies, se acercó a la estantería. Su mano huesuda rodeó mi pierna derecha, y me bajó. Descansó un momento, intentó erguirse y levantó la cabeza tanto como pudo. Luego puso rumbo hacia su butaca de cuero.

—Pero ¿para qué ser famoso? —prosiguió, y se sentó con un sonoro suspiro—. Yo podría haber sido famoso muchas veces en mi vida. Pero siempre me callé la boca en el momento oportuno, ¿sabes? De eso se trata. De cerrar el pico en el momento oportuno, ¿comprendes?

¡A quién se lo vas a decir!

—Pero ¿a quién se lo digo? Me caes bien, pequeño. Tienes el corazón en su sitio. No replicas. Dejas hablar a Grandpa Greg. Los otros creen que estoy mal de la cabeza.

Me callé, intrigado. Respiró ronco y rió secamente.

—Está bien así. Al menos me dejan en paz.

Tras una larga pausa, que me parecieron horas, pero seguramente solo fueron unos minutos, de repente prosiguió:

—Por ejemplo, en el 83, cuando habíamos acabado de construir ese maldito puente. Entonces me podría haber hecho famoso. Sin mí, el puente de Brooklyn nunca habría sido nada. Las cosas no funcionan sin mentes inteligentes. Roebling, el viejo veterano de guerra, me caía bien, aunque fuera alemán. Era un visionario. El puente era su sueño. Pero, por desgracia, le costó la vida. No somos nada: un pie fuera, y muerto. Su hijo, Washington, tenía que dirigir la conclusión de las obras. Pero no tenía mucho más equilibrio que su viejo jefe. Si no hubiera sido por mí... Bueno. ¡El miedo que le daba a la gente cruzar ese puente! No querían poner ni un pie encima. No se les puede reprochar, con tantos como murieron en su construcción. Entonces, afortunadamente, se me ocurrió lo del circo...

Carraspeó, tosió y se calló, mientras miraba ensimismado por la ventana. El puente se divisaba bien desde allí. Llevaba a Manhattan, la isla de los rascacielos. Y allí, eso lo comprendía hasta alguien tan casero como yo, se desarrollaba la verdadera vida. Los gruesos cables de alambre se tensaban muy por encima del East River. Los dos pilares, de piedra arenisca y granito, se alzaban como puertas enormes en el agua. ¿Y lo había construido Grandpa Greg?

¡Sigue explicando! ¿Qué pasó con el circo?

—Inauguramos el puente y luego no fue nadie. No lo cruzaban. El alcalde anunció por todas partes: «¡El puente aguanta el peso de veinte elefantes!». Pero no sirvió de nada. Yo sabía que tenía razón. El puente habría aguantado hasta cien elefantes. Soy ingeniero, entiendo de estas cosas. Por eso pensé: podemos

demostrarlo. Enviaremos veinte elefantes. Si entonces tampoco se lo creen... Y entonces llegó el circo con todos sus animales. Elefantes, pero también rinocerontes, caballos y todo lo que se movía, incluso unas hermanas siamesas, una sirena y una serpiente con tres cabezas. Marcharon sobre el puente en un largo desfile. Al llegar a la mitad, los elefantes saltaron a la comba. Con los payasos subidos a su espalda. Y tocó la fanfarria. Una marcha. Tocarón aquella marcha. ¿Cómo se llama...?

Tarareó una melodía.

—¿Cómo se llamaba esa marcha circense? —preguntó en el silencio de la biblioteca.

Yo no habría podido decírselo. Entendía tan poco de música como de arquitectura.

Grandpa Greg se perdió en sus pensamientos, y esa tarde no volvió a emerger de ellos. Pero yo estaba contento, como siempre que alguien me explicaba historias.

A partir de ese día, siempre he deseado ir al circo. Me hubiera encantado ver todas aquellas curiosidades. Pero en toda mi vida no ha pasado de ser una fantasía.

Pensé un momento en Mary Jane, que estaría sola en nuestra casa de Bloomsbury y no tendría a nadie que la escuchara, salvo a Rusty, el pinche de cocina.

Aunque no a diario, resultó que Grandpa Greg estaba a menudo de humor para contar historias. Me alegraba cuando lo veía llegar. Y, sinceramente, eso fue lo único grato en todo ese desastre de viaje a Nueva York.

Las historias que Grandpa Greg me contó en el transcurso de las semanas eran mejores que cualquier salida a un museo. Si no me había contado un cuento chino, Nueva York tenía que estar lleno de gente y lugares increíbles, y no se refería a escritores ni a teatros. Me habló de un gangster que tenía aterrorizada a toda la ciudad.

—Ese italiano —dijo— a mí no me da miedo. Lo he visto. Es feo, feo como la noche, con una gran cicatriz que le cruza la cara. Había ido a Lower Eastside. No es lugar seguro, al menos de noche. Pero quería volver a comer pasta en casa de Mama Angelica, vale la pena arriesgarse por eso. Y él estaba allí sentado. Un buen golpe y Scarface Capone se habría quedado allí dentro para siempre. Maldito cerdo. Pero Greg no golpea. Nunca lo ha hecho. Greg no le pega a nadie, ni siquiera a Max, y mira que se lo ha ganado...

Lo que sí hacía era renegar, eso hay que reconocerlo. Si Leo lo hubiera sabido, habría preferido aprender con él que con Rusty, el pinche de cocina de casa, que a cambio de dos peniques solo le había enseñado palabras aburridas como tonto, idiota y cretino.

Tan pronto contaba cosas de la mafia como de *speakeasy* clandestinos, donde el alcohol corría a raudales aunque estuviera prohibido; una vez habló de una ciudad

dentro de la ciudad, donde solo vivían chinos; de estudios de cine con lámparas grandes como casas, y de ojos mágicos que retenían todo lo que veían; luego habló de una calle donde a diario tiraban dinero por la ventana y luego pavimentaban las aceras con él porque había dólares en abundancia. Todo parecía posible en la alocada Nueva York.

Me daba igual que las historias fueran ciertas o no, creo que en todas ellas había una chispa de verdad. En mi mente surgió una ciudad de Nueva York seguramente más brillante y colorida que todo lo que realmente podría haber visto. Estoy contento de haberme ahorrado el edificio Woolworth. Vi el puente de Brooklyn, y en mi imaginación también vi elefantes cruzándolo y sirenas saltando a la comba. ¿O era al revés? Ya no lo recuerdo.

No es ningún secreto que el mejor lugar para la fantasía es la cabeza de un oso de peluche. Quien siempre está solo con sus pensamientos aprende a explicarse historias a sí mismo. Y tiene material de sobra. Porque nadie ha escuchado tantos latidos del corazón, nadie ha secado tantas lágrimas, nadie ha visto tantas cosas buenas y malas, nadie ha esperado, observado y oído tanto como él.

Lili no apareció hasta al cabo de un mes, y me ofendió mortalmente que no hubiera ido a buscarme antes.

—¡Puddly! —exclamó cuando Grandpa Greg permitió entrar por fin a la familia en la biblioteca—. ¡Estás aquí!

No soy sordo.

—Grandpa. ¿Puddly ha estado aquí todo el tiempo?

—¿Quién? ¿Qué? No lo conozco.

—¡Nuestro osito! ¿Ha estado aquí todo el tiempo? —repitió Lili, remarcando fuerte y claramente cada una de las sílabas.

—No soy sordo —gruñó.

Casi me eché a reír, aunque quería seguir enfadado. Pero me alegraba mucho volver a ver a Lili. Comprendí cuánto había disfrutado con las historias de Grandpa Greg cuando me di cuenta de lo mucho que me aburrían las historias de Lili sobre museos y reuniones sociales.

—*Mum* está fuera de sí, sabes, porque aquí las mujeres ya pueden votar. Hemos vuelto a coincidir con Augusta Hobhouse, y nos lo ha contado. Tendrías que haberla visto. Se pavonea por todas partes con su gran novela sobre la liberación. Hasta *mum* se mostró escéptica, dice que Augusta es víctima de la decadencia. Quiere quedarse a vivir en América, ¿te lo imaginas? ¿Solo para poder votar cada cuatro años? Además, aquí no tendría diversión. Porque no está permitido beber alcohol, ¿no es una locura?

La despreocupada boca infantil siguió cotorreando, y yo solo pensaba:

¡Si supieras lo que yo sé!

Grandpa Greg me había hablado largo y tendido de la prohibición después de sacar una botella de whisky de un cajón oculto entre Schiller y Shakespeare. Resultó que disponía de muchas existencias, de las que nadie sabía nada.

Prometí como es debido no delatar su escondite. Claro que ¿cómo lo habría hecho?

—¡La madre que parió la doble moral americana! —maldijo—. Ahí donde los ves, todos quieren emborracharse. Pero no puede verlo nadie. Yo también me he vuelto así. Me escondo en mi propia casa. Al diablo con Max y sus calentabraguetas emigrantes. Todo es fachada, ¡ja, ja! —Rió obscenamente—. Bailan charlestón y a esas jovencitas se les levantan las faldas.

Charlestón. La palabra me asestó una puñalada en el corazón. Cathy. La biblioteca. Ah, ¿cuánto hacía ya de eso?

—¿Prohibición? Que no me hagan reír —siguió gruñendo—. ¿Y de dónde va a salir la diversión en la vida?

Sí, ¿de dónde salía la diversión en la vida?

En la época en que estuve en Estados Unidos, me lo pregunté a menudo cuando Greg enmudecía y caía en su siesta plagada de chasquidos de lengua, y yo me quedaba solo con el crujir de la carcoma. Incluso me sorprendía pensando que no habría estado mal un gato, solo para tener a alguien con quien poder enfadarme, aunque seguramente solo tenía añoranza.

No tenía nada en contra de América y ni una sola mala palabra para Grandpa Greg, pero echaba de menos Londres y nuestras viejas buenas costumbres, echaba de menos los cantos de Mary Jane, el parque de Fitzroy Square, el sofá y la repisa de la chimenea. Echaba en falta el aire fresco que soplaba en casa cuando hacían limpieza, las risas de los niños y las comidas juntos, las bromas de Victor y las miradas de Emily al reloj cuando creía que era la hora de tomar la copita de aperitivo antes de la cena. Echaba de menos todas esas cosas familiares. Creo que tenía nostalgia.

Y, curiosamente, todo siguió igual incluso después de que Lili hubiera vuelto a estrecharme en sus brazos y me hubiera llevado a su habitación. Y también cuando volvimos a estar en Londres; sí, todavía la siento algunos días.

América no deja indiferente, dijo en una ocasión Grandpa Greg. Esa sentencia demuestra por sí sola que no era un chiflado, puesto que no se equivocaba. Los Brown también emprendieron el viaje de regreso a casa con leves heridas de carácter ideológico. Nada grave, pero perceptible: Leo adoptó el acento abierto y, a partir de entonces, dijo *tomeitos* en vez de *tomatoes*; Victor miraba con envidia las posibilidades ilimitadas de hacer realidad los sueños; Emily sintió una repentina

vocación política y Lili se solidarizó con un limpiabotas de doce años, que acabó robándole el monedero. ¿Y yo?

Yo me hundí en el olvido, de manera lenta, pero segura.

Ha entrado un hombre hará unos dos minutos. Un soldado. Lo he reconocido por sus pasos.

Aún está aquí.

No supone ninguna diferencia, lo sé, pero intento contener la respiración, no hacer ruido. Pero sé que está aquí. Ha venido por mí. A por mí. A abrirme.

¿Dónde está la escritora? ¿Por qué me deja aquí solo?

Encima de la bandeja donde sigo tumbado, aparece una cara. Tenía razón. Es un soldado; probablemente de frontera. Sobre la cabeza lleva una gorra de uniforme.

Cuánto me alegré cuando después de la guerra desaparecieron los uniformes. Entonces recé por que no volvieran nunca. Por lo visto, las oraciones de los osos no son atendidas. Total, ¿para qué?

Odio los uniformes. Los odio porque todo en ellos significa sufrimiento y desdicha. Significan guerra y violencia. Significan poder y obediencia, ya sea por principios o por sumisión, por miedo o por convicción, pero ese es otro cantar. ¿He dicho ya que odio los uniformes? Bueno, no me cansaré de repetirlo.

Noto que se me ponen los pelos de punta. El hombre me mira. Ni con simpatía ni con antipatía. Simplemente, me mira. Luego su cara desaparece y yo miro el techo, como he estado haciendo durante las horas anteriores.

No ocurre nada. Oigo que se sienta. Un golpeteo. Casi me vuelve loco no poder ver qué está haciendo. Normalmente eso no me molesta, puesto que con los años me he convertido en un hacha reconociendo ruidos, puedo clasificar los sonidos casi como un ciego. Pero ahora la excitación brama tan fuerte en mis oídos que no logro reconocer nada.

De repente habla. Así pues, está telefoneando.

—Al habla Haubenwaller. Dígame, Bichler, ¿hablaba en serio?

Un breve silencio.

—¿Y quién lo ha ordenado?... Vamos, por favor, ¿está ese hombre en su sano juicio?... Sí... De acuerdo... Sí... Vale... Sí... No tengo nada más que hacer... Sí... eh... Adiós.

Cuelga.

—Órdenes son órdenes —dice en el silencio de la sala.

¡No! No quiero volver a oír esas palabras nunca más.

Aparece de nuevo su cara. Me agarra con la mano, me saca de la bandeja, me agita, me acerca a su oreja.

No puedo más. El miedo casi me vuelve loco.

Luego vuelve a dejarme. Se va. Cierra la puerta.

Respiro hondo.

Órdenes son órdenes. ¿Qué había dicho? En los uniformes vive la obediencia, igual que las pulgas en el pelo de un gato.

Cuando uno ha llegado a cierta edad, no hace falta preguntar de dónde sale esa aversión por los uniformes. Los he visto todos. Los franceses, los alemanes, los americanos, los rusos, los italianos, los noruegos, los finlandeses, los ingleses..., todos. Y no odiaba a las personas que los llevaban, sino aquello en que los convertía el uniforme. Personas que daban órdenes. Personas que las obedecían.

Nada para un luchador por la libertad como yo.

Demasiado sufrimiento. Y, para mí, empezó en París.

Nubes de tormenta

Robert y yo estábamos encerrados entre coles y melones en la oscuridad del almacén. El calor no penetraba a través de las gruesas paredes, hacía un fresco agradable. Estábamos a salvo. Nunca nos encontrarían allí. Y habíamos salvado a la princesa Zazie. Otra vez.

Robert y yo salvábamos a la princesa Zazie al menos una vez al día, y nada menos que de los vengadores de Samir-Unka. Era un malvado terrible, que en su tenebroso reino de las sombras confinaba en una torre a todas las personas que tenían corazón. Allí las mantenían encadenadas y solo les daban piedras para comer, hasta que el corazón se les volvía de piedra. Una vez convertidos en malos, los enviaban como vengadores a buscar nuevos corazones.

La princesa Zazie era de una belleza impresionante. Resplandecía más que el sol, su piel era más fina que la seda y sus cabellos más suaves que una llovizna de verano. Su corazón latía con fuerza y era el más codiciado del mundo, puesto que había anunciado que se lo entregaría a quien venciera a SamirUnka. En otras palabras: todo lo que tenía piernas se había lanzado a la caza de Samir-Unka. Solo nosotros, desinteresados y nobles, protegíamos a la princesa de los esbirros del monstruo sin corazón. Nadie sabía cuánto duraría la caza, puesto que nadie había visto nunca al rey de piedra. Pero sus vengadores estaban por todas partes. Eran tan astutos como invulnerables, solo tenían un punto flaco: no podían nadar, porque el corazón les pesaba tanto que los hundía despiadadamente en el agua y no los dejaba emerger nunca más.

Robert y yo tampoco sabíamos nadar, aunque Nadine, la madre de Robert, lo llevaba siempre a rastras a la cercana piscina de Butte aux Cailles para que no quedara como un cobarde delante de los demás niños. Pero Robert no quería nadar, los demás niños no le importaban y no era un cobarde.

Creo que nuestras luchas contra Samir-Unka no dejan lugar a dudas.

—¿Robert? Robert, *chéri*, ¿dónde te has metido? *Allez*, es hora de volver a casa.

—Ya está ahí —me susurró Robert a la oreja—. La bruja, es la peor de todos. ¿Qué podemos hacer, Doudou?

Intenté urdir un plan, aunque tenía claro que nunca podríamos escapar de la bruja Nadine. Todas las tardes conseguía atraparnos, llevarnos a casa a rastras y encerrarnos. Robert se veía obligado a comer mucho bajo su estricta vigilancia y cada

mañana, igual que les pasaba a Hansel y Gretel, aquella bruja tanteaba si el niño había engordado.

Robert aguantó la respiración y hundió la nariz en mi piel. La puerta se abrió, y la sombra alargada de la bruja malvada cayó sobre nosotros. No había escapatoria.

En el fondo, nos sentíamos agradecidos cuando Nadine aparecía, porque nuestro escondite solía ser incómodo y frío, y la espera de los vengadores duraba a veces demasiado incluso para Robert. Y, que quede entre nosotros, la bruja era muy maja.

En aquel entonces yo me llamaba Doudou. Un nombre de tantos, mejor que Claire, que Mimi, que Bear e incluso que Puddly, creo. Había enterrado definitivamente la esperanza de volver a llamarme Henry algún día. Ya solo me llamaba así en los recuerdos de Alice y en los míos. Así pues, Doudou. Robert me había puesto ese nombre seis años atrás, cuando llegué a su casa de París, en 1934.

Los diez años que transcurrieron entre mi regreso de América y mi llegada a París me habían convertido en un oso de peluche más modesto y humilde.

Había aprendido que los niños algún día dejan de serlo cuando Lili y Leo, poco después de regresar a Londres, perdieron el interés por mí. Tenían que dedicarse a cosas más importantes y adultas, y Victor no insistió en que continuara sentándome a la mesa. Seguí con ellos, en casa de los Brown, pero solo como espectador. Me pusieron en la vitrina del salón y, entre la vida que antes había compartido con ellos y yo se alzó un muro de cristal que se limpiaba una vez por semana. En 1928, cuando empaquetaron sus cosas para mudarse a América porque a Victor lo esperaban allí buenos negocios (no intuyó nada del inminente crac de la Bolsa), Leo ya estudiaba en Oxford y Lili estaba enamorada de un escritor llamado Evelyn que, después de darle muchas vueltas, prefirió casarse con una mujer con su mismo nombre, de modo que Lili también siguió a sus padres a Estados Unidos.

Tardaron semanas en preparar el equipaje. Emily clasificó y ordenó, y al final le pidió una caja a James para reunir las cosas que iban a donar. James me sacó de la vitrina con una mirada compasiva y preguntó:

—¿Puddly también, madame?

—Pues claro, ¿para qué lo queremos? Lili tiene otras preocupaciones, y seguro que a algún niño pobre le hará ilusión —dijo caritativa, sin sospechar lo que me estaba haciendo.

James me regaló a su sobrino, Frederic Fairlie, a quien nunca le gusté especialmente, por no hablar de que me tomara cariño. Se olvidó de mí ese mismo año, durante unas vacaciones junto al mar en Brighton. En el viaje, el tren paró en Bath. Vi el andén, que no había cambiado nada, todo estaba como hacía ocho años. La añoranza por

Alice estuvo a punto de desgarrarme. ¿No habría sido maravilloso que nos hubiéramos vuelto a encontrar?

Una niña francesa con unas trenzas preciosas me encontró en la playa, me recogió y, escondido en su maleta, me pasó clandestinamente por el canal de Mancha y me llevó hasta Orléans, donde entre alaridos de protesta de su madre, una obsesa de la limpieza, me abandonaron cerca del monumento a Juana de Arco antes de que supiera cómo se llamaba la pequeña.

Volvieron a encontrarme, volvieron a perderme, me guardaron y me regalaron, pero nadie se encariñó conmigo, nadie me convirtió en su confidente, y me fui transformando en un objeto que se pasan de unos a otros como si fuera una cosa sin alma.

Francia parecía enorme, dejé de contar los lugares, las casas donde dormí. Dejé de esforzarme por retener nombres, caras o historias.

Mi corazón se había clausurado.

En aquellos días viví de los recuerdos de los buenos tiempos. El presente transcurrió murmurando inadvertido, hasta que Robert entró en mi vida.

El sol volvió a salir con él. Emergí de una parálisis de seis años, de una pausa involuntaria en la vida, que para mí seguía siendo nueva.

Me habían olvidado en una verdulería de París, sobre una pila de pepinos, para ser exactos. A mi lado había una pizarrita en la que habían escrito con tiza: CONCOMBRE 25 CTS/PIÈCE. Alguno de esos niños sin nombre y con los dedos sucios y la nariz llena de mocos había preferido un caramelo antes que a mí, y habían vuelto a olvidarme entre gritos. No me importó. Hacía tiempo que no me importaba. Había comprendido que tenía que resignarme. Mi resistencia inicial, mis intentos infructuosos por llegar al corazón de los niños me habían dejado agotado y triste. Y entonces, de repente, apareció delante de mí un niño de cinco años, me cogió del brazo y me llevó hasta el mostrador, por encima del cual apenas podía mirar. Robert era un niño menudo.

—*Bonjour* —dijo educadamente.

—*Bonjour, monsieur* —contestó el hombre de detrás del mostrador—. ¿Qué será hoy, monsieur Bouvier? ¿Un kilo de patatas? Hoy están de oferta.

—No. Prefiero llevarme este osito.

—¡Ajá! Ahora me entero de que también vendemos osos. Tendré que preguntarle a la jefa.

El hombre se volvió y gritó hacia la parte trasera de la tienda:

—¡Nadine! ¡Nadine! ¿Me oyes? ¿De dónde ha salido este oso de peluche?

—¡No grites tanto! —dijo una mujer, que sacó la cabeza detrás de él, entre dos estantes—. ¿Qué oso?

—Este peluche que ha traído Robert. ¿O no es un peluche?

—No lo había visto nunca —contestó Nadine, y se puso bien la cinta del pelo en la cabeza. Era verde con topitos blancos, aún lo recuerdo perfectamente. Se inclinó hacia mí y le dijo a Robert—: Déjaselo ver a *maman*, ¿sí?

—Quiero comprarlo.

—Sí, enseguida, cariño. Pero *maman* tiene que saber antes cuánto vale. Me parece que es muy caro.

—Oh —dijo Robert—. Lástima.

Sus grandes ojos de color gris verdoso se abrieron como platos, y su boquita se torció poniendo morros por la desilusión.

—Vamos a ver, a lo mejor podemos hacerle un precio especial a monsieur Bouvier —dijo el hombre, que le guiñó un ojo al niño.

Nadine me cogió en sus manos. Ese fue el momento en que mi corazón volvió a latir. Me acarició suavemente la cabeza. Me miró a los ojos y dijo:

—¿De dónde has salido tú?

No me acuerdo. Soy un vagabundo.

—No es muy nuevo —le dijo a su marido—. Pero es bonito. Hecho con mucho amor, se nota por las costuras.

Oh, cuánto embargaron mi cuerpo de alegría esas palabras. Sí. Me habían hecho con mucho amor. Con muchísimo amor. Llevaba el amor dentro de mí, y se había adormecido porque nadie lo quería. En mi interior brotó la esperanza. Allí había alguien que conocía la palabra. Que sabía qué era el amor. ¿Acaso allí habría por fin, al fin, un hogar para mí?

—Hoy, el oso cuesta tres francos. Eso es mucho dinero. Pero pasado mañana lo tendremos de oferta —dijo Nadine—. Entonces lo podrá conseguir casi regalado, monsieur Bouvier. ¿Prefiere esperar?

Robert meditó un momento. Pensativo, arrugó la frente y miró a su madre y a su padre. Luego me observó a mí y finalmente asintió muy serio. El pequeño remolino que se le formaba en el cogote se movió arriba y abajo con ahínco. Nadine le acarició los rebeldes cabellos de color rubio oscuro.

—Lo pondremos al lado de la caja, ¿te parece, Nicolas? —dijo, volviéndose a su marido.

—Ahí lo estará esperando, monsieur Bouvier —dijo él, y me puso en una postura cómoda.

Robert ya hacía rato que se había ido cuando Nicolas Bouvier cogió a su mujer por la cintura, la atrajo hacia él y le estampó un beso en la boca. Le frotó la punta de la nariz con la suya y sonrió.

—Esperemos que no venga nadie a buscarlo —dijo—. Sería una lástima, pobre osito.

No fue nadie. Estoy seguro de que el niño ni siquiera me echó de menos, pero Robert me acogió agradecido en sus brazos cuando pasaron los dos días, y no me soltó desde entonces. Qué contento me sentía de volver a tener un compañero. Un amigo. Un confidente.

Jugábamos y jugábamos y jugábamos. Nunca he jugado tanto como en los años con Robert. El niño, de poca estatura y flaco, crecía despacio, para preocupación de la madre, y a veces yo sospechaba que toda su energía fluía en su imaginación, que florecía impetuosamente.

Robert no se aburría nunca. Siempre se le ocurría algo nuevo. Pronto dispusimos de un gran arsenal de escenarios distintos, que se fueron desarrollando a lo largo de los años. Los personajes variaban de vez en cuando, pero los protagonistas eran siempre los mismos: Robert y Doudou.

Fuimos cowboys y cazadores de dragones, directores de circo y, a veces, él hacía de gigante grande y yo de pequeño.

Mi juego favorito era viajar en el tiempo. Con nuestra máquina del tiempo, podíamos recorrer los siglos velozmente y sin problemas, pero siempre optábamos por un viaje concreto. Íbamos a parar a noviembre de 1783, justo a tiempo para ver el aterrizaje del Montgolfier en la rue Bobillot.

La imagen de ese vuelo en globo, una reproducción de una pintura antigua, colgaba en casa entre las fotografías que había sobre la chimenea. Mostraba un cielo muy azul, un globo gigante en primer plano y, detrás, minúsculos, los edificios de París. Nicolas había colgado el cuadro. Significaba mucho para él.

Nicolas, que era un simple verdulero y no tenía una gran cultura (al menos si se lo compara con Victor), había prestado mucha atención en la escuela primaria cuando se trataba de la historia de París. Como todos los buenos franceses, amaba la ciudad a orillas del Sena, era su hogar. Había nacido en el barrio de Butte aux Cailles, en una época en que la colina aún era verde y estaba sin edificar. Cuando la maestra habló del pionero de la aeronáutica De Rozier y de su compañero D'Arlandes, que habían efectuado el primer vuelo libre en un globo de aire caliente, el pequeño Nicolas se quedó admirado. Fascinado. Deslizando el dedo índice por las líneas, letra a letra, había leído lo que se había escrito sobre aquel viaje en globo. Para él, lo más grande era que el globo hubiera aterrizado hacía más de ciento cincuenta años en el distrito 13, entre la rue Bobillot y la rue Vandrezanne.

Esa historia nunca se le había ido de la cabeza. Ni cuando se hizo mayor y oyó hablar de otros grandiosos acontecimientos del mundo, ni cuando llegó la Primera Guerra Mundial, ni cuando la torre de hombre en que se había convertido se enamoró de la dulce Nadine, ni tampoco cuando el trabajo le robó el tiempo para soñar. Cuando nació el pequeño Robert, por fin encontró a alguien que lo escucharía.

Robert siempre quería oír esa historia de su padre, y Nicolas la contaba incansable. Se sentaba en la cama de su hijo, cogía la manita del niño en su zarpa, agrietada por el trabajo, y comenzaba:

—Cuando era pequeño, en la escuela aprendí a leer, a escribir y a calcular. Un día, la maestra nos explicó una historia de aventuras que había acontecido mucho tiempo atrás aquí, en el barrio...

A veces añadía detalles, y otras los omitía, pero la última frase era siempre la misma:

—Ojalá pudiéramos hacer un viaje en el tiempo.

Nosotros podíamos, pero sin Nicolas.

Robert y yo planeábamos sobre París, a veces esquivábamos por los pelos la torre Eiffel, que no se veía en la densa ventisca de la fría tormenta invernal, y escupíamos desde muy arriba en el Sena antes de poner rumbo a la place d'Italie para aterrizar entre los gritos de júbilo de la multitud. Robert y Doudou eran los titanes del cielo y los exploradores de las nubes.

Robert no se cansaba de ese juego, como no se cansaba casi nunca de jugar.

Con todo, la mayoría de las veces nos enfrascábamos en la lucha contra Samir-Unka. Protegiendo a Zazie, nuestra compañera invisible, recorriamos las calles y los patios traseros del barrio. Pero nunca íbamos más lejos de la verdulería, en la place d'Italie, ni de la casa de la rue Bobillot, donde vivíamos en un pequeño piso de la tercera planta.

Robert siempre evitaba la piscina de la place Verlaine. A aquellas alturas ya tenía doce años, pero estaba convencido de que las dos ventanas redondas que había en el centro de la fachada de aquel edificio de ladrillo eran ojos que solo aguardaban para descubrirlo.

—Estoy seguro de que ahí dentro está abarrotado de vengadores, ¿no crees, Doudou? —me susurraba al oído—. Una guarida del malvado. ¡No sé por qué *maman* se empeña en entrar!

Puesto que no queríamos acercarnos demasiado al malo, pasábamos por la otra acera de la calle. Oteábamos la rue de Butte aux Cailles, poníamos rumbo fijo a la *brasserie* de monsieur Mouton. Él era un aliado, allí estábamos provisionalmente en un lugar seguro, porque la bruja casi nunca tenía tiempo para ir tan lejos a buscarnos.

Debajo de un toldo rojo había tres mesitas redondas y unas cuantas sillas viejas. En la puerta de entrada, debajo del cartel *Chez Maurice* y ocupando todo el espacio, se sentaba en el trono Maurice Mouton en persona.

—¡Hola, pequeño Robert! —decía aquel hombre gordo y cordial, y se pasaba el puro de una comisura de los labios a la otra como por arte de magia, sin ayudarse con los dedos y sin quemarse el bigote negro. Yo siempre me preguntaba cómo lo conseguía. Quizá era acertada la sospecha de Robert de que Maurice Mouton era uno

de los magos buenos. Había muy pocos, porque los hombres de Samir-Unka la habían tomado sobre todo con ellos.

No pasaría mucho tiempo hasta que unos poderes más peligrosos que los esbirros de Samir-Unka dieran caza a muchas personas a las que considerábamos los buenos. Llegaron a miles y sembraron el miedo y el horror. Los llamaban «los alemanes». Hablaban de ellos por todas partes, incluso en la radio. Todos habíamos oído algo de ellos. Aquel día, en abril de 1940, estaban de camino hacia nosotros. Sus cañones ya hacían temblar la tierra. Pero aún faltaba para eso.

—*Bonjour*, monsieur Mouton.

—¿Qué, persiguiendo gánsteres?

—No —contestó serio Robert—. Estamos huyendo.

—Eso es grave —contestó Maurice, también serio—. ¿Os ayudaría un trago de pócima mágica? —preguntó, pasándose las pesadas manos por la imponente barriga.

A la camisa a cuadros rojos y blancos le faltaba un botón a la altura del ombligo. Noté perfectamente que Robert luchaba con fuerza contra la tentación de meter allí su dedito índice. Pero lo habían educado bien.

—Me parece una buena idea —contestó aplicado Robert—. ¿Tú qué opinas, Doudou?

Yo compartía su opinión, claro.

Maurice Mouton desapareció en el interior de la *brasserie* y volvió al poco con un botellín de naranjada.

Robert le dio las gracias educadamente y se sentó en una de las sillas de mimbre. A mí me puso encima de la mesa, no sin antes asegurarse de que no se veían por ningún sitio manchas de café ni migas de croissant. Robert bebía despacio, a sorbitos, y parecía muy concentrado.

Cuánto quería a aquel niño.

Era un tipo de cariño distinto del que había sentido por Lili. Más directo, más inmediato. Cuando ahora pienso en ello, me da la impresión de que la vida que conocí en Francia era mucho más natural que la inglesa. ¿Se debía a la época, que había inculcado a las personas formas y normas como si hubiera estampado un sello en sus vidas? ¿Se debía a que los Bouvier eran mucho más pobres que los Brown? No lo sé. Solo soy un observador, un nómada a través de países y épocas, de la guerra y la paz.

Robert se sentaba en silencio. De los pantalones cortos que llevaba en verano y en invierno salían unas piernas delgadas de niño, las rodillas negras por las costras y la suciedad, los calcetines, antes blancos, colgaban grises en los tobillos que se balanceaban y el dedo gordo del pie izquierdo sobresalía por la punta de la sandalia. Absorto en sus pensamientos, se subió los tirantes, que se le habían resbalado por trigésima vez aquel día, y dejó la botella a mi lado.

—¿La pócima mágica también funciona contra los alemanes? —preguntó luego mirando a Maurice.

—Eso espero, pequeño, o lo tendré complicado.

—Yo también lo espero —dijo Robert, y dio las gracias por el refresco.

Continuamos nuestra ronda por el distrito 13. Robert disfrutaba de mucha libertad. En el barrio, todos conocían al pequeño Bouvier de la verdulería. Y ese era el único motivo por el que Nadine, la bruja, no se preocupaba si nos escabullíamos por las esquinas y trepábamos los muros de los patios. Solo había una norma inquebrantable, a la que Robert se atenía fielmente y que rezaba: nunca más al sur de la avenue de Tolibac. Pero allí no se nos había perdido nada, porque alrededor de casa estaban las callejuelas más estrechas y los rincones más pequeños. Allí sabíamos perfectamente dónde se podían ver cosas emocionantes.

En la rue Simonet vivía una anciana que se pasaba el día sentada junto a la ventana. Era tétrica, porque no se movía nunca. Solo una vez la vimos parpadear. Y fue porque Robert tiró un guijarro contra la ventana para ver si estaba viva.

—Es una espía —dijo después con mucho énfasis—. Lo sé a ciencia cierta. No se le escapa nada. Seguro que no puede dormirse nunca y hace mucho que tiene el corazón de piedra.

Quizá tenía un corazón de piedra. Pero quizá tan solo esperaba noticias del frente. ¿Quién puede decirlo con certeza?

En la rue Samson había un carnicero. Siempre tenía la cara muy roja y la gente murmuraba que pegaba a su mujer. Llevaba siempre el delantal pringado de sangre, tenía unos brazos sonrosados y fofos y demasiado sebosos. Robert estaba fascinado con aquel hombre, y a la vez le daba un miedo terrible. Algunas tardes, pegábamos la nariz en una pequeña esquina del escaparate y observábamos cómo dejaba caer un hacha enorme sobre los pedazos sangrientos de animales sacrificados. A mí se me revolvía el estómago. No quería ni pensar en su pobre mujer. Pero, curiosamente, él siempre era cordial con Robert y de vez en cuando le regalaba un pedacito de salchichón cuando lo descubría.

En la rue de la Butte aux Cailles conocíamos todas las piedras. El adoquinado era desigual y las muchas ruedas que lo habían recorrido a trompicones durante cien años lo habían llenado de baches. Siempre saltábamos el arroyo de la calle por los mismos sitios, y pasábamos de largo a galope tendido las casas de las hermanas con mirada asesina, porque justo detrás nos esperaba el oasis seguro de Maurice Mouton.

La vuelta a casa conducía a veces por la rue Boiton, cruzando la rue Bobillot, y luego por la rue du Moulinet. Allí se encontraba la institución para enderezar moralmente a las chicas perdidas, el panadero y, sobre todo, el gran jardín asilvestrado de madame Denis. Cerezos y perales desperdigaban sus flores blancas por encima del prado, donde crecían amapolas y caléndulas. Un ciruelo había caído

de través en el sendero trillado, que serpenteaba entre zarzas y malas hierbas en la parte posterior del jardín hasta llegar al cenador. Y de algún sitio manaba un arroyo que desaparecía al final del prado en un tubo que iba bajo tierra. No sé cuántas tardes pasamos en aquel pabellón en ruinas, situado junto a las rosaledas. Incontables. El cenador era nuestro único secreto de verdad.

Ni Nadine ni Nicolas sabían que nos atrevíamos a adentrarnos en esa zona. Nadine había prohibido la avenue de Tolibac, pero nunca había dicho nada de la rue du Moulinet. Siguiendo el lema de que lo que no está prohibido está permitido, íbamos en viaje de exploración al jardín de madame Denis.

Más de una vez vi su cabeza entrecana en la ventana. Sabía que estábamos ahí, pero nunca bajó. Vi su mirada. Era indulgente y cordial. Los demás niños nunca iban a jugar allí, porque creían firmemente que madame Denis estaba loca y los mataría a todos si ponían los pies en su jardín. A nosotros nos venía de maravilla, puesto que así estábamos más tranquilos. Al principio vi que Robert lanzaba de vez en cuando una mirada de preocupación a la casa oscura, pero, al no pasar nada, pareció olvidar las habladurías de los otros críos.

No creo que madame Denis estuviera loca de verdad. Yo ya había entendido que generalmente se tildaba de locas a las personas que eran diferentes, que seguían su propio camino y no se sometían a las normas de la opinión pública. Desde ese punto de vista, sería un placer para mí estar loco.

Robert y yo construimos cabañas y muros, calles y guaridas. El ciruelo caído era la frontera que ningún vengador cruzaba voluntariamente, porque detrás estaba el arroyo, que los engulliría a todos con sus corazones de piedra. Evidentemente, el arroyo no suponía ningún problema para nosotros. Robert solo tenía que dar un paso largo para cruzarlo. Y yo, yo lo cruzaba volando contento en su mano.

Cuando caía la tarde y el sol desaparecía detrás de la vivienda, emprendíamos el regreso a casa. No quedaba lejos, a unos diez minutos, y Robert solía recorrer el camino brincando. Dos pies, hops, pie izquierdo, hops, dos pies, hops, pie derecho, hops, dos pies, hops, y así todo el rato. Yo recibía fuertes sacudidas, pero ¿qué importan unos cuantos meneos cuando se es feliz?

No me había equivocado con los Bouvier. Eran una buena familia, puesto que eran buenos el uno con el otro. Los disgustos de los años posteriores a los Brown se desvanecieron ostensiblemente.

El piso de la rue Bobillot era pequeño, pero Nadine se había esforzado por hacerlo acogedor. Cuando pensaba en la casa de los Brown, casi me avergonzaba un poco. El salón de Emily, que casi nunca usaba, era más grande que el comedor y la cocina de los Bouvier. Y, aun así, me encontré cómodo a la primera. Probablemente no se debió tanto a las cortinas de flores, al pequeño canapé o a las numerosas

fotografías que, enmarcadas con cariño, adornaban la pared por encima de la chimenea, sino más bien a la atmósfera, porque Nadine y Nicolas se querían.

Emily y Victor también se querían, eso lo sé a ciencia cierta, pero se trataba más de una cuestión pertinente, acorde con su estatus. Victor decía: «¿Me permites que te ofrezca mi brazo, cariño?». Y Nicolas decía: «Y si un día ya no puedes andar, yo te llevaré hasta el fin del mundo».

La vida cotidiana de los Bouvier estaba marcada por el trabajo duro en la tienda. No lo tenían todo a su favor, pero no se quejaban. Aunque lloviera o hubiera tormenta, Nicolas salía de la cama antes del primer canto del gallo para ir al mercado central. Y mientras él estaba con los ojos medio cerrados delante de la jofaina de la cocina y se lavaba los dientes, se rascaba el culo con una mano y quizá se olvidaba de enjuagarse la espuma de la boca, Nadine estaba en camisón y calcetines de lana delante de la cocina de gas preparando un termo con café. Le preparaba a su marido un trozo de *baguette* con mantequilla salada, le acariciaba el pelo, le decía «Te quiero» y le quitaba la pasta de dientes de la comisura de los labios.

—Yo también a ti, *princesse* —replicaba él—. Acuéstate un rato más.

Nadine lo hacía, pero solo una hora, luego se levantaba y atendía las tareas de la casa, preparaba la comida para el día, recogía y limpiaba, y estaba despierta y risueña cuando le daba un beso con delicadeza a Robert en la nariz y le decía:

—¡Despierta, dormilón! Las aventuras no esperan.

Luego tiraba de la manta suavemente, pero con determinación, mientras el niño me apretaba con fuerza contra él y murmuraba dormido que aún era de noche.

Aquello era encantador. Sencillo, pero encantador. Y supe que me hallaba en el lugar adecuado.

A las ocho, Nadine iba a la tiendecita de la place d'Italie, donde Nicolas normalmente ya estaba levantando la persiana metálica del escaparate con un ruido ensordecedor. Luego, el señor Bouvier montaba la exposición del género y apilaba con cariño manzanas y peras, coles y lechugas, cebollas y patatas. Cuando todo estaba bien colocado, entraba, contaba el cambio que había en la caja y se preparaba una taza de café fuerte, cuyo solo aroma era capaz de despertar a los muertos.

Nadine y yo llevábamos a Robert al colegio. La despedida era igual de difícil todas las mañanas. Yo no podía entrar, o al pequeño soñador lo amenazaban unos cuantos palmetazos. Ya lo había sufrido una vez, y con eso fue suficiente. El niño se quedaba con la cabeza gacha delante de nosotros, y al principio se tragaba con valentía las lágrimas cuando me entregaba ceremoniosamente a Nadine.

—Cuida a Doudou, *maman* —decía.

—Lo haré —contestaba ella sonriendo a su hijo—. Y ahora, ¡andando!

No estés triste. ¡Solo son unas horas!

Una vez que lo habíamos entregado a la institución educativa, volvíamos a la

tienda. Nadine me ponía al lado de la caja, y allí esperaba yo hasta que, cuando había acabado la última clase, Robert llegaba galopando como si lo persiguieran hordas enteras de vengadores. Cuando refrenaba su caballo a la puerta de la tienda y decía «So, Brauner, so» y desmontaba sin esfuerzo para recoger a su amigo y compañero Doudou, el mundo estaba más que bien.

Sin embargo, Nadine parecía preocupada por el desarrollo de Robert. El niño no quería jugar nunca con otros críos. Se contentaba conmigo y con la princesa Zazie. No quería juguetes nuevos ni golosinas. Solo quería jugar y escuchar historias, y cuando el maestro, monsieur Trinac, lo había atormentado bastante a palmetazos y Robert, al principio de mala gana, había aprendido a leer, quiso libros. Nada más.

Una mañana, Nicolas y Nadine estaban delante de la tienda. Nadine sacaba brillo a las manzanas y Nicolas barría hojas de lechuga, el sol ya había ascendido por encima de los edificios y enviaba los primeros cálidos rayos de primavera a la calle.

Nadine se detuvo, se acercó a su marido y le puso el brazo alrededor de las caderas.

—*Chéri* —dijo—, me preocupa Robert. Es un soñador. En eso ha salido a ti.

—¿Y qué tiene eso de malo? —contestó Nicolas, estrechándola con delicadeza—. Tú amas a un soñador. ¡Y yo he conseguido conquistar el corazón de la princesa más hermosa del mundo!

Nadine se echó a reír. Su dulcísima boca se abrió, sus ojos se estrecharon hasta convertirse en unas ranuras brillantes y en sus mejillas se formaron unos hoyuelos.

—Zalamero —dijo, y le dio un golpecito en el costado a su marido—. Creo que se inventa demasiadas historias. Monsieur Trinac dice que se pasa el día soñando. ¡No se entera de lo que realmente ocurre!

Tal vez era mejor así. Robert todavía era feliz cuando el resto del mundo ya se apuntaba con las armas.

Cuando ahora pienso en esa época, en los seis años que Robert y yo pudimos pasar en plena libertad, en los seis años soleados y cálidos de amor, antes de que la guerra nos alcanzara, siento la dicha de los preciosos días infantiles.

Me gustaría tanto que Robert hubiera sobrevivido. Me gustaría que hubiera tenido una larga vida, que siguiera viviendo todavía, un viejo, apenas ocho años más joven que yo. Me gustaría que hubiera tenido hijos y que les hubiera hablado de esos días en París, y que sus hijos hubieran creído firmemente, igual que yo, en la princesa Zazie y en Samir-Unka, porque él lo creía. Y que pudieran sentir un poco la felicidad que había en ese juego despreocupado.

Todo cambió en el verano de 1940.

Nadine tenía razón, Robert no veía las nubes de tormenta que se cernían sobre París. Si su cielo se oscurecía un poco, él buscaba un claro donde el sol brillara, y ya estaba contento. Así de simple.

A diferencia de Robert, yo descubrí las nubes a tiempo. Se acercaban lentamente, cada vez más negras. Las caras de la gente se habían ensombrecido, las tinieblas cayeron sobre París. Guerra. Me di cuenta de que la palabra se oía cada vez más a menudo. Más a menudo de lo que me habría gustado.

Yo no sabía qué representaba una guerra; si lo pensaba bien, ni siquiera sabía qué era realmente una guerra. ¿Qué objetivo perseguía?

Con Alice había aprendido que la guerra provocaba sufrimiento y miseria, luto y amor solitario. Ese recuerdo ya bastaba para desear que aquel nubarrón pasara de largo sin descargar.

Veía las caras de preocupación de Nicolas y Nadine cuando se sentaban de noche delante de la radio y escuchaban la voz del locutor, y procuraba atar cabos con lo que oía.

Había guerra. Hacía tiempo que había empezado. En un país llamado Alemania, donde yo nunca había estado, pero del que había oído muchas cosas (Victor apreciaba a los filósofos y a los escritores de ese país; decía que era una nación de poetas y pensadores), gobernaba un pequeño hombre con un gran plan. El hombrecito había decidido someter al mundo, y por eso había ido a la guerra. Pero, por lo visto, no fue solo, sino con miles de soldados, y los demás países intentaban defenderse de él con igual número de soldados. También los franceses.

Hasta ahí, todo mal. En cierto modo, me daba la impresión de que esa historia tenía un parecido sospechoso con el cuento de Samir-Unka de Robert. La princesa no acababa de encajar en el cuadro, pero el resto...

Sin embargo, la diferencia crucial era que no se trataba de un juego. Era la vida real. La vida de las personas. Y aunque todas ellas solo tenían una, la empleaban en una cuestión que parecía no tener más objetivo que destruir vidas.

Simplemente, no lo entendía.

Cuanto más se aproximaba aquella guerra, cuanto más miedo y horror presenciaba, cuanta más destrucción, muerte y sufrimiento veía, cuanta más irreflexión advertía y cuanta menos tolerancia y compasión notaba, más crecían mis dudas sobre la humanidad. Creo que nunca la entendí tan poco como en la época de la guerra.

En mayo de 1940 ya se adivinaba que la tormenta no pasaría de largo. Las nubes proyectaban su sombra, incluso en los mundos de fantasía de Robert.

Era tétrico. Porque, aunque todos sospechaban que las tropas alemanas no se detendrían a las puertas de París, la vida cambió poco al principio.

Aún se podía comprar de todo. Aún no había llegado la guerra a Butte aux Cailles. París aún era una ciudad libre, nadie quería imaginar que eso podría cambiar algún día. Las tiendas habían abierto, el tráfico atronaba por la ciudad como siempre, los bares estaban llenos a rebosar, las personas distinguidas seguían con sus diversiones.

—Lo único que les preocupa es el suministro de champán de Pommery y de caviar —dijo Maurice Mouton despectivamente cuando, como cada mañana, fue a la tienda a comprar verdura fresca para las ensaladas y comentó la situación con Nicolas.

Y Nicolas asintió y dijo:

—Ojalá la cosa quedara ahí.

Pero amenazaba tempestad, y pronto fue imposible hacer como si nada ocurriese. La gente se puso nerviosa porque cada vez eran más los que decidían abandonar la ciudad.

—¿Caer en manos de los *boches*? Lo siento, ¡pero no! Ya es bastante grave que nuestros hombres sufran en el frente. Debemos servir a nuestra patria de otra manera y seguir con vida. *Vive la France!* —decían cuando iban por última vez a comprar fruta y verdura para el viaje—. Adiós, monsieur Bouvier.

Los proveedores pronto tuvieron problemas para suministrar las mercancías requeridas. Los negocios iban cada vez peor, Nicolas increpaba sin motivo a Nadine y ella le levantaba la voz más de lo necesario.

Yo lo observaba todo con creciente preocupación.

Los pocos clientes que mantenían testarudos sus costumbres solían llegar con las informaciones más recientes. Madame Leroc, que tenía un hijo en el frente, seguía los movimientos de las tropas y no se guardaba para sí sus miedos ni sus temores.

—Se lo digo yo, monsieur Bouvier, esto no durará mucho. Pronto nos tocará a todos. Tenemos que empaquetar nuestras cosas mientras podamos. Mi pobre hijo, Dios le dé fuerzas, me ha escrito que los alemanes son bestias, les gusta la carne humana, comprende, monsieur Bouvier. Los *boches* no conocen la compasión...

Movió los brazos gesticulando y salió de la tienda entre lamentos.

—*Au revoir* —dijo Nicolas, pero ella no lo oyó.

Nicolas miró a su mujer. Una mirada que no revelaba nada bueno.

Maurice ya solo iba cada tres días. A él también le fallaban los clientes y apenas necesitaba verdura para las ensaladas.

—Quizá nosotros también deberíamos hacer las maletas, Nicolas... —dijo—. Mi abuela judía me mira como si estuviera ciego.

Intentó reír y se frotó su gran nariz.

—Esto me da mala espina —prosiguió en serio, y al irse murmuró—: Muy mala espina...

Aquella tarde, cuando Robert y yo fuimos a su local, estaba demasiado distraído para ayudarnos con la pócima mágica.

—*Salut* —dijo Robert—. ¿Qué tal?

—Bien, bien... —contestó Maurice, mirando más allá de nosotros, calle abajo, como si allí hubiera algo que descubrir.

Robert lo miró en silencio y con una mezcla de reproche y tenacidad hasta que Maurice nos sirvió una limonada sin decir palabra. Luego se rascó la cabeza y se atrincheró detrás de la barra.

Madame Leroc tenía razón, al menos en parte. No pasó mucho tiempo hasta que las sirenas aullaron regularmente de noche. Se decretó el toque de queda y se prohibió encender la luz.

La gente cerraba los postigos, y en el piso de la rue Bobillot el aire era caluroso y sofocante. El verano había hecho su entrada, pero nadie se atrevía a dejar pasar la suave brisa de la noche. Los aviones atronaban amenazadoramente en la oscuridad cada vez más a menudo.

—Traen las bombas —dijo Nicolas, y apartó rápidamente a Robert de la ventana cuando quiso mirar fuera lleno de curiosidad.

Las bombas. Yo no tenía ni idea de la gravedad de las bombas. Todavía no.

Cuando la alarma aérea sonó por primera vez, Robert se despertó sobresaltado y se echó a llorar, confuso.

Me despejé de inmediato.

No te separes de mí, Robert. Estoy contigo.

Nadine irrumpió en la habitación, nos envolvió en una manta de lana y susurró:

—No pasa nada, *chéri*, no pasa nada. Chist... Chist... Chist. Solo tenemos que bajar al sótano.

Luego bajamos tropezando por las escaleras, Nadine en camisón, Nicolas con su chaqueta marrón encima del pijama, y el pequeño Robert lloriqueando medio dormido. Agotados, nos apiñamos con los vecinos, hablaron en voz baja para tranquilizarse, pero pronto no supieron qué más decirse y escucharon atentamente el ruido atronador de los aviones que se acercaban. Aquella noche no llegaron hasta nosotros.

La alarma pronto pasó a formar parte de los sonidos de la noche, igual que en otros sitios el cantar de los grillos. Nos acostumbramos deprisa. La sirena sonaba, el aullido estridente arrancaba a la gente de su sueño ligero, se ponían la ropa que habían dejado a punto y se dirigían al supuesto refugio del sótano. Es sorprendente lo

deprisa que aceptaron ese estado de excepción y se acomodaron a él.

Sin embargo, yo seguía sin entender qué querían los alemanes de nosotros. ¿Qué les habíamos hecho nosotros, Nicolas, Nadine, Robert y yo, madame Leroc y su hijo, y también Maurice Mouton, para que pensarán que tenían que dispararnos?

Durante el día reinaba una calma engañosa, y a veces incluso parecía que no hubiera guerra. Entonces me entregaba con ganas a jugar con Robert y olvidaba por un rato, igual que él, que en cualquier momento podía desatarse un temporal, peor de lo que éramos capaces de imaginar.

Nadine nos prohibió alejarnos de casa más allá de la *brasserie* de Maurice.

—Tengo que saber dónde estás —le explicó a Robert—. Tienes que decirme siempre adónde vas, ¿me oyes?

Sin embargo, después de dos noches tranquilas, Robert olvidó las advertencias de su madre. El jardín de madame Denis lo atraía más que nunca.

Así pues, nos escabullimos por rutas secretas probadas. Pero algo fue distinto ese día. Robert estaba distinto. No estaba por la labor.

El juego marchaba con poco entusiasmo, solo yo me ocupaba de defender a la princesa Zazie y de mantener alejados a los vengadores.

Robert golpeaba ausente con un palo las ortigas que crecían a nuestro alrededor y chutaba piedrecitas sin ganas.

¿Qué pasa con la princesa Zazie? ¿No querrás dejarla sola?

Por lo visto, sí. Sin embargo, comprendía a Robert. Aquel juego ya no era divertido porque, de manera imperceptible, nuestro mundo de fantasía había ido adquiriendo cada vez más semejanza con la realidad. Los vengadores habían adoptado de repente los rasgos de los alemanes, a los prisioneros ya no había que transformarlos en árboles, sino que había que torturarlos hasta que revelaran sus secretos.

Aquello no me gustaba. No quería que Robert diera órdenes en tono autoritario. Me disgustaba que tuviera que ser yo quien las ejecutara. No era mi estilo torturar a la gente.

Robert, ¿qué ocurre? ¿Cuánto tiempo tengo que mantener todavía al prisionero con la cabeza en el agua?

Pero Robert se había olvidado de que teníamos un prisionero. Otra cosa había despertado su interés. Una cosa que no tenía nada que ver con Samir-Unka ni con Zazie y, excepcionalmente, tampoco con los alemanes.

—Doudou —dijo—, quédate aquí y vigila la puerta. Si viene alguien, ¡silba!

Pronunciando esas palabras, me puso encima de una piedra grande junto a la puerta del jardín.

Muy gracioso, ¡yo no sé silbar!

A pesar de todo, me quedé sobre la piedra y vi que Robert se acercaba a la valla

de madera alta que separaba el jardín de madame Denis del patio del internado de las chicas.

¿Qué se proponía?

Nunca nos habíamos atrevido a acercarnos a la valla porque tanto el internado como las chicas tenían una reputación dudosa, eso lo sabía Robert perfectamente. Después de todo, madame Leroc no se guardaba para ella sus opiniones sobre aquella institución.

A veces, cuando jugábamos en el jardín, nos llegaban risas radiantes del otro lado de la valla, pero nunca habíamos visto a ninguna de las chicas. Vivían en otro mundo, en un mundo del que no intuíamos nada.

Robert se volvió una vez hacia mí, como si buscara una aprobación por mi parte que apoyara su plan. Pero yo no conocía su plan. Además, no me apetecía quedarme solo mientras él emprendía a todas luces una nueva aventura. Vi con asombro que cogía una piedra puntiaguda y empezaba a hacer un agujero en una de las tablas podridas. Llamadme ingenuo, pero no tenía ni idea de qué planeaba.

Al cabo de un minuto, el agujero era tan grande que su desvergonzado ojo infantil podía espiar a través de él. Me quedé sin habla. Por si fuera poco que nos hubiéramos alejado demasiado de casa sin permiso, ahora espiaba a las chicas perdidas. Realmente, con Robert nunca se estaba a salvo de las sorpresas.

Se arrodilló delante de la mirilla e intentó atisbar lo que ocurría al otro lado. No sé cuánto tiempo estuvo así, quizá media hora, probablemente más. Luego se levantó de repente, me recogió de camino y salimos del jardín sin dedicarle ni un solo pensamiento a Zazie.

De noche, cuando estábamos tumbados en la cama, dio la impresión de que aquel episodio no había ocurrido. Como siempre antes de dormirnos, forjamos planes para el día siguiente.

—Mañana le apretaremos las tuercas a Samir-Unka —dijo con su nueva voz bélica—. Le enseñaremos que nuestros hombres saben combatir.

Por él hablaba la voz de la radio, la voz de los adultos, la voz de la política. En el espacio de la emocionante ilusión había entrado una pizca de encarnizamiento que percibí con desagrado y recelo. Aunque la guerra no nos había alcanzado todavía, ya nos tenía bien sujetos en sus manos.

Pocos días después volvimos a casa de madame Denis. En esta ocasión, Robert se dirigió directamente a la mirilla abierta en la valla, sin dar un rodeo por el cenador mágico ni por el arroyo de los corazones de piedra. Ni me tomé la molestia de protestar.

En el lado de las chicas de mala fama se oían risitas y grititos. Estaban en el patio. Un suave aroma de ropa recién lavada flotaba en el aire.

Robert pegó el ojo derecho a la valla. Se quedó como hechizado, inmóvil y callado. De repente, los sonidos cambiaron. Robert retrocedió espantado. Se pegó de espaldas contra la pared y contuvo el aliento; además, estuvo a punto de sentarse encima de mí. Lo habían descubierto. Los gritos subieron de tono y se acercaron, oí ruido de pies que se apiñaban al otro lado de la valla.

¡Robert! ¡Larguémonos de aquí! ¡Se traen algo entre manos!

Pero Robert, la inocencia y la ingenuidad en persona, se quedó allí agazapado hasta que el contenido líquido de un cubo de diez litros se vertió desde lo alto sobre nosotros. Fue tal la sorpresa que se levantó con un grito, me cogió al vuelo y echó a correr. Tropezó con una zarza, que se le enredó en los calcetines, cayó de bruces y, huyendo de las chicas perdidas y de sus pérfidas ideas, arrancó medio matorral. Chorreando, corrió hacia la calle desde el jardín. Aunque a mí también me había mojado el agua, cosa que no soporto, me reí para mis adentros. La incipiente curiosidad de Robert por el sexo femenino le había valido la primera ducha de agua fría de su vida. Pero seguro que saldría indemne. De eso.

No se atrevió a volver a casa mojado como iba. Así pues, deambulamos un rato más por las calles. Cada vez se veía a más gente dedicándose a cargar sus automóviles. Monsieur Brendacier, que compraba sobre todo alcachofas a los Bouvier, sacaba a rastras un colchón del edificio de la rue de Samson, justo cuando pasábamos nosotros por delante.

—*Bonjour*, monsieur Brendacier —dijo Robert, apartándose el pelo mojado de la cara.

—*Bonjour, petit Robert* —contestó el hombre—. ¿Has ido a bañarte?

—Sí —mintió Robert—. ¿Se va de viaje?

—Podría decirse que sí —dijo monsieur Brendacier.

—¿Con los muebles?

—Nunca sabe uno con qué se encontrará, ¿no?

Robert calló y observó cómo monsieur Brendacier amarraba con esmero el colchón de muelles sobre el techo del coche.

—Saluda a tus padres de mi parte —dijo cuando acabó—. Y diles que sus alcachofas siempre han sido las mejores de la ciudad.

—Lo haré —dijo Robert—. *Au revoir!*

Y siguió deambulando.

Ay, Robert. ¿Todavía no te das cuenta de lo que pasa a tu alrededor? ¡Las ratas abandonan el barco que se hunde!

No se daba cuenta. Y por primera vez pensé que no estaría mal que nosotros también nos cogiéramos pronto unas vacaciones de París y nos marcháramos a algún sitio donde no se fuera a hablar alemán tan pronto.

Doblamos por la rue Butte aux Cailles, un poco más secos ya; un buen momento para pisar terreno permitido y hacerle una visita a Maurice. Bajamos por la calle al probado estilo de ir dando saltitos. Dos pies, hops, pie izquierdo, hops, dos pies, hops, pie derecho, hops. Al llegar al arroyo que se extendía más allá de la acera a pocos metros del bistró de Maurice, Robert levantó la cabeza. Luego continuó andando despacio, con la mirada clavada en el cartel de *Chez Maurice*, que se balanceaba al viento chirriando levemente. Se detuvo un momento delante de la puerta. El resto del camino a casa lo recorrió a la carrera.

—*Maman* —gritó, estando todavía en la puerta—. *Maman!* ¡Maurice se ha marchado!

Y nadie preguntó por qué sus zapatos dejaban huellas húmedas en la entrada.

Aquella noche, Nicolas y Nadine se quedaron más rato sentados y discutieron. Hablaban en tono preocupado. Oía sus voces a través de la puerta entornada de la habitación de Robert, mientras el niño daba vueltas inquieto a mi lado. Agucé los oídos.

—Yo creo que es lo mejor —dijo obstinada Nadine—. Tengo miedo.

—Pero ¿qué pasará con la tienda? —objetó Nicolas—. Todo por lo que hemos trabajado tan duro, ¿tenemos que dejárselo sin más a los alemanes?

—¿Qué provecho sacaremos de la tienda si nos jugamos la vida?

—¿Acaso no nos jugamos siempre la vida? También podría atropellarnos uno de esos automóviles modernos.

—¡Por favor, Nicolas! —La voz de Nadine tenía un tono suplicante—. Sabes tan bien como yo que nos lo quitarán todo. ¡Ya has oído los estragos que causan los alemanes!

—Tal vez nuestros chicos consigan detenerlos —objetó Nicolas no muy convencido.

—Los pobres hombres del frente. ¿Qué digo, hombres? Son niños. Carne de cañón es lo que son. ¿Cómo van a conseguirlo?

—En 1914 salió bien.

—Pero esta es una nueva guerra.

—¿Y dónde crees tú que deberíamos ir? ¡Nuestro hogar está aquí!

—Iremos a casa de mi tía, en Borgoña. Mañana mismo le escribiré una carta. No se negará.

—Tu tía es peor que un dragón.

—Pero al menos tiene una casa segura. Y para Robert también sería lo mejor.

—No quiero —dijo Nicolas, terco—. No quiero toda esta guerra.

—Nadie quiere esta guerra. Pero nosotros no podemos cambiar nada.

—No, no podemos cambiar nada. Pero podemos ofrecer resistencia.

—No me asustes. Tú nunca has sido un buen luchador.

—La resistencia necesita a todos los hombres.

—Pero no al *mío*, no te lo permitiré.

Seguí la conversación conteniendo el aliento. Nadine quería que abandonáramos París. Era sensata, la única persona sensata en aquella familia feliz de idealistas y soñadores.

Por favor, Nicolas, ¡escucha a tu mujer! Tenemos que irnos.

—La tía Margot no es tan mala. Y seguro que le vendrá bien nuestra ayuda en la granja —prosiguió Nadine imperturbable.

—No entiende nada de verduras.

—Razón de más para que necesite nuestra colaboración. Nos estará agradecida. Y nosotros estaremos a salvo.

Se hizo el silencio. Los veía en mi mente, allí sentados, afligidos. Seguro que Nicolas apoyaba la cabeza en sus grandes manos. Seguro que Nadine se frotaba nerviosa las sienes. Me partían el alma. Y me pregunté qué más penas nos traería aquella guerra. Finalmente, él dijo:

—Tienes razón. No tiene sentido seguir escondiendo la cabeza debajo del ala. Si hasta Maurice se ha ido de la ciudad, no deberíamos dudar más.

—Me alegra que pienses así —dijo ella con voz queda—. Te quiero. Jamás me perdonaría que te pasara algo.

—Yo también te quiero, *princesse*. Mañana nos ocuparemos de buscar el medio para irnos. Y tú le escribirás al dragón de Borgoña. Atacaremos su guarida...

—Sí, eso haremos. A los dragones se los puede vencer, ya verás.

Cuando sus voces se apagaron y se extendió la calma inquieta de una noche de guerra, yo aún me quedé despierto mucho rato.

El pequeño Robert se volvió y murmuró algo incomprensible. Yo no podía hacer nada, excepto acurrucarme con ternura en sus brazos cuando me cogía.

Durante los días siguientes, Nadine comenzó a hacer los preparativos para el viaje, con prudencia y tan tranquila como pudo, pero la tensión aumentaba a cada minuto que pasaba. Varias veces al día ponía en marcha la radio para escuchar las últimas informaciones del frente. Ya no cabía negarlo: los franceses no podrían defender su capital durante mucho más tiempo. Los alemanes se aproximaban a toda máquina.

Como todos los demás, yo también me preguntaba qué ocurriría si cruzaban el Sena. ¿Quiénes eran esos alemanes? ¿Y qué harían?

La idea de que no seguiríamos allí para responder por experiencia propia esas preguntas me tranquilizaba. Si había que dar crédito a lo que decía la gente, un

dragón no podía ser peor que los soldados desconocidos. Robert y yo ya habíamos vencido a unos cuantos dragones.

Nicolas preparó el cierre de la tienda. Fue una tragedia. Sentado sobre el mostrador y sintiéndome infeliz, lo vi vaciar las estanterías, empaquetar las cosas más importantes en una caja y vender el resto a precios de risa. Prefería tener pérdidas a dejar ni un solo pepino a los alemanes.

Jean-Louis, el cajero del banco, que hasta entonces había pasado cada mañana por la verdulería a comprar fruta para el almuerzo, se había declarado dispuesto a llevarnos con él fuera de París. Él también tenía parientes en Borgoña.

—Pero tenemos que irnos pronto —había instruido JeanLouis al verdulero—, o el viaje será muy pesado para Marie. Mi hijo tiene que nacer en paz, no en plena huida en coche.

Nicolas había asentido con la cabeza y se había puesto a vender las últimas coles.

No podríamos llevarnos muchas cosas. El coche de JeanLouis, con el que saldríamos de París, iría tan lleno con cinco personas que apenas quedaría sitio para el equipaje. Pensé en monsieur Brendacier, que incluso procuró salvar el colchón. Nosotros no podríamos hacerlo; en nuestro caso, se trataba principalmente de salvar la vida.

La tensión aumentó. No puedo decir que sintiera una fiebre viajera similar a la que tuve cuando partimos a América. Pero añoraba la partida. Seguro que nos iría mejor en el campo. La tía Margot esperaba con impaciencia nuestra llegada. De hecho, todo avanzaba de maravilla.

Solo Robert dio problemas.

Fue el 3 de junio, hacia mediodía, cuando por primera vez discutió seriamente con Nadine.

—Pero yo no quiero irme de París —dijo en tono gruñón mientras Nadine plegaba con cuidado la ropa del niño y la ponía en la maleta.

—No se trata de querer o no, tesoro. No tenemos elección.

—Sí. Podemos quedarnos.

—No, no podemos, y no lo haremos.

Me habría gustado taparme los oídos. No tenían que discutir. Aquella horrible guerra sembraba la discordia incluso en las mejores familias. Era terrible.

—Pero ¿qué le pasará a la princesa Zazie? —insistió Robert.

—Estoy segura de que la princesa Zazie encontrará la manera de llegar a Borgoña.

—No me lo creo.

—Ten por seguro que ahora no discutiré eso contigo. Y, si he de ser sincera, me da lo mismo, Robert. Ahora, sé buen chico y ayúdame. —Lo miró con severidad—.

Por favor —añadió cortante.

Había perdido los nervios.

—Eres una vieja bruja —gritó desesperado el niño—. ¡Una vieja bruja horrible!

Luego me cogió del estante y salió de la habitación como un torbellino.

—Robert, ¿adónde vas? ¡Vuelve aquí! ¡Ahora mismo! —nos gritó Nadine.

Robert, creo que por una vez deberíamos quedarnos con la bruja...

Pero Robert contestó a su madre tan poco como me escuchó a mí.

Me sublevé interiormente. Había visto el miedo en los ojos de Nadine, hacía días que notaba el pánico soterrado que impregnaba todas sus acciones.

Nadie sabía qué se nos venía encima. Nadie sabía si volveríamos a París ni cuándo, y tampoco con qué nos encontraríamos al llegar de vuelta.

Se disponían a empaquetar su vida en una maleta y a empezar de nuevo en algún sitio. (Conozco la sensación, solo que yo no suelo hacer la maleta antes de un nuevo comienzo.) En tales circunstancias, ¿se le podía reprochar que perdiera la paciencia con su hijo?

Robert y yo vagamos sin rumbo por las calles. En todas partes había gente que partía. Coches sobrecargados, atestados hasta el techo de maletas, cajas, abuelas y canarios, se arrastraban por las calles. Había mucho tráfico. Más que de costumbre.

Cuando sonó la sirena que anunciaba los aviones enemigos, estábamos muy lejos de casa.

No quiero ni imaginar la preocupación que embargó a Nadine en el momento en que sonó la alarma. Tampoco querría de ningún modo imaginar cómo pasó las dos horas que transcurrieron hasta que cesó la alarma y los atronadores bombarderos alemanes ya habían coronado su trabajo. Tuvo que pasar un miedo terrible. ¿Salió a la calle y nos estuvo buscando? ¿Corrió hacia la place d'Italie, gritando y llorando, con la esperanza de encontrarnos allí? Nunca lo sabré.

Robert y yo estábamos en el jardín de madame Denis, como siempre en los momentos críticos. Se había agazapado en el cenador y, de sus ojos, muy abiertos por el terror, brotaban lágrimas que le rodaban por las mejillas. Repetía sin cesar una sola palabra, como una letanía: «*Maman, maman, maman*».

Yo estaba a su lado en el suelo, porque Robert necesitaba las dos manos para taparse los oídos.

Una escuadra de aviones se acercaba retumbando con un ruido ensordecedor. Volaban muy juntos sobre nuestras cabezas. Nunca los habíamos visto tan cerca. En todas las noches que habíamos pasado en el sótano, nunca habían sido tan amenazadores como aquel día soleado de junio. Oí el silbido de las bombas, oí el estruendo de las detonaciones, olí el fuego.

La guerra había llegado. Nos había alcanzado.

Robert se quedó allí sentado, temblando de miedo y llorando en silencio. Volvió la calma. Bajó lentamente las manos. Se levantó aguzando los oídos y me cogió con cuidado justo cuando un nuevo estruendo anunció la llegada de más aviones. Apenas los percibimos, volvieron los estallidos. Robert me estrechó despavorido contra su cara y, con un tono agudo, estridente para mí, gritó al mundo el miedo a la guerra.

No nos ocurrió nada. Pero, cuando nos fuimos del jardín, vimos que a pocos kilómetros de distancia se levantaban densas nubes de humo.

En la calle, la gente corría de un lado a otro como gallinas decapitadas.

—¡Le han dado a la Citroën! —gritó un hombre—. Han bombardeado la fábrica de automóviles.

—¡Mi marido! —gritó histérica una mujer—. ¡Mi marido trabaja ahí!

—*Merde, les boches!* —gritó otro.

Luego salieron corriendo para ayudar y salvar lo que se pudiera salvar.

Supongo que fue el miedo que había pasado lo que arrastró a Robert de inmediato a casa. La peor bronca de su madre no podía ser peor que la detonación de las bombas que acababan de caer en el corazón inocente de Robert.

Nadine estaba fuera de sí. Nunca la había visto tan deshecha. Cuando entramos en casa, estaba sentada en el suelo de la cocina, llorando. Se sujetaba con fuerza las rodillas, se balanceaba suavemente adelante y atrás y sollozaba.

—*Maman* —gritó Robert—. *Maman!*

Nadine levantó la vista, y el niño me dejó caer para lanzarse a los brazos de su madre.

—No vuelvas a escaparte nunca —dijo—. ¿Me oyes, Robert? ¡Nunca más!

Robert asintió en silencio sobre su pecho, y así permanecieron los dos mucho rato, mientras yo estaba sobre el mosaico frío, y las baldosas blancas y negras danzaban ante mis ojos.

Todavía sentía vértigo por lo que acababa de vivir. Lentamente fui comprendiendo que habíamos escapado por poco a los ataques de la aviación alemana. Los grandes aviones negros en el cielo habían dejado caer sobre nosotros bombas que traían la muerte.

Tiritaba de frío. No sé si porque estaba en el suelo gélido o si el frío me salía de dentro. Pero ni Robert ni Nadine se movieron hasta que llegó Nicolas y rodeó con sus fuertes brazos a las dos personas que más quería. Solo entonces yo también volví a sentir un poco de calor.

Una semana después llamaron de noche a la puerta. Nicolas abrió y dejó entrar a Jean-Louis y a Marie. La mujer tenía una barriga increíble, yo nunca había visto a una mujer tan gorda.

—Sentaos un momento —dijo Nadine con afecto, y los invitó a pasar a la salita.

—No, gracias —dijo Marie—. No nos quedaremos mucho.

—Solo hemos venido a avisaros —añadió Jean-Louis.

Robert y yo merodeamos por la puerta que daba al pasillo. No queríamos perdernos detalle. Vi que Robert también miraba fascinado la barriga de Marie. La mano izquierda de la mujer descansaba tranquila encima de aquella bola; la derecha se apoyaba en la espalda, sosteniéndola. No parecía que se encontrara muy bien. Llevaba el agotamiento escrito en la cara.

Lo supe antes de que Jean-Louis abriera la boca: había llegado la hora.

—No podemos esperar más —dijo el hombre—. El ataque a la Citroën la semana pasada en el distrito 15 solo era el principio. Lo siguiente serán objetivos civiles.

—Una vecina ha estado en la Gare d'Austerlitz —dijo Marie—. La estación estaba abarrotada. Ha dicho que la gente se pegaba por subirse a los trenes. Terrible. Pronto cerrarán las estaciones. La circulación por las carreteras del sur también estará cada vez más complicada...

Miró a su marido. Él le pasó el brazo por los hombros.

Nicolas asintió abrumado, y Nadine dijo:

—Estamos listos, las maletas están preparadas desde hace días.

—Bien —dijo Marie.

Pareció aliviada. Se acercó a Nadine y le estrechó la mano.

—Me alegro de que venga conmigo —prosiguió en voz baja—. Tengo un miedo espantoso.

—Todo irá bien —contestó Nadine—. No se preocupe.

Marie se secó una lágrima del ojo y Jean-Louis miró desesperado a una y a otra.

—Entonces, mañana a las seis y media de la mañana. Pasaremos a recogerlos.

El sonido de la puerta al cerrarse fue el único ruido que rompió el silencio abrumador.

Me espanté cuando Robert salió de repente de la cama en mitad de la noche.

¿Ya es la hora? ¿Nos vamos?

Se vistió sin hacer ruido: los pantalones cortos, la camisa azul que más le gustaba y los calcetines viejos del día anterior, aunque el dedo gordo del pie izquierdo respiraba de maravilla el aire fresco a aquellas alturas.

¿Ya eran las seis y media? Yo no había oído ningún ruido típico de partida, ni que

Nadine preparara café. Además, los ronquidos de Nicolas aún traspasaban las delgadas paredes.

Y que Nadine pudiera dormir con ese estruendo, pensé un momento, y tuve que sonreír. Pero todas las noches dormía contenta con la cabeza apoyada en el brazo de Nicolas, mientras el pecho del hombre subía y bajaba ruidosamente. Uno o dos años atrás, a Robert y a mí todavía nos gustaba deslizarnos de noche en su cama. Buscábamos sitio entre brazos y piernas y nos poníamos cómodos. Los ronquidos de Nicolas podían ser fuertes, pero para nosotros eran la señal segura de que todo estaba en orden. Su respiración hacía temblar las paredes también ahora, pero yo no conseguía librarme de la sensación de que no todo estaba en orden.

Esa sensación no me engañó.

Robert caminó de puntillas por su habitación hasta llegar a la estantería. Se quedó allí parado un momento, indeciso. Dudando, paseó la mano por los distintos juguetes, los cogió con la mano uno tras otro. La peonza y el látigo, el cristal de color que habíamos encontrado en el jardín de madame Denis, la pelotita roja, el coche de bomberos que Maurice le había regalado por la comunión, el viejo caballo al que le faltaba la cola. Al final, escogió el indio de madera y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

De pronto se arrodilló delante de la cama y sacó de debajo su cartera. Pude distinguir que ni el pizarrín ni los libros estaban dentro, sino que había una botella de limonada y un fular. Embutió dentro el libro de animales salvajes, cogió el tirachinas de encima de la mesita de noche, donde siempre estaba a punto, y cerró la cartera con cuidado. No cabía duda de que preparaba la partida. Pero ¿por qué lo hacía en mitad de la noche?

—Vamos, Doudou —susurró.

¿Adónde?

—Nosotros nos quedamos en París. Nadie nos encontrará en nuestro escondite.

¡No! ¡Yo no quiero quedarme en París! Recuerda lo que le prometiste a tu madre. Que nunca más volverías a escaparte. ¡No podemos irnos ahora! Mañana saldremos todos juntos a cazar dragones en Borgoña.

No me escuchó. La puerta se abrió con un ligero chirrido y Robert se escurrió fuera de la habitación como un indio acechando el camino.

He dicho adrede que «él» se escurrió fuera. Porque, en este caso, me gustaría distanciarme claramente de su forma de actuar. Por lo general, era como si Robert y yo fuéramos un solo corazón y una sola alma, como si fuéramos una sola persona. Lo que él hacía lo hacía yo también. Si él tenía pesares, yo también era infeliz. Formábamos un equipo indestructible. Pero, en este caso, no entendía a mi mejor amigo. No estaba de acuerdo con que se marchara clandestinamente y, de ese modo, tal vez abocara a toda su familia a la desgracia. Nunca se irían sin él. Lo buscarían,

desesperada e inútilmente, y no lograrían abandonar la ciudad antes de que los alemanes... Sí, ¿qué harían los alemanes? Esa pregunta no solo me preocupaba a mí en aquellos días.

Pero Robert lo había decidido. No sé qué pasaba en aquella cabecita. No sé qué esperanzas, qué miedos ni qué planes disparatados guardaba dentro. Pero estaba seguro de que Robert había optado por el mejor camino para cometer una terrible tontería. Y yo no tenía medios para impedirselo.

Esos son los momentos más difíciles en la vida de un oso de peluche: dejar que la persona que uno quiere se encamine libremente hacia su desgracia, ojo avizor y sin poder intervenir. Eso nunca se aprende, aunque haya que hacerlo a menudo.

Muchos años después, cuando me marché con Isabelle a Florencia para hacer tonterías, como su madre Hélène temía en voz alta, ella le dijo: «*Maman*, no puedes protegerme siempre de todo, tengo que adquirir mis propias experiencias».

Y Hélène contestó: «Ya lo sé, cariño, pero si tú pones la mano en el fuego, a mí se me quema el corazón».

Las comprendí muy bien a las dos. Tanto a una como a la otra. Y soy incapaz de describir mejor que Hélène lo que se siente cuando en época de guerra un niño se va de noche a hurtadillas de casa porque no quiere abandonar su patria, mientras el nubarrón alemán se cierne sobre él y está a punto de estallar.

Deseé tanto que hiciera un ruido delator, que me dejara caer (sí, fui así de desinteresado), que las tablas del suelo crujieran o que lo detuviera la alarma aérea... Pero no ocurrió nada de eso. Giró con cuidado la llave de la puerta del piso y abrió. Y yo respiré por última vez el olor familiar de aquella casa. Oí por última vez los ronquidos de Nicolas.

Fuera aún reinaba la penumbra, y esa noche las farolas también estaban apagadas a causa del oscurecimiento forzoso general. No había ninguna luz, excepto la de la pálida luna. Había refrescado durante la noche. Noté la piel de gallina de Robert mientras caminaba por las calles oscuras. No se veía a nadie y, aun así, daba la impresión de que detrás de los postigos cerrados había mucha actividad. Nicolas había oído decir que muchísimas otras personas habían decidido también abandonar París. Seguramente, en todas partes recogían, empaquetaban, lloraban, igual que en nuestra casa. Era fantasmagórico, y estoy seguro de que a Robert también se lo parecía. Pero era imparable. Se le había metido una idea fija en la cabeza, y la seguiría con toda la terquedad que tenía a su disposición. Por lo visto, su perseverancia dejaba fuera de combate incluso al miedo.

Robert sabía perfectamente adónde se dirigía, y yo creí saberlo también al principio. Pero no tomó el camino hacia el cenador del jardín de madame Denis, sino que tiró recto por la rue Bobillot, hacia la place d'Italie. Las casas y las tiendas

estaban cerradas a cal y canto. Nicolas había sido de los últimos en bajar la persiana metálica indefinidamente. Sus colegas y amigos, sus competidores y compañeros de negocio habían puesto tierra de por medio justo después del ataque a la fábrica de automóviles, puesto que la mayoría apreciaban más la vida que el negocio.

¿Adónde vas, Robert? ¡Tenemos que volver a casa!

Robert se acercó al muro que separaba la calle del patio de la verdulería. Primero tiró por encima la cartera, luego a mí y, mientras yo aún intentaba recuperarme del inesperado vuelo, él ya había trepado detrás.

¿Quería ir a la tienda? Nicolas lo había cerrado todo con llave la noche antes, ¡él mismo lo había dicho! Pero el pequeño Robert, soñador y espía secreto de chicas, había pensado en todo. Pasando junto a los cubos de basura, se deslizó hacia la escalera que conducía al almacén del sótano, y sacudió la puerta a modo de prueba. Estaba cerrada, claro.

¿Lo ves? No tiene sentido. ¿Podríamos volver a casa, por favor?

No pareció especialmente sorprendido y se dirigió a la pequeña ventanita que conducía al lavadero.

Tendría que haberseme ocurrido.

Más de una vez habíamos trepado por esa ventana para entrar en el lavadero y desde allí habíamos llegado a la tienda cruzando el almacén del sótano.

Yo no tenía ni idea de cómo eran los alemanes, pero si eran los monstruos que todos decían, seguro que nunca pasarían por aquella ventana, y eso me tranquilizó. Desde hacía unos meses, incluso Robert tenía problemas para atravesarla; todavía era delgaducho, pero había crecido y pronto tendría los hombros demasiado anchos para aquella abertura. Alargó la mano por la rendija de ventilación, descorrió por dentro el cerrojo sin esfuerzo y abrió la ventana. Fue cosa de unos pocos segundos, y ya estuvimos dentro. Esta vez, él pasó antes y luego vino a buscar la cartera y a mí. Así al menos me ahorré otro viaje de lanzamiento.

El almacén estaba vacío y olía a moho. Robert lo cruzó palpando en la conocida penumbra. El suelo estaba repleto de hojas de col mustias, también quedaba alguna que otra patata suelta y ya grillada. Miles de veces nos habíamos escondido allí de los vengadores de Samir-Unka. Miles de veces no nos habían encontrado. Comprendí por qué estábamos allí, aquel era el sitio donde Robert se sentía más seguro. Más que en cualquier otro.

Oí un crujido en uno de los rincones más apartados, donde siempre se habían almacenado manzanas, mientras todavía hubo. Robert se detuvo espantado.

—Solo es un ratón, Doudou, ¿verdad que sí? —susurró. Y el chillido agudo delator que siguió pareció confirmar su suposición.

Robert buscó brevemente un rincón adecuado para acomodarse; luego sacó algo de su cartera y se sentó.

¿No querrás quedarte aquí, en este sótano oscuro?

Yo estaba horrorizado, pero, por lo visto, las cuantiosas noches de alarma aérea le habían quitado a Robert los últimos prejuicios respecto a los sótanos oscuros.

—Aquí no nos encontrarán los alemanes. No pienso irme de París —dijo en la oscuridad—. Nunca.

Me sujetó con fuerza, me estrechó contra su pecho y hundió la nariz en el pelo de mi nuca. Noté su aliento, cada vez más regular. No tardaría mucho en dormirse. Conocía los sonidos que el niño hacía cuando el primer sueño se deslizaba en su subconsciente. Conocía aquel ligero chasquear de lengua y aquella tranquila respiración nasal. A veces me costaba distinguir entre él y yo, hasta tal punto estaba unido a aquel crío, hasta tal punto me era cercano.

Se durmió rápidamente, cansado por el esfuerzo nocturno y, por lo visto, sin mala conciencia, y yo me quedé a solas con mis pensamientos.

Me debatí interiormente. Por un lado, admiraba el valor y la determinación de Robert; por otro, me habría gustado echarle un sermón larguísimo. ¿Se habrían despertado ya Nicolas y Nadine? ¿Se habrían dado cuenta ya de que no estábamos? ¿Qué ocurriría ahora? ¿Qué tenía pensado aquel pequeño majadero? ¿Cuánto tiempo nos quedaríamos allá abajo?

No fue un ratón, sino algo mucho peor, una rata, lo que subió por la pierna de Robert y husmeó mi pie. Noté su nariz afilada, los bigotes largos, la respiración rápida y las pequeñas garras.

Vete. Déjanos en paz. Queremos dormir.

Se sentó sobre sus piernas traseras, me olisqueó el brazo izquierdo, y luego, de repente, noté su nariz en el pie.

Si no te vas, me haré amigo del primer gato que se presente.

La respuesta a esa amenaza me llegó a vuelta de correo. Grité para mis adentros cuando un diente de rata afilado me horadó la piel.

Tal vez Robert notó que me encontraba en grave peligro de muerte, porque de pronto se inquietó y se movió en sueños, y la rata desapareció.

Por un breve instante me concentré enteramente en el ataque que había sufrido mi persona. Había estado a punto de convertirme en víctima de unos dientes de rata. Dientes pequeños, minúsculos, de un animalito que solo conocía el instinto de alimentarse y procrear. Habría podido ser mi final. ¿Acaso no era grotesco aquel mundo, en el que uno podía morir mientras intentaba asegurarse la supervivencia a cualquier precio? ¿Acaso había alguna diferencia entre llegar a la muerte a través de una rata o de un monstruo alemán? Yo no lo sabía.

No paraba de preguntarme quiénes eran realmente esos «alemanes». Tenían que ser malvados y crueles, eso habían dicho siempre los parisinos. El enemigo que atentaba contra nuestras vidas. Ejércitos enormes dirigidos por un hombre al que

llamaban Führer. Maurice se había burlado un día de ese Führer, había imitado tan bien su voz gangosa que Nadine y Nicolas acabaron llorando de risa. Sin embargo, había huido de él. Y no era el único.

En mi cabeza se formaron imágenes que me cuesta describir después de tantos años. Eran imágenes provocadas por el miedo, crecieron en la oscuridad del sótano, se inflaron hasta convertirse en gigantescos espectros amenazadores: vi que una oleada de grandes figuras grises avanzaba por la rue de Butte aux Cailles. Rompían los cristales de las ventanas, arrancaban el cartel del local de Maurice y escupían fuego. Tenían la piel cubierta de pelo hirsuto y largo, cabezas gigantescas desde las que miraban unos ojos incandescentes. Tenían unos colmillos más terribles que los del tigre de Bengala (y este tenía unos colmillos enormes; Robert me lo enseñó una vez en su libro de animales salvajes).

Imagué que los monstruos capturaban a Nadine y a Nicolas, que eran los únicos que se habían quedado indefensos en el barrio porque Robert y yo no aparecíamos. Los devoraban de un solo mordisco y luego continuaban avanzando pesadamente, directos a la tienda, al almacén del sótano...

Fue horrible. No sé durante cuánto tiempo me entregué a esas terribles fantasías. ¿Todavía era de noche? ¿Habían partido Jean-Louis y Marie sin nosotros? Robert se despertó.

Vaya, ¡por fin! ¿Nos vamos a casa?

Se frotó los ojos, adormecido, me dejó a su lado (sobre el suelo frío y sucio) y se sacó el indio del bolsillo de los pantalones. No dio muestras de ponerse en marcha.

Robert, ya basta. Ya has protestado bastante. Tenemos que ir a casa.

Pero Robert no se movió.

De repente, oímos un ruido. Nos sobresaltamos los dos al mismo tiempo, contuvimos el aliento para poder escuchar mejor. ¿Qué había sido? Primero pensé que la rata había vuelto, pero los ruidos llegaban de arriba, del exterior. El corazón me latía con fuerza. Robert nos estrechó contra él, al indio y a mí. Oímos de nuevo unos arañazos; luego volvió el silencio.

Los alemanes. No había escapatoria.

Durante unos momentos se mantuvo la calma; luego, la puerta del sótano se abrió de golpe con un estampido; al cabo de un segundo se encendió la luz. Robert se estremeció del susto y se puso los brazos delante de los ojos de tanto que lo cegó la luz deslumbrante de la lámpara después de las largas horas en la oscuridad.

Cuando lo agarraron de la mano y lo levantaron, me soltó. Caí de espaldas y vi que su carita quedaba casi totalmente tapada por la mano que le dio una sonora bofetada.

—Robert, ¿qué te has creído? —gritó Nadine.

Le falló la voz. Nunca había pegado a Robert antes. Jamás. Me quedé helado. Pero ella siguió vociferando, histérica, despavorida, el miedo desnudo en su voz.

—¿Has perdido la cabeza? ¡Te hemos buscado por todas partes! ¿Aún no has comprendido que esta no es una de tus historias? Ahora, vamos, ¡ven de una vez!

Le tiró del brazo. Sin querer, me vino a la memoria la sensación que tuve cuando Lili y Leo tiraron así de mí aquella Nochebuena de hacía tantos años. En otra época, en otra vida. Pobre pequeño Robert. Se echó a llorar.

—Vamos. Jean-Louis es nuestra última esperanza. ¿No lo comprendes? ¡Moriremos todos si no vienes ahora mismo!

Arriba se oyó la voz de Nicolas.

—¿Nadine? ¿Nadine?

—¡Lo tengo! —le gritó a su marido.

—¡Daos prisa! —se oyó responder arriba—. Las calles ya están llenas. ¡Tenemos que irnos!

—*Maman* —lloró Robert—. *Maman*, yo quiero quedarme aquí. No quiero morir. Tengo miedo.

Nadine no reaccionó al llanto de su hijo. Robert colgaba de su mano como un fardo empapado; ella lo arrastró por la suciedad, y lo último que vi de los Bouvier fueron las rodillas flacas de Robert, que se deslizaban y patinaban por el suelo, las vi pasar junto a mí, vi la piel que se desgarraba; luego, desaparecieron por la puerta.

A través de la ventana del lavadero oí a Robert aullar fuera:

—*Maman*, ¡me he dejado a Doudou! *Maman*! ¡Doudou!

No me pasó por alto que intentaba soltarse. Unos pies pataleaban salvajemente a diestro y siniestro.

—¡Ahora no hay tiempo para eso! —oí decir a la voz de Nicolas, que puso un final repentino a los ruidos. Y luego el llanto se dilató en un aullido prolongado.

—¡Doudou! —oí una vez más.

Y entonces supe que me habían abandonado.

Seguro que ya ha pasado media hora desde que el soldado de frontera ha estado aquí, y no ha ocurrido nada. Espero.

No he frecuentado el teatro en mi vida, porque a los peluches no se les ha perdido nada en el teatro (además, es demasiado serio), por eso mis conocimientos teatrales se reducen a tres obras: *El pato salvaje*, *El muñeco de nieve de Hurvinek* y *Esperando a Godot*. Espero encarecidamente que yo también esté esperando a alguien como Godot. A alguien que nunca llega.

La luz de la sala ha cambiado. Algo parece cernirse fuera, al otro lado de la ventana. Está más oscuro. Quizá hay tormenta. Sería apropiado.

Durante la última media hora no he parado de pasar revista a lo que el uniformado ha dicho por teléfono. Casi me parece que consideraba tan innecesario como yo tenerme aquí encerrado. Me da la sensación de que al principio ha pensado que alguien le había gastado una broma. No parecía convencido de que yo fuera realmente peligroso.

Por un momento, al teléfono se ha mostrado la persona: con preguntas y sentimientos, y yo he albergado esperanzas. Pero luego ha recordado que llevaba uniforme. El soldado Haubenwaller. Y para los soldados, órdenes son órdenes.

Quién es bueno o malo, amigo o enemigo, lo deciden otros. Eso lo he entendido.

Sin embargo, a mí esa división abstracta en amigo y enemigo me causa realmente problemas, porque a menudo le ordena al cerebro algo distinto a lo que anhela el corazón.

Para mí, la cosa es muy simple: el corazón decide quién es mi amigo, ni las fronteras territoriales y sociales ni los escenarios bélicos cuentan para nada.

Es muy probable que, precisamente por eso, en tiempos de guerra me precipitara de confusión en confusión.

Entre los frentes

B allhaus, Meier, Hänsgen, bajen al sótano. Vayan a ver si encuentran algo —ordenó una voz fuerte y que no toleraba réplicas.

—A sus órdenes, mi teniente —exclamaron a coro otras tres voces.

Y unos pasos se acercaron.

Al oír el ruido familiar de la persiana, por un momento había brotado en mí la esperanza de que Nadine, Nicolas y Robert hubieran regresado. Que la guerra hubiese terminado. Que los alemanes hubieran vuelto a su país de monstruos. Que todo fuera como antes. Evidentemente, sabía que no sería así. En toda mi vida, nada había vuelto a ser nunca como antes. El tiempo solo vuelve atrás en los juegos de niños. Pero, cuando alguien ha pasado diez días a oscuras sobre el suelo frío, se permite una pequeña ilusión.

Sin embargo, la forma en que se abrió la reja no fue correcta. Nicolas nunca habría tirado hacia arriba con tanta fuerza. Él siempre había tenido mucho cuidado, porque sabía que una persiana nueva le costaría el sueldo de una semana.

Luego, los pasos: sonoros y extraños. Imposible que fueran los Bouvier. Y cuando sonaron las voces, se perdió toda esperanza. Hablaban distinto a nosotros, en una lengua que yo nunca había oído antes.

Los alemanes. Ahora estaban ahí de verdad. Y yo estaba solo.

Unas botas retumbaron pesadamente al bajar los pocos peldaños que conducían al sótano. La puerta estaba todavía abierta desde la salida precipitada de Nadine, pero la luz se había ido la semana anterior durante un ataque aéreo. Desde entonces, había estado a oscuras. Observé como hechizado el rectángulo claro que formaba el marco de la puerta. ¿Cómo describir lo que sentí? Creo que hasta mis pensamientos se paralizaron.

El reflejo de la luz de una linterna centelleó en el pasillo. Luego, de nuevo una voz:

—¿Miras tú ahí, Fritz? Nosotros seguiremos hacia la parte de atrás.

Fritz o *Boche*, así llamaba siempre Nicolas a los alemanes. Aquel era sin duda un *Fritz*; el último soplo de esperanza también se perdió.

No supe qué debía pensar. De todos modos, no tenía sentido devanarse los sesos,

puesto que estaba condenado como siempre a la inactividad. Aquel Fritz decidiría mi destino. En el mejor de los casos, no me vería. Pero, en un sótano casi vacío, ¿se podía pasar por alto a un peluche tirado en el suelo, justo en medio?

El haz de luz de una linterna tembló sobre la pared. Se perfiló el contorno de una figura a contraluz.

La linterna iluminó un estante tras otro. La luz cayó sobre el tirachinas y la cartera del pobre Robert. Se había olvidado el tirachinas. ¿Con qué se defendería ahora?

Oí suspirar decepcionado al monstruo. Sonó como el suspiro de un hombre. Era un hombre.

Bueno. Aquí no hay nada, ya lo has visto. Ya puedes largarte.

Se volvió para irse y apagó la linterna.

Bien. Au revoir. O mejor dicho: hasta nunca.

Respiré hondo.

Ya casi se había ido cuando me pisó el pie. Una pesada bota de soldado me aplastó de repente. Nunca volví a cargar encima nada más pesado que aquel pie. Bajo aquel peso, perdí la guerra en representación de todos mis amigos franceses.

Era demasiado tarde. Me habían descubierto. Me habían encontrado. Había caído en manos del enemigo. No pude evitar pensarlo por una milésima de segundo: ha sido por tu culpa, Robert. Pero ese pensamiento desapareció tan deprisa como había venido. La linterna volvió a encenderse, el haz de luz me alcanzó y las manos enemigas me cogieron y me levantaron. Eran cálidas y firmes. Más pequeñas que las de Nicolas, pero fuertes.

La luz me dio en la cara y me deslumbró implacable.

—Vaya, ¿a quién tenemos aquí? —dijo el hombre—. No llegaste a tiempo a la maleta, ¿no?

¿Cómo? ¿Estás de broma?

La voz rió secamente, la luz se apagó y, antes de que pudiera respirar hondo, me vi apretujado en una estrechez agobiante debajo de la chaqueta del uniforme del tal Fritz. Embutido entre la chaqueta y la camisa, respiré el olor del desconocido. Oí palpar su corazón, con fuerza y sin la menor inseguridad. Se me revolvieron las tripas. Tuve miedo. Habría preferido morir antes de que aquel alemán pudiera hacerme algo.

—Aquí no hay nada —les gritó a sus camaradas, y su voz atronó en mis oídos—. El pájaro ha volado.

Se había quedado conmigo tranquilamente y sin dudarlo. París había sido ocupado. La tienda de los Bouvier había sido anexionada. Y yo era un prisionero de guerra.

Mi nuevo dueño se llamaba Friedrich Ballhaus. Era cabo del ejército alemán, y yo lo odiaba tanto como podía. Lo hacía en la oscuridad mohosa de su mochila, donde me había guardado y donde permanecí hasta que me sacó en marzo de 1941 mientras buscaba un lápiz.

Habían pasado nueve meses desde que me había robado de la verdulería de los Bouvier. Nueve meses durante los cuales tuve mucho tiempo para pensar. Demasiado. Mientras a mi alrededor se disputaba una guerra, en mi vida no pasó nada.

Pasé las horas atormentándome con la pregunta de si los Bouvier habrían conseguido salir a tiempo de París, antes de que Friedrich y los otros *boches* llegaran. Me preguntaba si Marie habría tenido a su hijo durante la huida, si Robert y Nicolas habrían conseguido vencer juntos al dragón de Borgoña. A aquellas alturas ya sabía que, además de Francia y Alemania, también participaban en la guerra los ingleses. ¿Qué le ocurriría a Alice, que estaría pasando por una segunda guerra, cuando la primera ya se lo había arrebatado todo? ¿Cómo le iría? ¿Y los Brown? ¿Habrían oído hablar en Nueva York de esa guerra que aquí lanzaba tantas vidas por la borda? ¿Y el iracundo Leo? Por aquel entonces ya tendría la edad a la que los jóvenes tenían que ir a la guerra; carne de cañón los había llamado Nadine. ¿Qué habría sido de él? ¿Qué les habría hecho la guerra a las personas que yo quería?

Nunca lo sabría. Esa era la única certeza que tenía, y no aliviaba mi cautiverio.

Me acostumbré a la soledad —¿acaso tenía elección?—, pero no era la soledad tranquila de una buhardilla ni la soledad silenciosa de una vitrina librería. Era una soledad en la que resonaba permanentemente la inquietud, puesto que podía oír con toda claridad lo que ocurría alrededor. Y no me gustaba lo que oía.

Aprendí a distinguir por los sonidos las costumbres del cuartel, el toque de diana, el silbato para presentarse, formar, inspección de dormitorios, retreta. Aprendí a diferenciar las órdenes, también las voces de los que bramaban a todo volumen y hacían suponer que todos los alemanes eran sordos. El tono, que sofocaba de raíz toda intimidad, toda humanidad, y obligaba a los soldados a funcionar como máquinas, me resultaba tan ajeno y repugnante que prefería permanecer inadvertido en la oscuridad a percibir aún más de cerca esa existencia triste y fría.

Cuando los soldados estaban solos, bromeaban y reían. Eso también me extrañó. ¿Qué clase de personas eran, que viajaban a un país extranjero, dejaban a su paso una estela de desolación y estaban tan contentos?

Friedrich compartía el dormitorio con otros once soldados. Cuando habían tenido permiso de salida por la tarde, pronunciaban discursos fanfarrones. Ya les enseñarían ellos a ese Tommy, decían entonces, y al ruso también le darían lo suyo, pero no me gustaba el tono de esas fanfarronadas.

Durante todo ese tiempo quizá vi la cara de Friedrich en dos ocasiones. Solo lo conocía por su olor y su voz, y sé que no hay que formarse un juicio precipitado de

las personas. Pero no lo tragaba. No quería tragarlo.

Había ocurrido tal como los Bouvier y los demás habían temido: los alemanes lo habían conquistado todo y se servían de Francia a su antojo, sin preguntar ni pagar. Friedrich había llegado y se había servido, sin preguntar ni pagar. Y seguramente cada día hacía lo mismo, en otras tiendas y en otras casas. Podía imaginarlo vívidamente.

Friedrich encarnaba todo lo malo que tanto había asustado a mis amigos franceses. Era uno de los muchos soldados de uniforme gris verdoso, una pieza de una estructura peligrosa con muchas cabezas y sin cerebro, y se comportaba como tal: cuando saludaba a un oficial, gritaba bien alto con una voz carente de humanidad el único saludo válido: «Heiljitra». A saber qué significaba.

Puse todas mis esperanzas en que sucediera algo que me liberara de la situación forzada en que me encontraba. Un traslado, un movimiento de tropas, un accidente... Algo. La idea de que mi dueño fuera un alemán me resultaba horrible.

Friedrich abrió la mochila, en la que no había mirado desde hacía meses, y metió la mano dentro buscando algo a tientas:

—¿Dónde está el lápiz de la puñeta?... —murmuró, y su mano me rozó la oreja izquierda.

Se detuvo un momento, asombrado, volvió a tocar y luego me sacó a la luz del día. Cegaba. Vi la cara de Friedrich.

—Vaya, ¡todavía estás aquí! —dijo.

Efectivamente. No tengo la costumbre de irme corriendo.

—Me había olvidado de ti.

Me puso a su lado, encima de la cama, y siguió rebuscando.

—¿En algún sitio tiene que estar el maldito lápiz! —renegó en voz baja.

He estado todo este tiempo sentado encima.

—Ah, ya lo tenemos.

—Ahora escribiremos a casa, amigo mío —dijo—. ¡Mi Marlene se quedará con la boca abierta!

No soy tu amigo. Y mi casa ya no existe. Tú la has destrozado.

—Le escribiremos una carta de amor.

Agucé los oídos.

¿Una carta de amor? No me hagas reír. ¿Y qué piensas poner?

—Y le escribiremos que vaya calentando la cama —prosiguió, y su voz sonó realmente alegre.

Curioso. Hasta entonces no se me había ocurrido pensar que los alemanes escribieran cartas de amor. No me entraba en la cabeza que aquellos hombres tuvieran esposa y familia, que tuvieran un hogar, ni que imaginaran siquiera qué era

el amor. La vida que llevábamos allí era tan degenerada que no había sitio para el amor.

Aproveché la ocasión para echar un vistazo a mi alrededor. Friedrich ocupaba una cama estrecha de campaña; encima de la manta gris estaba la chaqueta de su uniforme y la gorra, y había una fotografía al lado de la almohada. Marlene, concluí con agudeza. Hay que reconocer que era atractiva. Verdaderamente guapa.

También tuve ocasión de observar con detalle al tal Fritz. No era un gigante rubio, sino más bien bajo, y empezaba a echar barriga. Tenía los ojos verdes, que desaparecían detrás de unas pestañas espesas. En la mejilla derecha tenía un hoyuelo. Tuve que reconocer que no parecía un monstruo.

Friedrich me apartó a un lado, se tumbó boca abajo y preparó el lápiz. Susurró en voz baja cada una de las palabras que ponía sobre el papel con su letra enrevesada.

Marlene, amor mío. ¡Lee y sorpréndete! ¡Voy a verte!

¿Amor mío? Seguí escéptico.

Nos retiramos; nuestra unidad sale pasado mañana de París, Además, ya han aprobado mi permiso, aunque en el contingente de permisos yo era el número 117. Ocho días a partir del 10. No puedo describirte lo contento que estoy porque por fin podré volver a estrecharte en mis brazos, Aquí, en París, no tengo demasiadas cosas que hacer, Estará bien ponerse otra vez en movimiento. ¿Cómo van las cosas en Colonia? ¿Os visita Tommy a menudo? ¿Tú también me echas mucho de menos? ¿Cómo está la tía Lottchen? ¿Ves a Franziska? A veces me preocupo por mi querida hermanita, Bueno, ya me lo explicarás todo con pelos y señales cuando esté contigo, Oh, qué contento estoy, Serán ocho días fantásticos, Intentaré comprar alguna especialidad francesa para que podamos celebrarlo como es debido, También tengo una sorpresa especial para ti: Ole, Le hace muchísima ilusión conocerte y te manda un beso cariñoso, Yo te doy un beso succulento en tu preciosa boca roja.

Paró un momento y luego añadió con decisión:

Tu maridito con amor

Giró para ponerse boca arriba, me cogió con las dos manos y me sostuvo en lo alto:

—Esa preciosa boca roja. ¡Es lo que más ilusión me hace, Ole!

Y, de pura alegría, me estampó un beso en la nariz.

Fue demasiado para mí.

Primero me había visto obligado a pasar meses en la oscuridad, en una mochila con olor a moho, y luego, de pronto, aquel absoluto desconocido me besaba en la cara. Mi enemigo, el ladrón de osos, el hombre del que había huido la familia más amorosa que conocía, el hombre con la voz metálica cambiaba repentinamente de tono. Hablaba de amor. ¿Esa palabra en su boca? Me pareció un sacrilegio. Además, ¿desde cuándo yo me llamaba Ole? No recordaba que hubiéramos intimado tanto

como para buscarme un nombre.

—A partir de ahora te llamarás Ole. Ole. ¡Olé!

Rió loco de alegría, sus ojos de color verde claro se estrecharon y sus mejillas se elevaron.

Me había quedado totalmente perplejo, y así seguí durante un buen rato.

¿Quién era ese Friedrich?

Pocas semanas después sucedió lo que un año antes quedaba fuera de toda imaginación: viajé a Alemania. A la Alemania nazi, el país donde vivía el malo... y Marlene.

No sé cómo me había imaginado Alemania. Probablemente como un país donde las fábricas de bombas se alzaban unas pegadas a otras, donde había más aviones de caza y tanques que personas, todo frío y gris. Estaba preparado para lo peor y dispuesto a que me pareciera tan horrible como el hecho de que me llevaran a la fuerza a tierra enemiga. En cualquier caso, no había contado con Marlene ni con todo lo que ocurriría después.

Marlene era mucho más guapa que en la fotografía. Pero quizá se debía a que estaba radiante de alegría cuando la vi por primera vez. Friedrich me sacó torpemente de la mochila. Cuando se dispuso a entregarme, ella estaba estirada en el sofá. Tenía el pelo revuelto, los labios con el carmín corrido, la blusa desarreglada, la costura de las medias de seda torcida. Sonreí contra mi voluntad. Toda su personita ofrecía una imagen magnífica de la alegría del reencuentro.

—Dios mío, ¡qué contenta estoy de que estés aquí! —dijo, seguramente por décima vez, y miró a Friedrich con ojos radiantes. Noté que decía la verdad.

Su mirada se posó en mí.

—¿Qué es?

—Soy Ole —dijo Friedrich, cambiando la voz para que pareciera un gruñido—. ¡Olé!

Era como un crío pequeño. En aquel momento, no se percibía nada del soldado Ballhaus.

—Por Dios, ¿ese es Ole? Ya me preguntaba yo qué pájaros tendrías en la cabeza cuando me escribiste la última carta.

—Quiero acurrucarme a tu lado —siguió diciendo con su voz de Ole, y me apretó la nariz en el cuello de la mujer.

—¡Eres muy efusivo! —dijo ella riendo, y me cogió.

Soy más bien reservado.

—Es francés —dijo Friedrich.

Soy inglés.

—¿De dónde lo has sacado?

—Botín de guerra. Todo lo demás se lo habían llevado los franceses.

—¿Qué? ¿Lo has robado? ¡No lo dirás en serio! ¡Seguro que ahora hay una pobre niña que se siente terriblemente infeliz!

Es un niño.

Marlene puso cara de espanto, de lo que me alegré mucho para mis adentros.

—Lo habían abandonado. La familia ya se había ido. Habría ido a parar a la basura —dijo Friedrich—. ¿No te gusta?

—Sí —dijo Marlene—. Es una monada. Pero me parece tan triste...

—Estamos en guerra. Probablemente no se puede evitar.

—Aun así, me parece triste. Pero con nosotros estará bien.

Se hizo un silencio, y mi corazón comenzó a titubear.

De pronto era como si existieran dos Friedrich. Friedrich, el soldado alemán obediente, que servía a su patria, que no hacía preguntas y no quería darse cuenta de los horrores que sembraba. Y Friedrich, el renano de carácter alegre, que disfrutaba de los días junto a Marlene, al que le gustaba la comida y cuidaba las flores.

Ya me habían entrado dudas cuando Friedrich escribió la carta. Pero ahora no sabía qué tenía que pensar ni qué tenía que sentir, porque Marlene me había caído simpática nada más verla. Y el otro Friedrich, hasta entonces desconocido, tampoco me parecía mal.

«Dilema» es una forma cautelosa de expresar el estado en que me encontraba.

Los observé, busqué en su comportamiento y en sus comentarios pruebas de su falibilidad, y solo descubrí que su máximo error era ser personas.

Me sentí como un traidor cuando, al cabo de tres o cuatro días, acabé por reconocer que Marlene y Friedrich me caían bien. Así pues, me caían bien dos alemanes. Decir que me caían bien los alemanes sería una simplificación inadecuada y, además, no era verdad. Porque pronto descubrí que hacía mucho que no todos los alemanes eran igual de alemanes. Existían realmente diferencias decisivas. Lo comprendí cuando nuestro vecino Karl Freiberg se plantó un día en el pasillo y fui testigo de una extraña conversación:

—Karl —dijo brevemente Marlene cuando abrió la puerta—. Friedrich no está en casa.

—Entonces lo esperaré un momento.

—Aún tardará...

—Bueno, pero tú y yo podemos tomarnos un copita juntos, ¿no?

Marlene lo invitó a pasar sin decir nada más.

El hombre se sentó en la sala de estar y pidió un Calvados, que Friedrich había traído de Francia. Comenzó a charlar de esto y aquello en tono amistoso, pero Marlene, normalmente habladora, solo contestaba con monosílabos. De repente,

Freiberg bajó la voz:

—También he venido por otro motivo.

Ella lo miró interrogativa.

—Friedrich sirve con lealtad a la patria —prosiguió Freiberg en tono jovial, y alzó la copa—. Pero tú también tienes obligaciones. Salud.

—Conozco mis obligaciones —dijo Marlene.

—La sinceridad forma parte de ellas —dijo Karl Freiberg con voz queda.

Marlene calló. En el tono de voz de Karl había algo que me hizo desconfiar. Sonaba falso, calculador y, aunque suene teatral, en cierto modo malvado.

—Sabemos que has mantenido contacto con una judía llamada Sarah Rosenberg. Me gustaría hacerle unas preguntas, pero la señora Rosenberg está ilocalizable desde hace unas semanas. ¿Puedes explicármelo?

—Nunca había oído ese nombre —dijo tranquila Marlene—. Te habrás equivocado.

—La Gestapo no tiene por costumbre equivocarse —contestó él.

—Lo sé —dijo Marlene—. Pero no conozco a ninguna Sarah Rosenkranz.

—Berg.

—Berg, perdón.

—Eres una mujer lista, Marlene. Pero te daré un consejo, no te pases de la raya. No querrás tener a tu Friedrich en el frente del Este...

Se hizo un silencio gélido, Freiberg se levantó y se dirigió a la puerta.

—No esperes que os proteja —dijo amenazador antes de salir—. Alemania es un país donde no hay lugar para los traidores.

—Coincido completamente contigo, Karl —dijo Marlene pausadamente—. Gracias por la visita.

Oí que la puerta del piso se cerraba a cal y canto.

—Es un asqueroso —dijo Marlene en voz alta.

Yo seguía en el sofá, con los pelos de punta e intentando comprender por qué aquella breve conversación me había puesto de los nervios.

La voz del tal Karl Freiberg había bastado para reanimar todos los miedos y prejuicios que había cultivado contra los alemanes.

Pasaron dos días, una merienda con la tía Lottchen, con Franziska, la hermana de Friedrich, y con Fritzi, la cuñada, y tres botellas de vino tinto, hasta que llegué a la siguiente teoría:

Al parecer, en aquel país había principalmente tres grupos. El «pueblo», los nazis y los judíos. El «pueblo» era gente como Marlene, Franziska y la tía Lottchen. El Führer y Karl Freiberg, nuestro vecino, eran nazis, y Sarah, la mejor amiga de Marlene, era judía.

Si lo entendí bien, el «pueblo» en su totalidad tenía que hacer y creer lo que el Führer decía, y sin plantear preguntas. Entretanto, los monstruos profesionales como Karl Freiberg, que se consideraban los diamantes de la corona de la Creación, se ocupaban de que los judíos como Sarah llevaran una estrella amarilla en el pecho y luego desaparecieran del mapa, porque según el Führer eran una raza inferior. Y, puesto que esa era la opinión del Führer, el «pueblo» tenía que hacer ver al menos que creía lo mismo, porque todos sabían que las infracciones se castigaban duramente.

No me lo podía creer. ¿Se habían vuelto todos locos? Lo que habría dado por conocer la opinión de Victor sobre aquel disparate.

¿En quién había que confiar entonces? Si ni siquiera se podía creer en el propio juicio.

Creí saber con certeza que Friedrich era un simple soldado. Pero ¿hasta dónde llegaría en el cumplimiento de su deber? ¿Sería capaz de matar a un hombre? ¿Tal vez ya lo había hecho? No me lo parecía. Igual que no me había parecido que Karl Freiberg fuera de la Gestapo y persiguiera a gente inocente porque por sus venas no corría la sangre supuestamente apropiada.

Seamos sinceros: ¿alguien se ha preguntado realmente qué sucede cuando uno va a parar a una guerra siendo un osito de peluche? Seguramente, no. Solo puedo decir que es terrible. Estaba hasta las narices.

Mi naturaleza no prevé guerras. No estoy hecho para odiar.

Qué lleva a la gente a dispararse mutuamente es algo incomprensible para el corazón de un osito. Yo no soy amigo de los niños, ni amigo de las mujeres o de los hombres, ni amigo de los soldados ni amigo de los que oponen resistencia: yo soy amigo de los seres humanos, esa es mi disposición natural. En mi pecho hay amor, nada más.

Y fue amor lo que noté durante aquellos ocho días de permiso. Marlene y Friedrich disfrutaron de cada minuto. Pero ocho días son ocho días, y no nueve o diez, ni un año. En los momentos de calma, poco antes de dormirse, cuando Marlene se acurrucaba contra Friedrich, en la oscuridad brillaba a veces la espada de Damocles de la reincorporación a filas. Nadie sabía adónde lo trasladarían. Su destino era incierto.

En la víspera de la partida de Friedrich, el mes de abril mostró su cara caprichosa. Durante el día había hecho un calor maravilloso. Marlene y Friedrich pasaron mucho tiempo fuera, pasearon por la vega del Rin, seguro que cogidos de la mano y diciéndose muchas cosas cariñosas, puede que se sentaran en la hierba y disfrutaran de aquel día tranquilo, y seguro que intentaron con todas sus fuerzas desterrar de sus cabezas y de las conversaciones los temidos pensamientos sobre la soledad

inminente. Al atardecer, se levantó súbitamente una tormenta.

Era imposible seguir aplazándolo. Friedrich tenía que hacer el equipaje.

Yo estaba sobre la cama de matrimonio en Colonia, y vi que Marlene plegaba cuidadosamente las mudas y las camisas de Friedrich. Metió dentro hilo de zurcir y calcetines gruesos de lana.

—Por si hace frío —dijo como si nada.

Pero todos sabíamos que temía que lo enviaran al frente del Este.

—No es que quepa mucho —prosiguió rápidamente, y siguió apretando las cosas.

—Quien no va a estar fuera mucho tiempo tampoco tiene que llevarse mucho —dijo Friedrich, y la cogió por detrás de la cintura—. Pronto volveré a estar contigo, ¡ya verás!

—Ojalá el Señor no cerrara los oídos a esos deseos.

—Soy uno de sus hijos predilectos, créeme —dijo Friedrich, y con esas palabras cerró su equipo de marcha.

Lo observé con sentimientos encontrados. Le había cogido cariño a aquel Friedrich, me gustaban sus pequeños gestos, su sonrisa y su manera de acariciarle las cejas con el pulgar a su Marlene. Había comprendido que él había aceptado aquella guerra como un hecho inevitable. No era de los que se rebelaban, pero tampoco de los que más gritaban. En realidad, lo que más quería era tener un hijo y vivir tranquilo. Pero el Führer lo había decidido: Friedrich tenía que seguir combatiendo, por la patria. Marlene y yo nos quedaríamos allí esperándolo. Igual que Alice había esperado a William en otra época, en otra guerra.

Sin embargo, no me libraría tan fácilmente, porque Marlene no solo quería a Friedrich, sino que también le gustaban las sorpresas, y pensó que yo era adecuado para dar una. La última noche, salió a hurtadillas de la cama, me cogió de la butaca y me embutió arriba del todo en el equipo de marcha.

¿Qué haces? ¡No puedes hacer eso!

El olor familiar de la mochila me sacudió con fuerza. El recuerdo de los meses pasados en la oscuridad todavía era vívido y mi amistad con Marlene y Friedrich todavía era reciente. La antigua aversión me invadió. Pasé toda la noche combatiéndola.

Así, cuando Friedrich se puso en camino hacia Bielefeld a primera hora de la mañana para unirse a su nueva división, estaba preparado. Lo ayudaría a seguir siendo una persona, tendería puentes entre su cabeza y su corazón. Porque ese abismo puede ser a veces casi insuperable. Yo estaba con él. Pero él no lo sabía. Era un polizón.

Esperé impaciente en la oscuridad de su fardo a que me descubriera. Por primera vez me alegré de estar dentro de aquella mochila, puesto que no tuve que ver cómo la

despedida les desgarraba el corazón a aquellas dos personas. La cara anegada en lágrimas de Marlene, su sonrisa animosa y su mirada de soledad... No tuve que ver nada de todo eso aquel día.

Cuando se abrazaron para despedirse, oí su voz muy cerca.

—Vuelve sano y salvo, mi queridísimo Fritz. Se lo pediré a Dios todos los días. Tu mujercita te necesita aquí, no lo olvides. Por favor, sigue con vida.

Y Friedrich calló y la estrechó tan fuerte como pudo.

Todo lo que yo había aprendido sobre el amor se encontraba en aquel abrazo. Me dio la sensación de que oía latir sus corazones al compás, como uno solo, y habría llorado, lo habría hecho.

Gol nos recibió en calma.

Ningún disparo, ningún avión de caza. Oí sonar un teléfono a lo lejos, un perro que ladraba y, a continuación, a un oficial. Por lo demás, solo se oían los sonidos típicos que hace la gente, sobre todo los soldados. Nada fuera de lo normal. A través de la tela basta, los olores extraños penetraron en mi nariz. No olía a carretera, ni a tubos de escape ni a estufas de carbón. Intuí un asomo de frescura. El prado del jardín de madame Denis floreció en mi mente.

¿Dónde habíamos ido a parar?

Habíamos estado cinco días de viaje. En el buque para transportar tropas, desde Dinamarca hasta Oslo, en Noruega. Solo puedo decir una cosa: ese viaje se pareció tanto a la travesía en primera clase a bordo del *RMS Majestic* como un huevo a una castaña. Desde Oslo, la unidad se dirigió al norte, primero en tren y luego a pie, y los soldados estaban de muy buen humor, cosa que hizo reaparecer mi antigua aversión. ¿De qué se alegraban?

Al hacer un alto en el camino, descargaron su pesado equipaje y cogieron agua de un riachuelo con sus tazas metálicas.

—¡Qué suerte tenemos, Fritz! Noruega. No podría habernos tocado nada mejor —dijo Rudi, que también había estado en París.

Chocó su vaso contra el de Friedrich.

—¡Salud, amigo! —dijo Friedrich—. Bebamos por que los noruegos sigan siendo pacíficos y no se les ocurra ninguna tontería.

—No creo. El Führer tiene razón: ellos también son germanos. Como nosotros. Saben lo que les conviene. Y lo demás ya se lo enseñaremos nosotros.

Creían de verdad que habían tenido suerte. A mí, la sola idea me pareció absurda. Hasta cuatro años después, cuando todo había acabado y yo había presenciado más destrucción y sufrimiento de lo que puede convenir a un hombre o a un oso de peluche, no comprendí que Friedrich había tenido suerte cuando lo enviaron a Noruega. Porque las posibilidades de salir de allí con vida eran realmente elevadas.

Y, para la mayoría, eso era lo único que contaba.

Una voz sonora rompió la tranquilidad y vociferó una orden.

—¡A formar!

Hubo movimiento, noté que Friedrich volvía a cargarse la mochila a los hombros, seguramente por décima vez ese día, pero no refunfuñó.

—*Welkommen in Norge!* —gritó en mal noruego una voz de hombre, en un tono autoritario, que como mínimo pertenecía al sargento mayor de la compañía—. *Welkommen túske kamerater!*

Entre la multitud se extendió un murmullo, que se apagó enseguida cuando el hombre inició un largo discurso, con el cual saludó profusamente a los camaradas recién llegados al edificio de la escuela de aquel lugar y los exhortó a comportarse correctamente con los noruegos y a no demostrar su superioridad intelectual y moral, sino, más bien al contrario, a presentarse con modestia. Acto seguido, llamó a los hombres uno a uno.

Schmitz, Hängsen y Meier dieron un paso al frente; luego, el sargento mayor llamó:

—¡Cabo Ballhaus!

El Friedrich de París regresó de inmediato. Durante el permiso en Colonia, había desaparecido por completo, pero entonces volvió a aparecer. Cabo Ballhaus, 69.^a División de Infantería del ejército alemán, con uniforme y obediencia incondicional. A aquellas alturas, me resultaba un poco más fácil soportarlo. Pero solo un poco. Saludó con su voz metálica, «Heiljitla».

—Ballhaus. Usted a Haugom-Gård. A dos kilómetros de aquí, montaña arriba, la segunda granja a mano izquierda. Edificio principal oscuro, se ve desde lejos. Retírese.

—A sus órdenes, mi sargento.

—¡Heiljitla!

—Heiljitla, mi sargento.

Añoré tener algo para taparme los oídos. No soportaba aquel griterío. Siempre el mismo tono nauseabundo.

Apenas media hora después, Friedrich había bregado con una subida bastante empinada a juzgar por los resoplidos, y lo oí llamar a una puerta. Durante unos momentos, no se oyó más que la respiración agitada de Friedrich; de repente, el grito de un pájaro; luego, silencio de nuevo. Friedrich volvió a llamar.

Entonces, detrás se oyó la voz de una mujer.

—*Værsågod?*

Friedrich se volvió.

—Buenas tardes —dijo, y se quitó rápidamente la gorra de la cabeza—. Soy el cabo Friedrich Ballhaus. Me alojo en su casa.

Presté atención, sorprendido. ¿Qué significaba eso?

—No entiendo alemán —dijo la mujer.

—Soy Friedrich.

—Ah. Yo, Ingvild.

—Ingvild —repitió él.

—Esta casa —dijo ella—. Orden de alemanes.

—Sí. Me alojo con ustedes.

—Esta casa —repitió ella.

—Gracias, es usted muy amable. De verdad. Muchas gracias.

—No comprendo —dijo la mujer.

—Gracias —repitió Friedrich.

Lo oí hojear un libro. Seguramente el Baedeker, que no había soltado desde que llegamos a Oslo.

—*Takk* —dijo al cabo de un momento.

La mujer calló.

Friedrich se instaló en la casa de los mozos que había en la granja de la familia Haugom. Después de indicarle el camino y abrirle la puerta, Ingvild desapareció sin decir palabra.

Friedrich deshizo el equipaje. Yo estaba arriba del todo.

Hacía tiempo que me había encontrado, claro. Y se había alegrado mucho de verme.

Ya había abierto la mochila en el tren, para sacar la foto que Marlene se había hecho a toda prisa antes de que él se marchara.

—No puedes irte con la foto vieja —le había dicho al entregarle una tarjeta azul plegada, con una foto ovalada dentro—. O ya no me reconocerás cuando vuelvas y tendremos que tratarnos de usted.

—Oh, mi cariñito —había contestado Friedrich, acariciándole el cabello—. Mi cariñito.

Y Marlene había respirado hondo y había dicho:

—Estate quieto, se me va a estropear el peinado. Y si no paras, también se me echará a perder el maquillaje.

En la foto estaba impecable. Sus ojos brillaban esperanzados.

Sin embargo, en vez de su diario, donde había puesto cuidadosamente la tarjeta, Friedrich me había encontrado a mí encima del todo de la mochila.

—¡Ole! —se le escapó. Miró enseguida a su alrededor por si alguien lo había

oído. Luego añadió en voz baja—: Ole. Qué bien.

Aunque algo tarde, en ese momento me decidí a llamar a Friedrich de verdad mi amigo. Fue amor a tercera o cuarta vista. También existe.

Evidentemente, también había descubierto enseguida la cartita que Marlene había atado a la faja que adornaba mi barriga como la vitola de un habano caro. La había desatado, plegado muy pequeñita, y se había ido al lavabo. Nunca supe qué mensaje había enviado Marlene conmigo, pero tenía que ser bueno, porque Friedrich lo leyó una y otra vez en los meses siguientes y siempre acababa con una expresión tranquila, pacífica, en la cara.

—Bueno, Ole —dijo Friedrich, examinando con la vista su nueva morada—. Ya hemos llegado. Podría haber sido peor.

Tenía razón. La habitación era grande y acogedora. Tenía el suelo de madera de color azul claro, que crujía bajo las pesadas botas de Friedrich. Las paredes estaban pintadas de color musgo, olía a jabón blando y a cera. Sobre la cama caían rayos de sol alargados, en los que se podía ver bailar el polvo. Debajo de la cama asomaba una bacinilla de esmalte blanco. En una esquina había una pequeña estufa de carbón y, pegada a la pared de enfrente, una mesa; encima se alzaba una lámpara de petróleo con el cristal verde.

—Una mesa, una cama, un orinal —dijo Friedrich de buen humor—. ¿Qué más se puede pedir?

Me puso encima de la mesa, de manera que pude mirar por la ventana, y por primera vez se me mostró nuestro entorno. Apenas podía creer lo que veía.

Al otro lado de la era se encontraba la casa principal. Estaba construida con troncos gruesos de madera y embreada en un tono oscuro. Encima del tejado crecía realmente la hierba. Parecía acogedora, con el leve humo que salía de la chimenea; seguro que allí se estaba calentito y cómodo. A la izquierda de la casa, el terreno descendía hacia el valle, donde un río se abría camino bramando. En las orillas había frutales en flor, y por detrás se distinguía la localidad de Gol, que dormitaba pacíficamente al sol de la tarde. Al otro lado del valle se extendían prados salpicados de amarillo, y unos tupidos bosques verdes subían por las laderas. Y, en lo alto, la nieve blanca coronaba deslumbrante las cimas como un glaseado de azúcar.

Desde la granja, un camino de carros descendía serpenteando la colina; vi gallinas que cruzaban revoloteando el camino para huir de un enorme gallo. A lo lejos se oían cencerros, y lo único que recordaba la guerra en aquel rincón dormido del mundo era la presencia manifiesta de los soldados alemanes. En el colegio ondeaba la bandera alemana: roja, con un círculo blanco en el que había fijada una cruz torcida con demasiados ganchos en las puntas. Los paisanos de Friedrich no se habían andado con chiquitas cuando el año anterior habían atacado el país y habían obligado a

capitular a sus habitantes en un tiempo cortísimo: habían levantado puestos de control y vigilaban los alrededores con vehículos militares. Y allí no encajaban en absoluto.

Friedrich, aquí no se nos ha perdido nada. Este no es un lugar para guerras.

Noté que Friedrich se sentía tan conmovido como yo por el panorama. Ninguno de los dos había visto nunca un paisaje como aquel.

—Fíjate, así se imagina uno el paraíso. Ah, ojalá mi Marlene pudiera verlo.

Callé. ¿Qué se puede decir ante semejante paz de una naturaleza imponente?

Friedrich había empezado a guardar sus pocas pertenencias en el armario del pasillo. Se arregló y yo seguí mirando fuera. No me podía figurar que algún día llegara a cansarme de aquellas vistas.

Noté las miradas antes de verlas. Tres pares de ojos observaban por la ventana al otro lado de la era. Observaban al extraño con franca curiosidad. Entonces comprendí que no estábamos en un acuartelamiento militar, tampoco en una fonda ni en una pensión, sino en casa de una familia noruega. Escudriñaban desde la oscuridad de su hogar.

No éramos huéspedes. Éramos intrusos, más que nunca antes.

Friedrich era uno de los soldados grises que habían ocupado su país. Uno de aquellos contra los que no se habían podido defender cuando el pasado mes de abril habían cruzado sin más sus fronteras. Friedrich era alguien que tenía el poder de quitarles lo que creyera necesario, que les haría pagar toda resistencia con la pena de muerte, que los vigilaría y les prohibiría incluso pensar lo que quisieran. Era su enemigo. No solo tenían al enemigo en el país, ¡también lo tenían en su propia granja!

Friedrich salió de la habitación. Desde la ventana lo vi cruzar la era hacia la casa principal. Se alisó la chaqueta del uniforme y comprobó el botón superior, que le ceñía el cuello oscuro y adornado. Se pasó la mano por los dos bolsillos que llevaba a la altura del pecho. Encima del derecho lucía un distintivo: un águila con las alas desplegadas, que sujetaba en sus garras aquella cruz gamada que los soldados alemanes dejaban por todas partes como gatos marcando territorio. Friedrich se palpó la hilera de botones, el cinturón estaba recto; luego se colocó la gorra bien centrada con un rápido movimiento de mano y, finalmente, se sacudió de los pantalones el polvo del viaje. Cuando estuvo delante de la puerta, adoptó la postura de firme y llamó.

Se apartó de un salto cuando Fips, el perro guardián, se puso a ladrar con fuerza y salió disparado de su caseta hasta donde le permitió la cadena. Friedrich no sabía que Fips no mordía. No lo sabíamos hasta más tarde.

La puerta se abrió. Pero nadie invitó a Friedrich a entrar. Lo dejaron fuera.

Friedrich gesticuló, habló, hojeó en su libro, escuchó, asintió. Estaba encogido, inseguro, se lo noté. Conocía a Friedrich.

Entonces aparecieron dos alemanes en la verja, un ordenanza y un oficial, a los que yo no había visto nunca. Se quedaron junto a la cerca y esperaron.

Luego vi que Friedrich daba un golpe de tacones y se despedía. Aún no se había dado la vuelta, y la puerta de la casa ya se había cerrado.

Seguramente, sus camaradas no lo notaron, pero yo vi que mi amigo titubeaba un momento, que por un pequeñísimo instante pareció consciente de la absurdidad de aquella situación.

Luego se volvió, levantó el brazo derecho hasta formar un ángulo de treinta y cinco grados para saludar y emprendió el camino de bajada al pueblo con sus camaradas. Vi desaparecer su figura bajo el sol dorado del atardecer.

Friedrich estaba de servicio. Allí, en aquel pequeño lugar dejado de la mano de Dios, muy lejos del resto del mundo, tenía que librar una guerra de la que yo ahora sí que no entendía nada.

Me quedé solo, pero no me importó. Me había tocado un lugar magnífico, no estaba en un alojamiento con olor a moho, sino en una granja, y podía observar estupendamente lo que ocurría.

Poco después de que Friedrich se marchara, la puerta de la casa principal se abrió y salió un hombre. Era alto y parecía muy fuerte. Su complexión me recordó a la de Nicolas, erguida, pero pesada. Llevaba unos pantalones de lana oscuros, que unos tirantes sujetaban por encima de una camisa de lino. En los pies llevaba unos zuecos de madera toscos. Eso era interesante. A aquellas alturas, ya había visto unos cuantos países y a mucha gente, pero nunca a nadie que llevara zuecos. Aquellos noruegos parecían un pueblo muy suyo. El hombre desapareció detrás de la casa. Con un cubo en la mano, dobló la esquina arrastrando los pies y todo volvió a quedar tranquilo.

No sé cuánto rato estuve así, contemplando el valle. Observé cómo la luz cambiaba, cómo las sombras de las nubes se extendían por los prados y cómo una gallina extraía de la tierra largos gusanos.

Aunque miraba desde una ventana diminuta, veía más paisaje que nunca. Ninguna hilera de edificios me limitaba las vistas, ningún muro alto, ninguna calle, ningún viandante. Y, aun así, no me aburrí de mirar hacia el exterior.

De pronto noté una corriente de aire. Provenía de la puerta. No podía volverme para ver quién o qué la había abierto, pero intuí que iba a recibir visita.

Los goznes chirriaron, y oí unos pasos ligeros de andares silenciosos. Solo los pies de los niños sonaban así. Palpando con cautela, avanzando a hurtadillas y, aun así, curiosos. *Robert*, pensé por una milésima de segundo. Casi se me nubló la vista, hasta tal punto me invadió la nostalgia cuando oí aquellos pasos. ¡Cuánto echaba de menos a aquel niño pálido y dulce!

Se hizo un silencio y no se oyó más que una respiración infantil excitada. El

pequeño visitante echaba un vistazo. Seguro que la curiosidad por el forastero había sido irresistible.

Noté la proximidad de una figura pequeña que se acercaba titubeando y luego, por primera vez desde hacía un año, me rodearon unos suaves dedos infantiles. Me sujetaron bien fuerte y me dieron la vuelta.

Era una niña. Una niña pequeña, con una larga cabellera de color rubio oscuro, ojos verdes claros y una mirada fisgona.

Me sujetó sin decir nada y nos miramos un buen rato. Luego me giró y me observó por todos lados, me levantó hasta la altura de su nariz y me olisqueó.

¿A qué olería? No lo sé. ¿A viaje y a mochila, a brisa marina y a hierba, a lágrimas y a mermelada, a loción para después del afeitado y a hojarasca?

Respiró levemente sobre mi piel, encima del hombro, y luego me estrechó contra su pequeño pecho. Tendría unos seis o siete años. Justo la edad en que los niños comprenden lo suficiente la vida como para valorar la amistad de un osito.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó en su extraño idioma.

¡Yo que ya me había acostumbrado al alemán!

—¿Tú también eres alemán, como el hombre?

¡No! Yo soy...

Sí, ¿qué era? Poco a poco, había llegado a un punto en que ni yo mismo lo sabía. ¿Inglés? ¿Francés? ¿O incluso alemán? ¿O un poco de todo?

—¿Tienes nombre? Seguro que tienes nombre. Mi madre dice que los alemanes son muy estrictos.

Henry. Henry N. Brown.

Volví a la carga, lo intenté de nuevo con mi nombre. Tal vez serviría de algo.

—Eres un oso muy bonito. Y muy suave...

Gracias, tú también.

—Casi tan suave como Skulla. Skulla es mi gata, ¿quieres conocerla?

Eh, no, mejor no.

Volvió a callar y me acarició la espalda, se perdió en sueños infantiles y pareció haber olvidado por completo dónde se encontraba.

Friedrich se presentó tan súbitamente en la habitación que hasta yo me espanté. No lo había oído llegar. La niña se dio la vuelta, asustada.

El cabo Ballhaus estaba en el umbral de la puerta, tan amenazador que hasta yo lo temí.

Friedrich, no cometas ningún error. Es una niña muy simpática y no puede hacer nada por tu estúpida guerra.

Nos miró. A la niña y a mí. Y, sorprendentemente, fue ella quien rompió el silencio.

—*Hei* —dijo.

—*Hei* —contestó Friedrich, y distinguí un asomo de sonrisa.

Vaya, aún podía. Bien, muy bien.

—*Hva heter han?* —preguntó la niña.

Friedrich puso cara de impotencia. Se encogió de hombros y levantó las manos en señal de disculpa.

Me hizo gracia. Hasta ahí llegaba, pues, la capacidad de amenaza de mi Fritz.

—¿Cómo dices? —preguntó.

Quiere saber cómo me llamo, tontorrón.

—*Bjørnen. Hva heter han?*

—No te entiendo, pequeña, lo siento.

La niña no perdió la calma. Paciente, se tocó el pecho con el índice.

—*Jeg heter Guri.*

Luego lo señaló a él y, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza, dijo:

—*Du heter Friedrich.*

Friedrich también asintió con la cabeza. Había comprendido.

—Guri —dijo—. Tú eres la pequeña Guri. —Y se esforzó por pronunciar bien el nombre—. Guri. Como un guisante.

La niña sonrió radiante. Ahí estaba el soldado extranjero del ejército alemán, y había capitulado. Cuánto puede desarmar la sonrisa de un niño.

Entonces me señaló a mí y volvió a preguntar:

—*Hva heter Bjørnen?*

—Ole —dijo Friedrich suavemente—. Mi oso se llama Ole.

—Ole —repitió Guri, y lo dijo de una manera que sonó a Ule.

Se miraron en silencio.

Este es mi Friedrich, el Friedrich de Marlene, y quiere a los niños y le gusta la gente, pensé aliviado.

Sin embargo, la pequeña Guri pareció darse cuenta de pronto de que se había atrevido a entrar en terreno prohibido. Seguro que sus padres le habían indicado claramente que no se le había perdido nada cerca del alemán.

—Si lo dejamos tranquilo, puede que él también nos deje tranquilos —le oí decir una vez a Torleif, el granjero, y comprendí muy bien a qué se refería.

Guri me miró una vez más, luego me dejó caer súbitamente, pasó corriendo a la velocidad del rayo junto a Friedrich y salió de la habitación. Él se quedó mirándola y meneó la cabeza. Luego me recogió con lentitud.

—Bueno, Ole —dijo—. Puede que hayamos encontrado una nueva amiga. Guri. Qué nombres más raros tiene la gente. Ingvild. Guri. A saber cómo se llamara el hombre. Ule —dijo—. *Du heter Ule.* ¡Sé noruego!

Y sonrió con orgullo.

Nos tumbamos sobre la cama y nos entretuvimos un rato con la fotografía de

Marlene, mientras en Gol caía la noche.

Después del primer encuentro, en nuestra morada se oyeron cada vez más a menudo los pasos silenciosos de Guri. Al principio, solo espiaba con cautela por el resquicio que quedaba entre el marco y la puerta torcida, por donde siempre entraba un soplo de aire frío de las montañas. Dos días después, ya llegó hasta la mitad de la habitación, y el tercer día se sentó en la cama de Friedrich y lo miró con ojos abiertos como platos. Pasaron minutos.

—¿Quieres decirle a Ole *god dag*? —preguntó Friedrich.

La niña asintió con la cabeza.

—Ole, ¿quieres decirle hola a Guri? —me preguntó mirándome.

¡*Qué preguntas!*

—Oh, sí, *takk!* —se contestó él mismo con su voz gruñona de Ole.

Guri se echó a reír.

—Hola, pequeña Guri —prosiguió con el mismo registro de voz—. ¿Me coges en brazos?

Ella lo miró interrogativa, pero cuando Friedrich se sentó a su lado en la cama y me puso en sus brazos, la niña sonrió radiante.

—*Hei, Ole!* —dijo, y me acarició con delicadeza.

Oh, cuánto disfruté del contacto. Deseé que no parara nunca.

En la vida de un oso de peluche pueden pasar muchas cosas, muchas pueden hacerte sentir bien y muchas mal. Pero, en definitiva, no hay nada mejor que estar en brazos de una niña pequeña. No sé por qué; simplemente, es así.

Guri se puso a hablar en tono didáctico y en un idioma extraño, y Friedrich la escuchaba divertido. No es que entendiera de qué hablaba, a diferencia de mí, pero parecía gustarle que al menos hubiera alguien en aquel país extranjero que lo tratara sin miedo ni reservas.

Solo los niños pueden sentarse confiados en el cuarto del enemigo.

Guri era como Robert. En su vida, la guerra no había desempeñado hasta entonces ningún papel, ¿de qué iba a tener miedo entonces?

Aquella niña no se anduvo con rodeos: conquistó nuestros corazones al asalto, y unió con su risa desbordante y su naturalidad lo que en la realidad tenía que ser incompatible.

Un grito la sobresaltó justo cuando nos explicaba que tenían once gallinas y veintiuna vacas, y que pronto llegaría un ternero de la gorda Lina.

—¡Guri! ¿Dónde te has metido? ¡Guri!

Friedrich la miró. La niña se llevó el dedo índice a los labios y dijo que no con la cabeza. Las llamadas se acercaron.

Golpearon tímidamente a la puerta de entrada.

—Adelante —dijo Friedrich.

La puerta se abrió lentamente, y Torleif Haugom asomó inseguro la cabeza. Cuando vio a su hija sentada en la cama de Friedrich, cruzó precipitadamente la habitación y cogió a la niña del brazo para que se levantara.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con acritud—. ¿No te he prohibido acercarte a este nazi? Suelta ese oso. Que lo dejes, te he dicho. Desdichada.

Guri me sujetó férreamente.

Friedrich se había levantado de la silla y, conciliador, le puso la mano por detrás al furioso granjero encima del hombro.

Torleif se volvió de inmediato, la rabia y el miedo se reflejaban en su rostro.

—Disculpe —dijo en alemán—. Disculpe, por favor.

Tenía las mejillas enrojecidas, y se oyó un nuevo «Disculpe, señor Friedrich».

Friedrich esbozó una sonrisa. Torleif se quedó paralizado.

No sé qué esperaba el granjero en ese momento, pero parecía preparado para cualquier cosa. No supo interpretar la sonrisa de Friedrich. Para él, se trataba de la sonrisa gélida de los ocupantes, de los nazis, no de la sonrisa de un hombre normal y corriente.

—Me gusta que Guri venga a verme —dijo tranquilo Friedrich—. En serio. A Ole también le gusta, ¿verdad, Guri?

Guri miró con terquedad a su padre.

—Este es Ole —le explicó, y me aupó para enseñarme.

—Por cierto, *jeg heter* Fritz —dijo Friedrich, orgulloso—. Por favor, llámeme Fritz. No «señor Friedrich». Fritz.

Torleif miró titubeando a Friedrich.

—Fritz dice que puedo venir a jugar con Ole. Y, además, le enseño noruego —refunfuñó Guri.

—Ni se te ocurra, me has entendido. No molestes al señor Friedrich —la reprendió Torleif.

—Se llama Fritz. Y me ha dado permiso.

—Me da igual lo que te permita este hombre. Ya es bastante malo que esté aquí para prohibirnos todo lo posible, ¿es que no lo entiendes?

—¡A mí no me ha prohibido nada! —dijo Guri poniendo morros.

—No hay problema —dijo Friedrich, intentando mediar en la discusión, aunque no entendía palabra de lo que Guri y su padre decían—. Guri puede jugar aquí. A mí me agrada.

—Ahora, ¡vamos! —dijo Torleif un poco confundido, y se llevó a la niña a rastras—. Y deja el oso.

No toleraba réplicas y Guri se resignó. De momento.

—Adiós, Fritz —dijo, y me puso en la mano de Friedrich—. Adiós, Ole.

—Hasta luego, pequeña Guri —dijo Friedrich, y luego, dirigiéndose a Torleif—: Es muy simpática. No me molesta. No hay problema.

Por un momento, los dos hombres se miraron a los ojos. En esas miradas estaban todas las preguntas y respuestas, todas las disculpas jamás pronunciadas, todo el orgullo, toda la incompreensión. Fue la mirada de dos hombres que se enfrentaban a su destino y se preguntaban qué les depararía.

Por suerte, no lo sabían.

Pasó un tiempo hasta que todos en Haugom-Gård se acostumbraron a la nueva vida con un soldado del ejército de ocupación. Y había que agradecerle a Guri que aquella extraña comunidad forzada pronto dejara de estar marcada por el recelo y el temor.

Siempre que Friedrich no estaba de servicio y se quedaba en casa, no pasaba mucho rato hasta que Guri venía a buscarnos. Entonces, cogía con la mayor naturalidad a Friedrich de una mano y a mí de la otra, y nos guiaba por los establos y el cobertizo. Señalaba cosas y las llamaba por su nombre. Le hablaba a Friedrich sin parar. Cuando él estaba callado demasiado rato, lo miraba desafiante y le decía:

—*Forstår du?*

Y él se veía forzado a confesar que no entendía nada.

—*Jeg forstår ikke* —decía inseguro, y ella volvía a empezar sencillamente desde el principio. Era una maestra incansable, y se divertía muchísimo cuando él cometía errores. Se reía de él a grito pelado, y él también reía. Así de simple.

Friedrich iba cada día a cumplir con sus obligaciones, trepaba a postes de telégrafos, contaba fusiles y pistolas en la entrega de armas y controlaba los vehículos que cruzaban Gol yendo de paso.

Ingvild y Torleif se dedicaban a su trabajo en la granja y hasta entonces se habían mantenido alejados de Friedrich, aunque habían dejado de intentar convencer a Guri de que Friedrich no quería saber nada de ellos. La niña tenía más idea.

—Son tontos —nos explicó un día—. Creen que tú eres malo. Pero yo les he dicho que eres bueno y tienes mujer.

Friedrich se rió.

Marlene. Le escribía cada día.

—Y ahora quieren que vayas a casa a comer —prosiguió—. Mamá dice que no tiene sentido hacer ver que no estás aquí. Entonces ¿qué? ¿Irás?

—¿Hoy? —preguntó incrédulo Friedrich.

—Sí.

—Hoy estoy de servicio.

—¿También por la noche?

—No, por la noche, no.

—Entonces puedes venir.

—Pero ¿no has dicho que tus padres me invitan a comer?

—Sí.

—Pues a mediodía estoy de servicio.

—No importa. Esta noche tienes que comer con nosotros.

Friedrich miró confuso a Guri.

—¡Me parece que quieres tomarme el pelo! —dijo.

—No, no quiero tomarte el pelo —contestó ofendida Guri.

—Entonces, tengo que ir a cenar esta noche.

—¿A cenar? No, nosotros no tenemos de eso. Nosotros comemos cada día a las seis.

—Ah, si es así —dijo Friedrich—, me encantará.

Cuando Guri se fue a transmitirle la respuesta afirmativa a su madre, Friedrich se quedó un rato sentado en la cama. Meneó la cabeza.

—Quién entiende a los noruegos, Ole. Lllaman comida a la cena —dijo—. Están hechos de la misma pasta que nosotros, pero luego resulta que la cuecen diferente.

Hacia las seis, se lustró otra vez rápidamente las botas.

—Bueno —dijo—. Allá vamos.

Lo noté nervioso. Nunca había estado en el comedor de Ingvild y Torleif. Parecía realmente intrigado.

—Tú también vienes —me dijo—. Por si necesito apoyo.

Ja, ja.

Me llevó debajo del brazo hacia nuestra primera visita.

Friedrich llamó a la puerta. Abrió Guri.

—*Hei*, Fritz —dijo, sonriendo radiante—. Oh, ¡has traído a Ole! Ole ha venido a verme. ¡Mamá! —gritó—. ¡Fritz y Ole están aquí!

Friedrich me entregó y gruñó con la voz de Ole:

—¿Quieres jugar conmigo, pequeña Guri?

La niña soltó un grito de alegría y nos fuimos volando a hacer lo que los niños y los osos hacen cuando están solos. Teníamos muchas cosas que contarnos.

—¡Guri! —sonó al cabo de un rato la voz de Torleif desde el comedor—. ¡A comer!

Los Haugom habían puesto la vajilla buena y un mantel. Aunque era un comedor sencillo, con muebles funcionales y sin tanto lujo como el que había, por ejemplo, en Inglaterra, tenía un aspecto ceremonioso.

Torleif y Friedrich no sabían cómo había que comportarse en aquella situación. La timidez flotaba en el aire. Friedrich deambulaba un poco torpemente por la sala; sus conocimientos del idioma no eran tan buenos como para poder charlar

despreocupadamente del tiempo. Después del encuentro en la habitación de Friedrich, los dos hombres se saludaban educadamente con un gesto, y Friedrich se había esforzado por saludar en noruego, pero hasta entonces no habían intercambiado ninguna palabra.

Torleif no era hombre de muchas palabras. Se parecía a las montañas que nos rodeaban: silenciosas e inquebrantables.

Los dos levantaron la vista aliviados cuando Ingvild llevó la comida. Carnero con col. Las fuentes humeaban y vi que a Friedrich le hacía ilusión.

—Por favor —le dijo Ingvild, invitándolo a sentarse.

A diferencia de Torleif, Guri no callaba ni un minuto.

Cuando entró en la sala como un remolino, miró desafiante a Friedrich y, con su tono severo de maestra, le dijo:

—Fritz. Aquí dentro tienes que quitarte los zapatos. ¡La suciedad se queda fuera!

—Y luego se puso a imitar en alemán—: *Es una orden*, dice siempre mamá.

—Guri, no seas maleducada. El señor Friedrich es nuestro invitado —la reprendió Ingvild, y miró desvalida a su marido, que daba vueltas a la cuchara que tenía en la mano con cara imperturbable.

—Lo siento, no lo sabía —dijo Friedrich.

Se miró a los pies, avergonzado.

—Órdenes son órdenes —añadió luego, y se dirigió a la entrada.

Poco después volvió en calcetines. Eran los calcetines de lana calientes que Marlene le había puesto en el equipaje.

—Bien —dijo Guri—. Ahora eres noruego.

—¿Podemos comer ya? —preguntó Torleif, sonriendo ampliamente a Friedrich.

—*Velbekomme* —dijo Ingvild.

El corazón me dio un vuelco. El amor que llevaba dentro me dijo que la guerra no cabía en todas partes.

—Tenemos que contárselo a Marlene —dijo Friedrich al cruzar la era en dirección a nuestro alojamiento, entrada ya la noche.

Había refrescado, las heladas nocturnas aún no se habían despedido definitivamente. Friedrich me puso encima de la mesa, prendió la lámpara e intentó encender la estufa. Luego se sentó a mi lado y le escribimos a Marlene como ya habíamos hecho en Francia: deslizándolo el lápiz sobre el papel mientras murmuraba en voz baja.

Mi querida Marlene, mi queridísima mujercita:

Esta noche te envío un saludo cariñoso, el correo sale mañana a las siete de la mañana y no puede irse sin un beso a mi tesoro.

Friedrich suspiró. Contempló la fotografía de Marlene, y luego continuó.

Hoy, la familia con la que me hospedo me ha invitado a comer por la tarde. ¿Te sorprende? Bueno, yo tampoco lo sabía: los noruegos comen por la tarde, Pero eso no es lo único que yo no sabía, He entrado en el comedor con las botas puestas, Craso error, Eso aquí no se hace, Ahora ya sé muchas más cosas sobre las costumbres de este país, Me gusta esta gente, son amables y ahora ya me tratan con cordialidad.

La pequeña Guri es una ricura de niña, Nos ha cogido cariño, a mí y a Ole, y es fenomenal enseñándome noruego.

Aquí, en Gol, nos va de fábula, He ido a parar a un buen sitio, en esta naturaleza imponente, con esta gente amable, Esto es como el paraíso, de la guerra te enteras poco, Estamos aquí como tropa de reparaciones y, a la vez, para descansar, De momento, dos meses, Solo tenemos trabajo cuando hay averías en la línea, y eso ocurre pocas veces porque el invierno parece haber acabado definitivamente, Hemos encontrado un tiempo espléndido, en las montañas todavía hay nieve, pero el sol ya calienta.

Esta tarde he ido a localizar una avería; con este buen tiempo da gusto trepar a los postes, Pero no había ninguna avería en la línea, alguien había conectado mal el aparato en el acuartelamiento.

El domingo, aquí era el Día del Ejército, y nuestra compañía ofreció de todo, Por la tarde hubo café de verdad, a 25 Øre la taza, en dinero alemán puedes calcular más o menos la mitad, y también pastel por poco dinero; y por la noche llegó la cocina de campaña con una sopa de guisantes estupenda por 50 Øre el plato, Me zampé dos raciones, Luego se animó con el concierto de peticiones; los noruegos también estuvieron presentes, con unas cien personas, Los compañeros de Bielefeld pedimos mi canción favorita por 28 coronas, Chica, yo soy tu hombre, Naturalmente, pensé en ti cuando la tocaron, Ojalá estuviera contigo, Por favor, no creas que mi corazón está fuera de sí y que tengo nostalgia; en absoluto, es solo que, ahora que la patria está tan cerca, solo existe una cosa, tú, mi dulce esposa, tú eres mi patria, donde espero con ilusión regresar cuando esta guerra llegué a su fin.

Ahora tengo que acabar, los ojos se me cierran, Solo otra cosa: envíame pronto tabaco de liar y cigarrillos, por favor, Pero procura comprar lo mejor, lo otro no se puede fumar.

Los bombones de Stollwerk estaban todavía muy bien, los dulces siempre son bienvenidos, seguro que también le harían ilusión a la pequeña Guri, Pero el chocolate y los bombones también soy muy importantes para ti, son reconstituyentes y tienen mucha grasa, que te hace falta en esta época magra.

Mantente firme, valiente mujercita de soldado, siempre pienso en ti y te llevo conmigo y te doy un beso de todo corazón en tu boca roja.

Tu Friedrich con amor.

PD: ¡Ole te manda saludos cariñosos!

Friedrich dejó el lápiz y se tumbó en la cama. Y mientras él soñaba sus sueños de soldado, yo intenté imaginar cómo serían las cosas si todos pertenecieran a un mismo pueblo y no tuvieran que combatir.

La primavera llegó con toda su fuerza, y en la granja siempre había mucho que hacer. Cada vez era más frecuente que Friedrich no pasara el tiempo libre en el cuartel de Gol, sino que se quedaba «en casa». Ayudaba en pequeñas tareas y, a cambio, Ingild le daba un vaso de leche extra o un huevo fresco. Yo notaba que, a pesar de toda la amabilidad, la mujer mantenía siempre la distancia necesaria, y Friedrich lo aceptaba serenamente. Armisticio con unión familiar.

Guri jugaba conmigo también cuando Friedrich estaba de servicio. ¿Quién se sorprendería si le dijera que disfruté de aquellos días? La pequeña Guri me llevaba al establo y al granero. Me paseaba hasta el prado y me cantaba canciones mientras confeccionaba pequeñas coronas de margaritas silvestres, que después me ponía entre

las orejas. Pero lo que más me gustaba era sentarme con ella en el cálido comedor de la casa principal cuando Ingvild y Torleif también estaban. A veces, en los momentos más cotidianos, era casi como antes en casa de los Bouvier.

Charlaban del tiempo. Allí arriba, en las montañas, el tiempo era todavía más importante que la guerra. También hablaban de la guerra, pero no muy a menudo. De hecho, solo cuando Magnus les hacía una visita.

Magnus era el hermano de Ingvild. Era un hombre delgado, vigoroso, con mucho genio, joven e impetuoso. Magnus, el Grande, siempre lo embarullaba todo. Yo lo apreciaba, como siempre aprecio a las personas que no se doblegan a todo, que luchan por sus creencias con la frente surcada de arrugas de determinación. Ese era un rasgo que echaba de menos con toda el alma en Friedrich, pero pronto me di cuenta de que, en ese caso, el caos que Magnus provocaba era peligroso. Y la vida ya era bastante caótica.

Fue en una de aquellas tardes pacíficas de principios de verano, cuando ya haría unas ocho semanas que estábamos en Gol. Ingvild y Torleif estaban sentados en su banco de madera y callaban en armonía con el silencio. Las gallinas ponían sus huevos por el prado, y yo sabía a esas alturas que Ingvild maldeciría en voz baja al día siguiente mientras intentaba encontrarlos.

El verano se había impuesto finalmente y el sol brillaba casi las veinticuatro horas del día. De noche, una penumbra irreal se posaba sobre la casa y la era, una luz que difuminaba los contornos de las personas, las cosas y los pensamientos. Guri disfrutaba tanto de las noches claras y templadas que no se cansaba nunca. A veces, se dormía en el regazo de su madre cuando se sentaban al anochecer en el banco situado delante de la casa.

Aquella noche, Guri desapareció en el establo, seguramente para maquinar alguna travesura, y me dejó en el banco.

Ingvild me pasó distraída la mano por la piel y me quitó unas briznas de hierba de la barriga, y yo disfruté de aquella forma tranquila de higiene corporal. Torleif fumaba su pipa sin tragarse el humo y seguía con la mirada a las golondrinas, que ejecutaban acrobacias aéreas por encima de nuestras cabezas.

—Por ahí viene Magnus —dijo Ingvild cuando descubrió la conocida figura de su hermano en el sendero que subía del valle.

—Otra vez discordia —gruñó Torleif.

—Magnus tiene mucho genio —replicó Ingvild.

—Sí, que solo le acarrea disgustos.

—Pero tiene buen corazón.

Callaron y esperaron a Magnus.

—*Hei*, Magnus —dijo Torleif.

—Torleif —dijo Magnus, saludando a su cuñado—. ¿Qué hacen las vacas?

—Muuuuu —exclamó Guri, que en aquel momento llegaba corriendo por la esquina de la casa con los brazos extendidos como si fuera un avión—. *Hei*, tío Magnus.

La aupó y dio vueltas en círculo con ella a cuestas, y ella soltó gritos de alegría.

—Bueno, mi pequeño torbellino. ¿Y qué hacen las gallinas?

—Cocorocó.

—Exacto. Eso es lo que hacen.

—Tendremos que sacrificar a Mulla —dijo de repente Torleif—. No se recupera.

Magnus dejó a Guri en el suelo y miró interrogativo a su cuñado.

Torleif se encogió de hombros.

—¡No! —chilló Guri—. No podéis. Seguro que se curará.

—Guri, ven, tesoro —dijo Ingvild, y atrajo hacia ella a su hija—. Ya sabes que así es la vida. Las personas y los animales nacen y algún día tienen que morir.

—¡Pero Mulla no!

—Sí, Mulla también.

Guri se soltó de la mano de su madre y hundió la nariz en mi piel.

—Mulla no —me susurró al oído—. Mulla no.

Intenté ponerme tierno y suave. Su respiración me hacía cosquillas.

—Iré a verla antes de irme —dijo Magnus—. Prometido.

—Gracias —dijo Ingvild—. Eres muy amable.

—Y ¿qué hace vuestro... huésped? —preguntó Magnus, que remarcó irónicamente la palabra «huésped» después de una breve pausa teatral.

Se refería a Friedrich, lo sabía de sobra. También sabía que Magnus tenía atravesados a los alemanes, ¿a quién podía extrañarle? En sus comentarios reconocí a Nicolas y a Maurice: frases impregnadas de inseguridad y furia, de deseo de sublevación, de impotencia y, para mí, pronunciadas realmente desde el corazón. Friedrich, el soldado del ejército alemán, estaba allí para imponer la voluntad de Alemania a la gente, probablemente no se le podía llamar huésped.

Magnus se disponía a dar rienda suelta a su enfado.

—Voy a ocuparme del establo —dijo Torleif, y emprendió la retirada.

—Nuestro huésped se llama Friedrich —dijo Ingvild quedamente.

—Friedrich, como Federico el Grande. Muy oportuno.

—Magnus. ¿A qué viene eso?

—Quieren quitarnos los radios.

Ingvild calló.

—¿No lo comprendes? Quieren humillarnos. Que no nos enteremos de lo que ocurre en el mundo. Tenemos que ser ignorantes. Tu Friedrich quiere que seas ignorante.

—Él solo cumple órdenes...

—¿Y lo aceptas sin más? ¿De qué lado estás realmente?

—Sabes muy bien de qué lado estoy. Pero Friedrich se aloja con nosotros. Y necesitamos el dinero.

—Lo que dices roza la traición a tu país. No permitiré que mi propia hermana haga causa común con el enemigo.

—No hago causa común con el enemigo. Yo vivo aquí y Friedrich también, temporalmente. Y eso ahora no puede cambiarse.

—Se llama Fritz —dijo Guri.

—Tu Fritz se merece una bala en la cabeza. Igual que todos los nazis —vociferó Magnus.

—Magnus, te prohíbo que hables así delante de mi hija. ¿Qué diantre te pasa?

Ingvild se apartó con energía un mechón de cabellos de la cara, y se volvió hacia Guri.

—Ve a ayudar a tu padre, vamos.

—Pero...

—¡Nada de peros! Andando, que yo tengo que desplumar un pollo con el tío Magnus.

Guri me dejó caer sobre el banco y se alejó poniendo morros y sin parar de protestar.

Magnus no tenía ningún motivo para separar a Friedrich, el hombre, de Friedrich, el soldado de las tropas de ocupación, pero Ingvild había vislumbrado un poco la diferencia. Nunca habría hecho causa común con los alemanes. Los Haugom habían aceptado el acuartelamiento de Friedrich y estaban justificadamente contentos de que no les hubieran metido en casa a un nazi pardo, sino simplemente a un soldado amable. Tenían muy claro que esa amabilidad podía transformarse, más bien pronto que tarde, en castigos terribles con solo pronunciar una frase equivocada. A Ingvild le caía bien Friedrich, el hombre, pero el soldado lo perseguía como su propia sombra. Y a ella le daba miedo. Todavía. Claro.

—¿Por qué no lo dejas ya, Magnus?

—¿Dejarlo? Solo estoy empezando. Nos hemos organizado.

Se me paró el corazón. Se habían organizado. ¿Qué significaba eso? ¿Estaba con los partisanos?

—¡No lo dirás en serio! —exclamó espantada Ingvild.

—Completamente en serio —replicó Magnus.

—No tan alto. —Ingvild miró asustada alrededor.

—¿Dónde está ahora vuestro Fritz? —preguntó Magnus.

—De servicio.

—Entonces no puede oírnos nadie.

—Eso nunca se sabe.

Cierto. Yo oigo muy bien.

—Tenemos que oponer resistencia. Es nuestra maldita obligación como ciudadanos de este país —prosiguió Magnus con vehemencia.

—Tienes razón —dijo Ingvild—. Pero tú ya sabes con qué se castiga.

—Hace dos semanas, los nazis ejecutaron a tres hombres en una acción de venganza. Los hombres no habían hecho nada —dijo Magnus con voz queda—. No podemos someternos a ese régimen de terror.

Sentí escalofríos. Estaba claro que allí, en la granja, me enteraba de bien poco. Pero sabía que Magnus no había oído mal. Si bien era cierto que habían animado a los soldados a comportarse tranquila y pacíficamente, los hombres de las SS y los oficiales de alto rango también perseguían en Noruega el brutal plan de su Führer de someter al mundo, con los medios que fuera. Si yo hubiera estado en el lugar de Magnus, también me habría rebelado.

—A lo mejor los ejecutó tu Friedrich —dijo Magnus con dureza.

Ingvild calló. No pude ver su cara.

Se me erizaron todos los pelos. Lo sabía, lo había sabido siempre. Los soldados disparan a la gente. Confiar en que otro hubiera cumplido esa orden era absurdo. No cambiaba nada: órdenes son órdenes, así es la guerra.

—¿Tenemos que doblegarnos? —prosiguió Magnus.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Ingvild.

—Lo sabrás a tiempo.

—Nos pones a todos en peligro.

—Pero necesitamos tu ayuda —dijo Magnus, mirándola suplicante.

—¿En qué? —La voz de Ingvild sonó espantada.

—Tú te llevas bien con tu Friedrich. Tienes que sonsacarle información.

—No puedo. Es imposible. Eso es... Él es...

—Ingvild, despierta. Tienes que ayudarnos. ¿O quieres tener que sentirte culpable frente a tu pueblo después de la guerra?

Silencio.

—No —dijo Ingvild pausadamente—, no quiero.

—¿Te has enterado de que los maestros están en huelga? Se resisten a que los alemanes estropeen a nuestros hijos llenándoles la cabeza con sus peroratas nazis. ¿No querrás que Guri acabe así?

—Fritz aprecia a Guri —objetó Ingvild en voz baja, y me cogió en brazos. Me sostuvo como un escudo—. Y ella lo aprecia a él.

—Es uno de ellos. Y a los alemanes no les gustan los niños. Para ellos solo son un medio para alcanzar un objetivo.

Magnus se interrumpió bruscamente al divisar a Friedrich, que subía por el camino a paso ligero.

Tenía la cara roja por el esfuerzo y llevaba la gorra torcida.

—Tenemos que hacer algo —dijo Magnus.

Desde lejos, Friedrich gritó:

—¡Guri! ¡Ingvild, Torleif!

Caminaba ondeando una carta por encima de su cabeza.

—¡Venid! ¡Mirad qué me ha escrito mi Marlene! ¿Os lo imagináis? ¡Voy a ser padre! Voy a tener mi primer hijo. ¿No es fabuloso? ¡Marlene y yo vamos a tener un hijo!

—Voy a echarle un vistazo a Mulla —dijo Magnus, y se fue al establo.

Friedrich no cabía en sí de alegría, y yo no cabía en mí de miedo. Magnus tenía razón, los noruegos tenían que defenderse, igual que se habían defendido los franceses y como haría cualquier pueblo en esa situación. Se trataba de su honor, de su autodeterminación y de su libertad. Nadie puede decidir sobre los demás. Ya seas una persona o un oso de peluche, solo tú mandas sobre tus ideas.

Sin embargo, Magnus también estaba equivocado, había alemanes que querían a los niños, y Friedrich era uno de ellos. Sentía una alegría incontenible y no se había dado cuenta de que había irrumpido con su noticia en un momento complicado.

Había cogido a Guri y a Ingvild de la mano y había bailado con ellas en la era. Había cantado su canción favorita a grito pelado:

*Chica, yo soy tu hombre
y por ti corre mi sangre.
Tuyo será mi corazón hasta el fin,
porque eres mi vida, mi chica del Rin.*

Le corrían lágrimas de alegría por las mejillas, y hubo paz por un momento.

Torleif había meneado bondadosamente la cabeza y había sacado una botella de Gammel Dansk de un escondite para celebrar el día. Magnus se había ido por el prado sin despedirse. Yo apenas soportaba la tensión. La alegría por el aumento de la familia quedó solapada por el miedo a que pudiera ocurrir algo terrible. No es fácil agitar el corazón de un oso de peluche. Pero había comprendido que se avecinaba un peligro.

Tanto daba cómo se comportara Ingvild: la catástrofe estaba programada. Temí que Magnus planeara algo peligroso, y aún temí más que Friedrich se oliera algo.

¿Qué ocurriría entonces?

Si Friedrich cumplía con su deber y delataba a la familia ante el sargento mayor de su compañía, eso significaría la pena máxima. La resistencia y la colaboración con la resistencia se castigaban con la pena de muerte, eso ya lo había entendido. Si

callaba, se convertía en cómplice y lo acusarían de alta traición. Por más vueltas que se le diese, el plan de Magnus era letal para todos, de una manera o de otra.

La situación era espantosa.

Todos los días esperaba que Friedrich llegara tarde a casa y no tuviera ocasión de hablar con Ingvild. ¿Acaso no sería lo mejor para los dos? Él no sospecharía nada y ella no se enteraría de nada que pudiera transmitir.

Sin embargo, mis esperanzas no se cumplieron.

Magnus venía con regularidad. Sus visitas no llamaban la atención a los soldados alemanes, puesto que nunca venía sin motivo: una vaca que paría, una rastra que se atascaba, un burro que se sublevaba. Pero nunca desaprovechaba la ocasión para lanzarle una mirada más que elocuente a su hermana, a la que ella respondía con un movimiento de cabeza afirmativo. Estoy en ello, significaba, puedes contar conmigo.

Con todo, los hermanos siempre acababan discutiendo porque la presión era insoportable para ambos, y más de una vez fui testigo de esos enfrentamientos. Estaban en la cocina oscura, donde olía a fuego y a arroz hervido, y se miraban con ojos iracundos.

—¿Qué planean? —preguntó Magnus.

—No lo sé.

—No quieres decirlo.

—Magnus, no lo sé. Casi no tenemos ocasión de hablar. Quizá Fritz sospecha algo. No me he enterado de nada.

—¿Has preguntado?

—Y qué quieres que le pregunte: Perdona, Fritz, ¿qué nido de agitadores pensáis desarticular esta vez? Y a qué hora, si se me permite la pregunta, solo por curiosidad. Fritz no tiene ni idea. Está en la tropa de reparaciones, no en la Gestapo.

—No quieres ayudar. Tienes miedo.

—Sí, tengo miedo. ¿Vas a prohibírmelo? Intento ayudar como buenamente puedo.

—No nos dejes en la estacada, hermanita —dijo Magnus—. Tenemos que estar unidos.

—Yo nunca dejaría a mi familia en la estacada.

—Lo sé. Perdona. Tengo los nervios de punta.

—Yo también.

Magnus la abrazó para despedirse y se fue cruzando la era.

—¿Pasa algo? —preguntó Friedrich, que había aparecido inadvertidamente en la puerta de la cocina.

Ingvild y yo nos sobresaltamos espantados.

Concededme un deseo, solo un deseo, y todo irá bien.

—Oh, nada —dijo Ingvild, y se pasó el dorso de la mano por la frente—. Otra vez nuestra madre.

—Ajá —dijo Friedrich, escrutando a Ingvild con la mirada. Largamente.

Ella se volvió y se ocupó de la mantequera.

—Me llevo a Ole, ¿de acuerdo? —dijo Friedrich, y me cogió del banco de la cocina.

Cuando ya casi había salido, se volvió de nuevo hacia Ingvild:

—Tengo malas noticias para vosotros.

Ingvild levantó la mirada. Sus ojos eran inexpresivos.

No. Por favor, no.

Friedrich bajó la mirada.

—Tengo que confiscaros la radio. Ha habido un incidente no muy lejos de aquí. A partir de ahora, los hombres noruegos no podrán salir solos a la calle después de las seis de la tarde. Mañana se promulgará oficialmente. ¿Por qué nos obligáis a hacerlo? No nos queda otra elección.

¿De verdad no lo comprendes?

Ingvild calló, y Friedrich me apretó tan fuerte entre sus manos que me sentí mal.

—Órdenes son órdenes —dijo Ingvild, con una sonrisa forzada.

—Sí —dijo Friedrich—. Órdenes son órdenes.

¿Acaso no era extraño? Estábamos lejos de cañones y ataques aéreos y, aun así, las amenazas de aquella guerra estaban más cerca que nunca. Se había infiltrado en los corazones de las personas, y allí proyectaba largas sombras que incluso llegaban a la acogedora cocina de los Haugom.

Las radios fueron confiscadas, Magnus venía cada mediodía y el verano pasó volando en calma. Durante unas pocas semanas, el sol brilló día y noche y, luego, la oscuridad volvió de repente. Los árboles se tiñeron de rojo y amarillo y naranja, y parecía que hubieran llovido colores. Poco después llegó la primera helada.

Ingvild fue empalideciendo, se volvió cada vez más callada y contrajo una tos grave que la dejaba fuera de combate durante días. Se notaba que aquella situación la atormentaba. Quería ayudar a su hermano y cumplir con su país, quería escuchar la radio, quería proteger la vida de su familia, no quería espiar a Friedrich. Se encontraba ante un terrible dilema, y estaba completamente sola.

Bueno, no estaba completamente sola. Yo compartía sus preocupaciones.

Yo era un agente doble sin ninguna posibilidad de actuar. Lo que sabía casi me hacía perder la razón, y lo que más deseaba era que mis oídos se cerraran para siempre. No quería oír nada más, ni de planes secretos ni de promulgaciones oficiales.

Friedrich complicaba aún más las cosas: se preocupaba de un modo conmovedor por Ingvild y le llevaba medicamentos que para los noruegos eran poco menos que inasequibles. En sus cartas, siempre le pedía a Marlene que le enviara chocolate y otras cosas para poder mostrar su gratitud a los Haugom. Se esmeraba. Friedrich. No era Federico el Grande. Era el Ingenuo, con un gran corazón. Y, en aquella guerra, eso equivalía a luchar por una causa perdida.

En aquellos días contemplé impotente a uno y a otro, y le pedí a un dios del que yo no sabía nada que nos salvara.

Realmente no sabía nada. Porque, al parecer, un dios así puede actuar de un modo muy distinto.

Friedrich no se daba cuenta de nada. Solo pensaba en su primogénito, en su permiso y en que aquella engorrosa guerra terminara de una vez.

Marlene nos escribió. Los ataques de los ingleses a Colonia eran cada vez más intensos, barrios enteros se habían convertido en humo. Sarah R. había desaparecido, probablemente por culpa de K. F. También tenía una noticia triste, Hänschen, el marido de Franziska, había caído cuando volaba hacia Inglaterra, pero Franziska lo llevaba con una valentía asombrosa. La tía Lottchen tenía pulmonía y a Fritzzi la habían trasladado al hospital de Bergisch Gladbach.

¿No es grotesco? Mientras Friedrich sembraba la desgracia por un país ajeno en nombre de Alemania, su familia lo pagaba en casa.

Casi me tranquilizaba la ingenuidad de Friedrich. A veces daba la impresión de que había olvidado que él era allí un enemigo.

¿Olvidado? ¿Era realmente posible olvidarlo? ¿O simplemente no quería darse cuenta?

En esos meses no sé cuántas veces se me encogió el corazón cada vez que Friedrich se metía inocentemente y de improviso en una situación delicada. ¿Acaso no notaba el ambiente tenso? ¿No se daba cuenta de todo el miedo y la hostilidad no pronunciada que continuaban teniendo allí su hogar? No se dirigían contra él personalmente, de eso me daba perfecta cuenta, pero se dirigían contra su pueblo, contra su Führer y su locura.

En noviembre, cuando ya hacía tiempo que la oscuridad y la nieve habían hecho su entrada, llegó por fin la noticia liberadora. Le habían aprobado el permiso a Friedrich.

—Ole, nos vamos a casa, ¿no es fantástico?

Sí. Es fantástico. No sabes lo aliviado que estoy.

—¡No sabes lo contento que estoy! Estaba tan preocupado por si me denegaban el permiso.

Me cogió en sus manos, me miró a los ojos y dijo:

—Qué bien que vinieras conmigo. Has sido una gran ayuda.

Gracias. Un oso cumple su palabra. Ya lo sabes.

—Yo solo quiero vivir con normalidad, ¿sabes? ¿Acaso es pedir mucho?

Eso parece.

—Será fantástico que volvamos a estar todos juntos.

Sí. Lo será.

—Y ahora escribiremos a Marlene y le daremos la buena noticia.

Amorcito mío,

escribió Friedrich deprisa, y se paseó la punta de la lengua por la comisura derecha de los labios.

Vuelvo a casa, vuelvo, Pronto nos abrazaremos y podré acariciar tu barriga redonda y ayudarte, El 5 de diciembre estaré contigo, Si todo sale bien, podré quedarme quince días, El día 3 partiré desde Oslo.

Aquí, todo el país está preparado para el invierno, Toda la población con esquíes, trineos tirados por perros, trineos tirados por caballos y patinetes de nieve: unos objetos geniales y muy rápidos, Así van los niños, así se hace la compra en la ciudad, así se mueven jóvenes y viejos, es una especie de silla-trineo, incluso los viejecitos pasan a toda velocidad con ellos.

Las noches son ahora muy claras por la luz de la luna, y como estos últimos días no ha hecho mucho frío la gente estaba fuera con los niños hasta la una, las calles estaban llenas, La gente aprovecha las noches claras, ponen a los niños pequeños de solo meses en el trineo y se los llevan consigo, La nieve y el hielo es su elemento, Te asombraría.

A Arenz y a los padres les envió también con el mismo correo unas fotografías, seguro que se alegrarán, Dales recuerdos a todos de mi parte, especialmente a la pobre Franziska y a la tía Lottchen; espero que estén bien.

Un beso succulento para ti con amor y fidelidad, mi chica del Rin.

Yo soy tu hombre.

Tu Friedrich.

Al día siguiente, sentado al lado de Guri en el banco de la cocina, disfruté del aroma de gofres recién hechos. Guri esperaba con ansia tenerlos en el plato.

—Nunca hay que separar dos corazones —canturreó mientras separaba dos gofres en forma de corazón.

Ingvild se echó a reír.

—¿Quién te la ha enseñado? —preguntó.

—Fritz.

—Claro, ¿quién iba a ser? —dijo Ingvild, y le dio a su hija un cachete en broma.

El ruido de unas botas pesadas nos llamó la atención. Supe enseguida que era Magnus. Las botas de los soldados alemanes tenían otro sonido.

—¿Hay alguien en casa? —gritó Magnus desde la entrada.

—¡Estamos en la cocina!

Una ráfaga de aire frío entró con él.

—Ah, ¡huele que alimenta! —dijo.

Ingvild giró el molde de hierro en el fuego.

—¿Alguna novedad? —preguntó Magnus como si nada.

—A Friedrich le han dado un permiso. Podrá ir a casa a ver a su mujer —anunció Guri a bombo y platillo.

—Vaya, ¿y cuándo se va?

—El 2 de diciembre sale de aquí —dijo Ingvild con voz queda—. Espero que entonces todo nos será un poco más fácil.

—Pero antes celebrará una fiesta —se apresuró a explicar Guri—. Con los demás soldados.

—Pero no será aquí, en Haugom-Gård, ¿verdad? —preguntó Magnus dirigiéndose a Ingvild.

—No. Es una fiesta en el Hogar del Soldado.

—Una fiesta, ¿eh?

—Sí, y todos los soldados...

Ingvild interrumpió a su hija:

—Guri, cómete el gofre o se te enfriará.

Magnus miró con acritud a su hermana. Ella le devolvió la mirada y cambiaron de tema.

En mi cabeza no paraba de resonar esta frase: «Espero que entonces todo nos será un poco más fácil».

Se lo habían ganado. Ya iba siendo hora de que nos fuéramos de allí para que todos pudieran vivir su vida tranquilamente. No pensé más en ello.

La tarde antes de la partida hizo un día radiante de invierno. El cielo estaba azul y la nieve brillaba a la luz del sol. Friedrich estaba en su cuarto haciendo el equipaje. Llamaron con suavidad a la puerta.

—Pasa, pequeña Guri, pasa.

—Fritz...

—¿Sí?

—¿Te llevas a Ole?

—Sí, tengo que llevármelo.

—¿Por qué?

—Porque me lo regaló mi Marlene, es mi talismán contra la guerra.

—Lástima que haya guerra —dijo la niña con seriedad, y contempló la habitación como si nunca hubiera estado allí.

—Sí. Yo pienso lo mismo.

—¿Volveréis?

¡Eso espero!

—Seguro —dijo Friedrich—. Tenemos que seguir practicando noruego juntos.

—Sí. Todavía tienes muchas faltas.

—Ya lo creo.

—Tienes que aprender mucho todavía.

Friedrich sonrió.

—¿Quieres jugar un poco con Ole? Si quieres, no lo guardaré hasta mañana.

Guri asintió sin decir nada y me cogió de encima de la mesa. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzarme.

Salimos a la nieve. A la agradable luz de aquel día.

No me resultaba fácil pensar en la despedida y, aun así, me sentía infinitamente aliviado porque habíamos conseguido pasar todo aquel tiempo sin que Friedrich supiera nada de los partisanos de Magnus. Todo había vuelto a salir bien.

Sería una despedida más en una larga lista de despedidas, habría un nuevo rinconcito en mi memoria, donde se reunirían imágenes, pensamientos, olores y vivencias.

No olvidaría nada. Porque un oso de peluche no olvida nada de lo que alguna vez le ha llegado al corazón.

Ya había oscurecido cuando un ordenanza pasó a recoger a Friedrich para ir a la gran fiesta en el Hogar del Soldado, pero la luna brillaba clara y sumergía los alrededores en una luz azulada. Más animado de lo que nunca lo había visto, Friedrich bajó saltando las tres escaleras de la casa de los mozos, saludó con brío y desapareció en la oscuridad.

Me quedé solo. Pero no en el confortable dormitorio, sino fuera, sobre el banco. Guri me había dejado allí porque no podía echarle una mano construyendo un muñeco de nieve. Se había ensimismado tanto en su obra que se había olvidado de mí. Cuando Ingvild la llamó para comer, me conformé con mi destino de pasar una noche fría, no era la primera vez que pernoctaba al raso y, por suerte, no podía congelarme. Friedrich no se olvidaría de mí. Al día siguiente me metería en su mochila. Al día siguiente nos iríamos a casa.

Debía de ser ya tarde cuando de repente oí unos pasos. La nieve crujió secamente y, poco después, vi centellear la luz de una linterna. Luego volvió a estar todo oscuro. Oí la puerta del granero.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Quién se deslizaba en mitad de la noche por la granja? Agucé los oídos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Yo no podía ladrar; además, esa era la misión de Fips, por algo era el perro guardián. ¿Por qué no ladraba?

¿Tampoco oía Torleif los ruidos? Cuando un alce, un oso o un zorro se acercaban a la granja, se despertaba de inmediato. Volví a oír pasos, esta vez en otra dirección.

Había una segunda persona. ¿Qué demonios hacía allí aquella gente? De nuevo el leve chirrido de la puerta del granero, que Torleif tenía que engrasar regularmente. Luego, una figura negra giró por la esquina.

Magnus.

Lo reconocí enseguida. Los andares resueltos, los movimientos rápidos.

¿Qué buscaba allí en mitad de la noche? ¿Y quién era la otra persona a la que había oído? ¿Ingvild? ¿O un extraño?

De pronto comprendí con horror: la fiesta en el Hogar del Soldado. Todos los soldados de buen humor y apiñados. Apenas centinelas. Si se quería asestar un golpe a los alemanes, allí se daban las mejores perspectivas de éxito. Ningún partisano dejaría escapar esa oportunidad. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Se me pusieron los pelos de punta.

Entonces distinguí que Magnus empuñaba un fusil. ¿De dónde lo había sacado? Los noruegos habían tenido que entregar sus armas hacía mucho tiempo. La pena de muerte amenazaba a quienes poseían un arma.

Pensé en Friedrich, que celebraba que al día siguiente podía irse a casa, y me entró un miedo espantoso por él.

Volví a oír pasos, pero esta vez procedían de la verja.

¿Quién más se acercaba?

Magnus no oyó nada, se había tapado bien las orejas con la gorra.

Por el amor de Dios, ¡era Friedrich!

¿Por qué había vuelto ya?

En el sonido de sus pasos se notaba que estaba de buen humor, quizá había tomado una o dos cervezas. Al doblar la esquina se oyó un silbido suave. Era la canción de la chica del Rin.

Nunca olvidaré esa canción, que a Friedrich le recordaba constantemente a su Marlene, que lo consolaba cuando se sentía solo, que le daba esperanzas y alegría. Una canción sencilla, tonta. Y cuando ahora pienso en ella, sigue sonando en mi cabeza y lo veo delante de mí, bailando cogido de la mano con Ingvild y Guri por la era y cantando a grito pelado.

Magnus se quedó paralizado. Friedrich se quedó paralizado.

Los dos hombres estaban frente a frente y se miraban. La luna dibujaba sus contornos en negro sobre la nieve.

Yo temblaba. Deseé poder cerrar los ojos. Pero estaba obligado a seguir mirando, no tenía elección.

Marlene, pensé. Marlene. Ingvild. Guri. Torleif. Marlene. Franziska. La tía Lottchen. Friedrich. Magnus.

Magnus levantó la escopeta. Friedrich no se movió. No apartaron la mirada el uno del otro. Magnus retrocedió lentamente, con el fusil alzado. Un paso. Otro paso. El

arma apuntando al hechizado Friedrich.

Friedrich meneó lentamente la cabeza. Muy lentamente.

Luego, Magnus se volvió. Saltó la valla de un brinco y desapareció a la derecha, hacia el bosque, entre las sombras alargadas de los árboles.

No sé cuánto rato se quedó Friedrich allí de pie, siguiendo con la mirada aquella figura. Un minuto. Quizá dos. Luego se dejó caer pesadamente sobre el banco. Me descubrió. Me cogió con cuidado y me miró.

—Mañana. Mañana, amigo mío, nos iremos a casa —dijo en voz baja—. Y nada de todo esto nos importará.

Así era Friedrich: en su mente ya estaba en casa.

Sonrió.

Y aún sonreía cuando la bala que llegó por la izquierda desde el granero le atravesó el pecho.

Resbalé lentamente de sus manos y caí sin hacer ruido sobre la gélida nieve.

La esperanza es lo último que se pierde.
Menuda frase. Pero, al menos para mí, es acertada.

En mi vida había habido muchas ocasiones para perder definitivamente la esperanza. Pero, oh, milagro, todavía perdura.

Y, francamente, creo que se lo debo a Alice, porque me da la sensación de que la esperanza y el amor están en cierto modo estrechamente unidos.

Qué ironía del destino que me haya llegado la hora a causa de mi amor. No puedo aceptarlo sin más.

Simplemente, no me lo creo.

La escritora volverá.

No es de las que abandonan. A mí me ha causado la impresión de que no es de las que se arredran. Luchará y ganará.

Me llevará con ella y nos iremos a casa. Mañana nos reiremos de este día.

Siempre me han salvado.

¿Qué habría sido de nosotros en aquella guerra si la esperanza no nos hubiera llevado adelante, al día siguiente, al año siguiente?

Los esperanzados

Un cálido viento estival soplaba sobre el diminuto pueblo de Dreihäusen y nos traía unos acordes musicales. Procedían de la casa vecina. Marga Möhrchen le había regalado a su hija Julchen por su decimosexto aniversario el transistor que tanto deseaba. Había ahorrado el dinero quitándoselo de la boca, y los diez marcos que faltaban se los había prestado el tío Albert por tiempo indefinido con la condición de que lo guardara en secreto. En la radio sonaban sin cesar las canciones de moda del país y del extranjero.

A mí me parecía fantástico. Me gustaba la música de la radio.

Cuando Viktoria Rosner ponía alguna pega porque «por una vez» quería echarse una siestecita tranquila en la tumbona del jardín, Julchen meneaba su vestido rojo de lunares alrededor de las rodillas y contestaba como si nada:

—Pero, tía Vicky, yo quiero ser cantante y famosa, y para eso hay que practicar. —Y luego, para demostrarlo, cantaba a pleno pulmón—: «Viajo con mi Lisa a la torre inclinada de Pisa».

Aquel día Viktoria se había tapado los oídos con algodón y de esa guisa hizo su siestecita tranquila. Su hermano, el gruñón del tío Albert, había desaparecido en el interior de la casa para preparar un ponche para la noche y, seguramente, tomarse de paso una copita a escondidas.

Melanie y yo estábamos sentados sobre las baldosas de la terraza. Ella contemplaba unas hormigas que intentaban transportar medio terrón de azúcar. A veces les ponía un palito en el camino y observaba cómo eludían el obstáculo. A veces, simplemente aplastaba unas cuantas y luego miraba cómo las demás hormigas se ocupaban de las víctimas del atentado.

Melanie tenía doce años y era una niña rara. Pero hacía mucho que eso no me importaba.

Disfruté del sol cálido sobre mi piel y escuché romántico a Julchen, que se había tumbado en la hamaca y cantaba con voz entusiasta «Bella, bella, bella Marie, mantente fiel a mí, volveré mañana al amanecer, bella, bella, bella Marie, nunca te olvides de mí», y alargó el «mí» de manera casi desmesurada.

—Oh, Capri —suspiró teatralmente cuando la canción de Rudi Schuricke acabó—. Suena tan hermoso. Me pregunto si algún día veré el sol rojizo de Capri.

—Es el mismo sol que tenemos nosotros —dijo Melanie en voz baja, y se quitó

una hormiga de la pantorrilla desnuda.

—¡No tienes sentido del romanticismo! —se lamentó Julchen—. Claro que para qué, si todavía eres una cría.

Pero yo sí. Comprendo a la perfección a qué te refieres.

Melanie calló, y Julchen cantó alegremente: «Hey, vamos al agua a retozar, como un pececito, mira qué bonito, y solo tu hermanita no se atreve a entrar...».

Yo sabía muy bien que, al otro lado del seto, el doctor Caspar M. B. Wippchen estaba sentado en un banco debajo de su peral y también escuchaba con atención, probablemente con tanto sentido del romanticismo como yo. Creo que incluso oí alguna que otra risa ahogada. El humo de su puro ascendía a bocanadas y lo delataba. El hombre disfrutaba de aquellas tardes.

Julchen era la pincelada de color en Dreihäusen. Imprimía vida al pequeño pueblo. Y nadie se hartaba de color y vida en aquella época.

De pronto sonaron unos bocinazos como graznidos en la agradable quietud de la tarde. Recordaban un poco a un viejo claxon como los de antaño, en Londres. Viktoria abrió los ojos perpleja y se quitó el algodón de los oídos. El tío Albert se asomó a la ventana de la cocina. Melanie se levantó de un salto, me cogió del brazo y rodeó la casa.

—¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí! —gritó emocionada—. Tío Albert, ¡ya vienen!

En los adoquines de la calle principal de Dreihäusen se detuvo un escúter de color rojo vivo, en el que iban montadas Fritzi y Franziska. Estaban radiantes.

—¿Qué decís ahora, criaturas? —exclamó orgullosa Fritzi, que iba al manillar.

—¿A las mujeres también las dejan usar esos vehículos hoy en día? —preguntó el tío Albert.

—¡Vamos, tío Albert! —exclamó Fritzi en tono de reproche.

—¡Es monísimo! —dijo Julchen, batiendo palmas. La cola de caballo de su pelo castaño oscuro se balanceó arriba y abajo con el entusiasmo—. ¿Me dejaréis subir algún día?

—Pues claro, pronto serás mayor —dijo Fritzi.

Las dos bajaron del vehículo entre aplausos.

—Se llama Bella —comentó Franziska, y tenía la cara radiante de alegría y optimismo.

Era tan bonito verla feliz...

Corría el año 1951 y todos querían ser felices. Las esperanzas se apoyaban en el futuro, y este se auguraba muy prometedor. Nadie quería pensar en lo que habíamos dejado atrás. Nadie quería recordar el sufrimiento. Un manto de silencio lo cubría pesadamente, con la esperanza de que las penas resultaran más soportables.

Los comprendía. Y, aunque hubiera podido hablar, no habría tenido nada que

decir. De qué se podía hablar cuando se había perdido todo.

Después de aquella noche gélida en Gol, en la que todas las esperanzas que Friedrich albergaba en su corazón fueron despedazadas por una bala, los acontecimientos se habían precipitado.

Me enviaron de vuelta a Alemania, ciego y sordo por la pena. No me atreví a pensar qué me esperaba allí.

Habían empaquetado los objetos personales de Friedrich en una caja de cartón para mandársela a Marlene. Yo incluido.

Ingild lo había plegado todo en silencio y con cuidado, casi como lo había hecho Marlene cuando íbamos a partir de Colonia, hacía una eternidad. Al final, me puso a mí encima de todo. Luego entregó las cosas de Friedrich a un oficial del ejército alemán que esperaba.

—El oso de peluche era importante —le había explicado al oficial, chapurreando en alemán—. Tiene que ser para su mujer.

Oí sollozar a Guri.

Luego, la tapa de la caja se cerró sobre mí y por fin se hizo la oscuridad. No quería ver nada más.

Un oso llora para sus adentros.

Fue Fritz Rosner la que abrió la tapa. Al contrario que Marlene o Franziska, ella tuvo la fuerza para desembalar las cosas de su conculnado; también había desembalado las cosas de su hermano Hänschen. Lo hacía para comprender y para poder soportar mejor la pérdida.

—Ah, Ole —dijo, y suspiró al cogerme con la mano—. ¿No podrías haber protegido mejor a Friedrich?

¡No! ¡Yo no tengo la culpa! Qué podía hacer yo, ¡solo soy un oso!

Sacó de la caja las camisas y los calcetines, y el sobre con sus papeles. Sobre la mesa cayó pesadamente la tortugueta de oro que habían puesto sobre su chapa de identificación. Fritz me cogió en brazos y acarició con el pulgar la pequeña alhaja, que había sido un talismán de la tía Lottchen. Luego me llevó con Marlene, que estaba en la cama, durmiendo. Encima de la mesita de noche había dos fotografías. Un retrato enmarcado donde se veía a Friedrich recogiendo un ramo de flores y saludando feliz a la cámara en la orilla del Rin, en Colonia. Al lado, una foto de Ingild, Guri y yo sentados en el banco. Me embistió una oleada de melancolía.

Cuando Marlene despertó, yo estaba a su lado. Volvió la cabeza y me miró. Me cogió en silencio con las dos manos y me apretó contra su cara. Sus lágrimas desaparecieron en mi pelo.

Sentí su dolor, su soledad y su desesperación. Todos los sentimientos que albergaba me invadieron con una fuerza casi indescriptible.

Solo quedábamos nosotros.

No.

Había alguien más. Y ese alguien se anunció con un chillido estridente. La primogénita de Friedrich. La niña se llamaba Charlotte y era tan grande como yo. Estaba en una cuna junto a la cama y reclamaba toda la atención.

Marlene estaba tan desesperada como agradecida por aquella pequeña criatura en la que continuaba viviendo Friedrich. La ayudaba. Le daba sentido a su vida. En aquella guerra, que tantas vidas arrebatava, todavía podía nacer una nueva. Casi me sentí aliviado al comprenderlo.

Nunca había visto a un niño tan pequeño. Me acordé de Marie, la mujer de Jean-Louis, que se encontraba en avanzado estado de gestación cuando huyeron de París. Así pues, aquel era el aspecto de los niños recién nacidos. A pesar de la tristeza por mi amigo, me sentí extrañamente conmovido y feliz cuando vi aquella cosita sonrosada.

Me consoló darme cuenta de que la felicidad y la tristeza no parecían excluirse.

Charlotte no podía hablar ni caminar, solo agitaba los brazos y las piernas y emitía ruidos similares a gárgaras y barboteos. Aparte de eso, nada. Así pues, bien mirado, externamente no éramos muy diferentes. Quería estar con ella cuando lloraba, no quería perderme ningún instante en que riera o berreara. Era como si me sintiera culpable por Friedrich. No había podido protegerlo. Pero su hija encontraría en mí al menos a un amigo tierno y suave.

No es fácil describir cómo me sentí en aquella época. Aunque solo había sido uno de mis dueños en una larga lista, la despedida fue muy diferente de todas las que había vivido hasta ese día. Y he tenido la suerte de que a la mayoría de mis dueños los he perdido de una manera distinta a como lo perdí a él.

«Las personas y los animales nacen y algún día tienen que morir», le había explicado Ingvild a la pequeña Guri cuando sacrificaron a la vaca Mulla. Probablemente había que aceptarlo, y punto. Sin embargo, no lo comprendía. Yo seguía vivo y Friedrich estaba muerto. Se había ido, y punto. No podía imaginar, como había hecho otras veces, que disfrutaba de la vida en algún otro lugar, mientras a mí el destino me conducía a una nueva aventura. Tardé en ser consciente de lo que realmente significaba. Y a veces todavía ahora me pregunto si realmente se puede comprender.

No nos dieron tiempo para lutos.

Los ingleses salían de caza todas las noches y descargaban sobre Colonia una lluvia de bombas tan densa que ni siquiera los ratones podían escapar.

Todas las noches corríamos hacia el búnker situado a la vuelta de la esquina. Marlene nos sujetaba con fuerza a Charlotte y a mí, envueltos en una manta, y corría por el barrio de Nippes. Bajábamos a toda velocidad por la Neusser Strasse hacia el refugio antiaéreo, donde encontrábamos a la señora Schmitz y al señor Ploemacher, y otras personas del barrio. Así noche tras noche, durante dos años, mientras Colonia se desmoronaba a nuestro alrededor.

Me provoca una sensación de irrealidad decirlo, pero mi recuerdo de esa época es un caos indefinido, en el que solo destaca claramente un único sentimiento: la esperanza de que fuera la última vez que sonaba la alarma aérea. De que nunca más nos despertara el sobresalto. De que la guerra tuviera un final. Pero las sirenas aullaban una y otra vez.

Charlotte pronto me sacó una cabeza, cada día era un poquito más grande. Al contrario que yo, ella aprendió a andar y pudo pronunciar palabras sueltas; lo admito, a veces me corroía la envidia, pero no por eso la quería menos. Marlene procuraba que siempre durmiera en la cama de Charlotte y que siempre estuviera a su alcance cuando la pequeña lloraba y no había manera de tranquilizarla.

¡Porque yo sí podía! ¡Mis habilidades para tranquilizar bebés no han sido nunca igualadas! Tan pronto como me acostaban con ella, Charlotte me agarraba la oreja derecha y me la acariciaba entre los dedos hasta que se dormía. Suave y pacíficamente, y llena de confianza.

Las perdí a las dos el 27 de abril de 1944.

Era la una de la madrugada, y aquella noche se nos había hecho tarde. Franziska y Fritzi habían estado en casa, se habían intercambiado cupones de racionamiento y se habían ayudado con distintos alimentos. Marlene estaba amodorrada cuando la alarma comenzó a bramar. Nos sacó de la cama por enésima vez. Pero, esa noche, los aviones de la Royal Air Force fueron más rápidos que de costumbre. Apenas nos dieron cinco minutos para llegar al refugio antiaéreo.

Leo, pensé. Ojalá no participe. Fue como si viera su cara infantil furibunda y pensé: ojalá no participe. Eso pensé aquella noche.

El cielo estaba estrellado. Desde lejos oímos el retumbar amenazador de los aviones que se acercaban. El cañón antiaéreo alumbró el cielo con unos rayos de luz deslumbrante, y entonces cayeron las primeras bombas. Una dio en el búnker de la Neusser Strasse. Nuestro búnker, el búnker que buscábamos porque era el único lugar donde nos sentíamos seguros.

Aún recuerdo el fuerte estallido, el suelo tembló y las personas que había en el refugio gritaron todas a la vez. Se rompieron cristales. Muy cerca de mí oí gritar de dolor a la señora Schmitz. Cayeron piedras. Yo caí al suelo y noté que los cascotes se precipitaban sobre mí. En aquella nube de polvo no veía dónde estaban Marlene y

Charlotte. Solo oía llorar a Charlotte y el estallido de más bombas. Y luego, en algún momento, se hizo el silencio.

Cuando me encontraron, al cabo de muchas semanas, había pensado todo pensamiento imaginable, tenía la cabeza vacía y el corazón lleno.

Había llovido y había parado de llover. Me había mojado y me había secado.

Habían granizado bombas durante noches enteras, pero no tuve miedo. No por mí. Sin embargo, echaba muchísimo de menos a Marlene y a Charlotte. La incertidumbre sobre su paradero me ponía enfermo.

¿Por qué tenía que haber tanto sufrimiento? Simplemente, no lo comprendía.

Había oído voces a menudo, personas que iban a retirar los escombros del búnker. Niños que jugaban entre los muros derruidos y recogían metralla del cañón antiaéreo. Pero nadie me encontró.

Hasta que un día levantaron sin más la piedra que me aplastaba la pierna desde hacía una eternidad.

Luz. Aire. El sol brillaba. Tuve que parpadear.

—¡Atiza! —exclamó una voz de mujer, y me cogieron del brazo.

¡Cuidadoooooo!

La voz prosiguió:

—¡Qué susto me he llevado! Pensaba que era una persona.

Una mano me sacudió la espalda, y una nube de polvo me rodeó. Alguien me sopló en la cara.

—¡Pero si es Ole! ¡Todavía ocurren milagros!

¿Ole?

Alguien que conocía mi nombre. Me fijé mejor. Era Fritz Rosner, el ángel de la guarda de la familia, en la que yo me incluía en el sentido más amplio.

No solo me habían quitado una piedra de la pierna, sino también del corazón. Era tan reconfortante ver una cara conocida...

Que me encontrara precisamente ella fue un verdadero milagro; lo reconoció incluso Fritz, que normalmente tenía los pies en el suelo.

—Estás bastante estropeado, osito. Pero al menos estás entero. Y lograremos remendarte esos pocos rasguños. Por algo soy enfermera.

Se rió, y yo me sentí feliz.

Fritz me llevaría a casa con Marlene y Charlotte. Iríamos al piso del barrio de Nippes, olería a café aguado y a patatas, y las dos estarían al menos tan contentas como yo de volver a vernos. Todo iría bien. Tan bien como era posible en aquellas circunstancias.

Oh, soñar es tan bonito... Con tal de que el despertar no fuera tan terrible.

El piso de Nippes ya no existía. Por todas partes habían dejado de existir edificios

enteros y también hileras de casas. Las ruinas se alzaban hacia el cielo en señal de aviso, edificios cortados por la mitad que de un modo extraño permitían echar un vistazo a las viviendas y a las vidas. Había butacas colgando de dos patas en el aire, alfombras y cuadros tirados al raso. Me costó reconocer dónde nos encontrábamos.

Un convoy militar nos adelantó, los vehículos se detuvieron delante de una casa cercana. Diez soldados desaparecieron a paso ligero por la entrada, los demás adoptaron la posición de firmes. Otro vehículo giró por la esquina. Un oficial abrió la puerta del coche. Los soldados gritaron «Heiljitra», y saludaron. El hombre levantó un momento el brazo derecho y se inclinó hacia el interior del vehículo.

—Baje, Speer, tiene que ver esto.

Otro hombre bajó del coche, y con el rabillo del ojo vi que los dos se plantaban delante de un hombre enjuto al que habían sacado esposado del edificio.

Así se veía la guerra en Alemania cuando se estaba en medio. Nadie podía sentirse seguro.

Mientras Fritzi y yo subíamos por las ruinas, ella murmuraba para sí misma:

—Entonces, Franziska tenía razón. Marlene y Charlotte debían de estar en el búnker durante el ataque. Ay, Ole, ¡si pudieras hablar! Seguro que tú sabes qué ha sido de ellas.

El susto que me pegó al decir eso se me quedó metido en el cuerpo.

¿No lo sabéis vosotras? ¿No sabéis dónde está mi familia?

—Bueno, si hemos dado contigo, también las encontraremos a ellas, ¿no crees?

Al menos, Fritzi parecía convencida de que Marlene y Charlotte no habían muerto en el derrumbamiento del búnker. Pero ¿dónde estaban? ¿Dónde estaba la sonrosada Charlotte con sus dientecitos? ¿Dónde estaba Marlene?

Quizá habían escapado, quizá habían sobrevivido, quizá aún había esperanza.

Pero quizá no.

Un gran peso me oprimía el corazón.

Henry N. Brown, optimista desde sus inicios, había tocado fondo.

Fritzi reparó mis heridas la misma noche de mi regreso. No me había ocurrido mucho: un pequeño desgarró en el brazo, y la oreja que Charlotte siempre me acariciaba se había soltado un poco. Pero el amor continuaba en su sitio, lo notaba perfectamente, aunque me preguntaba qué haría con él ahora que todos aquellos a los que amaba se habían ido.

Franziska me había cogido en brazos sin decir nada cuando Fritzi llegó a casa conmigo a remolque. Me había estrechado contra su pecho y había respirado hondo. Y vi en sus ojos la nostalgia por su hermano, por su cuñada, por su sobrina y por la paz.

Recordé que Friedrich siempre se preocupaba por su hermana, Franziska, de

naturaleza delicada, había dicho una vez y había sonreído lleno de preocupación. Pero aquella mujer era tenaz y aguantaba.

—Lo arreglaré —le dijo Fritzi a su cuñada.

Y Franziska asintió y sonrió.

Melanie, la hija de Franziska y de Hänschen, abatido en el aire, esperó impaciente a que Fritzi diera la última puntada con hilo marrón y lo mordiera; luego me cogió resuelta con la mano izquierda, rodeó mi brazo derecho con su puñito infantil sudoroso y me lo giró hacia arriba.

Eh, así no, por favor...

Alice me había dotado de articulación en los hombros, pero aquella posición no me agradaba demasiado. En esa postura, me desequilibraba ligeramente cuando estaba sentado y, además, la cabeza se me ladeaba un poco hacia la izquierda. Pero eso a Melanie no le importaba. Ya no me soltó.

Era una niña arisca, pálida y callada. Miraba el mundo con los ojos muy abiertos. No quería jugar conmigo. No quería hablar conmigo. No quería contarme historias ni confiarme sus preocupaciones. No quería convertirme en el capitán de un barco ni en compañero de sus muñecas. Solo quería llevarme arriba y abajo. Era como si yo le hubiera crecido en su mano. Eso nunca me había pasado antes.

A menudo pensaba que aquella niña había encontrado una vida mejor en el silencio de su alma. Yo no era un peluche para ella, era su ancla en la realidad.

Al principio, me costó asumir ese papel. Reconozco que me habría hecho falta un poco de charla. Me habría gustado perderme en juegos despreocupados, solo para no tener que pensar en lo que tanto echaba de menos.

Me sentía solo en brazos de Melanie, me sentía en cierto modo abandonado cuando, a cada paso, mi cabeza se estrellaba contra su rodilla. Pero así era Melanie, y me necesitaba, aunque de una manera distinta a lo que estaba acostumbrado. Y, como siempre, no valía la pena compadecerse. Un oso hace lo que un oso tiene que hacer.

Colonia había quedado reducida a cenizas y, aun así, no se preveía el fin de los ataques. El edificio de la Schillingstrasse donde se alojaban Franziska y Melanie también había sido arrasado, como todo en las cercanías de la estación del ferrocarril (que la enorme catedral siguiera hasta cierto punto ilesa rayaba en el milagro). Las chicas Rosner, como las llamaban cariñosamente, no tenían un lugar fijo donde albergarse y, además de un otoño frío y húmedo, también se cernía la amenaza de la ocupación de las potencias extranjeras.

Yo no sé nada de política, de estrategia militar ni de debilitar la moral civil. Yo solo sé que la amenaza se hizo incontenible. Por todas partes se aproximaban

ejércitos de soldados. Al oeste de Colonia, en Jülich, la tierra ya temblaba bajo los pasos acompasados de los soldados americanos. Por esa dirección llegaban largas caravanas de refugiados.

Un único pensamiento impulsaba por aquel entonces a la gente: ¡no caer en manos del enemigo! Los comprendía. Yo había caído una vez en manos del enemigo y solo había salido bien parado porque era un oso de peluche y porque Friedrich había sentido debilidad por mí.

Aquello era un *déjà-vu*.

Aprendí esa expresión en Inglaterra. De Virginia.

«Es como si ya hubiera vivido esto antes —había explicado en una de las reuniones de los jueves—, como imágenes que uno hubiera visto ya alguna vez».

Me había quedado con esa expresión porque comprendí muy bien a qué se refería. En la vida de un oso, los *déjà-vus* están a la orden del día. Muchas cosas se repiten, buenas y malas.

En otoño de 1944 se repitió el miedo al enemigo. Fue como antes en París. Solo que alguien había invertido los términos. Ahora eran los alemanes los que temían a los soldados extranjeros. Verduleros alemanes, maestros, taberneros, madres, hijos; su miedo no se diferenciaba del de los franceses. Y, como antes los Bouvier, los miembros que quedaban de la familia Rosner tuvieron que liar los bártulos. No había mucho que llevarse. No hizo falta decir nada para ponerse de acuerdo. Las dos mujeres se sonrieron. Se ayudaban mutuamente. Se ocupaban una de la otra. Huirían juntas.

—¿Y qué pasa con Marlene? —preguntó Franziska mientras embutía el álbum familiar en la mochila.

—Las encontraremos —contestó Fritzi—. Quizá no enseguida. Pero si sobrevivimos, las encontraremos.

Tenéis que encontrarlas. Son todo lo que tengo.

¿Eran realmente todo lo que tenía? También había encontrado una familia sustituta. Era un huérfano, acogido cariñosamente por las Rosner y aceptado sin preguntas. Pero mientras todos pensaran que Marlene y Charlotte seguían vivas, yo tendría la seguridad de que algún día podría volver con ellas.

Un día, Charlotte me cogería en brazos, reconocería mi olor y me estrecharía.

No sospechaba cuánto tiempo se dilataría esa búsqueda.

Fuimos a parar al diminuto pueblo de Dreihäusen. Se había librado de las bombas. Las cuatro casas seguían en pie.

Llamamos a la casa con el número 1. Viktoria Rosner se alegró lo indecible cuando el mugriento grupo de viajeros formado por dos mujeres, una niña y un oso de peluche apareció en su puerta. Miró perpleja a uno y a otro, se llevó las manos a la

boca y llamó a su hermano. Luego, por fin, se echó en brazos de su hija Fritzti.

También Franziska recibió un abrazo y un apretujón. Fuerte.

Melanie y yo nos mantuvimos un poco aparte. La niña de cinco años observaba cómo las mujeres se estrujaban. Y volví a ser dolorosamente consciente de cuánta falta hacían Hänschen y Friedrich, Marlene y Charlotte, para que ambas familias estuvieran completas. Fue un triste reencuentro feliz.

En casa de Viktoria y Albert hallamos un hogar donde por fin llegó un poco de paz, aunque el final de la guerra aún se hizo esperar. La familia se había mantenido siempre unida. Guerra, pobreza, hijos; los hermanos lo habían superado todo juntos. Ahora, envejecían lentamente. Se alegraron del aumento inesperado de la familia.

Viktoria era una mujer bajita y robusta, que estaba totalmente decidida a llevar las riendas. Pronto comprendí de quién había heredado Fritzti su carácter resuelto. Se parecía a su madre, y no solo físicamente.

El tío Albert se sometía en silencio y solo replicaba ocasionalmente cuando su hermana pretendía prohibirle fumar o beber. Entonces podía ocurrir que irguiera su espalda encorvada y se enderezara hasta sus ciento setenta y ocho centímetros. Cuando se enfadaba, la nariz se le afilaba de un modo curioso y sus cejas pobladas se contraían por encima como nubes de tormenta. Pero generalmente no estaba enfadado, sino ocupado a su manera solitaria con su colección de mariposas. Se sentaba ante un viejo secreter con muchos cajoncitos y trabajaba con lupas y alfileres.

Se habían repartido la casa. En la cocina, a Albert no se le había perdido nada salvo en casos excepcionales; a cambio, Viktoria se mantenía alejada de su «pisito de soltero», como él llamaba a su habitación. La sala de estar y el comedor eran zona neutral, y en el cuarto de baño había que hacer lo que ella ordenaba. Viktoria dejó fuera de toda duda que los recién llegados también tendrían que adaptarse a sus normas, pero eso no molestó realmente a nadie. Por fin volvíamos a tener un techo sobre nuestras cabezas, eso era de momento lo principal.

Comenzó una época más calmada.

Los aviones de caza también pasaban atronando por allí, pero no llegaba el aullido de las sirenas que anunciaba la desgracia. Las noches solían ser tranquilas, y los días se colmaban con la tarea de conseguir abastecerse de comida para las cinco bocas que había que llenar.

La vida en el pueblo, los extensos prados de los alrededores, los sonidos de la naturaleza y también la paz aparente que allí dominaba me recordaban a menudo a Gol. Con todo, sabía que la distancia de la guerra podía ser engañosa, y no tuve ánimos para fiarme de aquel bucolismo. La guerra se había grabado hasta lo más hondo de mi corazón.

Sin embargo, la vida cotidiana alcanzó a las personas que me rodeaban. No pasó

mucho tiempo hasta que conocimos al resto de los habitantes de Dreihäusen.

En la casa vecina, con el número 2, vivían Marga Möhrchen y su hija Julchen. Desde la ventana de la habitación de Melanie y Franziska, donde yo solía estar cuando Melanie no me llevaba consigo, podía ver bien la casita de paredes de entramado. Estaba un poco alejada de la calle y rodeada de abedules. El jardín era un paraíso silvestre para pájaros, caracoles y ranas, y más de una vez pensé que a Robert le habría encantado. Comparado con él, el jardín de madame Denis parecía un parque bien cuidado.

Marga Möhrchen y Julchen vivían solas. Como en muchas familias en aquella época, no había ningún hombre en casa; así pues, nada especial. Pero su caso era distinto.

En la gran cocina comedor de Viktoria, su reino, como ella lo llamaba, la primera noche ya nos enteramos de la situación de los vecinos.

—Marga lo puso de patitas en la calle —explicó Viktoria bajando la voz cuando estábamos reunidos en el banco rinconero después de cenar—. Tenéis que saber que era un auténtico borracho. Fue toda una historia, ya os digo. La pequeña Julitschka tenía entonces dos años, debió de ser en el 37. Una noche que volvió a casa, otra vez como una cuba, por supuesto, Marga no le abrió la puerta. Él gritó y vociferó toda la noche. Cómo rabiaba el hombre, hijas. Luego vino a casa. «¡Vicky! Abre la maldita puerta. Os haré la vida imposible, ¡mujerzuelas miserables!», gritó. Nos llamó mujerzuelas, ¡imaginaos! Evidentemente, no abrí. «Albert», dije. «Albert, como te acerques ni que sea un poco a la puerta, tú y yo hemos terminado. Ahora tenemos que apoyar a Marga, ya lo ha tenido bastante difícil con ese borracho». ¿Y sabéis qué hizo Albert? Se sirvió un aguardiente. Bueno, pero esa es otra historia. Marga parapetó toda la casa. Las ventanas, las puertas, hasta tapó la chimenea. Luego se metió a la pequeña Julitschka en la cama y se cubrió hasta la cabeza con la manta. El marido nos quitó el sueño durante tres noches. Primero amenazó con matarla. Luego amenazó con llamar a la policía y, al final, amenazó con matarse él. No hizo nada de todo eso. Al cuarto día, se había marchado. Estábamos preparados para Dios sabe qué. Pero no ha vuelto nunca. Voló, fuera. Así te puedes quitar también de encima a los hombres...

Melanie posaba los ojos muy abiertos en uno y en otro. Creo que nunca había oído hablar tanto a alguien. Yo la aventajaba un poco, solo había que recordar a Elizabeth. Franziska rodeó a su hija con el brazo y la estrechó. Sonrió. Yo estaba entre las dos y volví a sentirme vivo por primera vez en mucho tiempo.

En la casa del número 3 vivía la familia Finster, un apellido que significa nada menos que «tenebroso». Desde el principio me pareció que ese apellido no casaba con aquella gente. A veces, en las largas horas de reflexión, pensaba que seguramente les

habían dado ese apellido sin preguntarles si les gustaba o no. En ese aspecto, a ellos no les había ido muy distinto que a mí.

Los Finster no eran nada tenebrosos. La señora Finster era una mujer dulce, tocaba el piano y le gustaba leer libros. Tenía la piel blanca y los ojos de color avellana. El señor Finster trabajaba de oficinista en la ciudad y era muy correcto. Siempre vestía con traje; solo al atardecer se quitaba la corbata y se ponía unos zapatos cómodos. Llevaba unas gafas gruesas y cojeaba un poco de la pierna izquierda, pero nadie sabía por qué.

Eran discretos. Tan discretos que apenas se les notaba. Y, no obstante, sería la señora Finster la que un día estaría en nuestra cocina y nos recordaría que no hay que renunciar a la esperanza antes de que realmente esté perdida.

No nos hacían muchas visitas, sospecho que porque ella le tenía miedo a Viktoria. Si fuera así, lo comprendería, porque Viktoria era ruidosa y directa, en tanto que la señora Finster era más bien silenciosa y reservada.

A pesar de su discreción, los Finster pertenecían a Dreihäusen igual que el castaño de la plaza del pueblo. Marga Möhrchen tenía más talento para entenderse con la señora Finster que Viktoria. Las mujeres se intercambiaban novelas y tomaban café juntas, cuando había. Y eso ocurría en muy pocas ocasiones.

El raro del pueblo se llamaba Dr. Caspar M. B. Wippchen. Al menos, Viktoria lo tildaba de raro; yo no puedo afirmar que me pareciera tan extraño. Simplemente, era él mismo. Pero eso le daba a Viktoria motivos para numerosas conjeturas:

—Wippchen es un bicho raro —dijo, después de que Franziska y Fritzzi ya se hubieran enterado de todas las cosas interesantes sobre Marga y Julchen—. Tiene el título de doctor, imaginaos. Incluso lo ha puesto en la placa del timbre. Nadie sabe con exactitud de dónde es. A juzgar por el acento, de algún lugar del oeste. Tal vez de Renania o de Eifel. Pero vive aquí desde hace una eternidad y realmente no puedo decir nada malo de él. Siempre es muy cortés cuando te lo encuentras. Por alguna razón, Julchen le ha cogido mucho cariño. Pero no sé. Wippchen habla tan poco de sí mismo... Si fuera médico, podría decirlo tranquilamente, ¿no? En serio. Bien puede haber una urgencia. Julchen cree que mira las estrellas, es un astro no sé qué. Pero ¿para qué hace falta entonces lo de doctor? No lo entiendo...

—Mamá, estoy segura de que... —comenzó a decir Fritzzi, pero su madre la interrumpió.

—Bueno, aquí son gente muy maja. Todos nos ayudamos. También Wippchen. A veces me pregunto cuántos años tendrá...

—Mamá, estoy segura de que pronto los conoceremos.

—Sí, tienes razón, hija. Quizá tendríamos que invitarlos. Podríamos...

—Mamá, creo que primero tendríamos que dormir un poco.

Franziska bostezó para respaldarla, y Melanie murmuró soñolienta algo cuando su

madre se levantó.

—¿Quieres que la abuela te lleve a la cama? —preguntó Viktoria, y le acarició la cabeza a Melanie.

Noté que la niña se quedaba paralizada. Miró indefensa a su madre.

—Eso estaría bien, ¿no? —dijo Fritz, animando a Melanie con una sonrisa.

—No —contestó Melanie, y volvió la cabeza.

Igual que la señora Finster, Melanie también le tenía miedo a su abuela. Era una extraña para ella, y a Melanie no le gustaban los extraños. Eso no era una novedad.

¿No es inaudito? Aunque en todos los años que pasé en la mano de Melanie nunca tuve la sensación de que la niña me percibiera, no como personalidad (y eso que tampoco es tan inapreciable), siempre supe que desempeñaba un papel importante en su vida. Aprendí a interpretar sus emociones, sabía cuándo tenía miedo y cuándo estaba contenta, cuándo tenía hambre, cuándo se sentía sola y cuándo no soportaba a la gente que la rodeaba. Aunque nunca me estrechó, nunca hundió su nariz en mi pelo, sino que solo me llevaba arriba y abajo colgado de su mano izquierda, yo era su puntal, y di lo mejor de mí mismo para mantenerla en este mundo.

Tal vez Franziska era frágil, pero también era inquebrantable. Melanie me parecía mil veces más vulnerable.

Aunque Julchen solo tuviera tres años más que Melanie, entre las dos niñas había continentes enteros de diferencia. Lo único que tenían en común era que ambas llevaban trenzas, pero ni siquiera eran del mismo color. Julchen tenía el pelo castaño oscuro y grueso; Melanie, rubio claro y fino.

Al principio, Julchen se esmeró con Melanie. La perspectiva de tener por fin una amiga en el pueblo la estimuló enormemente.

—¿Quieres mi muñeca? —le preguntó a Melanie la primera vez que se la encontró—. Te la regalo.

—No —dijo Melanie—. No necesito muñecas.

—¿Quieres ver mis vestidos? Los ha hecho mamá. A lo mejor también puede hacer un vestido para tu osito.

—No. Ole no necesita vestidos.

En eso tenía razón. Solo me habría faltado un vestido.

—¿Tu mamá también sabe coser? —siguió insistiendo Julchen.

—Sí.

—¿Y dónde está tu papá?

—En Inglaterra.

—Mi papá también se ha ido. Por suerte, dice mamá. ¿Tu madre también está contenta de que tu padre se haya ido?

—No.

—¿Jugamos a que yo hago de madre? Tú podrías ser el papá y tu osito el niño.

—No —dijo Melanie, y miró muy seria a Julchen con sus grandes ojos azules. Me cogió del brazo y dejó plantada a Julchen.

Así de deprisa puede brotar y morir una esperanza.

Había comenzado tan bien... Había visto los ojos de Julchen y le había cogido cariño. Deseaba tanto jugar con ella, jugar por fin otra vez. Pero mi cabeza siguió martilleando contra la rodilla de Melanie, y desaparecimos en la sala de estar.

¿Por qué no quieres jugar? ¡Julchen es una niña simpática! Eres una cabezota. ¡Yo quiero jugar con ella!

—No —dijo Melanie en voz tan baja que solo yo pude oírla, y se escabulló hacia el rincón, detrás del sofá—. No.

Tenía su propia cabeza y, en su cabeza, su propio mundo. Y allí solo cabían las personas que ella elegía. En el otoño de 1944, pocas semanas después de nuestra llegada, escogió al tío Albert. Simplemente, se puso a su lado mientras él seguía con la vista un avión en el crepúsculo vespertino. Deslizó en silencio su manecita derecha (de la otra colgaba yo) en su gran mano izquierda, y también levantó la mirada al cielo.

—Seguro que era el V1 —dijo Albert—. El arma prodigiosa de Goebbels contra los Tommy.

—Uve uno —dijo Melanie pensativa, y levantó la vista para mirarlo.

Albert asintió con la cabeza.

Los dos callaron en armonía y se hicieron amigos.

Él hablaba poco, igual que ella. No hacía preguntas y no la obligaba a jugar. Simplemente, dejaba a la niña en paz. Ella era la única que podía mirar cuando trabajaba en su colección de mariposas. A Melanie le gustaba sentarse tranquilamente a su lado, y yo me alegré al notar que en aquel corazoncito infantil también tenían su hogar, junto al pesado silencio, la felicidad y la satisfacción.

Por primera vez en mucho tiempo, me dio la sensación de haber llegado. A algún sitio. A un lugar donde la guerra estaba muy lejos y no había soldados. Pero, como era de temer, aquel bucolismo engañaba. Volvieron los soldados. Apenas medio año después, alcanzaron nuestro pueblo, y Melanie y yo fuimos los primeros en verlos.

La primavera todavía no se había instalado del todo, pero durante el día hacía calor. Los abedules resplandecían con un verde pálido, y el gran castaño, bajo el que Melanie y Julchen habían recolectado el otoño anterior los resplandecientes frutos marrones, volvía a extender sus hojas formadas por siete hojuelas. Melanie rondaba

por el jardín cogiendo escarabajos.

Llegaron en convoy, y alguna cosa en ellos era distinta, aunque no sabría decir de qué se trataba. Melanie se agachó detrás de la verja del jardín, pero ya era demasiado tarde, un soldado del último vehículo la había descubierto. Paró.

—*Hello, little girl* —exclamó—. *How are you?*

Melanie estaba paralizada de miedo. No se movió, solo se aferró a mi brazo y miró al extraño.

No eran soldados alemanes. Tampoco eran soldados ingleses. Aquel acento abierto me recordó enseguida al tío Max de Brooklyn. Eran americanos, lo noté al oír la primera frase.

—*Do you want some chocolate?* —preguntó el soldado—. ¿Chocolate?

—No —articuló Melanie—. No.

Creo que ni ella ni yo entendíamos ya el mundo. Probablemente, yo menos que ella. Los soldados no se comportaban así cuando ocupaban un pueblo. Quizá los americanos eran cordiales por naturaleza, pero a mí, experto en la guerra a aquellas alturas, aquel comportamiento me pareció de lo más extraño.

Me hirvió la sangre.

¿*Qué buscáis aquí? ¿No podéis dejarnos en paz? Hemos perdido todo lo que amábamos. ¿Qué más queréis arrebatarlos?*

El vehículo siguió hasta detenerse delante de nuestra casa. El joven soldado bajó de un salto y llamó a la puerta; el ruido despertó a la abuela Viktoria de su siesta sagrada. Se reunieron todos en la puerta, y Julchen y Marga Möhrchen se acercaron a la verja. La señora Finster estaba en el porche, mirando.

—*I have to make an announcement* —dijo ceremoniosamente el soldado—. *The German government has declared their unconditional surrender.*

Viktoria lo miró interrogativa. No sabía inglés. Excepto yo, allí nadie sabía inglés. Y así fue como yo supe antes que los demás que la guerra había acabado. Alemania había capitulado. Todo había terminado.

Mientras yo casi me desintegraba de alivio, Viktoria miró perdida a Fritzi, que a su vez miró a Franziska, que a su vez se encogió de hombros.

—*Germany has lost the war.* Guerra acabado —dijo el soldado con una amplia sonrisa—. *You want some chocolate now?* —volvió a preguntarle a Melanie.

—No —contestó Melanie, y se escondió detrás de Franziska.

—¡Pero yo sí! —exclamó Julchen entusiasmada—. Me encanta el chocolate.

Pasaron los años.

Los habitantes de Dreihäusen se dedicaron a recomponer sus vidas.

Se hicieron planes y se trabajó, se vivió, mirando siempre adelante. La nostalgia por un mundo indemne era incontenible.

Franziska empezó a trabajar de mecanógrafa en una gran oficina. Por la mañana, se puso un traje gris, se ocupó de que la costura de las medias quedara recta, se caló un sombrerito redondo y se fue a la parada del autobús interurbano. De noche explicó que se sentaba con otras cincuenta mujeres en una sala enorme y todas picaban al compás en sus máquinas de escribir.

Fritzi había encontrado trabajo de auxiliar en la pequeña consulta de un médico rural, y Julchen había conseguido una plaza en la escuela de economía doméstica de Marburgo para que hicieran de ella una persona como Dios manda. Marga Möhrchen quería lo mejor para su hija.

Aquel día de verano de 1951 en que Fritzi y Franziska, a las que allí también llamaban las chicas Rosner, aunque por aquel entonces ya pasaban las dos de los cuarenta, doblaron por la esquina con su escúter Bella rojo, ya hacía tiempo que nos habíamos acostumbrado a que imperara la paz. Al menos, lo hacíamos ver.

Intentábamos hacer ver que nos habíamos acostumbrado a que aquella guerra les hubiera costado la vida a Friedrich y a Hänschen.

Intentábamos hacer ver que podíamos vivir sin ellos.

Intentábamos hacer ver que no nos preguntábamos constantemente en silencio qué había sido de Marlene y Charlotte.

Nos habíamos acostumbrado a que no cayeran bombas, aunque el estallido de cualquier motor de arranque defectuoso cubría de espanto sus caras.

Finalmente, nos habíamos acostumbrado a que los americanos estuvieran siempre en nuestro entorno y fueran los amos del cotarro. Los estadounidenses, los hombres del país de las oportunidades ilimitadas. Trajeron algo más que chocolate: el chicle, por ejemplo.

Después de que Melanie venciera el recelo y un día aceptara un «chuingam», nunca llegó a hartarse. De noche, cuando se iba a dormir, pegaba la masa gris en el armazón de la cama y, a la mañana siguiente, se lo metía enseguida otra vez en la boca. De ese modo, un chicle le duraba casi una semana.

—De verdad que no son de mucha ayuda, esos americanos —dijo Viktoria una noche en la que se habían reunido todos para tomar un ponche al que llamaban «Kalte Ente», y Melanie se sentó con ellos, callada pero masticando con la boca abierta—. Qué disparate darles a los niños esas cosas horribles.

Yo compartía totalmente su opinión. El chicle era enemigo de todo oso de peluche.

—Y no solo los niños —añadió Viktoria lanzando una mirada severa a Albert, que el día antes le había pedido a un soldado americano que le regalara un paquete de Lucky Strike, porque quería volver a fumar tabaco de verdad de una vez por todas.

—Bueno, a mí me parecen súper —dijo Julchen, se mordió el labio inferior y

puso cara de disculpas—. Son muy amables...

—Súper —dijo Marga Möhrchen, lanzando una mirada elocuente a Viktoria—. ¿Es una palabra americana?

—Ni idea. Pero me parece súper.

Viktoria suspiró. No obstante, parecía muy satisfecha aquella suave noche de verano. El mirlo cantó su canción vespertina, el tío Albert sirvió ponche, todo volvía a estar por fin en perfecto orden.

Callaron.

Nadie miraba atrás en aquella época. Estaban contentos de que todo hubiera acabado. Pero el pasado no quería que lo barrieran debajo de la alfombra y exigió sus derechos a su manera.

La señora Finster llamó suavemente a la puerta de la cocina mientras Franziska y Melanie limpiaban patatas para la comida. Habría patatas cocidas con piel, acompañadas de requesón y aceite de linaza. Yo estaba en el banco rinconero y las miraba.

—Perdonen que las moleste —dijo la señora Finster.

—No molesta —dijo Franziska—. Solo estamos preparando la comida.

—He leído una cosa en el periódico que quizá les interese.

Franziska levantó la vista de las patatas.

—Un anuncio —prosiguió la señora Finster, atusándose el pelo.

—¿De empleo? —preguntó Franziska—. Ya he encontrado trabajo.

—No. Es un anuncio de búsqueda.

La señora Finster sacó el periódico ceremoniosamente del bolso y lo desplegó.

—Aquí. Mire. De la Cruz Roja alemana. Han organizado un servicio de búsqueda para poder encontrar a las personas que se perdieron durante la guerra. A usted la separaron de su cuñada, ¿verdad?

Franziska se secó las manos en el delantal y miró el periódico.

—Aquí hay alguien que busca a una familia Rosner de Colonia. Pensé que quizá podría ser para ustedes...

Noté que el aire se comprimía en la sala. Vi que Franziska se doblaba por la pena que la embargó tan repentina y súbitamente aquella tarde de finales de verano, después de haberla tenido enterrada durante tanto tiempo.

Contuve el aliento.

¿Quién podía ser? ¿Quizá era Marlene, que nos buscaba?

La señora Finster miró insegura a Franziska.

—¿Se encuentra bien? Yo pensé, bueno, no tiene por qué significar nada... Seguro que hay muchos Rosner, pero a lo mejor, bueno, existe la esperanza...

La esperanza. La esperanza es lo último que se pierde.

Todo volvió en el acto.

Vi a Marlene, sosteniendo en brazos a Charlotte y dándole de comer. La vi apartándose el pelo de la cara y diciendo «chist» para tranquilizar a la niña. La sensación cuando la pequeña me acariciaba la oreja entre los dedos y respiraba sobre mi pelo. El olor familiar a café aguado. Los momentos en que Marlene contemplaba la foto de Friedrich y la acariciaba cariñosamente con el índice.

Habría dado cualquier cosa por poder estar de nuevo con ellas.

La esperanza también había renacido en Franziska. Muy en lo hondo, debajo de las ruinas de la guerra, sobre las que entretanto había crecido la hierba.

—Sí, sí, estoy bien —dijo, mirando a la señora Finster—. Es solo que... me ha cogido tan por sorpresa. Tengo que sentarme.

Vi que le temblaban las manos.

—Entonces, la dejaré sola. Puede quedarse el periódico —dijo la señora Finster, y añadió en voz baja—: Le deseo mucha suerte. Así al menos volvería a haber una familia completa aquí...

—Es muy amable, gracias —murmuró Franziska, alisando ausente las páginas.

Le estuve inmensamente agradecido a la señora Finster. Había hecho lo que yo no había podido hacer. Había traído el pasado al presente. En los últimos años, no había dejado de preguntarme cuándo comenzarían a buscar por fin de verdad a Marlene y a Charlotte. Al fin y al cabo, lo habían prometido.

En las horas sombrías había llegado a suponer que se habían olvidado de ellas. Pero sabía que no era cierto. Franziska había acometido algunos intentos para averiguar algo a través de conocidos de Colonia, pero había fracasado estrepitosamente. El caos había sido demasiado grande y las fuerzas demasiado escasas. O el valor. Ahora, la señora Finster había echado a rodar el balón.

Por la noche, en casa de los Rosner reinó el histerismo. Todos hablaban a la vez. Finalmente, Fritzi tomó la palabra.

—¡Pues claro que contestaremos! —dijo enérgicamente—. Yo lo haré.

El escrito se redactó en un momento. Franziska cerró el sobre y escribió la dirección de la sección de búsquedas de la Cruz Roja alemana en Munich. Estampó un beso en la carta.

—Marlene. Espero que seas tú. Lo espero tanto...

¿Qué podía decir yo?

Comenzó el tiempo de espera.

No fue una espera silenciosa. La señora Finster había roto el silencio. La esperanza de encontrar a Marlene y a Charlotte de una manera tan sencilla puso eufóricos a los Rosner. Comenzaron a hablar de antes y pronto se dieron cuenta de que eso los reconfortaba. El silencio los había vuelto retraídos.

Al cabo de una semana llamaron a la puerta. Yo estaba solo en la cocina y oí los golpes impacientes. Silencio. Luego, otra vez llamaron fuerte.

¿Quién era? ¿Por qué no abría nadie?

—¡Fritzi! ¡Franziska! ¿Es que no hay nadie? —gritó una voz masculina.

—Tendrás que conformarte conmigo, Wippchen —oí decir a Viktoria en la entrada—. Las mujeres están trabajando.

—¡Tenéis una llamada! De larga distancia.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Una llamada. Caspar Wippchen era el único del pueblo que tenía teléfono. Casi nunca recibíamos llamadas. Una o dos veces habían preguntado por Fritzi o Franziska al teléfono, por cuestiones de trabajo. Ahora llamaba alguien de muy lejos.

—¿Una llamada de larga distancia? Por el amor de Dios, ¿y quién es? ¿Qué tengo que hacer yo ahora?

—Diría que tienes que venir conmigo y hablar con la señora —dijo Wippchen secamente.

—¿Qué? ¿Aún está al aparato? Ay, Dios mío. Voy. Ahora mismo voy.

Viktoria estaba fuera de sí. Oí que la puerta se cerraba. Luego volvió el silencio. Pero en mi interior reinaba una terrible agitación. Quizá era Marlene. Quizá había recibido nuestra carta. ¡Quizá anunciaba su visita! Con el corazón encogido, escuché atentamente los ruidos de fuera y estuve a punto de morirme del susto cuando Albert entró de repente en la cocina. Abrió el flamante frigorífico y cogió una botella de aguardiente, luego descorrió las puertas del armario que colgaba en la pared y sacó dos vasitos. Con un ruido seco lo puso todo encima de la mesa y se sentó. El tictac del reloj de cuco que había sobre la puerta sonaba con fuerza.

—Acabe como acabe la cosa, le hará falta un aguardiente —dijo. Se reclinó en el asiento y esperó.

Me tranquilizó enormemente que Albert estuviera allí. Seguro que a mí tampoco me habría venido mal un aguardiente, aunque no sé qué efectos provoca. Oímos la puerta. Viktoria entró; estaba pálida. Contuve el aliento.

—No sé cómo voy a decírselo a las niñas —dijo.

Albert le sirvió una copa. Ella vació el vasito de un trago, sin vacilar. Las lágrimas asomaron en sus ojos.

—No somos los indicados —susurró.

—Pocas veces se da la coincidencia de ser el indicado —replicó Albert.

Se quedaron callados. En mi mente, la imagen de Marlene y Charlotte se disipó en una nube de color azul claro y desapareció.

Por primera maldije el amor que llevaba en mi pecho. Nunca había pensado que pudiera doler tanto.

Sin embargo, Fritzi no toleró ninguna decepción.

—Miradlo así: ahora al menos sabemos cómo funciona. Pondremos un anuncio de búsqueda. Me he informado. El servicio de búsqueda de la Cruz Roja alemana ya ha reunido a muchas familias. Más de cien mil. Se cuelgan carteles por todas partes, hay anuncios en los periódicos, y en la radio también emiten comunicados de búsqueda. Entonces, ¿por qué no íbamos a encontrar a Marlene? Seguro que ella también nos busca.

Franziska la miró dubitativa.

—No sé cuántas desilusiones aguantaré...

—¡Pues habrá que probarlo! —exclamó Fritzi—. ¿O prefieres hacer ver que no han existido nunca?

Franziska agachó la vista, apesadumbrada.

—No —dijo quedamente—. Pero si no las encontramos...

—Al menos, lo habremos intentado —replicó Fritzi.

Había decidido no abandonar, y esa era una postura a la que me adhería con mucho gusto. Encontraríamos a Marlene y a Charlotte. De alguna manera y en algún sitio. Estaba decidido. Enviarían la documentación a Munich.

Pero no hubo respuesta.

Pasó una semana, luego dos, luego un mes. Formulaban explicaciones simples: seguro que el correo se ha retrasado, seguro que el servicio de búsqueda está colapsado, quizá se ha perdido la carta. ¿Seguro que escribisteis bien el remite? Marga Möhrchen pasaba cada día por casa:

—¿Sabéis algo? —preguntaba siempre.

Y si todos volvían a negar en silencio con la cabeza, añadía:

—Todo irá bien, ya veréis.

Esas palabras se convirtieron en un conjuro. «Todo irá bien, ya veréis».

Yo quería creerlas, tal vez con más fuerza que todos los demás.

Y mientras esperábamos, mes a mes, la vida continuó.

El tío Albert tuvo reuma. Una mañana no se levantó de la cama. Se negó a que fuera a visitarlo un médico. Cuando todos los remedios caseros de Viktoria fracasaron, cruzó la calle para ir a ver a Caspar Wippchen y le pidió ayuda. Gracias a sus consejos, Albert consiguió al menos volver a levantarse, aunque los dolores persistieron. Sin embargo, en lo tocante al doctor Wippchen, Viktoria siguió sin averiguar nada.

Fritzi estuvo a punto de atropellar con el escúter Bella a un policía, que a partir de entonces le mandó flores y cartas bonitas de vez en cuando. La invitó a ir al cine y

vieron *Casablanca*, la llevó al local de batidos que habían abierto en la ciudad. Fritzi aceptaba las invitaciones, pero rechazó la propuesta de matrimonio que le hizo en un paseo en bote de remos.

Además de mecanografía, Franziska tuvo que aprender taquigrafía, que sigo sin entender en qué consiste exactamente. Tiene que ser algo horrible, porque ella no paraba de echar pestes de aquella cosa.

Melanie tomaba clases de piano con la señora Finster desde hacía años, y a aquellas alturas ya tenía bastante maña. Sentía predilección por Mendelssohn y Beethoven. Practicaba como una posesa las sonatas de Waldstein y se ponía como una furia cada vez que Fritzi le tomaba el pelo preguntando por sus progresos con las sonatas de Wildschwein.

Marga Möhrchen y Viktoria tuvieron una discusión sobre cómo había que limpiar los cristales de las ventanas, que culminó en tres días sin hablarse.

Francamente, me da un poco de vergüenza decirlo, y durante mucho tiempo me resultó también embarazoso, pero al cabo de tantos años probablemente puedo confesarlo sin ponerme colorado: creo que estaba enamorado de Julchen. Irradiaba tanta ligereza y ganas de vivir... Las penalidades de la guerra no se habían grabado tan hondo en ella como en los demás. Era curiosa y quería conquistar el mundo. No se preocupaba por las normas ni las convenciones. Agitaba con descaro su cola de caballo, sus dientes blancos resplandecían cuando reía y hacía caso omiso de las objeciones y las preocupaciones.

El contraste entre Julchen y Melanie se había acrecentado con los años. Julchen aspiraba a pleno pulmón todo lo que el mundo tenía por ofrecer, y nunca se hartaba de música, películas de cine y moda. En cambio, Melanie se contentaba con su típica manera de ser introvertida.

—No es muy habladora —dijo Franziska un día que la maestra se quejó de la escasa participación de Melanie en clase—. Ya puede estar contenta de que no moleste.

Con eso, el tema quedó zanjado para ella. Melanie no era tonta, eso lo demostraban sus notas de pruebas escritas, o sea que no había nada que discutir. Solo que le gustaba estar sola.

Solía observar con nostalgia a Julchen cuando le hacía una visita informal a Caspar Wippchen mientras yo estaba encadenado al silencio solitario de Melanie. Me sentía frustrado.

¿Por qué no la acompañas? ¡Vamos nosotros también de visita!

Pero nos quedábamos en nuestro lado del seto.

Sabes, me gustaría que se me desprendiera el brazo. Seguro que ni te darías cuenta de que ya no colgaba de él.

Como si me hubiera estado escuchando, Melanie me lo agarró con más fuerza.

Pude oír mi Julchen saludar despreocupada a Wippchen:

—Hola, tío Caspar —gorjeó—. ¿Verdad que hace un día espléndido?

Una nube de humo vino hacia nosotros, y él dijo:

—Sí, niña de mis ojos, fantástico. Casi tan hermoso como tú.

—Bueno, tío Caspar. Tienes que parar. O harás que me sonroje —protestó Julchen—. ¡No puedes piropear así a una señorita!

—Vaya si puedo. Y muy bien además.

Se echaron a reír.

En voz baja y en tono confidencial, Julchen le habló de sus planes y sus sueños, y Caspar Wippchen murmuraba de tanto en tanto una respuesta.

Cuánto me habría gustado sentarme con ellos. Cuánto me habría gustado tener a Julchen de dueña. Si Marlene y Charlotte no aparecían, ¿no habría sido maravilloso mudarse a Marburgo con Julchen?

Añoraba su calidez.

Pero Julchen se fue de Dreihäusen sin mí. En cambio, se llevó su radio.

La carta llegó al cabo de más de un año, un sábado.

A aquellas alturas, ya nadie creía verdaderamente que eso sucedería.

Franziska se había subido a una silla y, con la escoba, intentaba quitar las telarañas de la barra de las cortinas. Llevaba un delantal azul claro encima de un vestido ligero de verano. Un pañuelo de cabeza le recogía el pelo; debajo, le sudaba la frente.

Yo estaba en el sofá, donde Melanie me había dejado el día antes.

Los dos oímos el golpeteo de la tapa del buzón. Franziska paró un momento y continuó pasando la escoba por la barra de las cortinas.

¿Qué ocurre? ¿No vas a mirar?

Cuando acabó, devolvió la silla a su sitio. Se secó el sudor de la frente con el brazo y se quitó el pañuelo de la cabeza. Después salió.

Recé. Por enésima vez. Marlene, Marlene, Marlene.

Volvió a entrar con un sobre en la mano. Supe de inmediato que era la carta que esperábamos desde hacía más de un año. Como si necesitara apoyo, se me acercó y me recogió del sofá.

¡Ábrela! ¡Vamos!

Se sentó en el banco rinconero y me dejó al lado del frutero. Luego, indecisa, giró el sobre entre los dedos, se lo puso delante, encima de la bandeja marrón, y apoyó la cabeza entre sus manos.

¿A qué esperaba? ¿No se atrevía?

Finalmente, se levantó y cogió un cuchillo del cajón de los cubiertos. Abrió cuidadosamente el sobre con el cuchillo y sacó una única hoja de papel.

Cuando Melanie volvió a casa de su clase de piano con la señora Finster, yo estaba boca abajo sobre la mesa, con la nariz encima del papel, que olía a oficina y a máquina de escribir.

Como de costumbre, Melanie me cogió del brazo derecho. Con la otra mano levantó la carta y leyó en voz alta lo que su madre solo había ojeado en silencio:

Querida familia Rosner:

Les confirmamos la recepción de su solicitud de información. Entre las fichas de que disponemos no se incluye el nombre de sus parientes. A pesar de haber examinado todas las formas posibles de escribirlo y de haber tenido en cuenta posibles errores en la información transmitida, no se ha encontrado ningún indicio que hubiéramos podido seguir. Marlene Ballhaus y su hija Charlotte siguen formando parte de las personas desaparecidas, cuyo destino es incierto. En principio, no queríamos despertar otra vez esperanzas, pero los dramáticos sucesos de los últimos años han abierto sucesivas fuentes de información nuevas.

Su solicitud de búsqueda permanecerá abierta hasta que podamos ofrecerles una aclaración definitiva sobre el destino de las desaparecidas o bien no exista ninguna posibilidad de proporcionar una explicación sobre su destino.

Retumbó el silencio, la habitación dio vueltas. No se las podía localizar. Marlene y Charlotte habían desaparecido. Se me nubló la vista cuando el alcance de ese mensaje me llegó a la conciencia.

Melanie corrió hacia fuera.

—¡Mamá! Mamá, ¿dónde estás? —gritó—. ¡Mamá!

Se detuvo y miró alrededor. Entonces descubrió a su madre. Estaba sentada debajo del peral, con la mirada clavada en el cielo. Melanie cruzó el prado lentamente y se arrodilló en silencio al lado de Franziska.

Me dejó caer para acariciarle el pelo y consolar a su madre, a la que unas lágrimas silenciosas le rodaban por las mejillas.

La esperanza es lo último que se pierde. Pero, cuando se pierde, apenas queda nada.

Me pregunto cuánto tiempo tendré que permanecer en este desventurado estado de incertidumbre. Habrán pasado horas desde que me encerraron aquí dentro.

Según mi experiencia, todo apunta al clásico caso de abandono. Lo conozco. Cuando el despliegue es demasiado grande, cuando el esfuerzo supera el valor del resultado, la mayoría de la gente elige el camino fácil. ¿Y acaso no es muchas veces más fácil comprar un paraguas nuevo que retroceder tres calles hasta el café donde uno ha olvidado el viejo? El propietario se sobresalta un momento cuando se da cuenta de la pérdida, calcula y continúa. Por desgracia, mucha gente piensa lo mismo sobre los osos que sobre los paraguas.

Así pues, las perspectivas de que la escritora me haya sacrificado en aras de su libertad no son malas. Y eso sería triste, porque me gustaba. Tampoco tengo reparos en decir que esperaba algo de nuestro encuentro. ¿No habría sido fantástico haber encontrado un lugar de retiro después de esos años sin vicisitudes y sin hogar? ¿Un rinconcito acogedor para un oso de peluche que hace mucho que ha llegado a la fecha de caducidad de un juguete? ¿Ser hallado por alguien que me aprecie por mí mismo, que reconozca lo que valgo? Ah, no quiero lamentarme por mi desgracia, he visto demasiadas cosas para hacerlo. Aunque, bien mirado, generalmente la desgracia fue de los demás. Por lo general, yo siempre he salvado el pellejo, si no se tienen en cuenta algunos desgarros y rozaduras y golpes bajos. He tenido suerte.

Pero la suerte tiene muchas caras y va por caminos tortuosos. A cada uno le muestra una figura diferente. No existe una suerte universal, bien envasada en botellas. Y a veces se encuentra justo al lado de la desgracia. Al menos, así fue en mi caso. Mi gran suerte fue Isabelle.

Fuego y aluvión

El fuego había alcanzado las cortinas. Ardían en llamas. Después, los cristales de las ventanas reventaron con un estrepitoso tintineo. Y luego todo ocurrió muy deprisa. En unos segundos, las llamas habían devorado el sofá, se habían extendido por el sillón y se habían tragado la vieja alfombra de retazos.

Tardé un poco en comprender qué estaba ocurriendo. Al principio, me quedé tan fascinado con el espectáculo del fuego que no advertí el peligro que me acechaba.

La vitrina donde me hallaba estaba en la otra punta de la sala, justo al lado de la escalera que subía al primer piso. Había una puerta de cristal entre el fuego enfurecido y yo, y ni en sueños pensé que pudiera ocurrirme algo. Mi curiosidad siempre había sido mayor que mi miedo.

Sin embargo, cuando un muro de aire caliente arrastró de pronto todos mis pelos porque la vitrina también se había roto en mil añicos, me entró miedo.

Sabía que madame Brioché y Lucille habían ido a Lyon, pero ¿dónde estaba el viejo? ¿No se daba cuenta de que su casa era pasto de las llamas? Seguro que había vuelto a pasarse toda la mañana catando vinos en su bodega, y ahora dormía a pierna suelta la mona entre los barriles.

Lo hacía casi a diario. Pero aquel no era el momento apropiado para descansar.

Socorro, pensé a modo de prueba. Socorro.

Pero ¿quién iba a oírme? No había nadie. Y, si lo hubiera, seguro que tendría otras cosas que hacer antes que salvar a un osito de la vitrina.

El calor aumentó, y paralelamente creció también el malestar.

No tenía ninguna experiencia con el fuego, pero lo que ocurría en la sala de estar no permitía poner en duda su fuerza destructiva. Si seguía propagándose a ese ritmo, al cabo de diez minutos a lo sumo no quedaría ni rastro de mí.

¿Cómo se enfrenta uno a esa conclusión? Cuando alguien se ha acostumbrado a lo largo de su vida a no poder salvarse a sí mismo, se queda sorprendentemente tranquilo. Solo me pregunté qué delito había cometido para que ese año todo se torciera tanto. Hasta el punto de que, al parecer, incluso pagaría con la vida.

La época de los milagros había acabado para mí cuando me enviaron fuera de Alemania. Fue en 1954, en otoño del año pasado.

Allí, en los años de la posguerra habían abundado supuestamente los prodigios; al menos, estaban en boca de todos. El gran milagro fue que por fin volvían a irles bien las cosas después de la guerra, que tenían cocinas eléctricas, máquinas expendedoras de cigarrillos, muebles bar, coches redondos, tocadiscos, enaguas y música rock, y por fin podían viajar a Capri para ver el sol rojo (estoy seguro de que Julchen fue allí pitando tan pronto como tuvo el permiso de conducir). La gente disfrutaba de sus pequeños milagros privados, llegaron en forma de televisor, de teléfono o de soldado que volvía de la guerra. Esto último les sucedió a los Finster.

Un día, debió de ser poco después de nuestra derrota en el caso «Encontraremos a Marlene y a Charlotte», poco después del día cargado de fatalidad en que Melanie me dejó caer en el prado (para siempre, como luego se demostró, pues nunca volvió a cogerme), es decir, en el otoño de 1951, un forastero se presentó en el pueblo. Llamó a nuestra puerta.

Viktoria no se cansaba de repetir una y otra vez lo demacrado que estaba cuando lo vio en la puerta de casa, extenuado y rendido.

—Preguntó: «¿Vive aquí la familia Finster?». Y yo dije: «No, viven dos casas más allá». Y entonces me abrazó, cayó de rodillas y se echó a llorar. Nunca había visto nada igual, en serio. No supe qué tenía que hacer con el pobre hombre —contaba, y no dejaban de asomarle las lágrimas a los ojos—. ¿Sabéis qué? Cuando lo vi, por un pequeñísimo instante pensé que era Hänschen...

Ese milagro no ocurrió. Hänschen siguió muerto.

La señora Finster recuperó a su hermano pequeño, que había logrado acabar la larga marcha a pie hasta Dreihäusen después de pasar seis años como prisionero de guerra de los rusos. Nadie sabía que la silenciosa y sonriente señora tenía un hermano al que, además, daban por desaparecido. A su manera discreta, había sufrido sin hacer ruido, sola en casa, a puerta cerrada.

—A mí me ha hablado de él —dijo Melanie—. Le gustan las sonatas de Waldstein.

Todos la miraron en silencio. Así era ella.

Pasó un tiempo hasta que todos nos recuperamos de la decepción que nos causó la búsqueda infructuosa de Marlene y Charlotte. Creo que, con el regreso de Paulchen Finster, volvió a brotar en nosotros la esperanza de que quizá Marlene aparecería un buen día sin más en el jardín. Pero el brote era demasiado tierno para sobrevivir mucho tiempo. Intentamos conformarnos.

Yo sufrí una grave derrota. Melanie se había hecho mayor en el momento en que encontró a su madre llorando en el jardín. Ya no me necesitaba. Julchen se había ido a Marburgo. Charlotte seguía ilocalizable. ¿Qué hacía yo allí? ¿Qué función cumplía?

En agosto de 1954, alguien más se planteó esa pregunta, aparte de mí. Hasta

entonces, estuve en el banco rinconero de los Rosner como decoración de cocina y nido de polvo profesional, siguiendo los acontecimientos. Aceptado y tolerado, pero sin cometido.

Con todo, si alguien piensa que fue aburrido, se equivoca, al menos en parte, puesto que en ocasiones sucedieron cosas emocionantes. Y como mínimo, un milagro que presencié muy de cerca.

Tras la partida de Julchen y, con ello, tras la desaparición de la única radio del pueblo, el tío Albert se armó de valor y compró un transistor para nosotros. No creo que lo hubiera hecho si no se hubiera previsto un gran acontecimiento; luchar con Viktoria por eso era demasiado duro.

—El Mundial es cada cuatro años —explicó un día frío de mayo de 1954—, o sea que necesitamos una radio en el pueblo.

Escuché con atención. Echaba de menos la música. Naturalmente, no tanto como a Julchen, pero, aun así, habría estado bien que alguien hubiera vuelto a cantar de vez en cuando. Y seguro que era bonito escuchar un Mundial si hasta Albert, un hombre ahorrador, estaba dispuesto a hacer aquel gasto. Luego, con el tiempo, me enteré de en qué consistía ese Mundial. No era de música. Era de fútbol.

—¿Para qué necesitas una radio? Si tampoco verás nada —objetó Viktoria, a la que no le entristecía especialmente que Julchen entonara en otro sitio el acompañamiento a la música de la radio.

—Me basta con escuchar qué pasa —objetó Albert—. Y seguro que no me darás permiso para un televisor.

—Cuánta razón tienes. Claro que, si te empeñas en escuchar cómo veintidós hombres corren arriba y abajo con una pelota, ve a comprarte tu radio, por favor. Pero no vayas a creer que la pondrás en mi cocina.

Intenté imaginarme un partido de fútbol. A la gente se le ocurrían realmente ideas de lo más extraño, aunque, de hecho, eso ya no era nuevo para mí. Por lo visto, todavía no estaban hasta las narices de luchas. Ahora que los países habían parado por fin de dispararse mutuamente con cañones, se ponían a combatir con pelotas. País contra país. Como en la guerra.

Al principio colocaron la radio en la sala de estar, pero cuando la selección alemana llegó a semifinales Viktoria permitió magnánimamente que la escucharan en la cocina.

Incluso Wippchen y el señor Finster venían de visita cuando transmitían un partido, y cuando llegó la final, el 4 de julio, y Alemania iba a enfrentarse a Hungría, también se presentaron Paulchen, Marga Möhrchen y la señora Finster. El pueblo estaba al completo. Y yo ocupaba un asiento regio en el banco rinconero. En pleno meollo, como a mí me gusta.

Albert encendió la radio. Interferencias y crujidos.

—Bajad la voz, no oigo nada —dijo, y todos enmudecieron.

Siguieron las interferencias y los crujidos; luego, de pronto se oyó una voz clara de hombre que decía:

«Todas las emisoras de la República Federal de Alemania y del Berlín Oeste están conectadas a Radio Saarbrücken. Desde el estadio Wankdorf de Berna, retransmitimos la final de la Copa Mundial de Fútbol entre Alemania y Hungría. El locutor es Herbert Zimmermann».

—Ya empieza, ya empieza —exclamó Wippchen emocionado, y le dio una calada a su puro.

Incluso estaba permitido fumar para celebrar el día. Albert puso cerveza sobre la mesa.

—¿No funciona más alto? —preguntó Marga, que a aquellas alturas oía un poco peor que antes.

—¿Más alto? —intentó objetar Viktoria—. Nos quedaremos sordos.

—Pero no queremos perdernos nada, ¿verdad? —dijo el señor Finster en voz baja, y Albert subió el volumen.

Al cabo de tan solo diez minutos, el suicidio colectivo parecía inminente en la cocina. Alemania perdía. Cero a dos. Wippchen se tapó los oídos, Viktoria no paraba de gritar «¡Chutad de una vez!», y Marga preguntaba: «¿Cuánto falta? ¿Cuánto falta?». Y me cogió y me sujetó con mano férrea.

Eh, no tan fuerte. Solo es un juego.

Me pregunté seriamente qué pasaría si los alemanes volvían a perder.

Sin embargo, al cabo de otros diez minutos, Dreihäusen había vuelto a tranquilizarse. Por lo visto, los once alemanes habían pasado con éxito al contraataque y habían logrado el empate. Francamente, nunca había presenciado cuánto se enfervoriza la gente cuando se trata de un acontecimiento deportivo. Era emocionantísimo. Hasta yo estaba fuera de mí por los nervios, aunque en mi vida he visto una pelota, por no hablar de un partido de fútbol.

Cuando el locutor gritó desde el altavoz «Seis minutos todavía en el estadio Wankdorf de Berna», todos callaron nerviosos. El silencio era sepulcral. El tictac del reloj de cuco que había encima de la puerta se oía claramente, el frigorífico arrancó con ruido. Diez personas respiraban por la boca llenas de agitación, los oídos bien abiertos, los ojos también, aunque no hubiera nada que ver. El locutor echaba chispas. Las palabras brotaban de su boca más deprisa de lo que jamás habría podido conseguir Elizabeth Newman. Gritó:

«Alemania por el ala izquierda con Schäfer. El pase de Schäfer a Morlock es despejado por los húngaros, y Bozsik, de nuevo Bozsik, el centrocampista derecho de los húngaros, se hace con el balón. Tiene el balón..., lo pierde, contra Schäfer, Schäfer centra..., despeje de cabeza... Rahn tendría que rematar desde atrás... ¡Rahn

lanza!... ¡Gooooool! ¡Gooooool! ¡Gooooool! ¡Gooooool!»

Marga me tiró al aire, levantó los brazos y todos gritaron de alegría. Mientras caía, vi que Wippchen abrazaba a la señora Finster, Albert saltaba y Viktoria y Franziska estaban abrazadas. Incluso Melanie bailaba. El locutor intentaba acallar el júbilo. Su voz casi se extinguió entre el griterío de los de Dreihäusen. Todavía no había terminado. Alemania todavía no había ganado. Herbert Zimmermann siguió gritando:

«Alemania va ganando por tres a dos en la final de la Copa Mundial de Fútbol, pero aún amenaza el peligro, los húngaros en el ala derecha, Fritz Walzer lanza el balón fuera. ¿Quién se lo va a reprochar? Saque de banda para Hungría, tiran, balón para Bozsik... ¡Final! ¡Final! ¡Final! ¡Final del partido! Alemania es campeona del mundo, ¡ha ganado a Hungría por tres goles a dos en la final de Berna!»

Aterricé en el suelo de la cocina, y ellos celebraron por fin el milagro que tanto tiempo habían esperado.

Todavía no sé cómo ocurrió, pero Marga Möhrchen me llevó con ella a casa después del partido y me arregló el hombro. Fuera como fuese, ya no volví a la casa del número 1. Por lo visto, nadie protestó por mi ausencia. Había desaparecido sin más también de la vida de la familia Rosner.

Qué no habría dado un año antes por vivir debajo de aquel techo, cerca de Julchen. Pero Julchen se había ido y solo sonreía desde una foto en la pared. La miraba y soñaba con ella, soñaba con una vida a su lado en Marburgo, con su voz alegre y sus faldas de vuelo. Aparte de eso, no pasó nada. Hasta que de pronto llegó aquella carta de Francia. Marga se lo contó muy emocionada a la señora Finster la siguiente vez que tomaron café juntas.

—Fíjate —dijo, poniéndole la hoja en las narices a su vecina—, he recibido carta de una vieja amiga de Francia. Madre mía, hace tanto tiempo que no sabíamos nada una de otra. —Bajó la voz y susurró confidencialmente—: Sabes, en mis años salvajes trabajé un año de niñera en París. ¡Marie y yo nos lo pasamos en grande en aquella época! Los locos años veinte, ya sabes... ¡Qué tiempos! —Le guiñó un ojo a la señora Finster y puso los ojos en blanco, sentimental.

Agucé los oídos. ¿Había estado en París?

—¡No sabía qué había sido de Marie! —prosiguió Marga—. Me escribe que se casó con un viticultor. Vete tú a saber cómo dio con él.

—Suená muy romántico —dijo la señora Finster, soñadora—. Seguro que vive de maravilla en una finca antigua, en un paisaje de ensueño. ¡Ya me lo imagino!

—No sé. Diría que no parece muy feliz. Pero a lo mejor es que mi francés ha empeorado con el tiempo.

—Tienes que escribirle, seguro que se alegrará muchísimo, y a lo mejor también

podrías ir a verla... Ahora que Julchen no está...

—Tienes razón. Le escribiré enseguida. Y le prepararé un paquete para enviarle, creo que le irá bien que le levanten el ánimo.

No sospeché que yo formaría parte de ese levantamiento de ánimo. Todavía hoy sigo sin tener ni idea de por qué me metió en un paquete con jamón, calcetines de lana, gelatina de frambuesa y una novela romántica. No me lo explicó.

Marga, Marga. En realidad, ella dio el disparo de salida a mi año de infortunio.

Francamente, no me gusta recordar ese año. Tampoco me gusta hablar de él. En todas las vidas hay horas bajas que es mejor enterrar. Por eso seré breve:

El viaje en paquete duró dos semanas. Me tiraron de un lado a otro. Hacía un calor asfixiante y no pude ver nada. No fue terrible, pero tampoco espectacular. Hoy, subes a un avión aquí, bajas allá, y todo es distinto a tu alrededor. En un paquete es muy similar, también se dispone de poco sitio y el aire está viciado.

Al principio me alegré mucho de volver a estar en Francia. Pero pronto comprendí que aquella finca de Beaujolais, adonde me habían expedido, no tenía buena estrella. No había amor. Y si hay algún experto en el tema, ese soy yo.

La familia con la que fui a parar se llamaba Brioché, y podría pensarse que querían despellejarme vivo: el tercer día, la pequeña Lucille, hija de Marie, la amiga de Marga, me tiró dentro de un barril de Beaujolais, donde me habría ahogado si mis virtudes de madera no se hubieran ocupado de impulsarme hacia arriba. Subí a la superficie después de haber tomado un buen baño en aquel caldo rojo oscuro. Por cierto, ¿he dicho ya cuánto detesto los baños?

El viejo Brioché, que en realidad no era tan viejo (más o menos como yo, quizás tres o cuatro años más), sino que solo lo parecía porque había catado demasiado vino y no amaba especialmente la vida, me pescó, me tiró a los pies de su pequeña Lucille con un chapoteo y dijo:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que en la bodega no se juega?

—Sí, *papa* —susurró la niña.

Para dar énfasis a sus palabras, le dio tal bofetada a la pequeña que sus trencitas volaron y casi volvió a dejarme caer. Luego me lavaron, con agua caliente y jabón. Sin embargo, el olor a vino tinto se quedó pegado a mi piel y el tortazo de Brioché, a mis huesos. ¿Cómo podía pegarle a su hija? ¿A aquella pequeña criatura que todavía no le llegaba ni al ombligo? La imagen me escoció en los ojos.

Vi muchas más cosas durante aquellos meses. Más de las que habría querido.

La piel no se me secaba. El vino había penetrado hasta la última de mis fibras y se había asentado allí. Comencé a oler. Tanto, que me desterraron de la habitación de

Lucille y me metieron en la vitrina.

Quizá no haya muchos osos que puedan afirmar que se han bañado en un tonel de vino. Pero, francamente, habría preferido renunciar a ello y seguir sentado junto a la cama de Lucille. Porque a la niña le habría hecho mucha falta un compañero como yo. Sin embargo, aparte de mí, nadie se daba cuenta.

El viejo Brioché tenía una única pasión: su vino. Cuidaba sus viñedos con mucho celo y no permitía que nadie se acercara a sus vides. Si cogían alguna enfermedad, él se enteraba antes de que pudiera dañarlas; si amenazaba tormenta, la preocupación por la cosecha apenas lo dejaba dormir; en la vendimia, acariciaba con sus dedos gruesos todos los granos de uva, uno a uno, para examinar su integridad. Pero si su hija se ponía enferma, solo decía que se dejara de comedias; si la ruina económica volvía a amenazar a la familia, dormía a pierna suelta y, por lo que pude juzgar, nunca acariciaba a su esposa.

No soportaba esa falta de amor. Casi me desgarraba el corazón ver cómo Marie Brioché se tragaba las lágrimas cuando su marido se quejaba una vez más de la comida, y cómo Lucille se encogía cuando su padre hacía un movimiento repentino. Ambas se esforzaban hasta el infinito por complacerlo, y a cambio no recibían más que repudio.

Ahora, a veces pienso que el hombre simplemente no podía evitarlo. Quizá no sabía cómo se sentía el amor, quizá no había aprendido a ser amable. Pero eso no les servía de mucho a Marie y a Lucille, que se habían resignado a su destino sin rechistar. Y, en el transcurso de los años, también abrigué la sospecha de que probablemente no esperaban más de sus vidas. Quizá ellas también pensaban que tenía que ser así.

Lucille era una niña cariñosa, me acariciaba y me susurraba secretos al oído. Me llamaba «Peluche» y me quería.

—Sabes qué, Peluche, te quiero mucho —me dijo una noche, mirándome con los ojos muy abiertos—. Mucho más que a *papa* o a *maman*.

Eso no me lo había dicho nunca nadie. Primero me dio vergüenza; luego, tristeza. ¿Acaso no era una pena que en su vida no existiera un amor mayor que el mío?

Yo tenía treinta y cuatro años, y aquel año sufrí una profunda crisis existencial. Reconozco que no fue la primera; durante mi época de odisea continua entre Inglaterra y París, en los años treinta, ya me había preguntado por qué no me eliminaban definitivamente para que de una vez por todas acabara aquel ir de aquí para allá sin sentido. Pero, con Robert, esos pensamientos se esfumaron.

Por aquel entonces me había creído inútil, innecesario; pero ahora, después de todo lo que había vivido, sentía más bien impotencia y resignación.

No podía evitar que el viejo pegara a la pequeña Lucille, y no podía acallar la nostalgia que se pronunciaba a cada minuto en la niña.

Yo solo era un osito. Un juguete. Un mal sustituto.
Y, después de ir a parar a la vitrina, ni siquiera eso.

Cuando el fuego se embraveció a mi alrededor, la voluntad de sobrevivir pidió la palabra. Y con toda claridad. No quería morir abrasado.

De repente oí una voz.

—¡Monsieur Brioche! ¡Monsieur Brioche! ¿Dónde está? ¡Hay fuego!

Era una niña la que gritaba, inequívocamente. Pero no conocía aquella voz.

—Hola, ¡monsieur Brioche! ¡Tiene que llamar a los bomberos! ¡El bosque se quema!

Ninguna respuesta. La puerta se abrió de golpe, y allí estaba ella: un metro cincuenta y seis de altura. Las piernas embutidas en unos pantalones cortos blancos; encima lucía una blusita azul con mangas de globo, y llevaba el pelo, liso y oscuro, cortado en redondo, como si alguien le hubiera puesto a la pobre una olla en la cabeza y se lo hubiera cortado siguiendo el contorno. En su rostro se leía intrepidez y valor. Los ojos azules expresaban determinación; la pequeña boca, también.

Aquella niña era una heroína, lo supe enseguida. Pero ¿sería también mi heroína? Esa era la cuestión. El calor aumentaba, cada segundo contaba, y no solo para mí, también para la pequeña desconocida.

Eh, ¡date prisa! ¡Sácame de aquí y larguémonos pitando!

Se subió la delgada blusa y se tapó con ella la boca y la nariz. El humo llenaba toda la sala. Buscó rápidamente con la mirada. Descubrió el teléfono. No estaba muy lejos de mí. Volvió a gritar:

—¡Monsieur Brioche! ¡Lucille!

Entonces cogió aire, cruzó corriendo la sala y levantó el auricular. Marcó nerviosa.

—¡Papá! ¡Papá! —gritó al teléfono—. La finca de monsieur Brioche se ha incendiado. ¡Y aquí no hay nadie!

El pobre Jules Marionnaud se debió de llevar un susto de muerte cuando comprendió que su hijita se encontraba en medio de un infierno en llamas. Isabelle colgó el auricular y, en ese mismo instante, el destino puso de nuevo su mano protectora sobre mí. La vitrina estaba ardiendo y se inclinaba con infinita lentitud a un lado, mientras los pocos libros que había en un estante debajo de mí se convertían en cenizas.

Lo confieso: tuve miedo. Una aversión indefinible a morir allí mismo. Una especie de terquedad.

Quizá por eso perdí el equilibrio. No querría excluir esa posibilidad. Cuando la vitrina se desmoronó entre crujidos, yo caí con estrépito justo a los pies de Isabelle.

¡Levántame! Vamos, pequeña, levántame.

Me levantó, sin pensárselo dos veces. Luego salió disparada y corrió tan rápido como sus piernecitas le permitían, colina abajo, por el sendero entre las viñas, de regreso a su pueblo, a la pequeña localidad de Fleurie, y no se detuvo hasta que descubrió a su padre, que le salió al paso en el camión de bomberos con otros hombres del cuerpo de voluntarios.

Puede que suene cínico, pero el incendio en las tierras de Brioché (el viejo no pudo hacer nada; en el periódico dijeron que un incendio forestal había devorado sin compasión la finca entera) fue para mí el mayor golpe de fortuna de la historia. De mi historia. De mi vida. Me fui con Isabelle.

Isabelle. Cuando pienso en ella, me acomete una oleada de calidez y ternura.

Me conservó con ella más tiempo que nadie. La conocí de niña, de joven y de adulta, de hija y de madre. Ojalá hubiera podido envejecer con ella. Ojalá supiera qué aspecto tiene ahora, pasados los sesenta. Seguro que le han salido canas. Quizá también haya perdido un poco de su alegría desbordante, pero no se habrá quebrantado su increíble firmeza. Esa firmeza que más de una vez se interpuso con acierto en su camino y, sin embargo, siempre la llevó a su meta.

Y metas tuvo unas cuantas. De pequeña, ya no veía ningún problema en nombrarlas. Me las explicó todas, me las expuso con detalle y las sometió a votación conmigo, aunque yo, como siempre, no dije esta boca es mía.

—Seré la mejor en cálculo —dijo cuando tenía once años, y al jugar a rayuela sumaba en voz alta lo que se le ponía por delante. Pero dividir no era lo suyo.

—Seré tan buena como Margot Fonteyn —afirmó a los dieciséis, y practicaba posturas de ballet hasta bien entrada la noche, pero los tutús no le gustaban.

—Seré la primera en pisar la Luna —declaró cuando Juri Gagarin voló al espacio, pero otros se le adelantaron.

—Seré peluquera —proclamó, y le cortó los cabellos tan a menudo a su muñeca Annabelle que al final casi no le quedaron.

—Seré como Van Gogh —dijo, y también pintó girasoles, pero más bonitos.

Quise a Isabelle desde el primer instante. Por su valor, por su descaro y por su buen humor, y por otras mil razones. Al principio, a veces aún pensaba con nostalgia en Julchen, con la ligera sensación de que con ella habría sido igual de bonito si nos hubiéramos conocido antes. Pero esa nostalgia se disipó enseguida porque con Isabelle era mucho mejor.

¿No es extraño? Ya pasaba de los treinta y, por primera vez en la vida, era testigo de una infancia despreocupada de verdad: libre de presiones sociales como las que habían imperado en Inglaterra, libre de la amenaza de la guerra y las bombas, y sin miedo a las potencias extranjeras.

Los primeros años fueron una auténtica fiesta.

En mi primera incursión al cuarto de Isabelle ya desbanqué a la competencia de los demás juguetes. No debe dejar de mencionarse, puesto que el surtido de muñecas, animales, coches y jugos de construcción aumentó constantemente. Pero eso no impresionaba a Isabelle. La tarde del incendio, después de haberme salvado de las llamas, cogió a su muñeca Annabelle y la miró con un poco de compasión.

—Tienes que comprenderlo, Annabelle. Este oso es mi amigo ahora. Me necesita más que tú.

Y guardó a Annabelle en el armario, donde a partir de entonces solo esperó a que la peinaran de vez de cuando.

A mí nunca me peinó, pude seguir siendo como era. Aunque eso supuso una dura lucha, porque a Hélène Marionnaud, la madre de Isabelle, no la entusiasmó en absoluto mi entrada en el pulcro hogar familiar. Me escrutó con mirada crítica, me giró a un lado y a otro, y cuando me acercó a su nariz se desmoronó cualquier tipo de simpatía por mí.

—Pero Isabelle, mira, *ma petite*. Este oso es viejo y está sucio. Y huele. Tenemos que tirarlo.

—Este oso, *maman*, es mi amigo. *Mon ami*, ¿comprendes?

—Sí, tesoro, lo comprendo, pero quién sabe dónde habrá estado tu amigo...

Yo puedo decírtelo. He recorrido bastante mundo. Pero hasta ahora, ¡eso nunca ha sido un motivo para tirarme!

—*Mon ami* se queda donde está. ¿Cómo puedes ser tan mala, *maman*? ¿Que lo tire? ¿También me tirarías a mí si no me lavara?

—De acuerdo —cedió Hélène—. Pero tienes que lavar a tu *Mon ami*, o lo haré yo.

No, por favor, ¡agua no!

—¡No! ¡No puedes hacer eso! Él también tiene derechos, ¿comprendes?

¡Exacto!

—No, Isabelle, no los tiene. Es un muñeco de trapo. Y no permitiré que entres parásitos en casa. Es mi última palabra.

—*Mon ami* no tiene parásitos. Y es mi última palabra.

Isabelle giró sobre sus talones y dejó plantada y perpleja a su madre.

Nadie podía tocar a su nuevo amigo sin preguntar antes. Oh, qué orgulloso estaba. Por fin una amiga que me comprendía. Entonces, si no antes, se desencadenó mi adoración por Isabelle.

Me quedé con ese nombre, «*Mon ami*», que en realidad no era un nombre. Pero pude vivir bien con ello, puesto que describía lo que yo era para Isabelle: su amigo.

Al principio, Hélène Marionnaud no pudo hacer otra cosa que resignarse a la cabezonería de su hija. Perdía todos los duelos argumentativos, y la niña sabía que la autoridad no era precisamente el punto fuerte de su madre. Pero Hélène era una mujer

lista y encontraba otras vías para imponerse.

Una mañana que Isabelle se marchó a toda prisa para no perder el autobús escolar se olvidó de esconderme en el armario con Annabelle. Lo hacía todas las mañanas porque, evidentemente, tenía muy claro que su madre, paciente como una araña en la tela, acechaba la ocasión de poder hacer con calma lo que *ella* consideraba correcto.

Cuando Isabelle se fue corriendo con la cartera de piel roja a la espalda, yo me quedé sobre la cama sin sospechar nada, cansado y confuso, pensando todavía en la noche anterior.

Aquella mañana nos habíamos dormido porque Isabelle me había estado hablando hasta bien entrada la noche de un hombre que se llamaba James Dean y que había muerto unos días antes en un accidente de coche en Estados Unidos. Marilou, la hermana mayor de Isabelle, se había pasado la tarde encerrada en su habitación, llorando, y había proclamado que no quería seguir viviendo si James había muerto realmente. No sé qué tenía aquel James. Al parecer, era una estrella de cine a la que Marilou idolatraba, porque esa era su ocupación principal en aquella época. Idolatraba a las estrellas de cine, ojeaba con mirada soñadora las revistas de moda de París, donde se reproducían imágenes de enaguas y otras prendas, y suspiraba por Pierre, el hijo del alcalde.

—Estás chalada —le dijo Michel, el hijo mayor de Jules y Hélène, a su hermana, dos años menor que él—. Montar un drama por ese guaperas. Mira qué peinado. ¡Elvis es la única estrella de verdad!

—Cállate, no tienes ni idea. ¿Quién quiere escuchar a ese músico estafalario? Un saltarín ridículo. James tenía clase. ¡Era profundo y tenía sentimiento de verdad! Pero, claro, tú nunca lo entenderás. Ojalá estuviera muerta, así estaría a su lado y no tendría que tratar con idiotas superficiales como tú.

—¡Niños, ya basta! No digas tonterías, Marilou. Y tú, Michel, ¡deja en paz a tu hermana! —intervino Hélène.

Isabelle y yo estábamos sentados en el sofá y mirábamos a uno y a otro. No nos interesaban aquel James ni aquel Elvis, pero siempre era instructivo ver pelear a los dos hermanos mayores. Al principio, me resultó muy desagradable, puesto que detestaba las peleas (y todavía las aborrezco), pero con el tiempo descubrí el entretenimiento de aquellas discusiones.

—Crece de una vez, hermanita; entonces hablaremos de sentimientos verdaderos —siguió chinchando Michel.

—Cuando yo sea mayor, ¡tu ya irás en silla de ruedas!

Eso dolió.

Marilou sabía perfectamente que había dado en la llaga. A Hélène le entraba un miedo terrible cada vez que Michel se subía a su Vespa. Hizo falta una buena dosis de persuasión para que le permitieran invertir sus ahorros en la compra de una moto.

—*Maman* también lo dice —le espetó triunfal Marilou.

Hélène miró atormentada a su hijo.

Michel fue hacia su hermana.

—Tú, mala pieza —gritó furioso, y le agarró una trenza.

—Ay, ¿y a esto lo llamas tú crecer? —chilló Marilou—. ¿Desde cuándo los hombres adultos pegan a sus hermanas pequeñas?

Luego puso pies en polvorosa, y Michel salió corriendo detrás de ella.

La conducta de sus hermanos no había impresionado lo más mínimo a Isabelle.

—Marilou siempre se pone así. Seguro que algún día acabará en el cine, porque se comporta de una manera tan teatral. Sabes, Mon ami, *papa* dice que las chicas de dieciséis años son así. Pero yo no quiero volverme así, en serio que no.

No te preocupes, seguro que tú no serás una de esas estrellitas de cine.

Esa expresión la había cogido al vuelo un día que Hélène le abría su corazón a la vecina junto al seto del jardín, y me gustó enseguida. Marilou era veleidosa como una estrellita de cine, muy a pesar de su madre. Hélène tenía un marcado talento para llamar a las cosas por su nombre, y eso me gustaba de ella. Aunque debería haberme hecho reflexionar mejor, puesto que también había dicho explícitamente que yo olía. Y, de hecho, en esas palabras no se podía malinterpretar nada.

Así pues, el día después de que Marilou deseara desesperadamente morir, Hélène entró en la habitación de Isabelle para hacer la cama y me descubrió al instante. No dudó ni un segundo en llevar a la práctica su pérfido plan.

—Vaya, Mon ami, te ha llegado la hora —dijo, y me cogió de encima de la almohada—. Apesta como un tonel de vino. ¿Qué te hicieron? ¿El viejo Brioche intentó ahogarte en Beaujolais?

Se echó a reír.

No tiene gracia.

Me llevó al cuarto de baño y llenó hasta arriba una tina. Me olí lo peor.

—Vamos a ver si conseguimos dejarte bien limpio.

¡No!

Cuando me metió la cabeza debajo del agua, unas burbujas subieron a la superficie. Lo vi perfectamente. Estaba a punto de ahogarme.

Vi pasar mi vida en rápidas imágenes, pero antes de que pudiera morir, volví a salir al aire. ¿Tengo que ser aún más explícito? Estoy traumatizado, así de simple.

Hélène me enjabonó.

Oh, ¡no, por favor!

El jabón me escoció en los ojos, y no ocurrió mucho más, solo que me volví más pesado y más torpe y más gordo. Quedé empapado. El jabón me llegó hasta lo más hondo, remojó el amor. Ahora solo falta que me cuelgue de las orejas, pensé. Y, efectivamente, eso es lo que hizo. Sujetó mis orejas a una cuerda con pinzas de la

ropa, y yo ondeé indefenso al viento. Fritz las había arreglado con tanto cariño, ¡y ahora las sometían a una prueba de resistencia! Me pareció indignante y disfruté para mis adentros pensando en el inminente ataque de rabia de Isabelle.

Mis pies y mis brazos goteaban. Ploc, ploc, ploc, siempre en el mismo punto del césped. Debajo de mí se formó un charco.

A mediodía, cuando Jules Marionnaud había cerrado su bodega y llegó a casa para comer, se fijó enseguida en la humillante estampa. Se echó a reír.

—Cuando Isabelle lo vea —le dijo a su mujer—, ¡se va a armar un drama! A su lado, ¡*Hamlet* será teatro infantil!

—Tiene que aprender que no puede ser siempre lo que ella quiera —dijo Hélène, mientras ponía la mesa de la terraza—. No creerías la de porquería que ha salido. Ni que Brioche lo hubiera mojado en vino cada día.

Jules asintió con la cabeza y dijo:

—Hoy he comprado la última botella de Brioche. Un Cuvée de 1943. Es realmente triste. Hacía muy buen vino.

—Pegaba a su mujer y a su hija. Eso sí que es triste.

—Eso no hacía peor el vino.

—Jules, te lo ruego.

Monsieur Brioche no había sobrevivido al fuego. Su mujer y Lucille se habían ido del pueblo sin enterarse jamás de que yo había sido el único superviviente del incendio. Pero no estaba enfadado por ello. Me iba bien. Por fin.

Como era de esperar, Isabelle se enfadó y se puso furiosa cuando me vio balanceándome en la cuerda de tender la ropa. Quedé muy satisfecho con su actuación. Menos no habría sido suficiente para aquel ataque a mi integridad.

—Perdona, Mon ami —dijo, y me sacó de la cuerda—. No saben lo que se hacen.

Me frotó con cuidado los puntos donde las pinzas de la ropa habían dejado huella, me secó con ternura, me susurró palabras dulces al oído y estuvo muy cariñosa. Saboreé el consuelo que se me dispensó durante toda una tarde. Era maravilloso que te consolaran, y de repente comprendí por qué para la gente era tan importante tener a alguien como yo: para los momentos en que la vida es insoportable. Después de esa experiencia, dicho sea de paso, consolé todavía con más fervor que antes.

Era feliz. Y fue bastante agotador ser feliz, porque inmediatamente me dio miedo que esa felicidad acabara. Así funciona la felicidad, es un asunto fugaz. Temía cambiar otra vez de dueño involuntariamente. Cuando Isabelle me llevaba con ella a bañarse, tenía miedo de que me dejara a orillas del mar; si íbamos en bicicleta, temía caerme del cesto. Pero no ocurrió nada de eso. Isabelle me cuidaba como a la niña de sus ojos. Se ocupaba de su Mon ami todavía más de lo que Robert había velado por su Doudou. Un día comprendí que Isabelle nunca me perdería por descuido, y me

tranquilité.

Me habían aceptado, tenía un verdadero hogar y era el confidente más íntimo de una niña que quería lo mejor de la vida y que siempre iba en busca de una nueva aventura. Por mí, podía seguir siempre así.

Isabelle no me abandonó. No lo hizo cuando se le desarrolló el pecho y una mañana ya no era una niña, sino una jovencita. No lo hizo cuando acabó la primaria y se convirtió en una distinguida mujercita del liceo. No lo hizo cuando se enamoró por primera vez, y en el mundo no había nada más que André.

Fue un día gris de noviembre de 1960 cuando revoloteó por la habitación, radiante como el sol de julio, y se dejó caer sobre la cama. Quedé atrapado debajo de su hombro derecho, asombradísimo con aquel ataque por sorpresa.

—Mon ami —dijo mientras giraba de lado y me ponía a su lado—. Me he enamorado, ¿te imaginas?

Ah.

—¿No es maravilloso? André y yo estamos hechos el uno para el otro, para siempre jamás. Es el chico más fantástico en leguas a la redonda. Tendrías que ver sus ojos, nadie me había mirado como él.

Puso los ojos en blanco, sentimental.

Confieso que no me sentí especialmente eufórico cuando me confió ese secreto. ¿Tendría que compartirla? ¿Se convertiría otro en el confidente de su corazón? De nuevo brotó en mí el miedo a que Isabelle me abandonara. Estaba celoso. Por primera vez en mi vida. Pero Isabelle era como una mariposa que volaba de flor en flor y nunca se detenía mucho tiempo, era demasiado curiosa. No obstante, si dejó tan deprisa a André fue más bien porque el chico también les hizo ojitos a otras dos chicas guapas. Durante dos o tres horas, Isabelle estuvo realmente desesperada.

—Ese cerdo —dijo echando pestes dos días más tarde, y golpeó la almohada—. Me dijo que le gustaba, y resulta que también se había camelado a Colette y Jeanne. Y yo me lo creí. ¡Pensé que me quería!

Lágrimas de rabia aparecieron en sus ojos.

Ay, pequeña Isabelle, el amor es otra cosa. Ya lo aprenderás. El amor sale del corazón.

Llamaron a la puerta. Hélène entró.

—¿Cómo está esto! —exclamó—. Al menos podrías colgar el uniforme... ¿Qué te pasa?

—¡Nada! ¡No pasa nada! Vete. Déjame en paz.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Algo no va bien en la escuela? —siguió preguntando Hélène.

—¡No! Déjame. Vete.

—Pero, *ma belle*, a lo mejor puedo...

—¡No!

Hélène salió sin decir nada.

—¡Los odio a todos! —gritó furiosa Isabelle—. ¡A todos!

¿A mí también?

—Solo a ti no, Mon ami. En ti se puede confiar siempre. Eres la única persona normal que hay aquí.

Gracias, es agradable oírlo.

Me avergüenza decirlo, pero me alegré de que aquel enamoramiento desapareciera tan deprisa como había venido. Mi exclusividad seguía estando asegurada. Hoy en día, a veces me pregunto qué me figuraba realmente. ¿Acaso creía de verdad que Isabelle solo me querría a mí en toda su vida? Sueños de oso.

Muy pronto volvió a estar radiante de aquel modo inequívoco. Ahora va en serio, pensé. Pero aquel enamoramiento también acabó enseguida.

—No era el indicado, Mon ami —dijo Isabelle—. El hombre que yo quiero tiene que poner el mundo a mis pies. Tiene que ir conmigo en busca de aventuras. Tiene que ver películas de Audrey Hepburn conmigo sin refunfuñar. Tiene que robar flores para mí y amar las bellas artes. Quien no haga todo eso no es el indicado. François ha comprado las flores en una tienda. Qué poco romántico, ¿no? Y, además, en el cine no quería ver la película. Solo quería hacer manitas y besarme.

Isabelle era incansable. Siempre estaba dispuesta a abrir su corazón, y luego siempre encontraba algún defecto en el nuevo candidato.

—No hace que mi corazón palpite —dijo de Patric, el aprendiz de carpintero.

—No se me pone la piel de gallina cuando me da la mano —declaró de Pierre, su pareja del curso de baile.

—No ha sabido arreglarme la bicicleta —afirmó de Jaques después de una excursión fallida.

—Tiene una lengua que da asco —dijo después de besar a Marcel.

—No he perdido el mundo de vista —confesó después de irse con Claude a la cama.

Oyendo todas las condiciones que imponía a una pareja, me tranquilicé. Entonces comprendí en toda su extensión a qué se refería Albert cuando dijo: «Pocas veces se da la coincidencia de ser el indicado».

Pero no se volvió más cautelosa, ni más moderada ni más temerosa. Quería sentir el amor. Y tenía una idea muy exacta de cómo se sentía.

Después de cada decepción, yo la consolaba, me reafirmé en mi papel de amigo comprensivo. Actualmente, a los que son como yo les dicen que «entienden a las mujeres». Por favor, entonces yo entiendo a las mujeres. Nunca se me ha quejado nadie.

Seguí a Isabelle fascinado en su búsqueda del verdadero amor, la vi avanzar a

tientas, analizar cada una de las experiencias y emprender con audacia el siguiente intento.

Así pasaron los años. Y me acostumbré tanto a estar al lado de Isabelle que en algún momento dejé de pensar en el pasado. Simplemente, dejé de pensar en nombres, personas y sucesos. Ya no extrañaba estar en las manos de mis antiguos dueños. Solo quería estar con Isabelle, ser su *Mon ami*. ¿Quién era Henry N. Brown? Apenas lo recordaba. Vivía el momento. Eso me bastaba.

A Isabelle le regalaron un pequeño tocador y pasaba horas delante de él. Pero no se maquillaba. Se cepillaba con pasadas rápidas y decididas el pelo castaño, que por aquel entonces llevaba corto, en un peinado elegante con pequeñas patillas.

—Córtame el pelo, *maman* —le había dicho a su madre un día que estaba lanzada, y le enseñó una página arrancada de una revista—. Quiero tener este aspecto.

—Por el amor de Dios. Eso no es un corte de pelo para una chica. ¿Quién es esa mujer flacucha?

—Esta mujer se llama Jean Seberg, y yo quiero tener el mismo aspecto que ella en *Al final de la escapada* —explicó Isabelle, remarcando cada una de las sílabas—. Por favor —añadió luego.

Hélène abrió y cerró las tijeras con el rostro desfigurado por el dolor, y después tuvo que reconocer que Isabelle estaba espléndida.

A veces, Isabelle se pintaba un poco los labios de rojo. Pero generalmente se sentaba delante de su tocador y contemplaba su imagen en el espejo. Sacaba la lengua, hacía muecas, intentaba ver en su interior. A menudo cogía un lápiz y se dibujaba. Al principio, torpemente, con trazos inseguros; pero pronto fue mejorando. Llegó un momento en que las caras sobre el papel tuvieron un verdadero parecido, y también tenían algo más, observaban al espectador. La Isabelle de papel parecía mirar desde un lugar muy lejano, sabiamente y, aun así, un poco interrogativa. ¿Acaso no había sido una de sus metas ser como Van Gogh? Bueno, al menos eso la había llevado a ser Isabelle Marionnaud, y sabía dibujar muy bien.

Los muebles de la habitación infantil desaparecieron, Annabelle fue a parar a una caja que guardaron en el desván, y en el pequeño reino de Isabelle entraron un transistor y un tocadiscos. Pasaba horas escuchando a Bob Dylan y a Jacques Brel con sus amigas.

Yo pude quedarme. Pero ¿qué digo? Yo tenía que quedarme. Isabelle me necesitaba, aunque comenzaba a mostrar huellas de desgaste y pude reconocer claramente en su espejo que yo también había dejado atrás mi juventud. Era la primera vez que pensaba en mi aspecto. Por suerte, los años en que algún otro juguete podría haberme superado en rango habían pasado definitivamente. Yo era el único

que había sobrevivido a la infancia y era más que un juguete. Habíamos llegado juntos a la edad adulta.

—*Maman*, quiero ir a la universidad —le dijo un día Isabelle a su madre.

—Me lo temía —contestó Hélène.

Michel se había embarcado hacía tiempo en la bodega de su padre y se había comprado una moto de verdad. No parecía tener ojos para las mujeres, aunque sí para Patric, el aprendiz de carpintero, que no había hecho palpitara el corazón de Isabelle, pero sí el suyo. Los demás no se daban cuenta, pero a un oso de peluche no se le escapan los sentimientos de un corazón.

Después de que Marilyn Monroe susurrara al micrófono «*Happy birthday, mister president*», Marilou intentó convertirse en una segunda Marilyn. Sin embargo, cuando la actriz murió de un modo tan misterioso y el *mister president* de un modo tan inaudito, enterró todos sus sueños de altos vuelos y se casó con un hombre que no tenía la menor semejanza con su antaño adorado James. Ella, entretanto, se parecía más a Doris Day que a Marilyn Monroe.

Hélène se había imaginado la vida de sus hijos de otra manera. Y ahora la pequeña quería estudiar, marcharse de casa y mudarse a la capital. Ningún Marionnaud había ido a la universidad. Y si no era Isabelle, entonces ¿quién? Tenía veinte años y se proponía conquistar el mundo. Y así fue como regresé a París después de veinticinco años de ausencia, en compañía de una Isabelle nerviosa, animadísima y a punto de reventar de curiosidad.

Se matriculó en Historia del Arte, se convirtió en una estudiante aplicada y no tardó mucho en volver a enamorarse. Esta vez, de un hombre mayor, profesor de literatura. No vino a casa durante tres noches seguidas. Se llamaba Robert.

Si a alguien se le acelera el corazón y cree que por una maravillosa casualidad me encontré con Robert Bouvier en la Sorbona, tendré que desilusionarlo. Confieso que yo también albergué esa esperanza cuando oí por primera vez el nombre de Robert. Pero, desgraciadamente, Isabelle nunca chocó con él a la entrada de un aula, nunca se le cayeron los papeles para que él pudiera recogerlos y mirarla profundamente a los ojos. No se conocieron.

Mi Robert tendría entonces treinta y siete años, y quizá era profesor de fantasía o de algo por el estilo. Seguro que, con su carácter silencioso y un poco torpe, habría conseguido que el corazón de Isabelle palpitara con fuerza. Y seguro que habría robado flores para ella. Pero Isabelle nunca supo que existía un Robert que seguramente habría podido hacer todas las cosas que ella esperaba del «indicado». De todos modos, es solo mi modesta opinión, ¿y a quién le interesa?

De pronto, me sentí cansado. Por primera vez desde hacía mucho tiempo volvió a presentarse el descontento por todos mis impedimentos. Cuánto me habría gustado

hablarle a Isabelle de la pequeña verdulería de la place d'Italie, y preguntarle si aún existía, si tal vez podría averiguar qué había sido de Robert. Quizá estaba muy cerca.

Sin embargo, Isabelle prefirió seguir con el profesor de literatura, que después de una fiesta quiso enseñarle a toda costa una primera edición de vete tú a saber qué libro («¿No es increíble, Mon ami?»). Pero él también quedó excluido rápidamente cuando Isabelle se enteró de que estaba un poquito casado («Muy astuto, ¡y yo he picado como una tonta!»).

Menos mal que me había mudado con ella a París: esta vez, la crisis duró más, sufrió durante casi dos semanas.

—Creo que ya estoy hasta las narices del amor, Mon ami —dijo, cuando se recuperó—. Ese profesor idiota ha estado a punto de romperme el corazón. No volverá a pasarme. Ahora me concentraré en los estudios, y si el destino quiere ya me enviará al indicado.

Pero el destino tenía prevista otra cosa antes para Isabelle. Ni más ni menos que una verdadera catástrofe. Ocurrió el 4 de noviembre de 1966, y yo no me enteré de nada. No es de extrañar, puesto que Isabelle prefería comentar los sucesos de actualidad con sus compañeros de estudios antes que conmigo.

«Mon ami, tenemos que ir a Florencia» fue lo único que me comunicó el 8 de noviembre antes de meterme en la bolsa de viaje. También se llevó un impermeable, botas de agua, una bufanda, dos jerséis de lana, dos leotardos, tres vaqueros y todo tipo de ropa de abrigo. Las faldas y las joyas se quedaron en el armario, igual que los pañuelos de algodón y las blusas elegantes. Daba la impresión de que se preparaba para una expedición al Polo. Pero ¿acaso Florencia no estaba en Italia?

Victor siempre había hablado maravillas de aquella ciudad, de los edificios, de las colecciones de arte y de la enorme biblioteca. Los literatos de Bloomsbury habían discutido durante semanas sobre una novela en torno a Florencia que había escrito su colega E. M. Forster, que había emigrado a la India. Era una historia de crítica social sobre una chica que viajaba a Florencia con su terrible prima, en la pensión le daban una habitación sin vistas y se enamoraba de quien no debía. Recuerdo que Victor dijo en su defensa:

—Sí, pero Florencia puede ponerte un poco sentimental.

Siempre había imaginado que Italia era en general cálida y, gracias a Victor, que especialmente Florencia era una ciudad preciosa.

Cómo puede equivocarse uno.

Florencia apestaba. Olía a rayos y se hundía en el fango. Habíamos ido a parar en medio de una catástrofe que había provocado daños inimaginables. Y por eso

precisamente habíamos ido. No a admirar las bellezas de la ciudad, sino a salvarlas.

Así era Isabelle. No podía quedarse quieta, quería ayudar sin falta. Y quizá vivir una aventura chiquitita de paso. No se anduvo con rodeos, sino que hizo la maleta. Creo que no tenía ni idea de dónde se metía cuando subió con sus cinco compañeros de estudios (y conmigo) al tren de Florencia.

¡Viajamos en tren! Magnífico. Me encantaba ir en tren. Era mi forma preferida de locomoción. Te brindaba tiempo.

De camino, no hubo más tema de conversación que las inundaciones. Hablaban todos a la vez, y yo intenté atar cabos desesperadamente.

¿Llevaban consigo lo necesario? ¿Necesitaban de verdad un saco de dormir? ¿Podrían ayudar realmente? ¿Cuál sería su tarea? ¿Qué les esperaba? ¿Sabría alguien francés? ¿Qué había resultado más dañado? Poco a poco parecieron darse cuenta de que el entusiasmo los había hecho partir precipitadamente. Estaban nerviosos.

Agradecí mucho que un joven tomara la palabra y arrojara un poco de luz al asunto:

—Escuchad lo que pone en el periódico —dijo, y su voz ahogó el traqueteo rítmico del tren:

El agua alcanzó los seis metros de altura en las calles cuando la noche del 4 de noviembre el Arno se desbordó. El país estaba de celebración, puesto que el 4 de noviembre es el Día de la Victoria para los italianos. En 1918, en esa fecha acabó la Primera Guerra Mundial para Italia. Sin embargo, en Florencia pronto no hubo nadie para celebraciones. Hacia las dos y media de la madrugada, el Arno inundó el barrio de Nave a Rovezzano. Una ola de tres metros de altura anegó primero el barrio de Gavinana y, poco después, también San Niccolò. Hacia las seis y media de la mañana del 4 de noviembre, el Arno alcanzó Santa Croce y allí también causó estragos. Las casas, los comercios, los museos, las iglesias y las bibliotecas no resistieron el embate del agua. Una hora después —a las 7.26—, se fue la luz. Pasados unos días, los relojes eléctricos seguían marcando esa misma hora. Lo ocurrido el 4 de noviembre es la peor catástrofe que ha golpeado a Florencia en siglos. Económicamente, las consecuencias para Italia pueden ser insoportables, por no hablar de los daños materiales ocasionados en el arte y la cultura.

El diario florentino *La Nazione* informa de que han caído entre 45 y 50 millones de metros cúbicos de agua en la ciudad. Numerosos negocios están al borde de la ruina, y hay edificios inhabitables. Los dueños de las tiendas de Ponte Vecchio suponen que sus mercancías se encuentran en algún lugar de las inundaciones; armarios enteros, estanterías e incluso cajas fuertes fueron arrastrados por el aluvión. Sin embargo, los más afectados han sido los museos y las bibliotecas. Todavía no han sido evaluados los daños que el barro, el agua y el fuel han provocado. Según los primeros datos, han resultado gravemente afectados dos de los tesoros artísticos más célebres del mundo: la *Santa Cena* de Taddeo Gaddi ha resultado gravemente dañada, igual que el *Crucifijo* de Cimabue, una obra de cuatro metros de altura del siglo XIII. No obstante, solo son ejemplos de la devastación que han causado las aguas del Arno. Hasta ahora no se sabe cómo la ciudad controlará la catástrofe. Según un portavoz del Ayuntamiento, están en estado de emergencia: «Las condiciones de abastecimiento son críticas, el agua potable está en gran medida contaminada y el alcantarillado no puede absorber el fango. Los cadáveres de animales muertos extienden el riesgo de contaminación. Damos las gracias a todos los que nos echen una mano y aceptamos con gusto donaciones y ayuda. Es indignante ver que el legado de la cultura europea amenaza con desaparecer insalvable en el barro».

Los chicos callaron. Yo también me había quedado sin habla. Aquello parecía realmente una catástrofe devastadora y, por lo visto, la había originado la naturaleza.

En esa ocasión, los humanos no parecían ser los responsables.

—Ir es lo correcto —dijo una chica con voz aguda—. Como historiadores del arte, tenemos la obligación de salvar los objetos de nuestro estudio. ¿Sobre qué vamos a doctorarnos si no es sobre los grandes maestros?

Se oyó un murmullo de aprobación.

—Por fin cobra sentido nuestra carrera —dijo Isabelle—. Soy amiga de la práctica. Ahora, al menos por una vez, podemos hacer lo correcto.

En la estación sacó de la bolsa las botas de goma. Oí la voz de Isabelle mientras estaba agazapado dentro de la mochila. Parecía saber por dónde había que tirar.

—Tenemos que bajar por aquí, hacia el río. Creo que hay que ver sin falta el Ponte Vecchio antes de ir a la Biblioteca Nazionale.

—¿Se puede ir así, sin más? —preguntó temerosa la chica con la voz aguda—. ¿No será peligroso?

—Ya lo veremos —contestó Isabelle—. De todos modos, pasaremos por delante. Nos viene de camino, por así decirlo.

El grupo se puso en marcha. Hablaron poco. De vez en cuando, alguien decía: «Mirad». Y: «Cielo santo». Lo único que yo percibía era el creciente hedor. Cuanto más nos acercábamos al río, peor olía.

—Oh, Dios mío, un caballo muerto flotando —exclamó horrorizada una de las chicas—. Es repugnante. Oh, ¡cómo apesta!

Se detuvieron. Oí el murmullo bronco del agua. Al parecer, habíamos llegado al Arno.

—Increíble —dijo un chico—. Mirad, las tiendecitas del puente no tienen paredes. El agua se lo ha llevado todo por delante.

A mis oídos llegaron voces italianas que hablaban alto. La gente gritaba y la desesperación en sus voces se asemejaba a la que conocía de los tiempos de la guerra, cuando la gente no encontraba sus casas después de un ataque aéreo.

En los andares de Isabelle noté que tenía que estar muy consternada. Titubeaba, caminaba tres metros, volvía a pararse. Ardía en deseos de hacerme una idea de lo que se veía alrededor.

Nos instalamos en la segunda planta de la Biblioteca Nazionale Centrale. Nuestro campamento era un camastro plegable. Isabelle me puso sobre la pequeña almohada que había llevado consigo, y desplegó el saco de dormir. Miré a mi alrededor. La sala era altísima, y las ventanas también; era una sala de biblioteca, utilizada para fines ajenos y abarrotada. Camastros hasta donde la vista alcanzaba, bolsas, trastos, botellas, latas, todo revuelto. Isabelle eligió una cama en un rincón del fondo. Yo

sabía que no dormía bien cuando había mucha gente alrededor. Tenía el sueño ligero. Por todas partes había grupos de hombres y mujeres, un vocerío babilónico resonaba en las paredes de mármol.

Oí francés, alemán, italiano, inglés, holandés, incluso noruego. Agucé los oídos. La voz era de una mujer joven al final de los veinte. Tal vez treinta acabados de cumplir. Guri, pensé. Guri. Estar en Italia encajaría con ella. Volver a encontrarme encajaría con ella. Intenté observarla con más detalle, pero me daba la espalda. No pude ver nada. Ni aquel día ni al siguiente. El tercer día, desapareció.

Mientras yo seguía entretenido con la voz de la noruega, Isabelle se puso los calcetines de lana, los vaqueros viejos, el jersey grueso y otra vez las botas de goma. Se inclinó hacia mí y dijo en voz baja:

—Mon ami, parece que hemos vuelto a ser más rápidos que los bomberos. Aquí hacemos falta.

Con esas palabras se levantó y se reunió con su grupo, al que saludó un señor vestido con un pantalón de peto y un impermeable. Probó a lo internacional:

—*Buongiorno, hello*. Me llamo Ugo Procacci, soy el director general de la Uffizi y mi tarea es poner un poco de orden en este caos. Solo quería decirles cuánto me alegra y cuánto les agradezco que hayan emprendido este viaje para salvar el arte. Hay mucho trabajo, y duro. Mi colega de la biblioteca les explicará exactamente lo que tienen que hacer. Les doy las gracias. De verdad. Para nosotros, son ángeles de la salvación. *Angeli del fango*. Gracias, *grazie*.

El grupo aplaudió y se adelantó otro hombre. Parecía cansado.

—Buenos días, soy el director Emanuele Casamassima. Esta biblioteca es una de las más importantes de Italia. Es mi vida. He invertido muchos años en montar nuestra colección, y no descansaré hasta que sepa que están lo bastante a salvo los objetos de incalculable valor que se reúnen aquí. Les estaré agradecido, a todos y cada uno de ustedes, hasta el final de mis días por ayudar con su compromiso y buena voluntad. La planta baja, con más de tres mil metros cuadrados, quedó completamente anegada por el aluvión; la primera planta estuvo sumergida un metro y medio en el agua hasta hace unos días. Según un cálculo aproximado, han sufrido daños 1,2 millones de volúmenes, entre los que se cuentan cien mil volúmenes de la valiosa colección Magliabecchi. Nuestro catálogo, con casi ocho millones de fichas, ha quedado prácticamente ilegible. A ello se añade la hemeroteca, con más de cuatrocientos mil periódicos, y cincuenta mil infolios de la Palatina...

Cogió aire.

No me hacía a la idea del alcance de los daños, y las cifras no me decían nada, excepto que parecían increíblemente altas. Pero la voz temblorosa de aquel hombre subrayaba la gravedad de la situación.

Aunque Isabelle solo buscaba una aventura, allá la esperaba un verdadero reto.

Casamassima continuó hablando:

—Máquinas de escribir, suministro eléctrico, ascensores, todo está estropeado. Su tarea consistirá en primer lugar en retirar el fango, que se ha abierto paso hasta el rincón más recóndito del edificio. Para que se hagan una idea: en estos días, a cada habitante de Florencia le corresponde aproximadamente una tonelada de fango. La humedad es el peor enemigo del papel, por eso hay que secar las salas lo más rápidamente posible. No me pregunten cuánto se tardará. No lo sé. Procederemos paso a paso. Hay que desinfectar las salas, limpiar los libros, descifrar las signaturas. No se puede prever el final.

Respiró hondo. El grupo calló emocionado.

—Vamos al trabajo —dijo—. Florencia se lo agradecerá.

Repartieron cubos y palas, y los jóvenes pusieron manos a la obra. No volví a ver a Isabelle durante el resto del día.

Estaba impresionado. Aquella catástrofe era distinta de la guerra. Excepcionalmente, los humanos no tenían la culpa de la desgracia que les había ocurrido. Y mi corazoncito de oso de peluche se alegró al ver que ingleses y alemanes, italianos y franceses trabajaban codo con codo y se ayudaban sin decir palabra.

Cuando Isabelle apareció de nuevo, iba sucia y apestaba. Si no fuera un enemigo declarado de las duchas y los baños, quizá le habría aconsejado que se lavara. Pero no había agua limpia en la ciudad, el lodo del río también había cortado el suministro de agua.

—Si *maman* lo supiera —dijo Isabelle, y rió bajito—. Le daría un patatús.

Tu olor también puede provocar un patatús...

No me figuré que la cosa iría a peor. Isabelle se restregó el fango seco de la cara y se tumbó rendida sobre la cama.

Sin más palabras, sin cenar y sin lavarse los dientes, se metió en el saco de dormir, me cogió en brazos y se durmió al cabo de unos segundos. La velé, vigilé sus sueños intranquilos y procuré darle fuerzas para el día siguiente.

La luz plomiza del sol entraba a través de las ventanas de la biblioteca, cegadas por la suciedad y la lluvia. El ejército de colaboradores que nos rodeaba se fue despertando poco a poco para empezar un nuevo día con cubos llenos y brazos cansados. Isabelle saltó de la cama más deprisa que de costumbre.

—Mon ami —me susurró al oído—, esta es la mayor aventura en la que he participado.

Ya me lo imagino.

—Es muy emocionante, como si fuera una buscadora de tesoros. Sabes, esos

libros son únicos y tienen un valor increíble. Trabajas con la pala, y de repente aparece un gran volumen encuadernado en piel, con un aspecto muy misterioso.

Me metió en el saco de dormir, todavía calentito, de manera que me asomara la nariz —muchas gracias—, se calzó las botas y se reunió con sus amigos de París.

Pude verlos al otro extremo de la sala, alrededor de una pequeña estufa de gas. Calentaban latas de conserva y servían vino.

Oí la voz aguda de la chica de París que siempre encontraba pegas:

—¿No hay café? ¡No puedo beber vino tan pronto por la mañana!

—Me temo que no —dijo un joven italiano—. No tenemos agua potable. Pero no te preocupes, un traguito de buena mañana ahuyenta las penas y las preocupaciones... Y también el dolor de espalda.

Los demás rieron.

Pensé en el viejo Brioche. Seguro que opinaba lo mismo. Quizá la teoría no carecía de fundamento.

Isabelle se sirvió resuelta y chocó su taza contra la del italiano.

—Brindo por eso —la oí decir.

Sonreí. Nunca le había costado adaptarse a las circunstancias. Menos mal que en casa la habían acostumbrado a beber vino en las comidas.

—Chin chin —dijo el italiano, y preguntó—: ¿Cómo te llamas, hermosa diosa del vino?

Vi cómo lo miraba. Entonces pareció fijarse bien en él por primera vez. Sus cabellos oscuros y rizados, su nariz recta y sus labios carnosos a la romana. Isabelleladeó un poco la cabeza.

Oh, no, ¡eso no era buena señal!

—Isabelle —dijo coqueta—, ¿y tú, Casanova?

—Stefano. El primer mártir, y también héroe. ¿Te apetece cenar pizza conmigo?

—Sí, ¿por qué no? —contestó Isabelle ingenuamente.

—Estupendo. Y te enseñaré un poco de italiano...

—¡Oh, eso me iría muy bien! —dijo entusiasmada, y mordisqueó el pan seco que alguien le había alcanzado—. Mi italiano es pésimo.

No pude por menos que poner los ojos en blanco. ¡Primer mártir y héroe! Imposible pasar por alto que era un engreído y un arrogante, pero Isabelle había caído en la trampa de sus comentarios baratos. ¡Desde luego! Los celos afloraron en mí y se pusieron en marcha como un pequeño motor que zumbaba. Pero no de alguien así, pensé.

Aquel día, el chico continuó metiéndosela en el bolsillo y haciéndole entre guiños de complicidad comentarios con doble sentido, que ella no entendía. No sé si porque sus conocimientos de italiano eran malos o porque se dejaba cegar por el físico perfecto de Stefano. Era obvio que quería gustarle. Cambió su forma de gesticular, su

conducta y hasta el timbre de su voz. Apenas la reconocía. Había puesto rumbo hacia lo inevitable sin inmutarse.

—Stefano es muy elegante, ¿no crees, Mon ami? —me preguntó una noche—. Y es tan increíblemente guapo.

Sí, eso es indiscutible. Pero ¿y qué?

—Y es divertido.

¿En serio?

—Me gusta.

¿Qué sentido tenía oponerse? A Isabelle le gustaba aquel engreído, y, quién sabe, a lo mejor me había equivocado y detrás de sus camelos superficiales se ocultaba un hombre sensible.

La tercera noche, Isabelle se puso unos vaqueros limpios, se pasó la mano por el pelo corto y se pellizcó dos veces en cada mejilla para intentar no parecer tan blanca. Con la ayuda de un pequeño espejo de bolsillo, se pintó los labios con carmín.

—Mon ami —dijo—. Tengo una cita con Stefano, ¿qué me dices?

¿Qué quieres que te diga? Ya lo sé.

—A ver qué hay de cierto en ese rumor sobre los italianos guapos.

Carraspeé. No valía la pena alterarse. Además, tú no eres su madre, me reprendí, sino un oso. A paso ligero y con el bolso negro colgando, desapareció toda ilusiónada.

En mitad de la noche, algo cayó ruidosamente junto a nuestra cama.

—¡Silencio! —gritó alguien.

No podía ver nada. Era oscuro y del exterior apenas entraba luz en el edificio porque la corriente eléctrica aún no se había restablecido del todo. Otra vez ruido.

Isabelle.

Está borracha, pensé. Ahora se tumbará en la cama y repetirá la frase: «Mon ami, estoy enamorada». Las penas comenzarían de nuevo desde el principio. Ahora que ya nos habíamos olvidado del profesor y ya no teníamos que escuchar únicamente a Joan Baez, sino que los Beatles también entraban en el programa. Me preparé interiormente.

—Venga, *topolina*. Unas caricias más.

¿Qué?

—No —oí decir a Isabelle—. Déjame. No me encuentro bien.

—Ah, ya, no te encuentras bien. Pues hace un momento estabas estupendamente. Stefano. Aquel individuo repugnante.

—Me sientan mal esos cigarrillos de hachís. Por eso no me encuentro bien.

La había visto fumar alguna que otra vez, pero, aparte de que luego siempre olía raro, nunca me había percatado de que fumar le sentara mal.

—¿Por un porrito de nada? ¿Pues para qué fumabas?

—Quería probarlo.

—¿Y me lo agradeces dándome calabazas? Venga, no te pongas así.

¡Quítale las manos de encima a Isabelle!

—Para, me haces daño. Te estás pasando.

Se oyó como si pelearan. Alguien se cayó de la cama. Otra vez ruido. Isabelle. Noté su cuerpo familiar.

—Ahora se hace de rogar la pequeña —dijo Stefano con sarcasmo—. Siempre pasa lo mismo con vosotras, francesitas estrechas. *Porca miseria!*

—Déjame en paz, *stronzo*. Vete a fumar porros con otra.

No sabía que Isabelle dominara las palabrotas en italiano. ¡Bravo! ¡Bravo!

Stefano se inclinó sobre ella. Oí sus voces muy cerca.

—Me has estropeado el plan —dijo en voz baja y amenazadora—. Te aconsejo que no vuelvas a hacerlo nunca más.

Oí la respiración agitada de los dos. Isabelle tenía miedo, lo noté perfectamente. Pero ¿por qué no huía?

—Pero tienes unos pechos pequeños y suaves —prosiguió Stefano, hablando entre dientes—. Demasiado bonitos para...

Oí que intentaba quitarle la ropa a Isabelle.

—¡No! —la oí decir con voz ahogada—. ¡Déjame!

—*Vaffanculo* —gritó de repente una voz desde la oscuridad—. *Lascia la ragazza in pace!*

—Mierda —masculló Stefano, y se apartó de Isabelle—. Mierda.

La empujó de mala manera cuando intentó levantarse.

—*Puttana!*

Cuando Stefano desapareció en la oscuridad, Isabelle se incorporó lentamente y lo miró alejarse en las sombras. Luego se dejó caer sobre la cama, me cogió en brazos y se echó a llorar quedamente.

—No hay nada detrás de esos machos. Absolutamente nada —me dijo al oído, mientras se sorbía los mocos—. Yo solo quería ir a cenar con él.

Pobre corderito.

—Y además, todos hemos venido aquí a ayudar. ¿Quién iba a esperarse que hubiera alguien así?

No podía ofrecerle ninguna respuesta. Nadie espera nunca que puedan hacerle algo malo, y ocurre muchas veces. No todos llevan la bondad en el corazón, eso lo tuve muy claro cuando conocí a Brioche.

Isabelle se durmió sin siquiera taparse, exhausta. Intenté confortarla tanto como pude.

No hay quién entienda a las personas, pensé. Todo aquello no tenía nada que ver

con el amor.

A la mañana siguiente, a Isabelle le costó salir de la cama. Tenía los párpados hinchados y me di cuenta de que había perdido todo su ímpetu. Se vistió con desgana. Mi pequeña Isabelle resistía valerosa.

Observé desde la cama lo que sucedía en la cocina provisional. Stefano sostenía un vaso de vino y se reía a carcajadas de un chiste que él mismo había contado. No se dignó mirar a Isabelle, le dio un pellizco en el trasero a otra y esparció su encanto empalagoso.

Isabelle se escabulló enseguida. Manoseó inquieta el paquete de cigarrillos que llevaba en el bolsillo del pantalón y se encendió uno. La seguí espantado con la mirada. Y no logré librarme de la sensación de que alguien más la observaba.

Me parecía que vivíamos desde hacía una eternidad en aquel extraño mundo de lodo y frío. En una atmósfera cargada de euforia, determinación y espíritu combativo.

Los «ángeles del fango» se convirtieron en una comunidad unida. Comían y bebían juntos, dormían en la misma sala y vivían según sus propias reglas. Daba la impresión de que se sentían realmente ángeles. Se elevaban por encima de las cosas, y sobre ellos brillaba la aureola de los cooperantes voluntarios. Florencia estaba a sus pies.

Isabelle se había rehecho gracias a esa estrecha unión. Trataba a Stefano como si no existiera y pasaba por delante de él orgullosa y con la cabeza bien alta. Lo ignoró antes de que él pudiera ignorarla. *Mademoiselle* Marionnaud no se dejaba humillar tan fácilmente. No por un..., en fin. Pasaba noches enteras discutiendo con los demás cooperantes sobre quién hacía mejor música, si los Rolling Stones o los Beatles (nosotros estábamos a favor de los Beatles), y sobre si valía la pena ver las películas de Truffaut o eran absurdas (nosotros estábamos a favor de ir a verlas). Juntos echaban pestes del capitalismo y la guerra de Vietnam (yo no sabía nada del capitalismo, y no tenía ni idea de dónde estaba Vietnam. Si he de ser sincero, aún no lo sé, pero jamás habría pensado que, después de la terrible guerra de los años cuarenta, un país volvería a ir a la guerra voluntariamente. ¿Es porque mi cerebro de oso de peluche no da más de sí, o son las personas las que no dan más de sí?). En aquellas noches frías de invierno en Florencia, a aquellos jóvenes nunca se les acababan los temas de conversación y yo escuchaba con los oídos muy abiertos. Los admiraba. Tenían mucha fuerza y energía.

Retiraban incansables el barro con las palas. Mientras yo vigilaba aquel mar de camas abandonadas, desde la planta baja me llegaban sus gritos.

—Formaremos una cadena —gritó alguien—. Pasad los cubos. *Hey you, send the*

bucket over here! Move on, move on!

—¡No tan deprisa! —gritó otro—. Las chicas no pueden ir tan deprisa.

—¿Qué? ¡Repíte eso! —gritó indignada una joven.

—¡El sexo débil no puede ir tan deprisa!

Se oyeron risas, luego un grito y enseguida un guirigay de voces; chillaban y reían.

¿Qué estaban haciendo? Parecía que se arrojaran barro.

—Eh, en la cara no, guarro —oí decir a una voz de falsete.

Luego, Isabelle:

—¡Esta me la pagas! ¡Toma!

¿Iba dirigido a Stefano? Esperé que sí. Tendrías que comer barro, tú, que te atreves a abusar de mi Isabelle.

La voz del director Casamassima puso fin al barullo.

—Por favor, por favor, *signori*, señores, por favor —exclamó—. Se trata de la literatura. ¡Por favor!

Las risas se apagaron. Lástima, parecían tan desenfadadas. Pero el director era severo. Pronto volvió a oírse el rascar de las palas. Habían vuelto al trabajo.

—Somos los héroes de Florencia, sin nosotros estarían perdidos —se rebeló un inglés con voz profunda—. ¡Tenemos derecho a divertirnos un poco!

El afán de ayudar se transforma rápidamente en presunción, pensé.

—Creo que tiene razón. No estamos en un campo de trabajos forzados —se sumó una chica.

El murmullo aumentó.

—No. Lo hacemos voluntariamente —dijo un italiano—. Y si a alguien se le han pasado las ganas, puede marcharse.

—Pues en marcha, Batman —replicó secamente el inglés—. Todavía quedan un montón de libros por salvar.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Se les había subido la fama a la cabeza? Me pregunté qué opinaría Isabelle, la aventurera, del asunto. Pero ella tenía otras cosas en la cabeza.

Cuando el tiempo libre y las fuerzas lo permitían, Isabelle sacaba su pequeño bloc y su lápiz, y dibujaba. Había plasmado sobre el papel todos los acontecimientos importantes de su vida, con colores vivos o con un ligero sombreado. Se sentaba en la cama con las rodillas levantadas y hacía bocetos con trazos rápidos en el bloc. Florencia tenía muchas impresiones que ofrecer.

Bosquejó una silla de madera que estaba sola en el enorme charco de la piazza dei Cavalleggeri, y tituló el dibujo *Respiro*. Esbozó un Volkswagen escarabajo que giraba por la base de una gran escultura de mármol, con la puerta del maletero abierta como

la boca de un pez y la rueda de recambio dentro como una buena presa. Debajo escribió: «Tráfico fluido». Sin embargo, el que más me impresionó fue el dibujo de dos hombres. Estaban sentados debajo de un puente en medio del río. Uno sobre el respaldo de una silla medio hundida, el otro sobre una mesa torcida. Llevaban gafas de buzo y aletas, y parecían examinar lo que habían encontrado en las profundidades marrones del Arno. «Pescadores de perlas», escribió Isabelle debajo.

Otro día dibujó un esbozo que representaba un puente con muchas casitas. Las ventanas estaban rotas. Colgaban retales de ropa, alfombras y todo tipo de cachivaches decorativos. «Coyuntura del aluvión», ponía debajo. Me recordó las casas bombardeadas de Colonia.

Más tarde dibujó una caricatura con trazos rápidos y furiosos, concisos y seguros. Era el atractivo Stefano. Su pelo rizado tenía un aspecto pringoso, la nariz era demasiado larga y la lengua colgaba ansiosa de su boca. Esa era la manera de Isabelle de acabar con un asunto. Stefano recibía su merecido, incluso sin ponerlo públicamente en la picota.

El último dibujo era un auténtico retrato. Me sorprendió. La cara me sonaba. Era del chico italiano que había llegado dos días después que nosotros y le había tocado una cama tres filas más allá. Sus rasgos delicados se ocultaban detrás de unas gafas negras, y solo aparecían cuando se iba a la cama y plegaba las gafas con cuidado antes de dejarlas junto a la almohada. Tenía una nariz fina, los pómulos marcados y unos labios carnosos casi femeninos.

Isabelle lo había dibujado con gafas, pero había conseguido captar la expresión de su rostro. El cabello le caía en un flequillo largo justo hasta los ojos, que miraban pensativos al espectador. *Gianni* era el título. Nada más. Seguro que no lo había dibujado sin algún motivo. Solo immortalizaba sobre papel lo que le parecía importante.

Era obvio que se me había escapado algo. El corazón de Isabelle había corregido el rumbo a la chita callando y bajo cuerda, y yo no me había dado cuenta.

¿Qué es eso de tener secretos para tu oso de peluche? Al fin y al cabo, soy tu confidente. ¿Era él quien te miraba la otra mañana? Porque yo noté una mirada. ¿Fue él quien echó a Stefano?

Isabelle no me reveló nada. Aquel nuevo rumbo parecía tan secreto que Isabelle no se dio cuenta de hacia dónde conducía hasta que ya hacía tiempo que había emprendido el camino.

Quizá el episodio con Stefano la había vuelto más prudente. Tal vez no se fiaba de sus sentimientos. Me asaltó la sospecha de que su corazón ya había vuelto a abandonar el plan de que el amor colgara temporalmente los hábitos. Ya solo faltaba que su cabeza estuviera convencida.

Por mí, su cabeza podía tomarse tranquilamente su tiempo, aunque, por razones

de seguridad, me preparé con sentimientos encontrados para la llegada de un nuevo intruso a mi territorio.

Isabelle se tumbaba todas las noches a mi lado y me pasaba el pulgar por el punto de consuelo. Ahora lo dirá, pensaba entonces. Ahora dirá: «Mon ami, creo que estoy enamorada».

Pero no pasaba nada. Callaba, y su cabeza siguió fiel a su propósito. Tal vez estaba demasiado rendida para enamorarse, si es que eso es posible, cosa que yo no puedo juzgar, claro.

Pero una vez alerta, a un oso de peluche no se le escapa nada.

Gianni miraba a veces a Isabelle cuando todos se tiraban de noche en la cama, muertos de cansancio y llenos de mugre. Mientras yo boqueaba desesperado en busca de aire fresco y procuraba asomar la nariz fuera del saco de dormir para escapar al olor de Isabelle, cada vez más intenso, veía perfectamente que su mirada cansada vagaba hacia nosotros y se detenía en la cabellera desgredada de Isabelle hasta que a él también se le cerraban los ojos. Eso era todo.

¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Qué había sido de la Isabelle que se abalanzaba hacia cualquier meta que se hubiera fijado como una ola en la playa? ¿Me había equivocado? ¿Había fallado mi intuición de oso?

¿Y qué me estaba ocurriendo a mí? Me sorprendí deseando que pasara algo. Pero nunca los veía juntos, ni una mirada larga por encima de las ollas de aluminio con pasta, ni un roce casual durante la cena. Nada. Nada que hubiera hecho palpar el corazón de un oso de peluche.

Llegó el día en que ya se había retirado el grueso del barro. Pero el trabajo no disminuyó. En las paredes había humedad, igual que había humedad en todo. Incluso mi piel parecía húmeda al tacto, y no lograba librarme de la sensación de que incluso mi interior estaba en cierto modo lleno de moho. Seguro que aquel clima no era lo que se dice beneficioso para mí.

A Isabelle la destinaron a las labores de secado. Había que tratar las paredes con talco, que absorbería la humedad. En vez de negra de barro, se metía en la cama blanca como la cal. Se le pegaba por todo, a la ropa y al pelo. Parecía un fantasma. Y entonces, cuando el mes de diciembre entraba en su tercera semana, el fantasma me susurró al oído las palabras tan esperadas.

—Mon ami, creo que estoy enamorada. No puedo evitarlo. He intentado reprimirme, pero mi corazón hace simplemente lo que quiere.

Lo sabía.

—Es Gianni. El italiano de la fila 34.

Nosotros dormíamos en la fila 31.

—Ya me dirás qué hago ahora. Hablo tan mal italiano.

Yo te ayudaría, si pudiera.

—Es muy atento. Y creo que también está un poquito loco.

¿Como tú?

—Como yo.

Hmm.

—Además, creo que yo también le gusto.

Eso te lo puedo dar por escrito.

—Tiene una sonrisa tan bonita... —dijo soñadora, y cerró los ojos.

Al cabo de unos segundos, cuando ya pensaba que se había dormido, abrió los ojos de nuevo y murmuró:

—¿Y si es como Stefano?

Jamás de los jamases. Intuición de oso de peluche.

—Pero no creo —dijo, intentando disipar sus propios reparos—. Por algo existe la intuición femenina.

Luego se durmió.

Le deseé felices sueños y cuidé de que nadie la molestara.

En pequeños gestos y pocas palabras, Isabelle había dado con un sentimiento que perseguía desde hacía años, como un perro a su propia cola. Me alegré.

¿Me alegré? ¿Qué estaba ocurriendo? Isabelle se enamoraba ¿y en mí no surgía ni una chispa de inquietud ni de celos? No me entendía a mí mismo. Esperé un día, dos días, tres días, y aunque Isabelle había entrado en un estado de romanticismo casi mortal, esos sentimientos no afloraban. Y de repente supe por qué: aquel Gianni era el indicado.

Una noche, mientras Isabelle todavía limpiaba firmas a la luz de una lámpara mortecina, el chico le dejó una flor sobre la almohada. Justo a mi lado. Dicho sea de paso, fue el primer olor agradable que percibí de cerca en semanas. Era una flor naranja con un botón marrón oscuro en el centro. Era sencilla, nada especial, pero con toda seguridad robada. Sonreí satisfecho. Gianni me dedicó una mirada entre interesada y divertida, pero no me cogió, solo tiró del saco de dormir hacia arriba para que nos tapara, a mí y a la flor, y se fue sin hacer ruido. Esa noche, cuando Isabelle se dejó caer a mi lado en la cama, no vio la flor. Y la aplastó. Me habría gustado avisarla, pero ¿qué podía hacer yo?

La misma canción de siempre.

Palpó con mano cansada en mi busca, se detuvo en seco, titubeó y se movió cuando, en vez de mi brazo, notó la flor entre los dedos. La sacó, la estrujó aún más contra su pecho y sonrió feliz.

La noche siguiente, Gianni se sentó en nuestra cama.

Yo no me refería a eso. Tal vez era el indicado, ¡pero no en nuestra cama!

Isabelle ignoró mis objeciones. Se echó a un lado. Los dos quedaron de frente, sentados con las piernas cruzadas, y conversaron chapurreando inglés, francés e italiano.

—Me palpita el corazón —dijo Isabelle.

—¿Qué?

—Mi corazón palpita.

—Así es como debe ser —dijo él sonriendo.

—Sí —dijo ella, y le devolvió la mirada—, digamos que es un requisito.

—Uno de los más importantes para vivir.

Isabelle calló. Él estiró el brazo y le acarició suavemente la mejilla con un dedo. Vi que ella cerraba lentamente los ojos y parecía disfrutar del contacto. Carraspeé para mis adentros.

Perdón, no estáis solos. ¿No podríais ser un poco más considerados?

—Tengo la piel de gallina —susurró ella.

—¿Qué es eso? —susurró él.

—Una sensación preciosa.

—Bien —dijo él.

—Muy bien —dijo ella.

Se miraron. Luego él se le acercó y la besó en la boca.

Por favor, ¡esto ya es demasiado privado!

Le cogió la cabeza con las dos manos y le acarició suavemente la cara con los pulgares. Ella levantó las manos y le hizo lo mismo.

Tierra, trágame. Yo lo sabía todo sobre el amor en el corazón, pero ¿qué sabía sobre el amor de los cuerpos? ¡Nada! Y no estaba seguro de querer saber más cosas en aquel momento. Podía dar fe de lo agradable que es que alguien te acaricie. Seguro que a mi pequeña Isabelle la inundaban oleadas de bienestar cuando él la tocaba de aquel modo. Y seguramente a él le pasaba lo mismo. Sabía que uno nunca se cansa de que lo acaricien con ternura. Y que un aliento ajeno en la oreja puede hacerte cosquillas hasta en la boca del estómago. Temeroso, me pregunté qué sería lo próximo que se les ocurriría.

Durante un rato no dijeron nada. Luego, ella preguntó:

—¿Conoces a Audrey Hepburn?

—Estuvo a punto de atropellarme con la Vespa en el Coliseo. En Roma...

Isabelle lo miró con los ojos abiertos como platos.

—Yo tenía ocho años, y me pareció muy valiente y guapísima.

—¿Viste el rodaje de *Vacaciones en Roma*?

—Hice de extra.

Eh, Isabelle, ¿qué te parece?

—Increíble.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque, desde que cumplí ocho años, siempre he creído que Audrey Hepburn lleva dentro el amor —dijo Isabelle con voz queda, y casi me pareció que se avergonzaba un poco de esa convicción infantil.

Eh, un momento, yo llevo dentro el amor.

—Puede que también otros lleven dentro el amor, ¿no? —susurró él.

—Eso espero —dijo Isabelle, y siguió con el interrogatorio—. ¿Te gusta Botticelli?

—A partir de hoy, no —contestó Gianni, y se apartó el flequillo largo de la frente. Isabelle lo miró decepcionada.

—Tú eres más hermosa que sus Venus.

Se puso colorada. Isabelle se puso colorada. Nunca la había visto así.

—Aunque te pongas colorada.

Se puso más colorada. No pude evitar reírme. Quien mucho pregunta recibe muchas respuestas.

—Eres un adulator terrible.

—Pero también un adulator muy simpático.

—Sí —dijo Isabelle lentamente—. Muy simpático.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Pues claro.

—¿Por qué estás aquí?

La pregunta la sorprendió. Reflexionó un momento. Se lamió el labio superior y se lo mordisqueó.

—Porque casi amo tanto el arte como la aventura —dijo luego.

Gianni sonrió con la respuesta.

—¿Puedo preguntarte otra cosa? —dijo Isabelle.

—Eso ya era una pregunta.

—Pues entonces, otra.

—Puedes hacerme tantas preguntas como quieras.

—¿Sabes arreglar bicicletas?

—No —contestó él.

—¿No?

—No.

Oh, oh. Pensé en el pobre Jaques, al que mandaron a paseo por su falta de maña con las reparaciones. Tras una breve pausa, Isabelle lo miró a los ojos.

—No importa.

—Si tú lo dices —dijo Gianni.

Se miraron, y él la besó otra vez. Largamente. Yo estaba ensimismado.

—Tu lengua sabe a melocotón —dijo ella al apartarse un poco de él, y lo escrutó con la mirada.

—¿Te gustan los melocotones?

—Me encantan los melocotones.

Va en contra de mi discreción entrar en más detalles. Intenté lo mejor que pude no mirar y no seguir escuchando. Finalmente, cuando se estrecharon cariñosamente y se metieron en el saco de dormir de Isabelle, me caí de la cama. Y eso estuvo bien.

Fue la primera noche en mucho tiempo que pasé sobre el suelo frío, pasando inadvertido y sin que nadie me echara de menos. Pero eso también estuvo bien, porque sabía que Isabelle era feliz. ¿Y qué hay más importante para un oso de peluche, mejor amigo y ayudante?

A la mañana siguiente Isabelle me recogió del suelo. Gianni todavía dormía, la abrazaba fuerte por detrás y respiraba en su nuca.

—Esta noche casi he perdido el sentido, Mon ami —susurró—. ¿Sabes qué significa eso?

Que si supiera arreglar bicicletas, sería el indicado.

—Creo que es el indicado.

—¿Con quién hablas? —murmuró soñoliento Gianni.

—Avec Mon ami —contestó Isabelle en voz baja.

—Ah, claro. Tu oso.

—¿Cómo lo sabes?

—El otro día le pedí tu mano.

Isabelle intentó volverse hacia Gianni.

—No te preocupes, dio su aprobación —dijo él, con los ojos todavía cerrados.

—Pues me alegro. Es la primera vez que lo hace.

Se rieron y se sacaron el sueño de la cara a besos.

Dejé pasar aquellas dos mentirijillas inocentes. Les di mi bendición en silencio.

Aquella noche los dos ángeles del fango se subieron a una nube y salieron flotando. Puedo hablar de suerte, porque me permitieron acompañarlos en aquel viaje, a mí solo. Se elevaron muy por encima del frío húmedo de los antiguos muros, muy por encima del caos. Y me di cuenta de que el espíritu aventurero de Isabelle se desplazaba cada vez más de la salvación de la cultura hacia el descubrimiento de Gianni y Florencia. Cuando tenían un minuto libre, salían furtivamente y desaparecían por las calles y callejuelas, donde se acumulaban muebles y basura.

Donde había cristales rotos tirados por el suelo, donde reinaba el ajetreo. Allí parecían encontrar todo el romanticismo que solía buscarse en Florencia. Admiraban el encanto morboso de la desolación, se admiraban mutuamente y no parecían cansarse de mirarse a los ojos, de sentir la mano del otro mientras contemplaban juntos los niveles que había alcanzado la riada en las paredes de los edificios, los letreros torcidos en la piazza dei Giudice o el pequeño lago que se había formado entre la Galería Uffizi y el Palazzo Vecchio.

—Lástima que no tengamos una cámara —dijo Gianni una noche—. Se podrían fotografiar tantas cosas.

—Yo he dibujado lo que he visto —dijo Isabelle.

—¿Me enseñarás los dibujos?

—Son de uso personal.

—¿Y yo no?

—Sí, pero...

—Por favor.

Isabelle sacó el bloc de dibujo y Gianni lo hojeó lentamente, boceto a boceto.

—Este soy yo —dijo de repente, sorprendido.

—Eso parece.

—Eres una caja de sorpresas.

—Tú también. Salta a la vista.

Isabelle le estrechó la mano, y el amor creció dentro de mí hasta alcanzar el tamaño máximo. Estuve a punto de estallar de felicidad, pero Stefano lo impidió. Pasó deambulando junto a nuestra cama, donde Isabelle y Gianni estaban sentados de lado, con el bloc de dibujo sobre las rodillas.

—Vaya, míralos —dijo despectivamente—. La francesita y el empollón.

—Lárgate —dijo Gianni, ausente.

Isabelle agachó la cabeza.

—Te has buscado una pequeña *puttana*, romano. ¿Ya te ha contado que le gusta montárselo con hombres casados?

Hija mía, ¿qué le has contado?

Isabelle miraba al suelo. Noté que las palabras de Stefano le habían llegado al alma.

—Esfúmate, Stefano. ¿Tan poco éxito tienes que te dan envidia los demás?

—No, es solo que no me gustan las mujeres manoseadas.

Aquella frase resonó por toda la sala, rebotó en las paredes y volvió hacia nosotros con el doble de rabia. Me pitaron los oídos con aquel insulto.

Isabelle se levantó de un salto y le dio una bofetada en la cara que le dejó marcada a fuego la huella de los cinco dedos.

—¡Maldito cerdo! —gritó Isabelle, y la voz le falló por la excitación—. ¡Maldito

cerdo asqueroso!

Toda la sala miró hacia nosotros.

Me quedé boquiabierto. Todos se quedaron boquiabiertos.

El director Casamassima se separó del grupo, se acercó y le puso una mano a Isabelle encima del hombro.

—Isabelle. Aquí no se toleran las peleas —dijo el director con determinación.

—Pero él... Él ha...

—Me da igual lo que haya ocurrido. Simplemente, no quiero peleas. Haga el favor de controlarse.

¿Qué se había creído aquel director? Isabelle no tenía la culpa. ¡Era a Stefano a quien había que reprender y echar!

Isabelle volvió a bajar la cabeza.

No se lo consientas. ¡Defiéndete! ¡Vamos!

Cuando volvió a levantar la cara, estaba roja de rabia y vergüenza. Deseé que explotara, deseé que se enfrentara al director y a Stefano. Quería gritar:

No es justo, esto es una faena. ¡Usted qué sabrá!

—No volverá a ocurrir. Descuide —dijo Isabelle, despacio y controlada. Las mejillas le ardían y su boca, decidida, se había convertido en una delgada línea.

—Está bien —dijo Casamassima—. Olvidemos el asunto. Tenemos mucho que hacer.

Stefano la miró triunfal. Pero Isabelle no se dejó intimidar. Si las miradas mataran, habría caído muerto en cuestión de segundos.

—Bueno, entonces, no me defraude —dijo el director.

Y se fue.

Stefano miró a Isabelle durante dos segundos con sus ojos negros furibundos, y luego dijo:

—Por lo que sé, Casamassima está casado. ¿No te interesa?

Gianni sujetó férreamente a Isabelle, y vi que ella se aferraba a su mano con rabia impotente.

El guapo de Stefano giró sobre sus talones y desapareció entre los demás ángeles del fango.

Gianni miró a Isabelle y dijo:

—No me lo habías contado.

—No crearás que lo que ha dicho Stefano... —balbuceó desesperada Isabelle.

Él sonrió.

—Me refiero a que no me habías contado que eras campeona de boxeo —dijo Gianni, y la besó.

Ahora sé que Isabelle se hizo un poco mayor aquella tarde. Mucho más de lo que le

habría permitido cualquier tipo de estudios o carrera. Sin embargo, en aquella época me sorprendió su control y pensé que bien habría podido mostrar un poco más de la acostumbrada rebeldía. Bueno, un oso de peluche también tiene que madurar, aunque nadie se lo note.

La Navidad se acercaba. Ya iban cuarenta y cinco veces para mí. Había dejado de contarlas, pero entretanto he echado la cuenta. Solo por la cifra. Cuarenta y cinco es una buena cifra, creo.

El aire se enfrió, el invierno llegó también a Florencia y la humedad no quería desaparecer de los muros ni de la ropa. Para caldearse, Isabelle y Gianni iban siempre a un pequeño restaurante de la via di Neri, donde el dueño les ofrecía espaguetis con salsa por poco dinero y un vaso de vino de la casa gratis.

Se habían intercambiado las camas con otros y ahora dormían juntos. Sus manos colgaban toda la noche fuertemente entrelazadas sobre el pequeño abismo de quince centímetros que los separaba. Entretanto, yo también tenía sitio en la cama con más frecuencia. Puesto que, por así decirlo, era padrino de boda, ni a Gianni ni a Isabelle se les ocurrió desterrarme. Gianni incluso me hablaba a veces.

—Tu dueña está un poco chiflada —dijo un día—. Esta mañana me ha raptado en el trabajo.

¿Y eso?

—Quería llevarme sin falta a Fiesole. Es un pequeño barrio en lo alto de las colinas. Todo porque en un libro antiguo he leído una escena de amor que transcurre allí arriba. Quería comprobar a toda costa si aquel lugar sigue siendo tan romántico como antes, cuando escribieron la obra... Después de cuarenta años.

—¿Y qué? —Isabelle intervino en nuestra conversación—. ¿Era verdad o no?

—Quería que me colocara en el borde de un claro del bosque y gritara «*Courage*» hacia el valle. «*Courage and love*». Como el hombre de ese libro inglés. Tu dueña está chiflada.

¿Cuarenta años? ¿Un libro inglés? Supe con certeza de qué libro hablaban, y sonreí. Bueno, Victor, aquí tenemos la Florencia romántica.

Se echaron a reír.

—Esto es lo más importante —dijo Isabelle.

—Lo más importante es que estamos juntos —contestó Gianni en voz baja, y se quitó las gafas—. Tengo que decirte una cosa, Isabelle —prosiguió.

Se me cortó la respiración. Ese tipo de avisos no promete nada bueno. Vi que Isabelle también ponía cara de sorpresa. Y temor.

Alguien tropezó en algún sitio con una puerta. Metió ruido.

—No puedo quedarme aquí en Navidad.

Respiré. Era eso. Había temido que fuera algo serio.

—Oh —dijo solamente Isabelle.

—Por lo visto, mi madre no se encuentra muy bien. Me ha pedido que pase las Navidades con ella en Roma.

—Yo me quedaré, estoy demasiado lejos de casa.

—Preferiría estar contigo. Pero no puedo desilusionar a mi madre. No tiene a nadie más que a mí.

—No pasa nada —dijo Isabelle, tragando saliva—. Seguro que también se queda alguien más. Stefano, por ejemplo.

Sonrió torciendo el gesto.

—Oh, vamos. Solo serán unos días. Estaré aquí para Fin de Año. Y empezaremos juntos el año nuevo.

—Sí —dijo ella—. Lo haremos.

Hizo un gran esfuerzo por mantener la calma. Conocía a mi Isabelle. Tragó saliva con dificultad y procuró ocultar la desilusión. Seguro que ya se había imaginado encendiendo una vela con Gianni (y quizá también conmigo; un poco de esperanza está permitida) y celebrando la Navidad.

—¿Cuándo te vas?

—Pasado mañana.

—¿Pasado mañana, ya? —exclamó ella, y su voz sonó más espantada de lo que había previsto.

—Cuanto antes empecemos, antes acabaremos —replicó Gianni, y le sonrió con tristeza.

El tiempo pasó volando. Los dos se escabullían de la biblioteca cada vez con más frecuencia, pero nadie se lo tomó a mal. Estando tan cerca la Navidad, se ejercía un poco de indulgencia, por amor al prójimo.

—No alargaremos la despedida —dijo Isabelle mientras Gianni preparaba sus cosas el 22 de diciembre.

¡Os estáis despidiendo desde hace tres días!

—Tienes razón. Lo dicho. Total, solo son unos días.

—Sí —contestó ella, y tosió—. Tengo un regalo para ti.

—Yo también para ti.

Se sonrieron.

—*Buon Natale!* —dijo él.

—*Joyeux Noël!* —imitó ella—. Pero no lo abras hasta llegar a casa. ¡Trae mala suerte!

—Creía que eso solo pasaba con los regalos de cumpleaños.

—No, también con los de Navidad.

—Bueno, pues tú tampoco puedes abrir el mío hasta Nochebuena.

Isabelle asintió con la cabeza.

—Y ahora, me voy.

—Está bien.

—Volveré pronto.

—Sí.

Gianni abrazó a Isabelle, y yo no pude por menos que pensar en la despedida de Marlene y Friedrich. Sentí escalofríos.

—*Ciao* —dijo Gianni—. *Ciao*.

—*Adieu*.

Dio media vuelta y se fue. Llevaba colgada a la espalda su mochila verde, que se balanceaba a cada paso. Al llegar a las escaleras, se detuvo y se volvió.

—*Courage* —gritó bien alto—. *Courage and love!*

Luego levantó la mano y saludó. Isabelle rió entre lágrimas y contestó al saludo.

La tos empeoró. Aquella misma noche, sonaba como a lata vacía. A la siguiente, como una sirena de barco estropeada. A pesar de todo, Isabelle trabajó como una posesa para llenar el vacío que había dejado la partida de Gianni.

Debajo de la manta hacía un calor increíble. Isabelle sudaba y sudaba. Le castañeteaban los dientes y cada vez me estrechaba más fuerte. El día de Nochebuena se encontraba tan mal, que dejó que los amigos que se habían quedado en Florencia fueran solos a la pizzería.

—No estoy para fiestas —dijo en tono de disculpa cuando Philippe, de la pandilla de París, le preguntó qué le pasaba.

—Estás muy pálida —dijo el chico—. ¿No te encuentras bien?

—Solo es un poco de tos. Ha hecho frío últimamente —subrayó la frase con su tos de cubo metálico vacío.

—¿Quieres que vaya a buscar un médico? —preguntó Philippe—. Esa tos suena fatal.

—No —contestó Isabelle—. No es tan grave. Solo necesito dormir mucho.

—¿Estás segura?

Isabelle asintió con un gesto de cabeza. A mí me pareció que la propuesta del chico era de lo más sensata. Había soportado varios resfriados al lado de Isabelle, noches de fiebre, agotamiento, pero nunca había parecido estar tan grave. Y nunca se había perdido una fiesta. Hasta entonces, si se presentaba la oportunidad, siempre había experimentado una curación milagrosa.

¿Y ahora incluso renunciaba a celebrar las Navidades? ¿Tanto echaba de menos a Gianni que había enfermado de soledad? ¿Y yo? Una vez más, no podía ayudar.

Philippe miró dubitativo a Isabelle.

—Te traeré una taza de té. Por si acaso.

—Gracias, eres muy amable.

Isabelle volvió la cabeza lentamente, se ciñó aún más el saco de dormir empapado en sudor y se durmió.

La oscuridad cayó sobre la sala de la biblioteca. Los demás ángeles del fango se habían ido, contentos y despreocupados, a disfrutar de esa noche y a celebrar lo que habían llevado a cabo. Escuché atentamente la respiración de Isabelle. Su pecho subía y bajaba con un ruido ronco. A veces, un temblor le recorría el cuerpo, y estaba más inquieta a cada minuto que pasaba. Comprendí que Isabelle no tenía un simple resfriado. Isabelle estaba enferma. Mientras dormía, me estrechaba con fuerza. Su pulgar me acariciaba el punto de consuelo en la barriga, cada vez más débilmente. Me dio la sensación de que se iba.

¡Isabelle! ¡No te vayas!

Su respiración se hizo más lenta. Me entró pánico cuando su pulgar dejó de moverse.

¡Isabelle!

Siguió inmóvil. Cuando Philippe se acercó a media noche a la cama, intentó despertarla. Pero no hubo manera de reanimar a Isabelle.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza le caía lánguidamente a un lado; solo sus manos no aflojaban. Con una rodeaba el pequeño regalo de Gianni y con la otra, a mí.

Llamaron a una ambulancia.

No recuerdo los días posteriores. Se difuminan en una niebla de aire hospitalario, médicos con bata blanca y enfermeras. Isabelle yacía sobre una cama limpia y blanca, detrás de una mampara blanca, y nos rodeaban unas paredes blancas peladas.

Y de pronto apareció Jules.

Dios, cuánto me alegré de verlo. No sé cuánto tiempo habría podido mantener la moral alta yo solo. Me había sentido tan perdido en brazos de la inmóvil Isabelle... Le había contado historias, como si pudiera escucharme; historias divertidas, historias de mi vida; había charlado con ella ininterrumpidamente, le había hablado con insistencia.

Creo que lo hice más bien para tranquilizarme. Al fin y al cabo, ella no podía oírme. Y, aun así, pensé con cabezonería que tal vez la inconsciencia era el estado en que las palabras de un oso de peluche podían llegar a oídos de una persona, cuando ningún ruido perturbaba la atmósfera.

Jules se sentó en una silla junto al lecho de su hija, le acarició el pelo desordenado y susurró:

—Hija mía, ¿qué cosas se te ocurren?

—*Papa* —susurró cansada Isabelle—. ¿Qué haces tú aquí?

—He venido para llevarte a casa, *ma petite*.

—Pero yo tengo que quedarme aquí... —Le falló la voz.

—Chist..., chist..., chist, va todo bien. Ahora solo tienes que recuperarte.

—Qué día es...

—Has estado inconsciente mucho tiempo, tesoro. Pero ahora todo irá bien.

—Tengo que esperar...

—Sí, todavía falta para que te restablezcas del todo. Has tenido una pulmonía grave.

Su tos de cubo metálico vacío resonó a modo de respuesta.

—Pero yo...

—Mañana volveremos a casa. *Maman* te preparará un buen caldo y crepes, como a ti te gusta —dijo Jules, y se frotó los ojos.

Isabelle parpadeó cansada.

—¿Dónde está su regalo? —preguntó—. Mi regalo.

—Lo encontraremos, no te preocupes.

—¿Ha acabado la guerra? —preguntó al cabo de un momento de manera apenas audible.

Jules la miró impotente y yo presté atención, sorprendido.

—¿Están los niños a salvo?

—Sí, tesoro, no tienes por qué preocuparte —dijo Jules tranquilizándola, y yo me pregunté si Isabelle me habría estado escuchando.

Jules nos llevó a casa, a Fleurie, en su Peugeot verde. Por la ventanilla del coche desfilaron ciudades y paisajes, mientras Isabelle dormía estirada en el asiento de atrás. El motor rugía y las montañas eran cada vez más altas, el aire cada vez más frío y la nieve cada vez más abundante. Jules paró un par de veces a repostar, y en algún momento se frotó los ojos cansados y llamó a la puerta de un hotel, donde un conserje malhumorado nos dio una habitación. Observó con escepticismo al hombre con una chica medio muerta en brazos, pero no objetó nada cuando Jules le pidió enérgicamente una taza de té y un bocadillo.

Pasó otro día hasta que por fin llegamos; las montañas eran cada vez más pequeñas, la nieve menos abundante y el aire unos grados más cálido. En un momento dado divisamos Lyon y, finalmente, el primer cartel que indicaba el camino al conocido Fleurie.

Pasó más de una semana hasta que Isabelle se recuperó lo suficiente para poder comer y beber sola. Enero ya había cumplido dos semanas cuando su firmeza y su voluntad, siempre inquebrantable, cobraron vida de nuevo.

—*Maman*, ¡no lo entiendes! —protestó—. Tengo que volver a Florencia. Gianni

me está esperando.

—Cariño, no sé quién es ese Gianni, pero ni soñar siquiera con salir de casa. Creo que no comprendes tu estado.

—Pero yo lo amo. Y él no sabe qué ha ocurrido.

—Alguien se lo habrá contado. Ya verás como da señales de vida.

—Pero no sabe dónde estoy. No tiene nuestra dirección.

—Todo se arreglará. Tú no te preocupes.

Pero Isabelle se preocupaba. La consumía la añoranza.

—No lo soporto más, tengo que ir a Florencia.

—Esta tarde vendrá el médico, esperemos a ver qué dice —dijo Hélène para tratar de calmar a su hija, y le pasó un paño húmedo por la cara pálida.

—¡Le habéis dicho que me lo prohíba! —despotricó Isabelle, tan pronto como el doctor Maloncours salió por la puerta—. Ha sido idea vuestra. No queréis que vaya. Y ya casi estoy curada.

—Isabelle, el doctor Maloncours te ha prohibido el clima húmedo. No pienso discutirlo contigo. Te quedarás aquí, *compris*? —dijo Hélène con determinación y dejó a su hija con el enfado.

—Mon ami, ¿qué voy a hacer? ¿Qué pensará Gianni de mí? Y no sé dónde vive. ¿Cómo voy a encontrarlo?

Pensé en la ardua y penosa búsqueda de Marlene y me pregunté si nosotros conseguiríamos encontrar a Gianni. ¿Qué posibilidades había?

—¿Quién piensa en darse la dirección cuando solo te despides por unos días?

Estaba desesperada, y yo la comprendía mejor que nadie. Conocía a Gianni. Sabía que era el indicado. ¿Hasta qué punto pretendía ser cruel el destino? ¿Acaso pretendía separar para siempre por un maldito capricho navideño a dos personas que estaban hechas la una para la otra?

Al cabo de dos meses, cuando aún no se habían recibido señales de vida de Gianni y se habían enviado todas las cartas a las veintitrés familias Bontempelli o Bomtempelli (Isabelle no sabía cómo se escribía exactamente el apellido de Gianni) y no hubo respuesta, salvo nueve escritos negativos lamentándolo, dio la impresión de que el destino así lo había querido.

—¿Tanto me equivoqué, Mon ami? —me preguntaba casi todas las noches—. ¿No me está buscando?

No lo sé, pero no podemos perder la esperanza.

Cuando también pasó el verano, se cosechó la vendimia y hacía tiempo que Isabelle estaba curada, todos los esfuerzos seguían sin dar resultado. Gianni seguía como si se lo hubiera tragado la tierra.

¿Cómo describir el cambio que se produjo en el rostro de Isabelle? Era tan

minúsculo que solo se le notaba si se sabía distinguir entre una arruga de reír y una arruga de llorar. Si se conocía el rasgo de su boca que indicaba felicidad o desdicha.

La desdicha se había instalado en la boca de Isabelle, en su corazón y en su alma. Solo Gianni habría podido cambiar algo, pero no lo hizo.

Alguien ha metido la llave en la cerradura. Oigo voces, más de una. Una mujer. Dos hombres. ¡Es la escritora! Por fin. Entran. Ojalá pudiera ver mejor.

—Siéntese, por favor —dice la voz de hombre.

—Ya he estado demasiado rato sentada. Solo quiero llevarme mi oso de peluche y coger el próximo avión a Munich.

¡No me ha abandonado! La cabeza me da vueltas de la alegría.

—Ahora tiene que firmar aquí, conforme el peluche es de su propiedad.

—Nunca lo he negado.

—No, pero tiene que hacerlo delante de testigos. De lo contrario, después podría afirmar que no era suyo.

—Pues claro que es mío. Me tienen hasta las narices, en serio.

—Haubenwaller, usted también tiene que firmar, haga el favor.

¿Haubenwaller? ¡El soldado de frontera! Oh, ¡un rayo de esperanza en el horizonte!

—Escúcheme, señor Haubenwaller —murmura la escritora—. Quizá usted sea un poco menos testarudo que su colega. ¿No cree usted también que esta situación es totalmente ridícula?

—Bueno —contesta Haubenwaller—, después del 11-M, todos gritaron pidiendo nuevas medidas de seguridad, y ahora que las tenemos, no les parece bien.

—Tampoco hay que exagerar.

—Si hace el favor de identificar al oso y luego firmar aquí —interviene el funcionario—. Usted no es la única que quiere que se resuelva este asunto.

El rostro de la escritora aparece sobre mí. Alivio.

¡*Me alegro de verte!*

—Sí, es Henry —dice.

Me zumban los oídos.

Henry. Ha dicho: «Sí, es Henry». Sabe mi nombre. Sabe quién soy. Me conoce. No puede volver a irse nunca. Henry. Sí, es Henry. Soy Henry. Henry N. Brown. Henry. Después de tantos años.

Habría saltado de la caja y estallado de alegría. Entonces tendrían su explosión.

El funcionario murmura algo incomprensible, Haubenwaller carraspea y la escritora pregunta:

—¿Y ahora qué?

—Ahora subirá con nuestra compañera, que a lo mejor le ofrece una taza de café, y esperaremos el resultado de la exploración del objeto sospechoso. A continuación, puede tener un montón de problemas o derecho a una indemnización, económica, naturalmente.

—Nunca había visto nada igual —murmura la escritora—. En serio, esto es... Pero, bueno, acabemos de una vez. De todos modos, le digo una cosa: usted no se irá a casa hoy hasta que me devuelvan el oso de peluche.

—¿Me está amenazando?

—No, por Dios. ¿Cómo se le ocurre? —La escritora monta en cólera y luego añade secamente—: Es que soy adivina, ¿sabe?

—Vámonos, por favor —dice el funcionario, esforzándose por mantener la calma. Haubenwaller ríe con disimulo, lo oigo perfectamente.

La puerta chirría.

¡No! ¡Quédate! Por favor, ¡quédate!

Se van.

No me ha abandonado. Bien. Lucha por mí. Bien. Pero el peligro todavía no ha pasado.

Aun así, su rebeldía me consuela. Sí, uno aprende a contentarse con poco. En toda mi vida, quizá me han consolado como es debido dos o tres veces. Al estilo de: «Oh, pobre Doudou, has pasado toda la noche fuera, solo y con este frío». O bien: «Oh, pobre Ole, se te está cayendo una oreja». Pero ¿aparte de eso? Nadie me ha dicho nunca: «Tu situación es verdaderamente terrible. Comprendo que a menudo te sientas fatal cuando no puedes moverte». O bien: «Es tristísimo que no puedas compartir conmigo tu infinita sabiduría. Tiene que ser terrible no poder proteger a los demás de las tonterías». Nada similar.

Pero así es el reparto de papeles:

Todo sentimiento que se me muestra es verdadero y sin reservas.

Todo amor es sincero y profundo mientras dura, y de mí se espera nada menos que sea retornado sin protestar y multiplicado por diez.

Todo temor con el que me estrechan es tan penetrante como solo el miedo puede serlo. Y de mí se espera nada menos que lo mitigue y consuele de inmediato.

Nadie me ha hecho nunca teatro, nadie ha querido nunca engatusarme, nadie me ha mentado nunca.

Hay que ser un oso de peluche para recibir respuestas sinceras, pero, lo que es consolarte, nadie te consuela nunca.

Consuelo

Estaba sentado con la espalda apoyada contra el pie de latón de una lámpara de mesa. La pantalla amarilla de la lámpara se alzaba por encima de mí. Cubría la guardia nocturna.

La mayoría de los huéspedes ya se habían ido a la cama; solo quedaba una anciana sentada fuera, en la terraza, mirando hacia abajo, a la ciudad. Tanto de día como de noche, la vista era fantástica. Comprendía que la gente fuera allí a buscar paz, a huir de la vida cotidiana y a dejarse mimar.

Sería una noche tranquila, como tranquilas habían sido todas las noches desde que vigilaba la recepción de la pequeña Pensione Bencistà.

El signore Simoni me había dejado la luz encendida, quizá para que no me sintiera solo, pero seguro que también para que los huéspedes no tropezaran con las alfombras en la oscuridad. El hombre había hecho la ronda, había inspeccionado las puertas rutinariamente. Había espantado al gato para que saliera fuera y había puesto agua en la jaula del canario, había metido el dedo en el tiesto del ficus que había junto a la ventana para comprobar si la tierra estaba bastante húmeda. Luego, había pasado detrás de la mesa de recepción, de madera de caoba maciza, había despejado la superficie de trabajo y había examinado con la mirada el armario de las llaves que tenía detrás, donde había una casilla para dejar notas o correo debajo de cada cartelito blanco con el número. Todas las casillas estaban vacías. Después, había apagado las demás luces.

—Bueno, bueno —había murmurado—. Pues ya está todo en orden.

Salió a la terraza. Oí su voz.

—*Buonasera*, signora Bartoli, ¿va todo bien? ¿No tiene frío?

—Ah, signore Simoni —dijo la anciana, sorprendida—. No, no tengo frío. Va todo bien. Todavía me quedaré un ratito aquí sentada.

—Como quiera. Le dejaré una luz encendida.

—*Grazie*.

—*Buonanotte*.

Luego el silencio cayó sobre el gran edificio. A través de las ventanas abiertas se oía cantar a los grillos. Era una noche suave, apenas corría la brisa. Agosto tocaba a su fin.

Me sentaba bien llevar una vida tranquila haciendo de peluche de hotel en aquel antiguo edificio de Fiesole, entre aquellos muros llenos de historias. Los años locos parecían haber acabado. Había cumplido sesenta años hacía un mes. Había brindado mentalmente conmigo mismo y me había dado una palmadita en el hombro.

Sesenta... ¿Viviría aún Alice? Pasaría ya de los ochenta. ¿Tanto tiempo hacía desde que nos sentábamos juntos en la butaca, en Bath, y hablábamos de William?

Sesenta... Un motivo para ponerse un poco nostálgico, y no precisamente una edad en la que se desee volver a empezar otra vez desde el principio. Tampoco si eres un oso de peluche. Deseas continuidad, orden y un poco de tranquilidad, pero no quieres retirarte todavía, quieres tener una tarea.

Yo tenía una tarea. Consistía en dar la bienvenida a los huéspedes de la Pensione Bencistà, ofrecerles una acogida lo más calurosa posible y arrancarles una sonrisa tan pronto como entraban en nuestra casa. En otras palabras, me habían asignado una tarea importante, que en cierta manera me había consolado de que, cinco años atrás, Isabelle hubiera decidido definitivamente seguir su propio camino, y sin mí.

No fue una sorpresa. Si he de ser franco, se había ido perfilando. No obstante, con toda la esperanza ingenua de un oso de peluche, había albergado la fantasía de que podría ser Mon ami Marionnaud hasta el fin de mis días, y que Isabelle y yo seguiríamos juntos hasta que la muerte nos separara. Pero se lo prometió a otro, y quizá una frase como esa solo puede aplicarse una vez. No lo sé.

Isabelle fue a las barricadas por aquel entonces, después de que Gianni desapareciera de su vida. En su memoria, de Florencia no había quedado más que un montón de ruinas. Sin embargo, la pulmonía le había dejado huella: Isabelle padecía asma. Pero eso no le impedía ir a todo gas.

No fui el único que observó preocupado aquella evolución. Jules y Hélène también le lanzaban largas miradas a su benjamina, que rebosaban inquietud y preocupación. Pero Isabelle se sublevó. Contra todo. Y si no caí en desgracia fue única y exclusivamente porque yo no podía expresarme: visto así, por fin mi condición, normalmente tan inútil, presentaba una ventaja.

Isabelle experimentó un cambio. Una mañana se despertó y la nostalgia por Gianni y la tristeza que se había instalado alrededor de su boca se habían convertido en una furia salvaje.

Antes de lo previsto, en octubre de 1967, regresó a París.

—No soporto más tanta mojigatería burguesa —le echó en cara a su madre, que la miraba desesperada.

—No te entiendo. ¡Nosotros solo queremos lo mejor para ti!

—¡Pues elegid a otro presidente! Y ocupaos de que nunca más vuelva a haber

guerra.

—Ay, *ma belle*, ¡tú ya sabes lo que pienso!

—No. Y deja de llamarme «*ma belle*». Me voy a París. *Maman*, ya soy adulta, y sé lo que me hago. Quiero acabar los estudios.

Hélène meneó la cabeza, Jules miró por la ventana y nos dejaron marchar.

Isabelle luchó.

Luchó contra el vacío que tenía en el corazón, y existían suficientes medios para llenar ese vacío. El nuevo año tenía preparadas bastantes ocasiones para despacharse. La gran revolución de los estudiantes de la Sorbona le vino como anillo al dedo. Todo lo que llevaba tiempo bullendo en su interior se derramó. Se dio cuenta de que no era la única que estaba furiosa. No defendía sola su opinión, eran miles los que estaban dispuestos a salir a la calle para manifestarse contra las estructuras fosilizadas y exigir más libertad. Se podían gritar consignas, tirar adoquines, manifestarse y debatir. Ella hizo todo eso con pasión.

¿Que si me parecía bien? ¿Qué voy a decir? Yo me quedaba en casa, encima de la papelería de la rue Racine, no muy lejos de la place d'Odéon, y miraba asustado por la ventana. Vi a los estudiantes levantando barricadas en las calles con adoquines y árboles caídos, y a la policía castigándolos con gases lacrimógenos. Vi cómo quemaban coches y pegaban carteles en las paredes y eran perseguidos por unidades enteras de la gendarmería. No permitían que la autoridad quebrantara su voluntad.

Todo eso, ¿puede parecerle bien a un oso pacífico y sencillo?

En aquellos días, algo incontenible flotaba en el aire. La voluntad de rebelarse. No sabía de dónde procedía. No conocía el contexto y no comprendía nada de la política dominante, pero notaba que los jóvenes estaban haciendo algo para decidir por ellos mismos su realidad.

Las consignas volaban a mi alrededor como balas de cañón, y retumbaban hacia mí desde las paredes de los edificios. Revolución, libertad, comunidad, capitalismo, anarquismo, Vietnam, poder del Estado, Mao, Che. Palabras que incitaban a las personas, las volvían rebeldes y les hacían apretar los puños.

No tenía mucho sentido añorar los viejos tiempos, cuando Isabelle me llevaba en la cesta de la bicicleta por el aire fresco de mayo, sin nada más en la cabeza que jugar.

Ya no invitaba a sus amigas a escuchar música en casa, sino a confeccionar pancartas. Los tiempos habían cambiado, y nosotros con ellos.

—¿Has estado en la manifestación? —preguntó Isabelle mientras escribía en rojo: DEBAJO DE LOS ADOQUINES, LA PLAYA, sobre una vieja sábana.

—Por supuesto. Dany *le Rouge* estuvo fantástico. Siempre da en el clavo.

—Me pareció genial cuando dijo que queremos anular la fractura entre la teoría marxista y la práctica del comunismo —elogió Isabelle—. No se puede expresar

mejor.

—Exacto. No me parece justo que los burgueses digan que es un agitador. Todo lo que dice tiene pies y cabeza —dijo la pelirroja Céline.

Extendió delante de nosotros un único mantel y preguntó:

—¿Escribo «Seamos realistas, pidamos lo imposible», o mejor «El arte no existe, ¡el arte eres tú!»?

—Mejor el de realistas —contestó Isabelle—. Tiene más garra.

Céline puso manos a la obra.

Reconozco que a mí también me gustó aquella consigna. Desde ese punto de vista, hasta hoy he sido siempre realista. Nunca me he conformado, siempre he esperado al menos lo imposible, aunque pocas veces ha dado frutos.

Durante aquellas turbulentas semanas de mayo, Isabelle paró poco en casa. A veces iba a buscar un jersey o a cambiarse el chaleco forrado de piel por el abrigo de lana porque todavía refrescaba y el asma la afectaba más que nunca. Tosía y fumaba, y yo la veía cada vez más pálida y cansada. Pero también me di cuenta de que su tristeza desaparecía. Luchar la ayudaba. Siempre la había ayudado.

Cuando las batallas campales en las calles acabaron a finales de mayo, cuando se desconvocó la huelga general, cuando ya volvíamos a tener luz y por la radio llegó la noticia de que De Gaulle había anunciado nuevas elecciones —fueran cuales fueran las consecuencias—, Isabelle también fue recuperando poco a poco la tranquilidad. La tormenta había cesado, pero su corazón continuaba cerrado a cal y canto. Sin entrada, para nadie.

Pasarían dos años más hasta que oí de nuevo la frase: «Mon ami, creo que estoy enamorada». Dos años durante los cuales Isabelle no rehuyó ninguna aventura y desafió a la vida casi con violencia. Se dejó crecer el pelo, llevaba pantalones acampanados y experimentó con sustancias extrañas con las que o bien se ponía insoportablemente contenta o bien le daba un bajón terrible. Lo probó todo. Solo se mantuvo alejada de los hombres.

Yo estaba sentado en el alféizar de la ventana, observando los acontecimientos. Con creciente desconfianza. ¿Qué había sido de mi pequeña Isabelle? ¿De la heroína del fuego, de la niña con la voluntad más férrea, de la chica que estaba tan decidida a encontrar el amor?

—¿Sabes qué, Mon ami? —me masculló al oído, después de zamparse una tanda de galletas marrones que había cocinado ella misma—, no comprendo a qué viene eso del amor libre. Todos piden a gritos el amor libre. Yo no necesito un amor libre. No tengo amor. El amor es cosa de idealistas y de idiotas. ¿Dónde está el amor? No existe. Lo sé, créeme. Perfectamente.

Luego se durmió.

Dos días más tarde, cuando por fin despertó de verdad, le costó salir de la cama. Después de estar diez minutos sentada sobre el colchón mirando al vacío, se levantó a duras penas y se metió debajo de la ducha. Estuvo mucho rato duchándose. Luego se plantó en el cuarto con la toalla enrollada al pecho, miró alrededor y dijo en voz alta:

—Se acabó.

Casi pareció que lo dijera Hélène.

Poco después nos trasladamos a Roma. ¿O huimos? No lo sé. No hace falta comentar que ocurrió en contra de la voluntad de sus padres, que aún tenían muy vivo el recuerdo de cómo había acabado su última estancia en Italia.

Isabelle aprendió italiano, siguió sus estudios universitarios con voluntad de hierro y se examinó. Compartíamos piso con otras dos estudiantes en la via Claudia. Isabelle lo había alquilado solo porque desde el balcón (si se ponía de puntillas y se estiraba) podía ver el Coliseo. Encima de la cama colgó un póster de los años cincuenta que mostraba a una pareja montada en una Vespa.

Paulatinamente fui reconociendo de nuevo un poco de la antigua Isabelle. Ya no intentaba ser otra persona, ya no se encerraba en una habitación sombría con música sombría. Y seguía defendiéndome.

—Este es Mon ami —me presentó a Francesca y a Madeleine cuando nos instalamos.

Las dos compañeras de piso estaban en la habitación de Isabelle y me dedicaron una mirada dubitativa. A Madeleine se le escapó una risita.

—Es mío. No hay ningún motivo para burlarse —dijo Isabelle severamente, y continuó sin rodeos—: Y ahora, si me hacéis el favor de explicarme las reglas de la casa... ¿O aquí cada una hace lo que quiere?

No pude evitar reírme. Madeleine enmudeció y Francesca dijo:

—Compramos por turnos la leche, el café y el pan. Se limpia una vez a la semana; estudiar, solo en casos de urgencia; sexo, solo con la puerta cerrada; drogas, solo compartidas. ¿Más preguntas?

Por un instante, Isabelle pareció insegura. Luego, Madeleine soltó otra vez una risita.

—Entendido —dijo Isabelle—. Si me olvido de cerrar la puerta, ya me lo recordaréis.

Por lo que puedo juzgar, las tres chicas tenían una vida despreocupada, cuyo único problema consistía en que las tres andaban cortas de dinero. Isabelle solucionó el dilema buscándose un trabajo en el museo. Francesca prefería buscar amigos que la mantuvieran, y de hecho no solían faltarle invitaciones a comer o a cenar. Si traía a

algún chico a casa, entonces era algo serio. Madeleine lo simplificaba y se pasaba el día durmiendo, con lo cual casi nunca tenía que gastar dinero.

Después de que Isabelle me presentara con tanto hincapié, me permitieron participar de la vida en la cocina. Naturalmente, me pareció muy bien, puesto que ya había pasado demasiado tiempo en la habitación de Isabelle en París y me hacía ilusión el cambio. Lo único que me molestaba era el humo del tabaco, tan denso que podía cortarse y que flotaba en nubes azuladas por la cocina hasta anidar a conciencia en mi pelo. Cuando los Beatles se separaron, las tres no solo fumaron como chimeneas, sino que también se emborracharon. La noche acabó siendo un poco de mal gusto. Siempre me ha asombrado que la gente recurra a la botella en los momentos difíciles. No parecía sentarle igual a todo el mundo. No obstante, deseé poder probarlo alguna vez, en lugar de tener que aguantarlo siempre todo sin ninguna ayuda.

Mi lugar estaba sobre el anaquel, apoyado contra la caja para los gastos de la casa, una vieja lata de café casi siempre vacía, y escuchaba las conversaciones; contento, a veces un poco solo, pero siempre con una buena visión panorámica. Por eso yo lo vi primero.

Fue en junio de 1970, un domingo caluroso, lo recuerdo perfectamente. Isabelle había cerrado los postigos por la mañana para que el piso no se caldeara tanto; de esa manera, los cuartos de techo alto se mantenían frescos durante más rato. El sol entraba a través de las rendijas de las persianas en tiras delgadas y creaba una penumbra soñolienta. Fuera se oía de vez en cuando una bocina, una sirena de policía lejana y, por lo demás, reinaba el silencio de primera hora de la tarde. Madeleine se había retirado a su habitación para dormir la siesta y, cuando oí que la puerta de la entrada se abría, Isabelle estaba en el museo. Sonó una llave. Luego percibí la voz de Francesca, que decía:

—Pasa. Vivimos aquí.

¡Traía visita! Eso era una agradable interrupción en aquella tarde apática.

—Qué piso más bonito —dijo una voz masculina.

Me quedé helado.

—Qué chico más amable —replicó Francesca.

Abrí bien los oídos para escuchar mejor, pero se callaron. El bolso de Francesca cayó pesadamente al suelo; luego, pasos.

Esperé con el corazón tembloroso a la persona que en cualquier momento aparecería por la puerta de la cocina.

Era él. Gianni. Había reconocido su voz al instante.

—¿Café? —preguntó Francesca, que le ofreció asiento con un gesto.

—Sí, gracias.

—¿Azúcar?

Sin azúcar. Dos gotas de leche.

—Sin azúcar. Pero si tienes leche, me lo tomaré con dos gotas.

—¿Dos gotas? —preguntó riendo Francesca.

—Sí —contestó él con una sonrisa.

Era tanta mi alegría, que no supe qué pensar. ¡Habíamos encontrado a Gianni! Estaba ahí, en nuestra casa. ¡Isabelle se volvería loca de alegría! Me pregunté cómo lo habría localizado Francesca, después de que los numerosos intentos de Isabelle hubieran fracasado.

Lo observé. Apenas había cambiado. Le había crecido el pelo, y ya no le caía solo sobre la frente, sino también casi hasta los hombros. Llamadme burgués, pero compartía plenamente la opinión de Hélène, que se oponía con vehemencia a que los hombres llevaran el pelo largo. Pero ese es otro tema. Gianni seguía con las mismas gafas negras. Llevaba un pantalón de pana negra, de pata de elefante, y una camisa azul con un cuello de puntas largas. Si había que dar crédito a lo que decían Isabelle y las otras chicas, eso era lo moderno. Hacía mucho que no entendía de estilos en cuanto a ropa. Si pensaba en cómo vestían Leo y Lili en otra época, o Alice, su manera de vestir no tenía nada que ver con esta.

Francesca enroscó la cafetera y la puso encima del fogón. Se oyeron un par de chasquidos cuando accionó el mando, y luego salió la llama azul. Se situó detrás de la silla de Gianni, y vi en la penumbra que le ponía la mano en la nuca. Le pasó los dedos por sus pequeños rizos. Desde atrás, le susurró un beso en la oreja.

¿Qué estás haciendo?

—Eres un tipo extraño —la oí susurrar.

Eh, ¡eso a ti no te importa! ¡Es el hombre de Isabelle! ¡Quítale las manos de encima!

¡Qué ingenuo había sido! Francesca no lo había traído a casa por generosidad. Gianni era una de sus conquistas. Sentí escalofríos.

Gianni se levantó y se puso frente a ella. Le apartó un mechón de cabellos de la frente.

Eh, ¡un momento!

—¿Vives sola? —preguntó.

—No —contestó Francesca, y se acercó a los fogones, donde el café empezaba a subir suavemente—. Comparto piso con otras dos chicas.

Gianni echó un vistazo a la cocina, tocó ligeramente las flores secas del jarrón y se acercó al estante.

Me vio.

¡Soy yo!

Su boca se abrió lentamente. Sus ojos se agrandaron, se volvieron más oscuros. Lanzó una mirada fugaz por encima del hombro hacia Francesca, pero ella estaba

ocupada con las tazas.

¡Mírame, Gianni! Soy yo, Henry Mon ami Marionnaud. Me conoces.

Levantó la mano y me cogió. Los libros que se apoyaban en mí por la izquierda resbalaron ruidosamente contra la lata de café que hacía de caja.

Francesca levantó la vista, Gianni me miraba fijamente. Me examinó pasándome el pulgar por la barriga, por el punto de consuelo; me palpó la oreja.

Sí. Soy yo. Ya te lo he dicho, ¿me conoces!

—Ah, ese oso viejo —dijo Francesca como si nada—. Vigila el dinero que no tenemos.

—¿Tiene nombre? —preguntó Gianni con voz queda, mientras su pulgar seguía frotándome sin parar la barriga.

—No es mío. Pero Isabelle lo llama Mon ami.

—Ah —dijo Gianni, y noté que en el fondo de su mente temblaban universos enteros de pensamientos.

¿No tienes nada más que decir?

—El café está a punto —dijo Francesca.

Gianni asintió con la cabeza. Echó una mirada a su reloj de muñeca. Luego se dio una palmada en la frente y dijo:

—Había olvidado por completo que tenía una cita importante. Perdona. Tengo que irme. Ya nos veremos, ¿de acuerdo?

Gianni, ¡qué mal actor eres!

Cuando me dejó encima de la mesa, estaba totalmente confuso. Desde el pasillo gritó «que vaya bien», y salió huyendo del piso.

Francesca lo siguió perpleja con la mirada, se sentó a la mesa y me observó.

—¿Quién entiende a los hombres? —dijo, y tomó un sorbo de café.

No sé cómo se las arregló. Quizá la acechó, quizá hizo que pareciera un encuentro casual, quizá le pidió a Francesca que preparara una reunión. No lo sé. Pero de una cosa estoy seguro: Isabelle no se enteró de que Gianni había estado en casa y me había reconocido, ni por él ni por Francesca. Creyó en el destino y en la fortuna, y vete tú a saber en qué más, cuando dos semanas después volvía a estar en brazos de Gianni. Podía creerlo tranquilamente. En cierto modo, también era cierto.

Cuando ya temía que Gianni no volvería nunca, que había huido definitivamente del pasado, de los tres años y medio que habían pasado desde Florencia, del silencio durante todo ese tiempo, un día Isabelle cruzó la puerta con él a remolque. Y de noche me susurró por fin al oído las palabras que tanto había echado de menos.

Fue un verano en que el cielo estaba lleno de violines, los pájaros cantaban canciones

de amor en los tejados, Roma florecía de color de rosa, y nosotros tres éramos infinitamente felices. Y confieso que me sentía orgulosísimo de haber tirado de los hilos decisivos a la chita callando, sin que nadie se hubiera dado cuenta. Por algo era el mejor amigo de Isabelle. Así de simple.

Por aquel entonces no sabía que aquella sería la última gran acción que haría por ella. Pero fue la decisiva. Le cambió la vida. Ahora me consuelo pensando que Isabelle no me olvidará nunca, aunque nuestros caminos se separaran. Y seguro que Gianni también recordará siempre la sensación que bramó en su pecho cuando me reconoció en la pequeña cocina de la via Claudia. No se olvida a quien se ha amado, tampoco a un oso.

El resto se explica rápidamente. Se casaron en una pequeña iglesia de Roma, Isabelle era la novia más hermosa del mundo, la más radiante (aunque, por culpa de los nervios, a la pregunta del sacerdote, «*Nella salute come nella malattia fino a che Norte non vi separi?*», contestó «¿Cómo dice?» en vez de «*Lo voglio*», anécdota que después siempre se contaba entre lágrimas de risa), y Gianni era el novio más feliz del mundo. Todavía lamento haberme perdido la ceremonia, pero Hélène, que no me había cogido más aprecio con el paso de los años, impuso su voluntad y tuve que quedarme en casa. Habría sido la única posibilidad en mi vida de participar en una boda, la única. Y la más importante. Pero no me fue concedida.

—Algún día tendrás que ser realmente adulta, *ma belle* —había dicho Hélène, me había quitado de encima del tocador, había arreglado el velo de novia y había colocado correctamente los rizos de su hija.

—¡Que todavía quieras este oso viejo!

Luego gritó hacia el pasillo:

—¡Estamos listas!

Y Jules entró a buscar a la novia. Se secó una lágrima del ojo y acompañó fuera a su hija, cogida del brazo. Los seguí con la mirada y me sentí al menos tan orgulloso como él, y mucho más conmovido. Dentro de mí ardió el amor.

Nos mudamos a un piso enorme en la via Pomeo Magno, no muy lejos del Vaticano. Allí vivía la anciana abuela de Gianni, Chiara, a la que todos llamaban tan solo *nonna* (pero pronto dejaron de hacerlo, porque la *nonna* Chiara cada vez oía peor). Salió de casa por última vez para la boda.

—¿Qué haría yo fuera? Hace calor y bochorno, y me atropellarían los coches. Y a lo mejor me roban. No, soy demasiado vieja —decía, y se sentaba sobre la manta de ganchillo de su sofá, encendía el televisor a todo volumen y ya estaba contenta.

Por la mañana regaba las plantas a paso de tortuga, a mediodía controlaba la producción de la pasta («Oh, Isabelle, hija mía, ¡aún tienes tanto que aprender!»), por la tarde echaba una cabezadita roncando a placer, y por la noche se tomaba una copita

de vino de Tokay y se iba a la cama después del telediario de la Rai Uno. Teníamos una jornada bien regulada.

Hasta la época del embarazo, en la que Isabelle intensificó de nuevo su relación conmigo porque se sentía terriblemente mal y necesitaba su antiguo y conocido consuelo, la *nonna* Chiara fue mi mejor compañera. Luego, cuando la pequeña Giulia nació, Isabelle intentó situarme como animal de peluche número uno en la cuna, pero la delicada signorina Bontempelli prefirió el peluche aterciopelado que precisamente Hélène le envió al nacer.

Lo di todo de mí, pero sin éxito. Cargaron conmigo de aquí para allá durante unos años por costumbre, pero no pasaba por alto que Isabelle había establecido otras prioridades. Había cosas más importantes en su vida y había encontrado a otro mejor amigo. De manera lenta, pero segura, Mon ami Marionnaud volvió a convertirse en un objeto. Perdí importancia, no de golpe, sino despacio y silenciosamente.

En 1976, cuando la princesita Giulia tenía tres años, viajamos por nostalgia a Florencia y seguimos hasta Fiesole. Reservaron una habitación en la encantadora Pensione Bencistà (Isabelle siempre había tenido una vena romántica).

De noche, cuando Giulia ya dormía tranquilamente, Isabelle se acurrucó junto a Gianni en la cama y sacó un libro del bolso.

—Te leeré una cosa —dijo.

Le dio un beso en la mejilla, abrió el libro por una página y comenzó:

—«George se había vuelto al oír su llegada. Por un momento la contempló, como si fuera alguien que bajaba de los cielos. Vio la radiante alegría en su cara, las flores que batían su vestido en olas azuladas. Los arbustos que la encerraban por encima. Subió rápidamente hasta donde estaba ella y la besó»^[1].

Enmudeció.

—*Courage* —dijo Gianni en voz baja—. *Courage and love*.

Courage and love. No había cambiado nada. Aquello los unía.

Todo iba bien, mejor que nunca.

A la mañana siguiente, se fueron sin mí.

Isabelle no volvió a buscarme.

Al cabo de tres días de temerosa esperanza y espera, comprendí que me enfrentaba a una nueva etapa de mi vida. Ya había pasado dos noches en la recepción. La signora Simoni no había dudado mucho y me había colocado allí de inmediato después de encontrarme en una butaca Luis xv.

La mayoría de nuestros huéspedes procedían de Inglaterra, Escocia y Estados

Unidos. Muchos iban en busca de un rincón tranquilo en este mundo. De paz y sosiego. Las dos cosas abundaban allí.

El signore y la signora Simoni formaban una pareja de mi gusto. Él era un hombre espigado, con una nariz grande y testarudo; ella era una mujer bajita y regordeta, con un espíritu muy combativo. No era raro que se tuvieran unas palabras, como era típico en los italianos, y no precisamente en voz baja. No obstante, en cuanto se acercaba un huésped, los dos procuraban superarse mutuamente en mimarlo.

Al signore Simoni le encantaba contar historias sobre el edificio.

—Estos muros conocen infinitas historias —le oí contar a menudo—. Es un edificio muy antiguo, ¿sabe? Los Medici ya estuvieron metidos aquí. En los siglos xv y xvi, aquí vivieron las personas más aristocráticas. Y lo que ocurrió en siglo xix, cuando las monjas de Sant’Anna al Prato se divertían aquí... —Movía la mano elocuentemente y sonreía con picardía.

Me encantaba escucharlo. Me encantaba el traqueteo afanoso de la cocina y el canto alegre de la signora Simoni. Me gustaba cuando la suave brisa de verano soplaba a través de la puerta abierta del edificio, cuando uno de los perros entraba olisqueando, levantaba el hocico y se volvía a ir. Me gustaban los ruidos que entraban de la terraza, ruidos de un gozo tranquilo, interrumpido de vez en cuando por exclamaciones de entusiasmo que decían qué vistas más hermosas, qué paisaje de ensueño, qué panorama más increíble. Las vistas sobre la ciudad eran realmente de ensueño, la cúpula redonda de la catedral y, alrededor, el entramado de tejados rojos y los muros ocres de los edificios florentinos. Un gran jardín con una pérgola de lilas de tonos suaves se extendía por debajo del edificio. Había lugares peores para un oso de peluche entrado en años.

Nadie me arrastraba ni tiraba de mí, nadie quería ser consolado. Había estado más descontento otras veces.

Pero mi odisea no había acabado todavía. Aún no había llegado el momento de presentar la dimisión, y eso lo decidió nada menos que la signora Simoni, que un día me regaló sin más.

Casi todos los huéspedes reparaban en mí. Casi todos me dedicaban buenas palabras, me miraban y se ponían contentos antes de deshacer las maletas.

Un día entró en el vestíbulo una pareja de ancianos que habían llegado de Massachusetts, en Estados Unidos (noté por el acento que eran americanos). El signore Simoni levantó la vista para saludar a los clientes, pero ellos se habían detenido a mirarme. La anciana se apoyaba en un bastón y su cabeza se balanceaba ligeramente a un lado y a otro sin parar. Llevaba el cabello cardado de tono violáceo.

—*Honey*, ¿te acuerdas del osito de peluche de David? —preguntó.

—Sí —contestó él—. ¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Hobster.

—Hace mucho tiempo de eso.

—Sí, *Honey*, hace mucho tiempo.

—¿Qué habrá sido del osito? ¿Lo tiramos?

—No, creo que no.

—No, seguramente tienes razón.

—Pero este también es bonito.

La mujer hizo un gesto afirmativo con la cabeza, me cogió un momento del pie de la lámpara con su mano cálida y arrugada, y luego se volvió bruscamente hacia el signore Simoni, sonrió con mucha práctica y exclamó:

—¡Qué rinconcito de mundo más encantador! *Beau-ty-ful*!

Yo había escuchado con emoción el diálogo. Tal vez Fritzi Rosner también estaría un día delante de un escaparate y diría:

—Nosotros también tuvimos uno, allá por los cincuenta.

También habría quien se acordara de mí. Y quizá también se quedarían un poco pensativos, igual que aquellos dos ancianos.

Otros huéspedes solo decían cosas como: «Qué, ¿vigilando que no pase nada?». O bien: «Qué osito más simpático, pero ya es viejo, ¿no?». O bien: «Vaya, ¿eres el hermano de Pooh?».

Ejercité la discreción, aprendí a no dar demasiada importancia a los comentarios. Me convertí en un observador y vi mucho mundo. Sí, incluso me atrevería a afirmar que en los años que pasé junto a la lámpara de latón fue cuando mejor conocí el mundo.

Vi a damiselas moviéndose con grandes aspavientos y un perrito debajo del brazo; a caballeros distinguidos con una pose ridícula y fajos de billetes sujetos con un clip (en los que se escondían cuatro o cinco simples papeles en blanco). Vi a mujeres con manos reseca y mirada insomne, a hombres con tics nerviosos en los ojos y mucha sed. Conocí a ancianos que se miraban con pasión, y a jóvenes que se cogían inseguros de la mano. Conocí ratones grises y aves del paraíso; a una artista que todas las mañanas desayunaba cuatro huevos y un tomate, a un escritor que solo podía escribir contemplando la puesta de sol, y a otro que necesitaba una silla incómoda; a una bailarina afligida, con el rostro desfigurado por la pena; a un viudo inglés que se enamoró de nuestra cocinera y se la llevó consigo sin perder tiempo a Brighton, y también a una millonaria australiana que buscaba un heredero digno.

Muy pronto comencé a jugar en silencio a mi propio juego de las adivinanzas, porque había descubierto que a las personas se les nota de dónde proceden. No siempre, pero podía determinar con notable acierto de dónde eran nuestros

huéspedes: los estadounidenses solían lucir peinados con tupés altos y fijados con laca. Las italianas llevaban gafas de sol inmensas. Los ingleses llevaban americanas de tweed y los franceses camisas blancas con el cuello abierto. Las suecas tenían trenzas rubias, los hombres españoles se untaban el pelo y hacían esperar a su mujer en el coche; en cambio, los hombres alemanes enviaban a su mujer y ellos se quedaban esperando en el coche. Los daneses eran sencillos y los holandeses estaban bronceados. Los suizos... Sí, bueno, ¿cómo eran los suizos? Diría que, por lo general, eran ellos mismos.

Fue en 1981 cuando la familia Hofmann se alojó en la Pensione Bencistà, y me resultó imposible decir de dónde eran. Parecían un poco alemanes, pero eran demasiado elegantes. Parecían un poco italianos, pero eran demasiado controlados. Parecían un poco escandinavos, pero eran demasiado lentos. Sin embargo, tanto daba de dónde fueran, porque una cosa estaba clara: algo iba mal en aquella familia.

—Buenos días, tenemos una reserva —dijo la mujer.

—A nombre de Hofmann —dijo el hombre—. Con una «f».

—*Buongiorno, signori*, bienvenidos. Un momento, por favor, enseguida les atiendo —dijo el signore Simoni, y desapareció.

—Me lo había imaginado de otra manera —dijo la mujer, que miró desafiante a su marido.

Entonces supe que eran suizos. Ella hablaba una especie de alemán con una extraña entonación monótona, que constantemente se veía interrumpida por sonidos guturales disonantes.

—Queríamos algo moderno —prosiguió.

—Pensé que también nos iría bien un poco de tranquilidad —contestó él.

Esto es tranquilo. Al menos se estaba tranquilo hasta que vosotros habéis llegado.

—Tranquilidad. Laura se morirá de aburrimiento y acabará con mi paciencia.

—¿Por qué hemos venido, si lo ves todo tan negativo?

—Quería ir de vacaciones con mi familia, ¿vas a echármelo en cara?

—Lo que quieres es tranquilizar tu mala conciencia. Por Laura. Eso es todo.

—Vaya, ¿quién lo ve ahora todo negativo?

—Basta ya; delante de la gente, no.

—Aquí no hay nadie.

—Puedes pedir que te enseñen la habitación. Si no te gusta, nos iremos a otra parte. Te espero fuera.

Dio media vuelta y se fue.

Oh, oh. Eso tenía pinta de enfado.

—¿Esto qué es? ¿Una sala de espera? —dijo a voces la mujer, dando rienda suelta a su furia.

—*Non, signora*, es una pensión dirigida con *amore*. Si hace el favor de seguirme. Tenemos la mejor habitación para ustedes. ¿Dónde está su marido?

—Vendrá enseguida. Sigamos.

Vi que el signore Simoni le dedicaba una breve mirada interrogativa, y luego la condujo al edificio anejo.

Apareció una niña en la puerta. Asomó la cabeza con cautela y se agachó hacia el gato Neronimo, que se le paseaba entre las piernas. Le acarició la cabeza.

Gatos. Primero hacen la pelota y luego encima los acarician. No se lo merecen. Lo observé con escepticismo.

—¿Mamá? —llamó la niña—. ¿Mamá?

Se acercó a la recepción, miró por encima del mostrador y paseó la mano por la madera oscura hasta alcanzar mi pierna. Me bajó hacia ella y me examinó con la mirada.

—*Come si chiama?* —se esforzó por preguntar en italiano.

¿Cómo me llamaba realmente? Había sido Mon ami Marionnaud durante tanto tiempo que el nombre de Henry casi había caído en el olvido. Desde que estaba allí, nadie se había tomado la molestia de ponerme nombre. Estaba allí, con eso bastaba.

—Paolo —oí decir a la voz de la signora.

¿Paolo? Bueno. No era ni mejor ni peor que los demás nombres que había llevado en los sesenta años anteriores.

La niña me dejó caer del susto. La comprendo. La signora tenía un don para aparecer de repente de la nada. La niña dio media vuelta y salió corriendo.

—*Aspetta* —gritó la signora—. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Laura —contestó la niña, y desapareció en el exterior.

Laura me eligió como amigo porque Neronimo era poco de fiar, ahora estoy convencido de ello. Y necesitaba urgentemente un amigo que estuviera con ella, porque sus padres eran, con perdón, insoportables. Y no porque fueran suizos, sino porque no paraban de discutir. No eran gritos como con Michel y Marilou Marionnaud. No había golpes como con los Brioche. Eran pequeñas frases, a veces solo palabras, que cruzaban el aire cual flechas y acertaban de lleno en el corazón del otro. Frases como:

—¿Qué otra cosa se podía esperar de ti?

—Típico.

—Lo que tú digas.

—Pues vete.

Sin embargo, mucho peor que las flechas era el silencio que los rodeaba como una glaciación. Irradiaban tanta frialdad que a los demás huéspedes de la pensión se les ponía la piel de gallina cuando se sentaban cerca de ellos. Al menos eso dijo la

signora estando junto a su marido, mientras meneaba la cabeza y observaba los tres casos problemáticos. Era imposible no darse cuenta de lo que ocurría entre Claire y Bernard Hofmann, y a nadie se le escapaba que utilizaban a Laura de escudo, a modo de coartada de una familia saludable.

La hermosura de las vistas, la tranquilidad del sitio y la afabilidad de los Simoni no consiguieron impresionar a los Hofmann. Como si creyeran que uno se siente mejor si el otro se siente peor, se pasaban constantemente la pelota de uno a otro. Aquello era como el enconado partido de tenis entre John McEnroe y Bjørn Borg que los Simoni habían seguido por televisión: golpeaban la pelota de un lado a otro con una contundencia enorme. Nadie daba por perdido un punto necesario.

—Laura, mira, papá y yo tenemos que hablar de una cosa —dijo Claire el segundo día por la mañana—. ¿Por qué no sales fuera a jugar?

—Pensaba que estábamos de vacaciones —rezongó Laura.

—Sí, esta tarde iremos al museo, prometido —contestó la madre.

—Vacaciones, mamá. No quiero ir al museo. Quiero ir a nadar.

—Ya veremos, ¿de acuerdo? Pero danos una hora.

—Para mí, nunca tenéis tiempo.

Laura dejó plantada a su madre, sonrió a la signora Simoni y le preguntó:

—¿Puedo jugar con Paolo?

—*Si certo*, mi pequeña Laura. Le irá bien salir a tomar el fresco.

Tenía razón, hacía mucho que no había salido fuera.

—Gracias. *Mille grazie*.

—¡Anda, ve! —dijo la signora Simoni—. ¡Que te diviertas!

Nos vio marchar, frunciendo el ceño.

—Creo que mamá y papá se van a divorciar —dijo Laura, mirándome tristemente con sus ojos de color azul claro.

Nos habíamos buscado un sitio a la sombra debajo de la pérgola.

—No hacen más que discutir. Y creen que yo no me entero de nada. Con Janine pasó lo mismo.

Me estrechó.

—Pero no tienen que divorciarse.

La miré fijamente. La situación era grave.

Isabelle y Gianni se habían prometido mutuamente estar juntos hasta que la muerte los separase. Marlene y Friedrich se habían prometido lo mismo, y la muerte no había tenido miramientos. Pero era obvio que no resultaba fácil cumplir la promesa. Puede que suene simplón o tal vez incluso ingenuo, pero la idea de que una familia no quisiera seguir estando junta, por los motivos que fuera, nunca se me había pasado por la cabeza con tanta claridad. Hasta entonces, en mi vida siempre se había

tratado de mantener unida a la familia, de volver a encontrar a las personas a las que se quería y ser felices juntos. Comencé a intuir que el amor no era un estado invariable, no era una obviedad. Una conclusión estremecedora.

—Mamá ha dicho que tiene que irse de aquí, que ya no sabe quién es, y papá le ha dicho que, si es tan egocéntrica, ya puede irse.

Eso parecía terrible.

—Hablan y hablan, pero siempre se dicen lo mismo.

El amor es un lenguaje que puede hablarse sin palabras, Laura. Ellos han olvidado ese lenguaje, y lo están buscando. No es fácil.

El signore Simoni salió de la sombra. Llevaba en la mano una botella de naranjada; una pajita azul se balanceaba tentadora arriba y abajo en la boca.

—Ciao, Laurita —dijo—. ¿Te apetece beber algo?

Laura asintió con la cabeza.

—¿Hablas con Paolo? —preguntó.

Asintió de nuevo con la cabeza.

—Es bueno tener a alguien con quien hablar —dijo Simoni.

—¿Sabe usted qué significa egocéntrico? —preguntó a bocajarro la niña, mirándolo interrogativa.

El signore Simoni puso cara de desconcierto.

—*Mi dispiace* —dijo, y se encogió de hombros, lamentándolo—. Ni idea.

—Da igual —dijo Laura, y calló.

Creo que la frase que oí salir más veces de la boca de Laura fue «Me da igual».

—¿Quieres ir a casa?

—Me da igual.

—¿Quieres que te lleve a la cama?

—Me da igual.

—¿Quieres que me tire por la ventana?

—Me da igual.

No le daba igual en absoluto, pero sabía perfectamente que sus padres no le preguntaban porque de verdad les interesara su opinión. Podía entender muy bien que, en ese caso, uno no se tomara la molestia de dar una respuesta seria.

Laura tenía casi doce años. Al principio, me costó creerlo. A esa edad, Isabelle era muy distinta, mucho más ingenua, igual que Melanie. Laura casi había entrado en la pubertad. Le habían salido espinillas en la nariz y se le perfilaban unos pechos diminutos por debajo de la blusa, aunque aún tenía una cara redonda y un cuerpo en cierto modo poco proporcionado. Era una niña extraña. No era tímida, pero sí callada. No era seria, pero tampoco hacía el tonto. No era hermosa, pero sí mona y simpática. No era descarada, pero sabía replicar. No era rebelde, pero sí obstinada.

Me gustaba Laura. En cualquier caso, creó que me gustaba. Quizá también confundí el afecto con la compasión. No lo sé. No le reprocho a la signora Simoni que me regalara a Laura. Ella no podía saber cómo evolucionarían las cosas.

Cuando se acercó el día de la partida, las vacaciones se habían ido al garete y los Hofmann se disponían a emprender el camino hacia Olten, en Suiza, la signora consideró que la amistad de Laura conmigo era tan «fuerte» que quiso regalarme.

En un primer momento, Laura se alegró, de eso estoy seguro. Vi su cara radiante, el brillo en sus ojos. Aun así, si hubiera sido capaz de disculparme, me habría escabullido por la puerta de atrás (como siempre hacen en las películas de policías de la televisión). Intuía que no me esperaba una tarea fácil.

La Pensione Bencistà desapareció detrás del recodo de la calle y, con ella, la última conexión con Isabelle, con Gianni y Giulia, con mi antigua vida. Hasta el final, en lo más hondo de mi ser había albergado la esperanza de que un día regresarían, de que la nostalgia los guiaría de nuevo a aquel lugar, como había ocurrido con tantos otros huéspedes. Que un día se produciría un reencuentro feliz en la recepción. Pero no habían vuelto. Y, ahora, yo me iba.

Solo conocía Suiza por lo que había oído contar. El signore Simoni había dicho en una ocasión que allí había montañas altas con las cumbres cubiertas de nieve, verdes praderas alpinas, muchas vacas y buenos quesos. Sin embargo, cuando llegamos, dudé mucho de que el signore Simoni hubiera estado nunca en Suiza.

Olten era una pequeña ciudad que se parecía a muchas pequeñas ciudades por las que había pasado a lo largo de todos mis viajes. No divisé ninguna vaca y no había ni rastro de nieve; estábamos en pleno verano.

El viaje de vuelta había transcurrido principalmente en silencio, y es una forma amable de expresarlo si describimos el ambiente con neutralidad. De vez en cuando, Claire preguntaba si alguien quería una manzana, cada doscientos kilómetros habían parado a estirar las piernas: todas las conversaciones habían sido de carácter puramente práctico.

Yo iba en el asiento de atrás, con Laura, que estaba absorta en un tebeo en el que un montón de patos eran los personajes principales. No comprendí qué podía parecerle tan divertido. ¿Cómo es que se leían libros donde los personajes principales eran animales parlantes? Pero los dibujos estaban llenos de color y Laura se divertía con las meteduras de pata del pato principal, un tal Donald.

Bernard condujo el coche por un puente que cruzaba un río que brillaba con destellos. En la ribera izquierda se veían edificios antiguos que se elevaban escarpados desde la orilla, la torre de una iglesia sobresalía con su tejado de bronce

patinado sobre las demás construcciones del casco antiguo. Un poco más allá, otro puente atravesaba el río. Era distinto de todos los puentes que había visto hasta entonces: parecía hecho enteramente de madera y estaba cubierto. Mientras yo aún seguía boquiabierto, llegamos a la otra orilla, Bernard giró dos veces a la izquierda y aparcó el BMW delante de una casa grande.

—Olten, final de trayecto, Hüblistrasse. Bajen, por favor —exclamó Bernard con alegría adrede, cosa que motivó una mirada crispada de Claire.

Sentía curiosidad. Qué remedio. Tenía un nuevo hogar, una nueva dueña, una nueva misión. Pero Laura se quedó sentada, con la nariz pegada al tebeo.

—¡Laura! ¿No quieres bajar?

—No tengo ganas.

—Venga, vamos a descargar.

—Pues hacedlo.

Claire puso los ojos en blanco y yo pensé que Laura podría tener el detalle de enseñarme la casa. En un momento dado se incorporó, cogió su tebeo y se bajó del coche. Sin mí. Me quedé tumbado en el asiento azul oscuro. El sol me quemaba la piel. Al cabo de media hora, cuando habían descargado todos los trastos y los habían metido en casa, Claire asomó la cabeza en la parte de atrás del coche.

—Me vuelve loca. Hay que ir detrás de ella recogiendo todo —murmuró, y me recogió, juntamente con dos envoltorios de caramelo y una piel de plátano.

Fui a parar a una gran habitación en la buhardilla. Cuando entré con Claire, casi me dio un soponcio. Estaba llena a rebosar de juguetes. Nunca había visto tantos juguetes juntos.

—Te habías dejado el osito en el coche.

—Me da igual.

—Y también la basura, señorita —dijo Claire, que en ese momento me dejó caer junto con la basura sobre la alfombra azul. Tan bajo había caído. La basura y yo. Respiré hondo y procuré no desanimarme.

Laura le dio la espalda a su madre. Estaba sentada en el suelo, jugando con una muñeca. Tampoco había visto nunca una muñeca como aquella. Annabelle era como una niña pequeña, pero aquel ejemplar parecía una mujer adulta. Tenía unos buenos pechos y los labios pintados, y me recordó un poco a la joven americana que, cargada de oro y luciendo bolsitos, les había hecho la vida imposible a los Simoni con sus incesantes exigencias.

Al observar con más detalle, descubrí que no solo tenía una de esas muñecas, sino cuatro iguales. Una era de piel oscura, en tanto que las otras parecían más bien de color rosa chillón. Laura peinó abnegadamente a la muñeca rubia, le cubrió el cuerpo rígido con un vestido brillante y luego repitió el procedimiento con las otras tres damas de plástico. A mí, ni me miró.

La observé fascinado, y al mismo tiempo llegué a la conclusión de que no tenía nada que hacer frente a todos los juguetes que se amontonaban allí. Eran de colorines y modernos, los animales de trapo parecían suaves y tiernos: aquella habitación era un paraíso para cualquier niño. Allí se podía jugar días enteros sin usar dos veces ningún objeto. Muchas cosas me resultaban del todo extrañas. Había unos hombrecitos azules con gorro frigio blanco, y todos eran diferentes: uno llevaba un ramo de flores, otro una azada y un tercero una sartén en la mano. Había piezas de construcción de todos los colores, que se podían encajar unas en otras. Caballos y coches que pegaban con las muñecas, y muchas cajas con letras de colores encima. No salía de mi asombro.

—¡Mamá! —gritó de pronto, dejando caer el diminuto cepillo—. ¡Mamá!

No se movió nada.

—¡Ma-má! —insistió.

Claire asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué pasa?

—¡Me aburro!

¿Qué? ¿Se aburría?

Laura estaba decidida a sacar de quicio a su madre.

—¿Me puedo comer un helado?

—No. Durante todo el viaje no has comido más que chucherías. ¿Qué te ocurre? Te has pasado una semana entera quejándote porque querías volver ya a casa, y ahora que hemos vuelto, la señorita tampoco está contenta. ¿Por qué no telefoneas a Sandra?

—Todavía está de vacaciones.

—¿Y Janine?

—También.

—Por favor, Laura. Tengo que lavar mucha ropa, mañana tengo que volver a la clínica.

—Sois idiotas. Nunca tenéis tiempo —exclamó la niña en un repentino ataque de rabia, y lanzó una muñeca hacia su madre, que consiguió cerrar la puerta justo a tiempo. Barbie cayó ruidosamente al suelo.

Uf.

Laura se levantó y dio una patada; luego me cogió y echó pestes mirándome:

—Nunca tienen tiempo. O están en la clínica o están demasiado cansados y discuten.

Así pues, se trataba de eso: no era aburrimiento, sino soledad.

Me costó comprender qué ocurría allí. Nunca había vivido con una familia como aquella. Los Hofmann tenían todo lo que se puede desear. Una casa grande, un coche

grande, un televisor grande, un círculo de amistades grande. Laura se zambullía entre juguetes, Claire en su gran surtido de ropa y Bernard en su mueble bar. Pero, por mucho que quisieran creer lo contrario, eso no podía hacerlos felices.

Bernard y Claire seguían las rutinas mantenidas durante años como si los dirigieran con un mando a distancia y procuraban mantener las apariencias de que eran una familia feliz. Ella instruía a la asistente, él se ocupaba de las facturas de la luz. Ella recogía la mesa, él ponía el lavavajillas. Ocultaban con tanta maña sus heridas detrás de fórmulas de cortesía, sus miedos detrás de frases vacías y sus deseos detrás de la fuerza de la inercia que, si no te fijabas bien, caías en el engaño. Pero estaban más perdidos que todas las personas con las que había vivido antes.

Bernard se refugiaba en su trabajo en el hospital del cantón. Dirigía el servicio de Pediatría. Era la unidad donde trataban a los niños enfermos, le explicaba a Laura. Estaba disponible día y noche para salvar vidas. Ejercía la medicina con pasión, sus manos finas les abrían la barriga a las criaturas y volvían a coserla, arreglaban orejas de soplillo, narices rotas y puntas de la lengua mordidas. Se tomaba todo el tiempo del mundo para sus pacientes, siempre que se lo permitían sus viajes para dictar conferencias, impartir cursos de perfeccionamiento y acudir a congresos.

Claire era conocida por sus capacidades quirúrgicas. Era capaz de recomponer todos los huesos que hay en el cuerpo humano. Y no eran pocos, según me explicaba Laura alguna vez que jugamos en el hospital a que yo tenía que mimar a la pobre criatura huérfana moribunda.

En su escaso tiempo libre, Claire ejercía de presidenta del Comité de Ayuda Humanitaria y era secretaria de la Asociación de Mujeres por la Paz; además, era la directora honorífica de una tienda de productos del Tercer Mundo. No logré imaginar en qué consistía. Yo siempre había pensado que solo existía este mundo, y ya me parecía lo bastante complejo.

A ambos los respetaban y elogiaban por su compromiso y su trabajo. Unos años antes, todavía se mantenían codo con codo, sonreían y hablaban de su ideal de hacer del mundo un lugar un poco mejor para vivir y ayudar a los niños. ¿Qué se había hecho de aquel ideal? Mientras Laura seguía luchando desesperadamente por llamar un poco su atención y gritaba y gesticulaba en vano como un naufrago en alta mar, sus padres solo se ocupaban de salvarse a sí mismos.

¿Que si era horrible? Habría sido igual si hubieran intentado ponerse cómodos en la nevera. Era como si todos estuviéramos sentados encima de una bomba de relojería, cuyo tictac sonaba fuerte debajo de nosotros. Y solo había dos personas que podían desactivarla.

De noche, cuando todos estaban rendidos por el esfuerzo constante de guardar las apariencias, a veces se desgajaban trocitos de su fachada perfecta y permitían ver el cúmulo de infelicidad que se ocultaba detrás.

—No podemos seguir así, Bernard —decía entonces Claire con voz queda—. Ya no puedo más.

Él asentía con la cabeza y la miraba con tristeza.

—¿Qué nos ha pasado? —preguntaba Bernard.

—No lo sé —decía ella—. En serio, no lo sé.

Y se miraban, infelices y cansados. Observaban consternados las ruinas de su matrimonio. Luego, Bernard se levantaba y decía:

—Tenemos que hablar otra vez.

Y aplazaban la desactivación de la bomba. Debía de parecerles peligroso.

Laura cumplió doce años y les cortó el pelo a las barbies, les hizo agujeros en la cabeza y dijo:

—Sois horribles.

Observé el acontecimiento con creciente temor.

Temí que también me atacara a mí. Mi edad comenzaba a hacerse notar ya entonces. No tenía ni idea de lo que se avecinaba. Tenía sesenta años y pensaba que había pasado por muchas cosas. Mi vida con los Simoni había sido variada y pacífica, y si por mí fuera me habría quedado unos años más en la pensión asombrándome con los huéspedes. Pero, por lo visto, la vida siempre me deparaba nuevas sorpresas.

Laura ya no leía tebeos, sino que, con los francos de la paga semanal, se compraba revistas que escondía debajo del colchón y solo sacaba cuando no había nadie más en casa. Los casetes con las historias de *Los tres investigadores* que Bernard le entregaba puntualmente después de sus viajes para dictar conferencias sirvieron para grabar los grandes éxitos de la radio. Laura escuchaba al menos diez veces seguidas al día una canción en la que una cantante con voz nasal enviaba noventa y nueve globos al cielo; lo hacía tumbada encima de la cama y mirando fijamente por la ventana inclinada del techo.

Se encerraba en su habitación con su amiga Janine, que ya tenía trece años, pero iban a la misma clase en la escuela. Se sentaban con las piernas cruzadas sobre la moqueta azul y ponían una cara seria. Yo aguzaba los oídos.

—¿Estás segura de que van a divorciarse? —preguntó Janine.

—Tan segura como de que Becksteiner es calvo.

—Hum. ¿Has intentado hacer algo para impedirlo?

—¿Y cómo, si nunca están en casa?

—Pues tendrá que ocurrírsete algo para que se preocupen. Una enfermedad no estaría mal. A mí me ayudó. Al menos, por un tiempo.

—Me darán antibióticos y volverán al hospital.

—Entonces, algo peor, ¿no?

—¿Como qué?

—Un suicidio, tal vez.

¿Estás loca?

—¿Estás pirada?

—Bueno, solo tienes que hacerlo ver, claro...

—A eso no me atrevo.

—Podemos probar de otra manera. Los padres se preocupan por todo.

—Sí, menos por mí.

—Eso ya lo veremos.

Es sorprendente la energía que los niños pueden llegar a movilizar cuando se les ha metido una idea en la cabeza. Había tenido bastantes experiencias con Lili y Leo, con Robert, Melanie y también con Isabelle. Sin embargo, Laura rompió el molde.

Cuando Claire llegó al anochecer a casa, Laura estaba repanchigada en el enorme sofá blanco de la sala de estar, acentuando su aburrimiento. El televisor estaba a todo volumen. Miraba una nueva serie de televisión americana donde la gente llevaba grandes sombreros de cowboy y urdía una intriga tras otra; también había cogido una bolsa de patatas chips de la alacena y había repartido el contenido a lo grande sobre la mesa de cristal.

A aquellas alturas, después de no haber encontrado un lugar idóneo en el cuarto de la niña y de no cumplir ninguna tarea, al menos no la de jugar, me había mudado de manera casi permanente a la sala de estar. Laura me utilizaba preferentemente para desahogar su rabia, y por eso me llevaba arriba y abajo de vez en cuando. No sé por qué precisamente a mí. Sin embargo, cuando se trataba de quejarse de sus padres, de sus amigas o de la escuela, yo tenía que pagar el pato. Ahora en serio, ¿son eso maneras? Yo estaba dispuesto a consolar a cualquiera que fuera desdichado. Podía absorber muchas lágrimas, pero sin duda había sido mejor balancearse de la mano de Melanie sin que me percibieran que escuchar críticas constantemente. La aversión y la compasión pugnaban en mi interior.

Al entrar en la sala de estar, Claire profirió un grito de espanto. La comprendí. Hacía falta tiempo para acostumbrarse al pelo teñido de negro de Laura, igual que a los ojos pintados de oscuro y a los agujeros que se había cortado en los vaqueros. Estaba irreconocible. Claire todavía no había visto lo peor cuando gritó:

—¿Te has vuelto completamente loca? ¿Qué te has creído?

Laura calló.

—¿Quieres llevarme a la tumba antes de tiempo? ¿Es eso lo que quieres? Pues sigue así. Muchas gracias.

Laura siguió callada. Luego, la rata asomó por su jersey.

Pobre Claire.

Se le desencajó la cara. Se quedó petrificada y boqueó para coger aire.

—Quita ese bicho de ahí. Quítalo ahora mismo. Fuera, ¡échalo!

A Claire se le quebró la voz, y Laura se metió con mucha calma en la manga el pequeño animal de cola larga.

Laura no me lo ponía fácil para apoyarla. Se había pasado de la raya comprando la rata. Recordé con horror las noches terribles en el sótano de los Bouvier, los dientes afilados de las ratas que me habían perforado la piel en la oscuridad. Recé por que mantuviera el animal lejos de mí.

—No te alteres —le dijo Laura secamente a su madre (también podría habérmelo dicho a mí), y se levantó—. Me voy a casa de Janine. *Ciao*.

—Tú no vas a ninguna parte. Explícame ahora mismo de qué va toda esta comedia.

—Explícame tú también de qué va tu comedia —contestó Laura, y salió a paso firme de la sala.

Estoy convencido de que su tranquilidad era fingida, seguro que su corazón infantil latía con fuerza por la excitación. Nunca se había atrevido a nada semejante.

Claire se dejó caer en el sofá y recogió ausente con la mano unas cuantas chips. La observé. Era digna de compasión. Intentaba por todos los medios hacerlo todo correctamente, pero todo se torcía. En aquel momento le habría ido bien que la consolara. Sin embargo, ella no era de las que estrechaban un oso de peluche contra su pecho cuando estaban desesperadas.

—A Laura se le han cruzado los cables —dijo cuando Bernard llegó a casa.

—¿A qué te refieres?

—Se ha desfigurado, se ha cortado la ropa y se ha comprado una rata.

—Supongo que le habrás cantado las cuarenta.

—¿Por qué yo? ¿Por qué siempre tengo que ser yo la que le cante las cuarenta? Para que tú puedas hacerte pasar por el padre bueno y cariñoso. No, cariño. También es tu hija.

—Lo sé. No soy yo el que quiere renunciar a la familia.

—Ah, ¿también tengo yo la culpa de eso? ¡Nunca estás en casa!

—¿Y para qué? ¿Para que me griten?

—Si no soportas a tu mujer, podrías ocuparte de tu hija, por ejemplo, ¿qué te parece?

—Eres tú la que no me soporta, eso es lo que hay. Eres tú la que cree que lo hago todo mal. Hasta cuando cambio una bombilla tienes algo que criticar.

—Te estás desviando del tema. Pero, claro, eso no es ninguna novedad. Y ahora se trata de Laura.

—A ti Laura te da igual. Solo tienes miedo de que haga algo que perjudique tu imagen. Hija de médicos con rata... Dios mío, qué horror.

El tono de su voz me llegó al alma.

—Solo sabes ser cínico. Eres incapaz de cualquier otro sentimiento.

—Ahora eres tú la que se desvía del tema. Si te molesta que Laura tenga una rata, prohíbeselo. A mí no me molesta.

—O sea que, por ti, puede echarse a perder, ¿no? Y qué será lo siguiente, ¿le comprarás drogas?

Sonó el teléfono. La señal acalló la discusión como la sirena de una alarma. Los dos se quedaron quietos, helados. La última frase todavía flotaba en el aire. Se miraban fijamente, como si esperaran a ver quién se movería primero.

Me alivió que ya nadie gritara. ¿Acaso no se daban cuenta de que siempre le daban vueltas a lo mismo? Siempre se trataba de echarle la culpa al otro. ¿Acaso podía haber un culpable? Los dos habían olvidado cómo se siente el amor.

Claire se dirigió al teléfono verde que había encima de una mesita auxiliar redonda, al lado de la puerta, y levantó el auricular.

—¿Diga?

Escuchó.

—Sí —dijo después—. Gracias. Gracias por llamar... No, va todo bien... Sí... Hasta luego.

Colgó y miró fríamente a Bernard.

—Ahí lo tienes —masculló—. Ahí lo tienes, padre liberal de mierda.

—¿Quién era? ¿Qué pasa? —preguntó nervioso Bernard.

—Era la señora Finkenthaler.

—¿Y?

—Tu hija no se anda con chiquitas —dijo Claire tranquilamente.

—¿Vas a decirme de una vez qué pasa?

Dio la impresión de que estaba a punto de abalanzarse sobre ella. Me hundí en la piel blanca del sofá.

Claire esbozó una sonrisa falsa. Me partió el alma.

—Está en las escaleras de la iglesia con los yonquis —dijo lentamente—. Probablemente ya se está colocando.

—¡Me pregunto quién es realmente el cínico! —gritó Bernard, cogió su abrigo al vuelo y dio un portazo al salir.

El motor del BMW rugió. Luego, Claire se echó a llorar.

Era una pena ver a aquellas tres personas dejando tras de sí tan solo sufrimiento en su lucha por el amor. Por primera vez comprendí que es un regalo poder amar, y se me encogió el corazón. Allí no había nada que hacer, ni siquiera para mí.

Laura perseveró.

Pronto todos sus vaqueros tuvieron agujeros, llevaba un imperdible en la oreja y

masticaba chicle con la boca abierta. Larry, la rata, se quedó. De noche vivía en una jaula en su habitación (lo agradecí mucho, puesto que yo también pernoctaba allí de vez en cuando). Durante el día, observaba a Laura mientras alimentaba al animal sin parar, lo acariciaba y le susurraba al oído con voz suspirante, cosa que seguramente habría sido más apropiada para mis oídos. Al fin y al cabo, yo era el oso que tenía allí la tarea de consolar. ¿Qué podía hacer aquel bicho, como Claire lo llamaba? Él no entendía lo que Laura le decía. Pero las cosas continuaron así: a la rata la mimaban y a mí me apaleaban. Bueno, no me apaleaban de verdad, pero yo me sentía así.

Janine iba a ver a Laura cada dos o tres días para informarse de los progresos. Yo estaba tumbado boca arriba junto a la cama, con las patas estiradas y esperando un poco de atención.

—¿Qué? ¿Cómo va? —preguntó Janine.

—No lo sé —dijo Laura—. Estoy castigada sin salir de casa.

—Eso está bien. Los tienes preocupados.

—Lo sé.

—Fue genial sentarse un rato con los punkis en las escaleras de la iglesia —dijo Janine.

—Bueno, a mí me parecieron tétricos.

—A mí también, pero eran simpáticos.

—La gente nos miraba raro.

A Laura la asaltaban las dudas, entonces lo supe con certeza.

—¿Y qué? Uno puede beberse una Cola donde quiera, ¿no? Suiza es un país libre.

—Papá dice que si pones un osito de goma dentro de una Cola, el osito se hace cuatro veces más grande y luego desaparece —dijo Laura, y sacó unos cuantos ositos de goma de la bolsa.

—¿Prefieres los rojos o los verdes? —preguntó Janine.

—Los amarillos —contestó Laura, y se echó a reír.

Separaron los ositos por colores encima de un minipóster de su revista, donde resplandecía el dúo pop Modern Talking. Amarillos y rojos y verdes encima de la cara del hombre bronceado de pelo largo, que lucía una cadena con el nombre de Nora colgada al cuello. Blancos y naranjas encima de la cara del rubio bronceado que llevaba un peinado *mullet* y cogía mal la guitarra.

—Mira, son iguales que tu oso de peluche —dijo Janine, y me puso delante un osito de goma.

—Se llama Paolo —dijo Laura—. Pero estos son mucho más dulces.

Se le escapó una risita.

Muy graciosa.

—¿Funcionaría con Paolo? —Laura soltó otra risita—. ¿Lo de la Cola? Se le

pondría una barriga así de gorda. ¡Igual que los niños de Biafra!

—¡Ij! —exclamó Janine—. Siempre tienen moscas en los ojos. Es superhorroroso.

—Mi madre dice que nosotros tenemos la culpa de que los niños se mueran allí de hambre —dijo Laura con la boca llena.

—No lo entiendo.

—No, yo tampoco. Pero es que ella tiene complejo de ayuda.

Los temas cambiaban más deprisa que el tiempo en el cielo de Olten. Y aunque no supiera qué era un niño de Biafra, me alegré de ahorrarme un baño experimental en Cola. A aquellas alturas, podía esperarse cualquier cosa de Laura. Había enterrado cuidadosamente debajo de la pose protestona de una adolescente a la niña triste que conocí en Fiesole.

—El mes que viene papá tiene que ir de milicias —dijo Laura de repente—. A lo mejor mamá está de mejor humor cuando se haya ido.

—Mi padre se pone de muy mal humor cuando tiene que ir de milicias. Dice que, total, nadie se toma en serio al ejército suizo. Y que tiene cosas mejores que hacer que pasarse unos días cada dos años pegando tiros por la zona.

—Pues seguro que es divertido.

Olvídalo.

Janine se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿Bajamos al puente? —preguntó Laura—. A lo mejor está Sandra, o Lea o Tom.

—Creía que estabas castigada —objetó Janine.

—¿Y a quién le importa?

Tom era el primer amor de Laura. Ella siempre intentaba parecer indiferente cuando mencionaba su nombre, pero yo la había visto escribirlo con un corazoncito en su estuche de lápices. Sin embargo, por lo que yo podía juzgar, antes se mordería la lengua que confesarle a nadie que estaba enamorada. Era realmente tan distinta de Isabelle... No hacía mucho, incluso había escrito un poema sobre Tom. Lo había leído (y me lo había leído) en voz alta cien veces, luego lo había metido en un sobre y lo había llevado a la oficina postal. Al principio pensé que se lo había enviado a Tom. Me impresionó su valor. Pero dos meses después descubrí que había mandado su obra a una revista, donde realmente se la publicaron. Y entonces fue incapaz de guardarse la noticia. Telefoneó a Janine.

—¡Salgo en el *Musenalp-Express*! —exclamó—. ¡Me han publicado un poema!

Diez minutos más tarde, Janine estaba en la habitación. Laura guardaba la edición de la revista, provista de un marcapáginas, debajo del colchón como si fuera un

tesoro. Janine leyó el poema y miró a Laura.

—Lo sabía —dijo.

—¿Qué?

—Que estás enamorada de Tom.

—No es verdad.

—No me vengas con cuentos. Estás loca por él. O ya me dirás tú por qué el poema se titula *Major Tom*.

Laura se sonrojó. No tenía sentido negarlo.

—«Tú vives en otra galaxia. En una estrella desconocida. Nunca te alcanzaré, y me gustaría. Entre nosotros se extiende la Vía Láctea, como una gran autopista y yo, yo no sé pilotar una nave espacial» —leyó Janine en voz alta, y luego levantó la vista —. Es una pasada.

A mí también me lo parecía. De todos modos, no sabía cómo había llegado precisamente Laura a esa idea del universo, porque siempre que pasaban *Star Trek* por la tele cambiaba de canal.

De cara al exterior, Laura mantenía su estrategia de hacerse la inaccesible y hacía todo lo posible por exasperar a sus padres. Salía de casa aunque Claire se lo hubiera prohibido. Iba a los locales juveniles de peor fama aunque Bernard se lo hubiera prohibido. No contestaba cuando le preguntaban y rechazaba todo lo que le ofrecían. El tictac de la bomba de relojería de la Hüblistrasse 8 pronto se pararía. Aquello no podía ir bien por mucho tiempo. Esas cosas las noto. Intuición de oso.

—Papá y yo vamos a salir —dijo Claire una noche.

—Ah, ¿otra vez a haceros los caritativos?

Claire respiró hondo. Tragó saliva y prosiguió:

—No. Tenemos que hablar con calma. Y, por desgracia, aquí es imposible.

Miró a Laura con acritud.

¡Aquello era una buena señal! Quizá hablarían por fin como debían en vez de seguir ampliando el campo de minas. Lo deseaba tanto... No por mí, no, yo solo interpretaba el papel de espectador en aquella familia. No, lo deseaba por Laura. Deseaba que pudiera volver a ser la niña que realmente era, que no tuviera que seguir siendo tan increíblemente enrollada (como ella decía) y que no continuara haciendo cosas para escandalizar a sus padres que a ella misma la escandalizaban todavía más.

—¿Conseguirás por una vez no organizar un desastre?

Como respuesta, Laura puso los ojos en blanco.

—Por favor.

—Sí, ya.

—Bueno, pues hasta luego.

—Ciao.

Claire estaba realmente preciosa. De hecho, por primera vez desde que la conocía me di cuenta de que era guapa. Llevaba un vestido largo de tela vaporosa, no se había recogido el pelo tan austeramente como de costumbre y en su rostro casi se reflejaba algo de ternura.

La puerta se cerró a sus espaldas. Laura se tiró en el sofá, puso los pies encima de la mesa y se quedó mirando al vacío. Al cabo de un minuto bajó los pies.

—Ahora toca cruzar los dedos —dijo, más para sí misma que para mí, y por primera vez desde hacía mucho tiempo algo parecido a la nostalgia se vislumbró en su fachada oscura.

Ya era tarde cuando Bernard y Claire volvieron a casa. Hacía rato que Laura se había ido a la cama. Yo estaba encima del televisor y oí el ruido familiar de llaves y de perchas en el guardarropa, luego la puerta del frigorífico en la cocina, y finalmente entraron en la sala de estar. No encendieron la luz. Claire se acercó a la ventana con una copa en la mano. Bernard se situó detrás de ella y le puso una mano sobre el hombro.

—Esta noche estabas preciosa —dijo en voz baja en la oscuridad.

Ella calló y volvió lentamente la cabeza. La luz del pasillo cayó sobre su cara y la sumergió en un resplandor cálido.

—Ha sido una velada agradable —contestó.

Me desbordó la esperanza. ¿Lo habían logrado? ¿Habían hallado un comienzo, habían descubierto un rumbo que los aproximara y no los alejara? Laura, pensé, quizá tu rebeldía ha surtido efecto.

Se miraron.

—Sí, es cierto —dijo Bernard, y sonrió—. Ha estado bien, casi como antes.

—Bernard —dijo Claire, y por primera vez el nombre no sonó a reproche en su boca—. No lo estropees.

—No. Seguimos con lo convenido —dijo, bajando la cabeza.

—Créeme, es lo mejor para todos.

—Ojalá tengas razón.

¿Qué os proponéis? ¿Qué es lo mejor para todos?

Claire levantó los brazos y lo atrajo hacia sí.

Mientras se abrazaban, conjuré la fuerza del amor como nunca había hecho antes. Sin embargo, en el fondo de mi corazón sabía que aquel abrazo era una despedida.

El estado de ánimo de la familia cambió de repente. Era como si se hubiera deshecho un nudo invisible. Unos días más tarde, cuando Bernard se fue de maniobras, casi se habría podido calificar la situación de «normal». Claire llegó un poco antes de la

clínica por la tarde y por primera vez en mucho tiempo cocinó algo. Laura observaba con gratitud el cambio de humor de su madre y se preparó a fondo para el examen de matemáticas, para subsanar la reprimenda de Becksteiner de la última vez y los fallos con la regla de tres. Evidentemente, la distensión no le había pasado por alto.

Un momento. ¡Ahí había algo que no cuadraba!

El buen humor no era más que una expresión del alivio que al menos Claire sentía claramente, el alivio de no seguir petrificada como un conejo delante de una serpiente, y de poder actuar.

¿Y Laura? Era una niña, rebelde, pero una niña. Quería creer a toda costa que todo volvía a ir bien.

Fue una alegría engañosa. Claire hizo estallar la bomba la segunda noche.

—Laura, tengo que decirte una cosa.

—¿No podemos ver antes el final de *Dallas*? Tengo que saber qué le pasa a Bobby.

—No. Me gustaría hablar contigo ahora.

Laura se obligó a apartar la mirada de la pantalla, y miró a su madre.

Me olí lo peor. Contuve el aliento.

—Papá y yo... —empezó a decir Claire, sosteniéndole la mirada penetrante a Laura. Aquellas tres palabras también habían hecho saltar la alarma en ella—. Bueno, yo... he solicitado un puesto de trabajo...

Silencio.

—Y me lo han dado.

Respiró.

—¿Tenemos que mudarnos? —preguntó Laura.

—No. Es decir, solo me mudaré yo.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Adónde?

—He aceptado un puesto por un año en Etiopía. En África.

—¿Que has hecho qué?

—Me iré a Etiopía dentro de tres semanas. Tú ya sabes que allí los niños necesitan ayuda urgente, ¿no?

Me quedé perplejo. No había contado con eso. Con todo lo demás, sí, pero no con eso. Noté enseguida que Laura no comprendía el alcance de lo que Claire había dicho. No lo habían conseguido. Me sentó igual que si me hubieran dado un martillazo en la cabeza. Claire pretendía escurrir el bulto. Aplazaba de nuevo la solución. Continuaban siendo débiles, los dos. Bernard y Claire no habían encontrado ni la fuerza para desenterrar su amor ni el valor para rendirse del todo. Ahora obligaban al tiempo a resolver un asunto en el que ellos constantemente habían fallado, y Laura pagaría los platos rotos por su cobardía. Me pregunté para quién se mantenía allí con vida realmente la esperanza.

Laura miró furiosa a Claire.

—¿Es que no tienen madre? —masculló con rabia.

Claire meneó cansada la cabeza.

—Tengo que ir. Me necesitan. Y para papá y para mí también es lo mejor.

—¿Y qué pasa conmigo? —murmuró Laura, y las lágrimas le rodaban silenciosas por las mejillas.

—Tú ya te has hecho mayor. Y te escribiré muy a menudo —prometió Claire—. Todos los días, si quieres.

—¿Es por mí? —preguntó Laura—. ¿Te vas por mí, porque... soy como soy?

Los sonidos del televisor colmaron dolorosamente el silencio. Las risas de gente sonaban falsas y huecas.

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? —contestó Claire, que se frotó los ojos con el dorso de las manos.

—Ven aquí —dijo, y abrazó a su hija—. Ven aquí.

Y yo grité tan fuerte como pude:

¡Estréchala con fuerza! ¡Es tu hija!

Probablemente ya no cabe esperar mucho.

La escritora está en algún sitio, tomando café y esperando a poder recoger mis restos. Quizá esté bien así. Quizá la vida de un oso de peluche también tiene que acabar algún día. Y quizá precisamente de esta manera.

No moriré como una persona. No exhalaré mi último aliento; al menos, eso creo. Supongo que solo me convertiré en piezas sueltas. Nada especialmente dramático, en realidad. Un cristal que cae ya no es un cristal, sino un montón de añicos. Sin embargo, en una cosa me parezco a las personas: he dejado huella en todas las vidas en cuyo camino me he cruzado, recuerdos, sensaciones, confianza y consuelo. A lo largo de los años he aprendido que nosotros, los osos de peluche, ocupamos una posición privilegiada entre los juguetes. Tal vez suena presuntuoso, pero no por ello carece de cierto fundamento científico. Yo mismo he realizado esa investigación y he constatado que los osos de peluche (no soy el único) permanecen más tiempo con sus dueños que los demás juguetes, a no ser que los pierdan, lo cual es mala suerte, claro.

Alice, Lili, Leo, Robert, Friedrich, Marlene, Charlotte, Franziska, Melanie, Julchen, Isabelle, Giulia, Laura, Nina: a todos ellos les di lo que reclamaban de mí. Me he vuelto viejísimo y he cumplido mi cometido.

¿Acaso no es un disparate? Apenas conozco nada del mundo, pero sí a un montón de gente. Todavía no sé qué ocurre en sus cabezas, pero soy un gran conocedor de los corazones.

¿Y mi propio corazón? No lo sé. Alice fijó mi destino. Me dio el amor. Siempre lo he sabido y he actuado en consecuencia. Pero ¿qué será de él ahora?

Noto que me tranquilizo. Después de tantos años, mi resistencia interior se calma y estoy preparado para aceptar mi sino.

Escucho en silencio los ruidos que me rodean.

El fluorescente zumba. La mosca ha dejado de intentar atravesar la ventana con la cabeza, y fuera ha comenzado a llover después de la tormenta. Oigo las gotas de lluvia golpeando a ráfagas contra el cristal. Es un sonido agradable, me gusta la lluvia desde pequeño.

Si me miro de arriba abajo (cosa cada vez más difícil) veo que he pasado por muchas manos. Tengo la piel desgastada en muchos puntos, las costuras podridas, las articulaciones un poco flojas, y la movilidad de mis extremidades va también

acompañada de crujidos y chirridos. Alguien dijo una vez que parecía gastado de tanto amor. En aquella época, la expresión no me pareció muy acertada. En aquellas palabras resonaba algo definitivo, sonaban a estar agotado de amor, como si ya no existiera el amor. Decir algo así de quien lleva dentro el amor es un juicio destructivo. Mientras yo exista, tendré amor para dar. Yo pensé más bien que tenía un aspecto amoroso. Se nota que he sido un compañero para muchas personas, a las duras y a las maduras, contra viento y marea, a través de la vida.

Sin embargo, aquí y ahora acaba el amor. Así pues, me he gastado de tanto amor. Seguramente es lo que se dice cuando a un oso de peluche le extirpan el amor porque ha llamado la atención en una cinta de rayos X precisamente por su causa.

No es fácil asumir la muerte, tampoco siendo un oso de peluche.

Un ángel

A través de las altas ventanas entraba una tenue luz otoñal que apenas iluminaba la habitación. Desde el lugar donde me encontraba, al lado del busto de porcelana de Puccini, podía ver muchas fotografías enmarcadas en la pared de enfrente. Con aquella luz mortecina era imposible distinguir bien de quién eran, pero no me hacía falta. Las conocía de memoria. En los últimos años había observado miles de veces todos los detalles, hasta los más pequeños, y hacía tiempo que no descubría nada nuevo en ellas.

El centro de todas las fotografías lo constituía madame Federspiel, cuyo cuerpo voluminoso las llenaba casi por completo. Si bien en algunas fotografías antiguas en blanco y negro aparecían otras dos o tres personas, en las posteriores se la veía a ella sola en los escenarios internacionales, lisonjeada, a la luz de los focos, obsequiada con flores y en su pose preferida: haciendo una ligera reverencia y con las palmas de la mano unidas tan cerca de su rostro que sus labios carmesíes rozaban las puntas de los dedos índices. Lucía vestidos imponentes: en su juventud, de colores llamativos; más tarde, negros y de corte sencillo. Sidonie Federspiel ya no necesitaba llamar la atención con su indumentaria. Era una diva, era famosa y seguía brillando con luz propia.

No sé qué edad tenía aquella mujer cuando entré en su vida, pero calculo que rondaría los ochenta, igual que yo. No era demasiado alta, pero en sus ciento sesenta y cinco centímetros aproximados de altura se repartía un peso impresionante. Tenía unos pechos enormes, sobre los que siempre lucía el mismo collar de perlas. Su pelo era gris, con un tenue matiz violeta, y ponía muchísimo cuidado en estar siempre perfectamente peinada y maquillada. El contorno de su boca estaba surcado de diminutas arrugas que se notaban sobre todo cuando se aplicaba el pintalabios. En realidad, tenía muchísimas arrugas, la piel le colgaba como si ella se hubiera encogido dentro. Sin embargo, sus ojos negros seguían mirando con tanta intensidad, con tanta agudeza, que incluso a un oso inofensivo como yo le daban escalofríos. A menudo me recordaba a la bruja de las luchas de Robert contra Samir-Unka. Desde luego, madame Federspiel podría haber sido una bruja estupenda.

El tocadiscos giraba quejumbroso. La señora había puesto un disco de 1969, *Tosca*, dirigida por alguien famoso y con ella en el papel de Floria. Su vibrato de hacía treinta años resonaba con fuerza en la tarde gris, mientras ella se sumergía en la

música y en sí misma sentada en el sillón. Tenía los ojos cerrados y soñaba con los años de esplendor. Lisette subió de un salto a su regazo y se quedó allí acurrucada. Madame Federspiel puso una mano sobre el cuerpo tibio de la gata, y yo sentí, además de una irrefrenable aversión por el cuadrúpedo, una pequeña punzada de aflicción porque a mí, un oso viejo, hacía tiempo que nadie me acariciaba.

Yo también pasaba mucho tiempo soñando, porque mi existencia museística en el distrito noveno de Viena no encerraba ningún desafío para mí, salvo la lucha diaria con Ping, Pang y Pong, Mimi, Musetta, Rodolfo, Colline, Suzy, Lisette, Giorgetta, Talpa, Rombaldo, Liu y Tinca, los catorce gatos de madame Federspiel. Todos me habían atacado más de una vez, me habían arañado y cazado (como hacen con los ratones muertos, lanzándolos al aire, haciéndose los sorprendidos y luego abalanzándoseles encima). Y para colmo de males, ¡hasta se me habían meado encima! Sí, ¡meado! Eso no había ocurrido nunca hasta el día anterior, y lo peor de todo era que ni siquiera sabía quién había sido, si Ping, Pang o Pong. Los tres gatos siameses se parecían tanto que los confundía. El olor penetrante de la orina de gato se había impregnado del tal manera en mi pelo que casi pensé con nostalgia en el olor del vino tinto de Brioche, mil veces preferible en comparación.

¿Cómo describir algo semejante? ¿Estar en una especie de limbo? Durante aquellos años me pregunté una y otra vez qué falta había cometido para que la vida me castigara de esa manera en la vejez. No había podido impedir lo que ocurrió con los Hofmann, ni tampoco los tristes sucesos que acontecieron en Budapest. ¡Pero eso no era motivo para maltratarme!

Hacía nueve años y medio que vivía en casa de Sidonie Federspiel, en la Döblinger Hauptstrasse. Durante los dos primeros años, todavía venían alumnas a las que intentaba enseñar a cantar, pero con el tiempo fue perdiendo la paciencia y se volvió cada vez más rara. En las clases hablaba sola, obligaba a las alumnas a mirar sus fotografías antiguas, y a veces pasaban horas enteras sin que cantara con ellas. Las alumnas, una tras otra, empezaron a tenerle miedo y se negaron a ir a clase, hasta que un buen día no volvió ninguna más.

—Ninguna tenía talento. Esta juventud, ¡una pandilla de holgazanes! Vagos y sin talento. Yo tuve éxito porque trabajé muy duro. Empecé desde abajo y llegué a la cumbre paso a paso. No, nadie empieza en La Scala de Milán. Y quieren cantar ópera. ¡Nada menos que ópera! Y ni siquiera son capaces de cantar las canciones más sencillas de Schumann, renegó, después de que la última alumna hubiera puesto pies en polvorosa.

En los últimos siete años, la familia de Budapest nos había visitado ocho veces. En tres ocasiones habían venido los técnicos a reparar los daños que el agua había causado porque madame Federspiel no había cerrado bien el grifo de la cocina. Dos veces llamaron vendedores al timbre, a los que insultó a través del resquicio de la

puerta, y una vez un mensajero trajo un paquete, pero resultó ser un envío equivocado a una dirección errónea. Para Navidad, su nieto Gyula le escribía siempre formalmente, primero desde Budapest y luego desde Nueva York, y, como era de esperar, nunca mandaba saludos para mí. Aparte de eso, casi nunca llegaba correo.

Al contrario que a mí, a Sidonie Federspiel le encantaba la soledad. No le importaba en absoluto vivir sola en su enorme piso, escuchando música, jugando con sus gatos y deleitándose con sus recuerdos. Yo, en cambio, soportaba a duras penas estar encerrado allí dentro mientras el mundo seguía girando fuera. Bueno, más de una vez había pasado unos años en una estantería, contemplando la vida. Pero siempre había habido al menos una vida que contemplar. Siempre había estado al tanto de cómo cambiaba el mundo, de cómo cambiaba la gente, pero allí, en aquel piso, el tiempo se había detenido.

Madame Federspiel apenas había cambiado. Siempre se ponía los mismos vestidos elegantes. Hacía años que compraba la misma comida cada semana y, aun así, todos los miércoles hacía la lista de la compra. ¡Y ni siquiera tenía televisor! Madame Federspiel no quería ninguna caja tonta, según le comunicó al vendedor en la puerta, y con eso se zanjó el tema.

Por la tarde, cuando se levantaba de la siesta hacia las cuatro, le gustaba servirse un benjamín de champán —esas botellitas nunca faltaban en la lista de la compra— y poner un disco. Del viejo armario que había junto a la estantería donde yo me encontraba, sacaba una caja de zapatos gris y se sentaba entre gemidos en su sillón preferido. La mesita que tenía al lado del sillón estaba lo bastante cerca para llegar a la copa si el respaldo del sillón estaba reclinado. Sabía lo que vendría a continuación: las fotos. Madame Federspiel no esperaba nada nuevo de la vida, había vivido muchas cosas y las contemplaba casi a diario. Quizá para no olvidar quién era. No creo que se sintiera desdichada; por lo menos, no tanto como yo.

A veces, encerrado en aquel gabinete de recuerdos, pensaba con melancolía en Isabelle. Creo que tengo derecho a decir que los años que pasé a su lado fueron los mejores. Mi querida Isabelle, ¡cuánto habíamos vivido juntos! Un día vimos una película titulada *Un tranvía llamado deseo*. Solo recuerdo vagamente de qué iba la trama porque Isabelle no paraba de piropoear al protagonista en voz tan alta que me perdí la mitad de los diálogos. Pero la sensación que aquel título dejó en mí basta para describir con bastante acierto mi situación en casa de madame Federspiel. Como siempre, yo no había podido elegir y había ido a parar allí igual que había ido a parar a tantos sitios a lo largo de mi vida: por las vueltas del destino y más o menos por casualidad.

La pelea en casa de los Hofmann había entrado en el último asalto en el año 1983, entre llantos y dientes apretados.

Claire se marchó. Sin Laura, sin Bernard y probablemente sin la sensación de haber arreglado de verdad sus vidas. Pero ¿quién soy yo para tomarme la libertad de juzgar? Yo solo percibo fragmentos de la vida y solo puedo intuir lo que realmente mueve a la gente. No sabía nada del amor que había unido a Claire y a Bernard, ni tampoco cómo se había marchitado.

Laura seguramente marcó para siempre en negro en el calendario el 11 de febrero de 1983. Ese fue el día en que su familia se desmoronó. Era imposible no notar su desesperación cuando volvieron del aeropuerto de Zúrich. Hubo portazos, volaron cosas por los aires (a Laura le gustaba tirar cosas cuando estaba furiosa) y se precipitó en su habitación. Yo estaba en la estantería de los libros, entre *Un marido para mamá* y *El pájaro turquesa*, y me caí del estante cuando la puerta se cerró de golpe con tal violencia que las paredes temblaron. Echó la llave. Llamaron a la puerta.

—Laura, soy yo, papá.

¿Y quién iba a ser? No había nadie más en casa.

—Abre la puerta.

—Vete.

—No, quiero hablar contigo.

—Pero yo no quiero hablar contigo.

—Laura, escúchame. Mamá no se ha ido para siempre. Tú y yo intentaremos pasar bien este año juntos, y ella pronto estará de vuelta.

—Pero yo quiero tenerla aquí ahora.

—Mamá necesita tomarse un poco de tiempo para ella misma. Todo el mundo tiene derecho a hacerlo. También las madres.

—Ya no nos quiere.

—Pues claro que sí —dijo Bernard a través de la puerta cerrada—. A ti te quiere mucho.

—¿Y a ti?

—Seguro que a mí también.

—Eso no es verdad. ¡Se ha marchado por tu culpa! ¡Te interesa más el maldito hospital que nosotras! —gritó Laura furiosa.

—No, tesoro, mamá lo ha querido así. Si no, no era feliz.

—¿Por nosotros?

—No, simplemente porque aquí no puede hacer lo que le gusta.

Laura estaba sentada con la espalda recostada contra la puerta. Tenía las piernas encogidas y apoyaba la barbilla en las rodillas. Alargó la mano izquierda, me cogió y me estrechó con fuerza. Las lágrimas se deslizaban en silencio por su cara, hicieron que se le corriese el maquillaje negro y desaparecieron en mi piel.

Hacía mucho tiempo que no me impregnaba de lágrimas. Muchísimo tiempo. Me dio pena.

—¿Laura? —dijo Bernard—. Abre la puerta, por favor. ¿Laura?

Laura se dio la vuelta y abrió. Luego me soltó y se echó en la cama.

Bernard entró, me recogió del suelo y se sentó junto a Laura. Me sostuvo en su mano, los dedos se cerraban alrededor de mis hombros, y noté que trataba de infundirse valor a sí mismo cuando dijo:

—Ahora, tú y yo tenemos que estar muy unidos, ¿de acuerdo?

Le acarició la cabeza y Laura asintió con un gesto, sin decir palabra.

Una vez a la semana, los domingos, hablaban con Claire por teléfono, y de vez en cuando llegaba una carta. Así, todos se hacían la ilusión de que el único motivo de la ausencia de Claire era su deseo de ayudar a los niños africanos.

Los pálidos rayos del sol de marzo que entraban por la ventana iluminaban tenuemente la sala de estar. La nieve se había derretido y de los árboles caían gotas de agua. Olten estaba sumido en la quietud dominical y las campanas de una iglesia anunciaron en algún sitio que era la hora de ir a misa. Pero Bernard y Laura no eran de los que acudían a la iglesia, sino de los que esperaban una llamada.

Laura no paraba de moverse inquieta en el sofá y Bernard miraba el reloj.

—¿Por qué no llama? Ya son más de las once —dijo la niña.

—Llamará. A lo mejor tiene problemas con la línea telefónica. ¿Por qué no pones la tele? Así el tiempo pasará más deprisa.

En el televisor aparecieron cinco hombres sentados a una mesa redonda que discutían de política tirándose los trastos a la cabeza. Laura cambió de canal. En otra cadena emitían una película en blanco y negro. Nos pusimos a mirarla. Total, no teníamos otra cosa que hacer.

—«¿Cómo se llama usted?» —preguntó un señor con mostacho y gafas redondas.

—«Johann Pfeiffer» —contestó un hombre bajito, con una voz que me recordó a Friedrich.

El profesor de mirada severa sacó una libretita.

—«¿Con una efe o con dos?» —preguntó.

—«Con tres, profesor».

—«¿Con tres efes?» —El profesor miró con escepticismo al alumno.

—«Pues claro, una delante de “ei” y dos detrás».

El hombre bajito sonrió satisfecho y se sentó.

—«Es usted un poco infantil» —replicó el profesor.

Laura se echó a reír. Miró a su padre y siguió riendo por lo bajo.

—Pues claro, una delante de «ei» y dos detrás —repitió imitando la voz.

—Es usted un poco infantil —dijo Bernard, intentando parecer severo y fracasando exquisitamente.

Fue agradable verlos reír juntos. No ocurría muy a menudo. A decir verdad, en

aquella casa se reía pocas veces. Por un instante parecieron olvidar que esperaban la llamada de Claire.

—«Con la escuela pasa lo mismo que con las medicinas —dijo el profesor de la película mientras se acercaba a la ventana—. Si no es amarga, no es eficaz».

—¡Ya lo has oído, perezosa! —exclamó Bernard, haciéndole cosquillas a su hija.

Laura chilló y pataleó de la risa. Rodaron por el sofá hasta que Bernard tuvo el pelo mirando en todas direcciones y Laura jadeaba tratando de recuperar el aliento. Luego se sentaron, con la lengua fuera, Bernard le pasó el brazo por los hombros a Laura y vi lo feliz que estaba, lo mucho que disfrutaba de aquel momento de proximidad. De pronto, Laura preguntó:

—¿Por qué no llama?

Rara vez he presenciado un cambio de humor tan repentino como en aquel instante. Toda la alegría, toda la placidez se volatilizaron como en una explosión. Bernard miró a su hija.

—Esperemos un poco más. Seguro que llama.

Pero Claire no llamó. Ni aquel día ni al siguiente.

Al principio, Bernard y Laura se las arreglaban solo a medias, lo cual no es de extrañar, puesto que se encontraban en una situación que ninguno de los dos había querido.

Por lo demás, yo también me encontraba en una situación que no había querido, si se me permite mencionarlo de pasada. Compartía mi vida con muñecas viejas, juguetes caídos en desgracia y una rata desatendida. Por motivos incomprensibles, oscilaba entre todas esas cosas dentro de la estima de Laura. Un día en que tuvo un ataque de pubertad, llenó muchas cajas de trastos viejos y las cuatro barbies también fueron a parar al desván. Habría preferido que dejara la tropa de barbies donde estaba y desterrara a la rata, pero Larry se quedó, y yo también. Me sorprendió que Laura no me enviara al exilio, porque nunca había disfrutado mucho conmigo y creo que nunca me quiso de verdad. ¿Qué veía en mí? ¿Qué finalidad cumplía yo para ella? Nunca obtuve respuesta a esa pregunta.

Claire no volvió.

Bernard, el bueno pero débil de Bernard, casi pareció sentirse aliviado cuando Claire les comunicó su decisión. Claire había decidido por los tres y con ello demostró en cierto modo que tenía razón: que se hubiera marchado a Etiopía había sido lo mejor para todos. Sin embargo, Laura echaba de menos a su madre. Al principio con rabia y en voz alta, luego en voz baja y, finalmente, de manera casi inaudible. Pero nunca dejó de echarla de menos. La añoranza quedó grabada en su

corazón de niña y le brillaba siempre en los ojos, incluso cuando estaba contenta. Su aflicción no la llevó a quitarse la vida, tampoco se volvió anoréxica ni se drogó. Se convirtió en una jovencita normal. Pero en su corazón quedó una cicatriz para toda la vida.

Claire no se había aferrado a ella.

Nina no tenía cicatrices en el corazón.

Eso fue casi lo único que Bernard pudo descartar cuando examinó a la niña.

Habíamos recorrido más de mil kilómetros para examinar a Nina, después de que Maurus, el padre, le hubiera escrito a Bernard una larga carta.

—Laura, ¿qué te parece si vamos a Budapest para las vacaciones de otoño? —había preguntado Bernard un día en que Laura pasaba excepcionalmente la noche del sábado con él, en vez de ir a la disco del centro juvenil Färbi.

Normalmente, los sábados por la noche Bernard y yo mirábamos la tele solos. Él desde el sofá y yo desde la repisa de la ventana, donde me había instalado agradecido cuando Laura pintó las paredes de su habitación de azul, colgó pañuelos de seda en las ventanas y puso barritas de incienso por todas partes.

—Me da igual —había contestado Laura.

—Vamos, Laura, ya eres mayor para contestar así. Estaría bien cambiar de aires, ¿no te parece? Quién sabe si el año que viene todavía tendrás ganas de ir conmigo a algún lado.

Los reparos de Bernard estaban justificados. Laura cumpliría pronto dieciocho años, volvía a llevar el pelo con su color original, se había hecho una permanente suave y siempre vestía vaqueros, zapatillas de deporte y jerséis holgados que se ceñía a la cintura con cinturones anchos. En mi opinión, casi parecía una adulta, aunque no siempre se comportaba como tal.

—¿Y para qué vamos a ir?

—Maurus nos ha invitado.

—¿Y quién es Maurus?

Yo tampoco había oído hablar nunca de Maurus, y eso que siempre ponía atención cuando mencionaban un nombre. En los últimos años, la mayoría habían sido de mujeres y no había hecho falta memorizarlos. Pero Maurus era nuevo.

—Un amigo de Budapest. Es pianista.

—¿Y cómo es que conoces a alguien en Budapest?

—Estudié tres semestres en la Universidad de Semmelweis, ¿no lo sabías? ¿Dónde crees que conocí a tu madre?

—¿Qué madre? —replicó Laura secamente.

Bernard ignoró la observación de su hija. Sin embargo, a mí no se me escapaba que la frialdad de Laura le sentaba siempre como una puñalada.

—Maurus tiene una hija pequeña que está enferma desde hace semanas. Los médicos de Budapest no consiguen averiguar qué tiene. Y me ha pedido ayuda.

—Ajá, así que era eso.

—Me gustaría que vinieras conmigo. Te iría bien cambiar de aires. A lo mejor el viaje te ayuda a elegir qué carrera quieres estudiar.

—Antes tengo que acabar el bachillerato.

—Pues entonces podrás estudiar el socialismo en vivo y en directo para la asignatura de ciencias políticas. No hay nada mejor que la propia experiencia, créeme.

Laura puso los ojos en blanco, pero una semana después íbamos los tres en coche.

Se preguntarán por qué me habían llevado con ellos si hacía años que lo único que hacían conmigo era quitarme el polvo una vez a la semana y cambiarme de sitio de tanto en tanto. Pues bien, Laura y Bernard me habían elegido juntos como obsequio para la pequeña Nina Andrásy; evidentemente, sin preguntarme. Total, ¿para qué? Aunque si me hubieran preguntado, habría gritado de júbilo y habría dicho:

Sí, adelante, regaladme. Vosotros ya no me necesitáis.

Bernard y Laura se habían adaptado bien a su nueva vida de padre-hija y novios y novias cambiantes. Habían acordado cocinar habitualmente por turnos y recurrir a la pizza congelada solo en caso de necesidad.

Bernard confiaba en Laura y ella se esforzaba por no defraudarlo más de lo necesario. Él podía pasar de vez en cuando la noche fuera, y ella pudo llevar a casa a dormir a su primer novio. Las Navidades y los cumpleaños los celebraban los dos solos, y siempre dejaban para el final las postales de Claire, ignorándolas lo más posible. Con el tiempo habían aprendido a hablar casi de todo. De lo único que no podían hablar sin que estallaran las emociones era de Claire, incluso pasados cinco años, por lo que sobre el tema «madre y África» se corrió un tupido velo con más o menos éxito. Se las arreglaban bien. En la Hüblistrasse, yo estaba realmente de más.

Cuando nos conocimos, Nina tenía nueve años, unos ojos castaños enormes y estaba muy, muy delgada. Laura me sacó de la mochila y por primera vez pude abarcar con la mirada mi nuevo entorno. En la sala de estar de los Andrásy, espaciosa pero oscura, había una niña acostada en el sofá y tapada con una manta de lana marrón. En las altas paredes había cuadros con marcos macizos, y los muebles eran de madera oscura. Al lado del sofá había una mesa y una lámpara que me recordó los muebles que se pusieron de moda cuando yo vivía con los Rosner en Dreihäusen. Lámparas de pantalla cónica de los años cincuenta y mesas con forma de riñón. Enseguida me sentí como en casa. Me gustaban más aquellos muebles que el enorme y frío sofá de piel

que había en Olten.

Nina, la niña del sofá, me recibió con sus manitas cuando Laura me entregó, y el rostro se le iluminó. Noté con toda claridad la transformación cuando cambié de dueña. Rara vez me habían regalado de una manera tan consciente y con un objetivo tan claro, y me puse solemne cuando abandoné las manos de Laura y Nina me cogió por primera vez. El corazón me dio un salto de alegría cuando vi brillar aquellos ojos redondos. Una niña como las que a mí me gustan, pensé. Con su voz clara y aguda, Nina pronunció las únicas palabras que sabía en alemán:

—¡Gracias, camaradas!

Y sonrió casi con descaro.

Bernard se echó a reír a carcajadas, le acarició la cabeza y dijo:

—¡Para nosotros es un honor!

Los ojos de Nina también rieron, pero su boca tosió. Me asusté cuando me apretó con fuerza a causa del esfuerzo. De su boca salió un hilo de saliva, que se limpió avergonzada. No quería parecer frágil. Era extraño. Yo sabía que estaba enferma (después de todo, por eso habíamos ido), pero había olvidado qué se siente cuando un cuerpecito se estremece de agotamiento.

Detrás de Bernard había un hombre bajo y delgado, de unos cuarenta años, y una mujer que le sacaba al menos una cabeza. La mujer tenía un semblante franco y afable, el pelo de color rubio oscuro y rizado, y una boca ancha. En el hombre me llamó la atención la nariz prominente, los ojos de mirada intensa y los dedos largos y finos. Debían de ser Maurus e Ilona. Observaron cómo Nina me estrechaba con ternura.

—Tú eres mi Mici Mackó —me susurró al oído.

Bueno, si tú lo dices...

Me sentí confortado y feliz.

Eso fue el día de nuestra llegada, antes de que Bernard examinara a Nina.

Habíamos llegado de noche después de un largo viaje por carretera. Puesto que a 130 kilómetros por hora Laura no tenía ninguna posibilidad de huir, Bernard aprovechó la ocasión para darle a su hija una clase de ciencias políticas. Mientras ella miraba en silencio por la ventanilla, él le explicó que Hungría era mucho más liberal que los demás países socialistas.

Faltaba saber qué era un país socialista. ¿Alemania? Algo había tenido que ver con el socialismo. Pero antes de que pudiera seguir reflexionando sobre el asunto, Bernard prosiguió:

—El comunismo gulash no va a durar mucho. Los húngaros son demasiado listos para seguir aferrándose a esa política agraria. Quieren una apertura hacia Occidente, mucho más que Checoslovaquia o Rumania o Rusia.

No entendía nada. Recordaba vagamente que, durante la revolución estudiantil, Isabelle conjuraba a los grandes espíritus del comunismo, pero nunca me quedó claro qué reclamaba. Tenía que ver con la igualdad. ¿Acaso yo era comunista porque todos los seres humanos eran iguales para mí? Esa era una pregunta interesante.

Bernard concluyó su discurso cuando nos acercamos a la capital. Tenía que concentrarse.

Recorrimos arriba y abajo las calles de Budapest bajo la lluvia, buscando la dirección de Maurus.

—Conozco Józsefváros como la palma de mi mano —afirmó—. Solo tenemos que llegar a Pest y encontraré el camino por el distrito octavo como si nada.

Oí los limpiaparabrisas deslizándose deprisa sobre el cristal, las ruedas surcaban los charcos y salpicaban. Pasamos tres veces por el puente de la Libertad antes de que Bernard estuviera seguro de si estábamos en Buda o en Pest. Laura gimió.

—Venga, papá, vamos a preguntar.

—No, no nos entenderán —contestó Bernard sin dejar de conducir—. Y nosotros tampoco los entenderemos.

—¡Pensaba que habías vivido aquí!

—Sí, pero en aquella época todos hablaban alemán. Intenta aprender húngaro y verás. ¡Es complicadísimo!

Los dos guardaron silencio, y la manera de conducir de Bernard se volvió cada vez más impaciente.

—¡Ahí está! —exclamó por lo menos en cuatro ocasiones—. Esa es la universidad, creo.

—¡Papá! —dijo crispada Laura al cabo de una hora y media dando vueltas—. ¡Para y pregunta de una vez!

—No, mira. Lo sabía, esta es la Üllői út, ¡no puede quedar muy lejos!

Por desgracia, aparte de los comentarios que oí mientras recorríamos la ciudad, no me enteré de nada porque me habían metido en una de las tres grandes bolsas de viaje que llevaban, junto con otros regalos curiosos como café, Nutella, ositos de goma, aceite de oliva y tampones, además de todo tipo de libros y partituras.

—Ahí, esa tiene que ser la calle que buscamos. A ver si puedes leer el letrero.

—Pues ve más despacio —dijo Laura, y leyó en voz alta—: «Mátyás utca». ¿Es esta?

—¡Sí! —exclamó entusiasmado Bernard—. Es justo como lo recordaba. Ahí, la casa grande que hace esquina. Y ahí, sí, está ahí detrás.

—*Thank God* —exclamó Laura.

—¿Por qué lo dices? Si todo ha salido a pedir de boca. Y te has hecho una idea de cómo es Budapest. ¿Te parece poco?

—Aquí todo es muy gris —dijo Laura. —Y conducen unos coches muy raros.

Parecen de plástico.

—De noche, todas las ciudades son grises. ¡Por la mañana todo se ve muy distinto! Budapest te encantará, el Danubio es un río imponente y hay unas vistas... —prosiguió Bernard con entusiasmo.

—Papá, cuando te pones eufórico eres terrible —dijo Laura en tono severo.

Al día siguiente, después de examinar a Nina, la euforia de Bernard desapareció rápidamente. La auscultó con un semblante serio.

—Lo haces muy bien —le dijo, y le pidió que inspirase y espirase.

Yo conocía los estetoscopios de la época en que Isabelle había tenido una pulmonía. No me traían a la mente buenos recuerdos.

Nina miraba a Bernard con los ojos muy abiertos.

—Ahora tengo que volver a pincharte un momento —dijo Bernard.

Le guiñó un ojo y le clavó una aguja en el brazo enflaquecido. Nina se estremeció, pero no dijo nada. Yo estuve a punto de desmayarme.

—Bueno, esto es todo por ahora —dijo Bernard, y le sonrió—. Ya eres una niña mayor. ¿Cuántos años tienes?

Nina le dirigió una mirada interrogativa a su padre.

—*Kilenc* —dijo Maurus—. Nueve. En junio cumple diez.

—Ah, será toda una fiesta, ¿no? —le preguntó Bernard a Nina.

Maurus tradujo y la niña asintió con ganas.

—*Ígen!* —exclamó.

Maurus se explicó:

—Lleva meses diciendo que el día de su décimo cumpleaños quiere ir al circo.

¡Yo también quiero ir al circo! ¡Llevo toda la vida queriendo ir!

—Bueno, entonces dejaremos un poco tranquila a la pequeña paciente para que sus planes puedan hacerse realidad.

La voz de Bernard estaba cargada de una alegría demasiado forzada. Se lo notaba. Antes solía hablar siempre con Laura en ese tono cuando se sentía muy desgraciado.

Mientras Nina me cogía en brazos y me pegaba con cuidado en la barriga la tirita de colores que le había regalado Bernard, vi con el rabillo del ojo la cara de escepticismo de Bernard y su ceño fruncido. Me pregunté qué significaría.

La habitación se sumió en la penumbra. Nina tosía y su tos también me recordó la pulmonía de Isabelle, o más bien el sonido de cubo metálico que en aquel entonces resonaba en su pecho. No sonaba a nada bueno.

—¿Sabes, Mici Mackó? —me dijo cuando nos quedamos a solas y pronunció mi nuevo nombre, «Mitschi Motschko», osito, con ternura—. Papá está preocupado por mí.

Lo sé. Ya lo he visto.

—Creen que no me doy cuenta.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—Me han visitado muchísimos médicos y todos ponían la misma cara que el tío Bernard —dijo con valentía—. Nadie sabe qué me pasa.

¡Pero Bernard es un médico excelente! ¡Ha salvado la vida a muchos niños!

—Papá dice que el tío Bernard es nuestra gran esperanza.

Seguro. ¡Seguro que sí!

Capté su mirada. Sus ojos brillaban por la fiebre y me miraron apaciblemente hasta que sus párpados se hicieron cada vez más pesados. Nina se durmió, y por primera vez en mucho tiempo sentí que mi vida tenía sentido. Sus dedos me estrecharon la barriga y sentí el amor dentro de mí con la misma claridad que el día de la boda de Isabelle y Gianni.

La puerta se abrió y entró Ilona.

—Nina —dijo en voz baja—. ¿Nina?

Nina no se movió. Ilona se acercó al sofá y le puso la mano sobre la frente a la niña dormida.

—Si pudiéramos ayudarte... —susurró, y repitió en voz baja—: Nina.

La niña abrió lentamente los ojos.

—¿Te apetece comer algo? Te sentará bien. ¡Laura ha hecho crepes para todos!

Nina asintió cansada.

—¿Quieres levantarte? —preguntó Ilona—. ¿O prefieres que te traiga algo?

—Levantarme.

Ilona la ayudó a levantarse. Ya estaban en la puerta cuando Nina dijo:

—Mici también quiere comer con nosotros.

—¿De verdad? Pues no vamos a prohibírselo —dijo Ilona riendo—. ¿Así que te llamas Mici? —preguntó al cogerme del sofá.

Bueno, en realidad me llamo Henry. Pero Mici tampoco está mal.

—Qué oso más bonito te han regalado Bernard y Laura. Cuando yo era pequeña, tenía uno que se le parecía mucho.

—¿Y dónde está ahora?

—No lo sé —respondió Ilona—. Quizá lo destrocé de tanto quererlo. Era un oso muy fiel y se deterioró mucho porque lo llevaba a todas partes.

Yo también soy fiel. Mucho. Y también estoy deteriorado. Pero todavía no estoy destrozado.

—Mici todavía está entero —dijo Nina, y fuimos a la cocina.

Nina me sentó en su regazo y me puso varias veces delante de las narices un tenedor lleno de crepe, pero como no podía probarlo me dio igual. Fingí interés muy profesionalmente y Nina sonrió.

—Creo que a Mici le gusta tanto como a mí —dijo.

Maurus tradujo y Laura le hizo a Nina un guiño de complicidad. Sin embargo, noté varias veces que Laura me miraba disimuladamente durante la cena. Sus miradas no revelaban en qué pensaba, pero casi me pareció que tenía envidia. No de la enfermedad de Nina, sino del estrecho lazo afectivo que se había creado entre Nina y yo desde el primer momento. Laura nunca me había querido de esa manera. ¿Acaso entonces se dio cuenta?

Esa noche, cuando Nina vomitó la comida, Laura se desesperó.

—He seguido la receta de mamá al pie de la letra, ¡lo juro! —la oí decir en la cocina con voz triste—. ¡No lo he hecho a propósito!

—No, Laura. Tú no has hecho nada malo —la tranquilizó Bernard—. Nina está muy débil, eso es todo. Su organismo apenas resiste nada. Si supiera dónde está el foco de la inflamación, podría ayudarla mejor.

¿Qué significaba eso? ¿Tan enferma estaba Nina? ¿Y por qué Bernard no le daba una de sus pócimas mágicas suizas?

Los Hofmann se quedaron diez días.

Laura pasó mucho tiempo junto a la cama de Nina, jugando con ella a juegos de mesa. Miraban juntas una serie de dibujos animados en la tele que se titulaba *El ángel Arturo*, y Laura aprendió a contar en húngaro. Pero todas esas actividades no hacían olvidar que la enfermedad de Nina no daba muestras de desaparecer y que todos los análisis que Bernard había realizado no habían dado los resultados esperados. Era conmovedor ver cómo se ocupaba de Nina y cómo se empeñaba en transmitir buen humor. Sin embargo, pasados cuatro días, finalmente insistió en que llevaran a Nina al hospital.

Oí a los adultos hablar de ello en la cocina. La puerta estaba siempre entreabierta para que Nina no se sintiera sola en la sala de estar.

—¿Crees que es realmente necesario? —oí preguntar a Ilona.

—Aquí, en casa, ya no puedo hacer nada más —respondió Bernard.

—Ya sabes que no somos precisamente los huéspedes más apreciados a cuenta del Estado —dijo Ilona en tono dubitativo.

—Tengo un conocido en el hospital Szent János. Es un colega muy bueno —explicó Bernard—. Ya he hablado con él, y está dispuesto a echarles un vistazo a mis resultados. Conseguiremos que Nina se restablezca, ya verás.

—Dios te oiga —exclamó Maurus, y añadió en un susurro—: Tiene que curarse. No soportaría pasar por lo mismo otra vez.

Bernard asintió con un movimiento de cabeza.

—Haremos todo lo posible.

—Sí, lo sé. Y también sé que no son palabras vacías. ¡Te estoy tan agradecido, Bernard! No te puedes imaginar lo difícil que es conseguir aquí el tratamiento

indicado si no eres... Bueno, si no bailas al son que tocan.

—¿Seguro que no existe ninguna posibilidad de llevar a Nina a un hospital de Viena, por ejemplo? La asistencia médica en el oeste funciona mucho mejor y más deprisa.

—¿Con nuestro historial familiar? ¡Bromeas! No te creerías cuántas llamadas he hecho hasta ahora. He incordiado a todos los contactos que tengo. Hace semanas que estoy mendigando. Pero me han dejado bastante claro que puedo considerarme dichoso si este año me conceden un pasaporte para ir a ver a mi madre a Viena. La última vez, hace tres años, no me permitieron salir del país. Seguramente dije algo incorrecto en alguna de las entrevistas.

Intenté escuchar mejor, pero Nina me sujetaba tan estrechamente que oía más fuerte su respiración que las voces de la cocina. Una pena, porque lo que contaba Maurus me parecía muy interesante. ¿La gente en Budapest no podía viajar a su antojo? ¿Lo había entendido bien? ¿Quién se lo prohibía?

—¿Tan mal están las cosas? En Suiza, en los medios siempre se habla de Hungría como del barracón más divertido de todo el campamento socialista. Por las informaciones que dan es como si aquí no hubiera un régimen represivo.

—Bueno, eso depende de con quién hables —dijo Ilona irónicamente—. Los que se limitan a leer los libros que no están prohibidos no sufren represalias, claro. Viva el sistema, hurra.

¿Tampoco podían leer lo que querían? Aquello era cada vez más extraño. Todas aquellas informaciones me confundían.

—Lo que vosotros calificáis en el oeste de «socialismo liberal» —prosiguió Ilona—, lo hemos pagado con nuestra sangre. No creerás que tendríamos esas libertades si la gente no hubiera ido a las barricadas en 1956. Pero, sí, es cierto —admitió Ilona—. Si lo comparamos con la RDA, por ejemplo, no estamos tan mal.

Entonces me vino de repente a la cabeza: la RDA, eso era lo que había ocurrido en Alemania. Recordé que, al poco de acabar la guerra, habían escindido una parte de Alemania y que a principios de los años sesenta incluso habían construido un muro para hacer bien visible la separación. A la parte nueva la llamaron RDA. En la televisión francesa dieron la noticia de que incluso podían abrir fuego contra las personas que intentaban salir ilegalmente del país cruzando el muro, y también recordé que Hélène se había quedado horrorizada al oírlo. Pero ya hacía mucho de eso. Me costaba creer que esa frontera siguiera existiendo y, sobre todo, no sabía que existían más países donde la gente vivía como si estuviera encerrada en una gran prisión. Los osos y la política nunca han combinado bien.

Maurus intervino con rabia:

—¿Libertades? Sí, todo eso está muy bien, pero en los momentos decisivos este maravilloso Estado nos deja en la estacada. Cuando pienso que no puedo darle a mi

hija la ayuda que necesita y que podría recibir en otra parte, me entran ganas de vomitar de rabia.

—No te preocupes —dijo Bernard—. Seguro que encontraremos una solución. Tú me ayudaste hace tiempo y ahora te ayudaré yo.

Me pregunté de qué manera lo habría ayudado Maurus, pero los dos hombres guardaron silencio al respecto de común acuerdo. Cuando el silencio se volvió demasiado intenso, Bernard dijo:

—Bueno, y ahora me gustaría ir a tomar una cerveza con mi amigo Maurus y charlar sobre los viejos tiempos. ¡*Soproni Ászok*, por favor!

Se fueron y yo me quedé despierto en la quietud de la noche, preguntándome qué clase de personas permitían que una niña sufriera por cuestiones políticas.

Nina sollozó en sueños.

Al día siguiente nos llevaron, a Nina y a mí, al hospital.

—Yo ya he estado en el hospital —me dijo Nina—. ¿Y tú?

Yo también. Y no me gustó demasiado.

—Las enfermeras siempre son muy amables. Y los médicos también. Pero es muy aburrido.

¡Eso es lo de menos! Si quieres, podemos jugar todo el día.

—Pero esta vez no estoy sola.

La serenidad y la resignación de Nina me acongojaban. Después de los años que había pasado al lado de Laura, que estuvieron marcados por sus enérgicas protestas, casi me parecía mal que Nina no se rebelase. ¿Por qué no se ponía hecha una furia y vociferaba que quería estar sana?

La cama de Nina estaba detrás de una mampara en una habitación muy espaciosa. Era un lecho grande y blanco, y Nina parecía allí todavía más pequeña de lo que era. Tenía una mesilla de noche, y al lado de la cama había un taburete amarillo. Pero lo mejor de todo era la ventana, desde donde podía verse el bosque. El sol de octubre caía entre las hojas coloridas de los árboles. La habitación era luminosa y aireada, muy distinta de la habitación del hospital de Florencia, pero el olor a desinfectante que se extendía por los pasillos era el mismo. Lo reconocí enseguida.

Entró un hombre y le dio la mano primero a Nina, después a Maurus y luego a Bernard.

—Tú debes de ser Nina —dijo—. Yo soy Lajos Szabó. —Luego, me señaló y preguntó—: ¿Y quién es este?

—Mici —dijo Nina—. Es suizo.

—Mici, ajá —dijo el doctor—. Un espía...

—Sí —contestó Nina, mirándolo desafiante—. ¡Así que tendrá que hacerlo todo bien!

Szabó sonrió.

—Bueno, pues no perdamos más tiempo.

Miró a Bernard, que asintió con un gesto de cabeza. El examen médico duró una eternidad. Me pregunté qué buscaban exactamente. ¿Qué era lo que se había escondido tan bien en el cuerpo de Nina que no podían encontrarlo? Normalmente, Bernard lo encontraba todo.

—Tenéis que tener paciencia —repetía Bernard una y otra vez, cuando su mirada se cruzaba con las de Maurus e Ilona—. Dadnos un poco más de tiempo.

A Nina le colocaron cánulas delgadas que desaparecieron en sus brazos, le dieron píldoras e inyecciones, y a mí me dio la impresión de que cada vez estaba más demacrada, su piel fue adquiriendo una palidez apergaminada, con un matiz casi azulado. Estaba muy preocupado porque Bernard, en quien todos habían puesto tantas esperanzas, no parecía tener éxito.

Sin embargo, una mañana se advirtió de pronto una mejoría. Después de pasar un par de días en el hospital, Nina empezó de pronto a recuperarse. Al cuarto día, Nina se despertó por la mañana y anunció:

—Tengo hambre.

El doctor Szabó estaba entusiasmado.

Han encontrado un remedio que ha hecho entrar en razón a su cuerpo, pensé, y no fui el único que se sintió aliviado.

Maurus e Ilona estaban contentísimos, se sentían liberados. Los oí bromear y reír. Bernard les transmitía seguridad y optimismo, dos cosas muy difíciles de conseguir en este mundo, por lo que yo sabía.

Cuando llegamos a Budapest, los dos estaban tan deprimidos y sus caras tan grises que apenas podían distinguirse de las paredes de su piso oscuro. Pero el color volvió lentamente a la vida de los Andrassy y a las mejillas de Nina.

Bernard y Laura volvieron una vez más al hospital para despedirse.

—Pronto estarás mejor, Nina —dijo Bernard—. Y cuando te hayas puesto bien del todo, ¡vendrás a visitarnos a Suiza! —añadió, y le dio a la niña un pellizco cariñoso en la mejilla—. Hasta pronto, pues.

—¡Gracias, camaradas! —dijo Nina, y todos rieron.

—*Szia*, Nina —dijo Laura levantando los dos pulgares—. Cuídate.

Se dio la vuelta hacia su padre y lo cogió del brazo.

Me quedé mirándola. Laura. Cuánto había crecido, se había hecho mayor, era realmente una buena chica. Me invadió una oleada de simpatía tardía.

Bernard ya tenía el pomo de la puerta en la mano cuando oí que Laura susurraba:

—*Ciao*, Paolo.

En un primer momento, no estuve seguro de que hubiera dicho realmente eso.

Pero cuando mi mirada se cruzó con la suya, tuve la certeza de que así había sido. Le estaré eternamente agradecido por haberse despedido también de mí. Por fin estaba todo en orden.

Por primera vez pensé que a la familia Hofmann le había llegado cierta armonía.

Maurus e Ilona los acompañaron a la puerta. La mampara amortiguaba sus voces. Agucé los oídos. Sabía por experiencia que las cosas más importantes suelen decirse en las despedidas. Mucha gente no logra hacerlo antes.

—Ahora está estable, pero tendréis que estar muy pendientes de ella —insistió Bernard—. Los reconstituyentes surten el efecto deseado, pero su cuerpo está muy débil. Un colapso del sistema inmunológico como el que ha sufrido puede tener muchas causas. Hasta ahora no hemos encontrado nada llamativo, pero, como ya he dicho, puede haber muchas causas. Prométeme que me avisarás si pasa algo.

—Gracias, Bernard. Te mantendré al corriente. No sabes cuánto me alegro de que hayáis venido. Habíamos intentado ya tantas cosas... Sin ti, habría perdido el ánimo.

—Ahora tendríais que intentar llegar a la calle —dijo Ilona, interrumpiendo el discurso de despedida—. Maurus se pone siempre tan dramático. —Se rió—. Claro que, si no fuera así, seguramente tampoco sería un pianista tan extraordinario.

—Gracias, Ilona, eres muy amable —dijo Maurus—. Bueno, pues ya lo sabéis, nada de despedidas largas; órdenes de arriba. Buen viaje.

Oí que la puerta se cerraba. Luego Maurus asomó la cabeza por detrás de la mampara. Parecía cansado.

—Qué, lucero, ¿va todo bien?

Nina asintió con la cabeza.

—Entonces, nosotros también nos vamos.

—Vale.

—Hasta mañana, princesa. Que duermas bien y te mejores.

Le dieron un beso los dos, uno en la mejilla derecha y otro en la izquierda, y Nina hundió la nariz en mi piel.

Ilona y Maurus iban todos los días al hospital Szent János. Cruzaban la ciudad de punta a punta para visitarnos, a Nina y a mí, en la clínica de las afueras, y muy pronto me di cuenta de que la niña progresaba. Dejó de vomitar y la tos se había calmado, pero la palidez no acababa de desaparecer de su rostro.

—Te he traído Túró Rudis. Tres —dijo Ilona un día al entrar en la habitación. A Nina le encantaban esas chokolatinas, las que más le gustaban eran las rellenas de requesón—. Una para ahora, una para después y otra para el viaje de vuelta a casa.

—¿Para el viaje de vuelta a casa? —preguntó Nina.

¿Podíamos irnos a casa?

—El doctor Szabó dice que estás tan estable que ya puedes irte a casa.

—¿Has oído, Mici? ¡Podemos volver a casa!

¡Pues claro que lo he oído!

Nina floreció.

La vida en el piso de la Mátyás utca fue nueva para mí. Se me hacía raro vivir sin Bernard y Laura, pero sentía que mi lugar estaba junto a Nina, y pronto dejé de pensar en ellos.

A aquellas alturas, ya había comprendido que Budapest estaba en un país donde la vida se desarrollaba de acuerdo a unas reglas distintas a las que yo estaba acostumbrado. Sin embargo, en la vida cotidiana lo único que notaba era que la gente tenía menos cosas. La situación me recordaba un poco la época de la posguerra, cuando muchas cosas escaseaban. Siempre había tenido claro que la familia Hofmann no pasaba necesidades, pero fue entonces cuando comprendí plenamente lo ricos que eran. El televisor de los Andrásy era un modelo viejo en blanco y negro, muy similar a la tele que tenían los Brioché en los años cincuenta. Maurus no tenía coche. El frigorífico no rebosaba de comida ni mucho menos, y las Navidades resultaron más bien frugales. Todo lo que recordaba vagamente un artículo de lujo tenía a lo sumo el encanto de principios de los años setenta. Había vivido todas esas épocas y reconocí muchas cosas. ¿Cómo era posible que el año 1989 tuviera en aquel país un aspecto tan diferente al que tenía en Suiza? No lo comprendía. Por desgracia, no cabía esperar una explicación por parte de Nina. Cuando no estaba descansando, pasaba la mayor parte del tiempo inventando historias. Historias sobre otros niños, sobre animales y sobre Arthur, el ángel bajito y regordete de la serie de dibujos animados, que en situaciones de emergencia bajaba planeando del cielo con su paraguas y hacía todo tipo de disparates.

La normalidad hizo su entrada y al cabo de unos días ya conocía las rutinas y los ruidos de la casa.

A las cinco y media de la mañana sonaba un despertador en la habitación contigua, luego se oían los pasos de los pies descalzos de Ilona sobre el parquet y, poco después, la puerta principal. Iba a cumplir su turno como revisora en el tranvía de la línea 4. Durante la cena, solía contar anécdotas del trabajo, de perros, maletas y niños olvidados, de chiflados y de borrachos.

Maurus practicaba muchas horas diarias en su enorme piano de cola mientras Nina dormía y yo lo escuchaba contento.

—Cuando papá toca el piano tengo sueños muy bonitos —dijo una vez Nina—. Crea imágenes para mí. Por ejemplo, cuando interpreta a Grieg, la sonata para piano en Do mayor, siempre sueño con mucha agua. Y cuando toca la *Patética* de Beethoven, sueño con el verano.

La comprendí perfectamente. Maurus era capaz de hacer sonar el piano de una

manera tan especial que el mundo parecía guiarse por sus melodías.

Me gustaron aquellos días, en los que no sucedió nada extraordinario, en los que la vida transcurrió murmurando plácidamente y las preocupaciones con las que al principio nos habían cargado a todos con mano dura fueron perdiendo peso. Me sentía en casa.

Pasó un tiempo hasta que me enteré de que Ilona no era la madre de Nina, porque yo al menos no les había notado nada. Y no supe que Ilona no llevaba el mismo apellido que Nina y Maurus hasta aquel nefasto día poco antes de Pascua. La relación de los tres parecía tan armoniosa y normal que no se me ocurrió pensar que no eran una familia como cualquier otra. Es cierto que había notado que Maurus tenía una relación muy estrecha con Nina, pero un padre cariñoso no era algo tan insólito como para dar que pensar. Hasta principios de marzo viví contento y satisfecho con mi error.

Nina tosía menos y, aunque lentamente, recobraba un poco las fuerzas. Todavía no podía ir a la escuela, porque aún le fallaban las piernas, pero Maurus le había prometido que, si seguía progresando tanto, el próximo curso podrían planteárselo. Mientras tanto, pasábamos el tiempo jugando. Uno de nuestros juegos favoritos era formar parejas con las cartas. Para ser exactos, Nina jugaba y yo me enfrentaba a ella en silencio.

—¿Quieres que gire una carta por ti, Mici? —me dijo, mirándome.

Sí, por favor.

—Muy bien. ¿Estás seguro de que quieres que coja esta carta?

No, esa no. La de la derecha.

—Bueno, tú lo has querido. Pero yo podría haberte dicho enseguida que las ranas estaban en la carta de la derecha.

Me quedé sin pareja y suspiré.

—Ahora me toca a mí —siguió charlando—. Voy a por los patos.

En la última fila. La que está más a la derecha y la tercera por la izquierda.

Giró dos cartas. Una no era la correcta.

—Oh, me he equivocado, yo quería la carta de al lado —dijo, y se llevó la pareja aunque antes se hubiera equivocado.

Te estás haciendo trampa a ti misma.

—¿Qué? ¿Jugando a las parejas contra ti misma? —preguntó de repente Maurus.

Hacía un rato que nos observaba desde la puerta, pero Nina estaba tan absorta en el juego que no lo había visto. Entonces levantó la mirada.

—No, contra Mici. Pero gano yo.

¡Así cualquiera!

—¿Te has tomado las pastillas? —preguntó Maurus.

—Sí, a la hora de comer.

—¿Y qué has comido?

—Ilona ha hecho *letscho*. Estaba muy rico.

—Muy bien. —Maurus sonrió—. ¿Crees que el sábado podríamos dar un paseo tú y yo solos? —le preguntó.

Nina lo miró.

—¿Nosotros dos solos? —preguntó la niña.

—Nosotros dos solos.

—¡Sí! ¿Vamos a ir al circo?

—No. Pensaba en ir al Ruszwurm... —dijo, y luego se quedó callado.

¿Quién o qué era ese Ruszwurm? El nombre no me inspiraba demasiada confianza.

El silencio que flotaba en la sala era muy peculiar, y noté que se trataba de algo más que de un simple paseo.

—¿Es por mamá? —preguntó Nina agachando la cabeza.

—Sí, es por eso. El sábado hará cinco años. Y a mamá le gustaba tanto ir al Ruszwurm a tomar café.

—Está bien —dijo Nina, y se bajó de la silla.

—Es bonito recordarla de esa manera, ¿no? Seguro que nos verá desde el cielo y se alegrará de que nos comamos juntos un pastel riquísimo.

—¿Y no se pondrá triste Ilona si vamos solos?

—No, Ilona sabe que ese día nos pertenece a ti, a mí y a mamá —respondió Maurus, hablando cada vez más quedamente.

—Pero tú también te pones siempre muy triste.

—Te prometo que no pondré cara larga. Te tengo a ti, y ese es para mí el mejor regalo del mundo.

Nina miró a su padre con expresión severa.

—¡Nada de ponerse triste! —recalcó con énfasis.

Maurus asintió sonriendo. Poco después sonó el piano en la sala de ensayo. Maurus invocó el verano con su música, y yo seguí pensando en la madre de Nina, de la que hasta cinco minutos antes no había sabido nada. Mi vida era como un rompecabezas, con la diferencia de que yo no sabía qué imagen se formaría al final. Siempre podía aparecer una pieza de la nada y cambiarlo todo. Me fastidiaba no poder hacer preguntas a Nina. Me fastidiaba no poder asomarme más a la pequeña ventana que limitaba el encuadre de mi perspectiva para poder mirar un poco a derecha e izquierda. Me había dejado llevar por las apariencias y había pasado por alto una regla que en realidad me llegaba a las entrañas: nada es lo que aparenta. Todo y todos tienen su propia historia, y lo que uno conoce es siempre el resultado de esa historia. Y, en la mayoría de los casos, había tenido que esforzarme por deducir algunos detalles con el paso de los años. Sin embargo, en algunos puntos quedaban

para siempre espacios en blanco que me era imposible rellenar.

Me permitieron ir al Café Ruszwurm —de hecho, me permitían ir con Nina a todas partes—, y fue como hacer un viaje en el tiempo. Elegimos la mesita más próxima a la estufa redonda de cerámica blanca. Nina y yo nos sentamos muy cerca de la estufa, en la que crepitaba el fuego. De los percheros inclinados y cargadísimos que había a nuestro lado me llegó el olor de los abrigos húmedos. El invierno había regresado de nuevo y había comenzado a nevar. Del cielo caían grandes copos de nieve blanca, y eso hacía que la confitería fuera aún más acogedora. En las paredes de color claro colgaban fotografías antiguas que revelaban cuántas cosas habían sucedido en aquellos salones. Estábamos sentados en uno de los sofás bajos que estaban tapizados con terciopelo de rayas verdes y blancas, y se notaban claramente los muelles, que por debajo intentaban abrirse paso a través de la tela. Abrieron la puerta y el cristal del candelabro que había sobre nuestras cabezas tintineó suavemente. Casi sonó como una melodía. Maurus y Nina se miraron y, por razones incomprensibles, supe qué estaban pensando: era mamá, que quería decirnos que está aquí. Y quién sabe, quizá tenían razón.

—¿Estás bien? —preguntó Maurus, cuando la magia del momento se había desvanecido.

Nina puso los ojos en blanco.

—¡Papá!

—Solo preguntaba.

—Quiero un chocolate caliente, ¡como mamá!

Maurus pidió lo mismo, también pidieron el pastel especial del día. Les sirvió una camarera entrada en años y con cara de vinagre. Nina le hizo muecas a sus espaldas y Maurus no pudo evitar reírse. Iba vestida como los criados de los Brown en otra época. En la cabeza llevaba una cofia que se bamboleaba a cada paso que daba. Trajo los platos y las tazas en una bandejita de plata, y lo colocó todo con aire distinguido delante de ellos.

—*Köszönöm* —Nina le dio las gracias cortésmente, mientras observaba el enorme trozo de tarta que había en su plato.

—Brindo por ti, *Csillagom* —dijo Maurus, y chocó su taza de cacao contra la de la niña—. Y por mamá.

Se miraron y sonrieron satisfechos. A Nina le gustaba que su padre le llamase *Csillagom*, mi lucero.

Intenté imaginar a Laura y Bernard en aquella situación. Seguramente se habrían sentado a una mesa y se habrían lamido las heridas cada uno por su lado, en silencio. Era asombroso observar una y otra vez qué diferentes eran las personas.

Llegó la Pascua. Para mí, por sexagésima octava vez.

Maurus trajo a casa una enorme cesta llena de huevos.

—¡Dios! —gritó Ilona—. ¿Has asaltado una granja de gallinas?

—Cariño, estos huevos me han costado un montón de tiempo y paciencia. Este año quería tener los huevos más bonitos del mundo.

—Bueno, supongo que tendré que pasar los próximos días en la cocina... Qué pena, porque también me gusta sentarme de vez en cuando en la sala de estar —replicó Ilona riendo.

—Podemos ayudarte —dijo Maurus—. Qué raro, fuera no me parecía que hubiera tantos.

Nina llegó corriendo desde la cocina.

—Uy, papá, cuántos huevos.

—Sí, y vamos a colorearlos y a pintarlos todos.

—¡A sus órdenes! —dijo Ilona—. Este año vamos a tener una Pascua muy animada y colorida.

Al parecer, había que preparar un montón de cosas. Habían invitado a Zsuzsa, la hermana de Maurus, y a su hijo Gyula, y la madre de Ilona también había anunciado su visita.

—¿No crees que todo esto será demasiado para Nina? —preguntó un día Ilona.

Y Maurus había contestado:

—Se ha tenido que privar de tantas cosas y le hace mucha ilusión la fiesta de Pascua. No quiero echarle a perder la diversión. Solo tendremos que frenarla un poco de vez en cuando.

Pero frenar a Nina era casi imposible. Los días previos a la fiesta de Pascua los pasamos con Ilona en la cocina. Me encantan las cocinas. Desde la época en Bloomsbury, en la que Lili y yo pasábamos las tardes en la cocina de Mary Jane, las considero un lugar mágico. Están llenas a rebosar de impresiones sensoriales y albergan la alegría de vivir. Creo que las personas se atreven a mostrar allí lo apasionadas que son. La pequeña cocina de Budapest no era una excepción. Ilona preparaba la masa y batía la clara de huevo a punto de nieve hasta que el sudor le empapaba la frente, y Nina la ayudaba con las mejillas enrojecidas en todo lo que podía. Se subió a una escalerilla, Ilona le subió las mangas, y las dos se pusieron a colorear, a hornear y a cocinar. El domingo de Pascua habría estofado de jamón con salsa de rábano picante, y al día siguiente repollo con carne picada y cebolla, todo acompañado con una salsa marrón indefinible. Además, tenían que elaborar una trenza de Pascua para los postres y preparar los huevos. Se lo pasaban en grande.

Nina batió huevos y harina en una fuente con tanto ahínco que enharinó toda la cocina. Quizá por eso nadie, excepto yo, se dio cuenta de que había vuelto a ponerse pálida.

Cuando Maurus comenzó a tocar el piano en la sala de música, las dos pararon un momento.

—¡Papá! —gritó Nina tan fuerte que le dio un ataque de tos—. Papá, ¡eso es una canción de Navidad!

—¿Qué? —preguntó Maurus fingiendo incredulidad—. ¡No te creo!

—¡Sí! —exclamó Nina con una risita—. ¡Y estamos en Pascua!

Maurus siguió tocando sin inmutarse. Ilona y Nina se miraron y comenzaron a cantar a coro:

—*Kis karácsony, nagy karácsony. Kisült-e már a kalácsom? Ha kisült már, ide véle, hadd egyem meg melegében.*

—¡Eh, que estás desafinando! —exclamó Nina.

—¿Qué? ¿Que yo desafino? —dijo Ilona con fingida seriedad—. Pues será porque tu padre toca canciones de Navidad en Pascua. Y solo las sé cantar bien en diciembre.

—Tú escucha —dijo Nina en tono severo—. ¡Es así!

Y se puso a cantar desde el principio, aunque su padre ya había llegado a otra estrofa de la melodía. Mientras cantaba, Nina agitaba la cuchara de madera y las mangas del jersey le resbalaban por los bracitos delgados. De pronto, en mitad del segundo verso se interrumpió. La escalerilla donde se había subido se tambaleó, y cuando Nina cayó Ilona no tuvo tiempo de soltar el jamón para cogerla.

—¡Maurus! —gritó, y la voz le falló por culpa del pánico—. ¡Maurus!

Se arrodilló junto a Nina, que yacía extrañamente retorcida sobre el suelo gris de linóleo, mientras una nube de harina la cubría como una neblina blanca.

Mientras el doctor Szabó volvía a introducir un sinnúmero de agujas y cánulas en el cuerpo lánguido de Nina, Maurus le hacía reproches a Ilona.

—¿Por qué has dejado que se subiera a la escalerilla? —la increpó—. Seguro que se ha mareado.

—Maurus, Nina no se ha mareado —replicó Ilona, masajeándose la frente—. Estaba bien.

—No lo estaba, o no se habría caído.

Maurus me sujetaba con fuerza, sus dedos finos de pianista no paraban de girarme, de palparme, de estrujarme. Su nerviosismo me llegó enseguida al alma. En el momento en que Nina había caído en el suelo de la cocina como una marioneta a la que han cortado los hilos, mi mente había quedado paralizada. La imagen de la niña inerte no se me iba de la cabeza. El pánico se había apoderado de mí. El mismo pánico que había sentido años atrás, cuando Friedrich se había desplomado sin vida delante de mí, cuando su cuerpo había dejado de vivir.

—Maurus, yo no tengo la culpa. Se ha desmayado.

—Pero si no hubieras dejado que se subiera a la escalera...

—¡Ya basta! —masculló Ilona—. Deja de hacerme reproches.

Maurus agachó la cabeza.

—No la vigilabas —dijo quedamente.

Ilona lo miró con tristeza.

—No se puede vigilar a nadie siempre. Así es la vida, Maurus.

Quiso ponerle la mano sobre el hombro, pero él le dio la espalda.

Maurus, ¿qué estás haciendo?

—Déjame —dijo Maurus—. Déjame.

—Compréndelo, por favor.

—No —contestó él—. Si yo hubiera estado con ella, esto no habría pasado.

—Yo estoy tan preocupada como tú. Nina es... —Ilona lo miró enfadada.

El doctor Szabó asomó la cabeza por la puerta de la sala de curas.

—¿Señor Andrásy? ¿Señora Barinkay? Pueden pasar a verla.

Se levantaron de las sillas de plástico marrón que había en el pasillo. Maurus me apretó con ambas manos.

—Entraré yo solo —dijo, mirando a Ilona fijamente.

¡No!

—¿Estás seguro? —preguntó Ilona.

Al ver que Maurus no contestaba y miraba hacia delante, dio media vuelta y se marchó.

Yo estaba perplejo.

Nina no era hija carnal de Ilona, pero no cabía la menor duda de que la quería como una madre. Lo sabía con certeza. ¿Había perdido Maurus el juicio?

Al entrar en la habitación de la enferma noté cómo le palpitaba el corazón. Igual que unos meses antes, Nina yacía en una enorme cama blanca, donde se la veía pálida y muy pequeñita. Maurus tragó saliva y yo reprimí el miedo.

—Nina —susurró Maurus—. Nina, ¡*Csillagom!*

La niña no se movió. El doctor Szabó se acercó por detrás y le puso una mano en el hombro a Maurus.

—Su sistema inmunológico no es estable. En esas condiciones, basta con un leve resfriado... No se reprochen nada. Ustedes lo han hecho todo bien. Dejaré a Nina ingresada unos días. Sus ganglios linfáticos están muy inflamados y me gustaría examinarlos más detenidamente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Maurus.

—Bueno, será mejor que Nina se quede hasta que pasen las fiestas. Aquí tenemos más posibilidades de tenerla bajo control. Quédese un rato con ella. Pasaré a verla más tarde.

—Gracias, doctor. Muchas gracias.

Maurus se dejó caer sobre el taburete amarillo que estaba junto a la cama de Nina, y me puso en sus brazos.

—Bueno, Mici —dijo—. Ahora te toca a ti.

Lo sé.

Apoyó la cabeza en sus manos y se echó a llorar.

Noté claramente que el corazón de Nina aún latía, y eso me alivió lo indecible. Debíó de notar mi presencia porque se movió con cuidado.

—Papá —susurró.

Maurus levantó la cabeza.

—Nina, mi lucero, estás despierta.

—Papá —dijo la niña, abriendo los ojos con dificultad—. ¿Dónde está Ilona?

—Está... Ha tenido que... —balbuceó Maurus, mirando avergonzado por la ventana—. No ha sido...

—Estoy aquí, tesoro —oímos decir de pronto a Ilona.

Maurus giró la cabeza de golpe.

—Siempre al pie del cañón —añadió en voz baja, y salió de detrás de la mampara.

Nina cerró los ojos y no vio que Maurus miraba a su compañera, tampoco vio la disculpa muda ni la silenciosa gratitud que impregnaban su mirada. Yo sí lo vi, y también Ilona lo comprendió.

—Es que... —comenzó a decir Maurus—. Ha sido la conmoción...

—Ya lo sé —dijo Ilona—. No pasa nada.

Nina me abrazó con fuerza y dijo:

—Y Mici también está aquí.

La fiesta de Pascua fue muy diferente de como la habían planeado. Estrictamente hablando, se suspendió. Maurus e Ilona pasaron la mayor parte del tiempo con nosotros, velando a Nina.

Las inyecciones y los medicamentos que le dieron la estabilizaron lo suficiente como para que pudiera volver a sentarse, pero cada vez estaba más pálida, tenía accesos repentinos de fiebre y se quejaba de que le dolían los huesos.

¿Qué le ocurría? ¿Por qué no se recuperaba? Yo creía que Bernard la había curado, pero, por lo visto, estaba equivocado. ¿Qué se le había pasado por alto? ¿Y qué se le estaba pasando por alto al doctor Szabó?

—Deberías llamar a Bernard —le susurró Ilona a Maurus cuando Nina se quedó dormida mientras jugaban al parchís.

—Él tampoco pudo ayudarla —objetó Maurus.

—Te dije que no podía hacer nada más en aquel momento, pero quizá ha cambiado la situación.

—¿Qué te hace pensar que ahora podría ayudarnos?

—Maurus, no seas tan tozudo.

—Te ngo tanto miedo... —susurró Maurus—. Si Nina no se cura...

—Seguro que encontraremos la manera de ayudarla. Por favor, Maurus, llama a Bernard.

Maurus asintió débilmente y se restregó los ojos. Estaba cansado.

—Probablemente tienes razón. Como siempre.

Se quedó un momento en silencio.

—Si pudiéramos llevarla a Viena o a la clínica de Bernard en Olten. La cuestión es llevarla lejos de este... de este...

—Cálmate, Maurus —dijo Ilona, mirando a su alrededor—. Así no haremos amigos.

Maurus se enfureció.

—Nosotros no tenemos amigos aquí, ¿no lo entiendes? No me permiten salvar a mi hija. ¡Odio este país! Quiere quitarme todo lo que... —Se interrumpió y le cogió la mano a Ilona—. Perdóname, Ilona. Por favor, perdóname. Es que estoy desesperado.

Ilona le sonrió para tranquilizarlo.

—Lo conseguiremos. Juntos lo conseguiremos. Y estoy segura de que Bernard vendrá a ayudarnos.

Me alegraba tanto que se hubieran reconciliado... En la tarde funesta, había sido una conmoción ver que Ilona se marchaba. Era una suerte que tuviera una voluntad tan férrea y que pudiera darle a Maurus la fuerza que necesitaba en su desesperación. Sentía pena por Maurus. Sentía pena por ambos.

Nina se despertaba a menudo de noche, pero no le tenía miedo a la oscuridad. Entonces solía hablarme en voz baja, me susurraba al oído y me pasaba el pulgar por el punto de consuelo.

—Pienso a menudo en mamá —dijo una noche.

La luna había desaparecido detrás de las nubes y el cuarto estaba en tinieblas. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Hace tiempo que está en el cielo —continuó—. Antes, papá siempre me contaba que mamá está ahí arriba y vela por nosotros. ¿Crees que se habrá olvidado de velar por mí?

No sé nada del cielo y no tengo la menor idea de si se puede estar allá arriba velando por otras personas. Nunca me había planteado seriamente esa pregunta.

No, no creo que se haya olvidado de velar por ti.

—Me pregunto si mamá es un ángel. Como Arthur, el de la serie de dibujos animados.

Me gustó que Nina se imaginara a su madre como un ángel que se divertía mucho y salvaba sin descanso a la gente de situaciones complicadas.

—Si es como Arthur, seguro que me ayudará a ponerme bien.

Eso espero.

—¡Tengo que ponerme bien! —dijo adormilada.

Sí. ¡Sin falta!

—El día de mi cumpleaños vamos a ir al circo —añadió, y cerró los ojos.

Aquella noche no tosió, pero la fiebre latía en su cuerpecito.

Abril iba ya por la segunda mitad cuando se supo el diagnóstico. Leucemia linfática aguda.

La palabra «cáncer» no se pronunció ni una sola vez en presencia de Nina, nadie dijo nunca cómo se llamaba la enfermedad que la devoraba lentamente por dentro. Pero Nina era una niña inteligente y, aunque nunca se enteró de que tenía cáncer, sabía perfectamente qué le fallaba.

—Tengo la sangre enferma —me explicó con valentía—. Y los huesos también. El tío Bernard vendrá la semana que viene para curarme.

Callé. ¿Qué iba a decirle? Yo no sabía nada de enfermedades, no sabía nada de la muerte; incluso de la vida sabía bien poco. De lo único que yo entendía era del amor. A Nina había que quererla de todo corazón, esto lo tenía claro. Acepté la tarea con gusto.

Cuando Bernard llegó, el doctor Szabó ya había comenzado con la quimioterapia. Nina recibió también radiaciones y fue cada vez a menos.

Yo dormía en sus brazos noche tras noche y noté que cada vez estaba más delgada, que su cuerpo estaba cada vez más débil y que la pequeña Nina parecía desvanecerse lentamente. A menudo caía en un estado de duermevela, entre la vigilia y el sueño, se sometía sin oponer resistencia a todo lo que le pedían y se esforzaba por sonreír a su padre siempre que podía.

—No estés triste, papá —decía en tono severo—. Mamá vela por nosotros.

—Sí, mi lucero, tienes razón. Mamá vela por nosotros —respondía Maurus tragando saliva.

Me cuesta mucho recordar la cara cenicienta de Maurus sin que se me haga un nudo en la garganta. Y me cuesta muchísimo recordar aquellas semanas en el hospital sin tener la sensación de que me desgarró por dentro.

Fue tranquilizador volver a ver a Bernard. Me di cuenta de que en Maurus y en Ilona también brillaba una chispa de esperanza. Pero Bernard apenas pudo mantener viva esa chispa.

—El doctor Szabó ha hecho lo correcto —dijo, y le pasó el brazo por los hombros a Maurus—. Nina no podría estar en mejores manos, pero será su cuerpo el que

finalmente decida si tiene suficiente fuerza para defenderse de las células cancerígenas.

—Nina es resistente —dijo Ilona—. Lo conseguirá.

Maurus e Ilona acompañaron a Nina en el hospital noche y día. Yo estaba acostado con una oreja contra su pecho y escuchaba temeroso cada uno de sus latidos.

Llegó el día del cumpleaños de Nina. Por primera vez desde hacía días, el sol se abrió paso entre las nubes y brilló sobre la cama de la niña. Los árboles que se veían desde la ventana resplandecían luciendo un verde intenso y fresco.

Bernard le había traído un jersey azul de regalo.

—Laura te envía sus mejores deseos —le había dicho, y Nina había apretado contenta el jersey contra su cuerpo.

Reconocí el olor; aunque era muy tenue y estaba cubierto por el perfume del detergente de ropa, olía a Laura. Por un instante sentí que estaba de nuevo en Olten, lejos del hospital, libre de la angustia que allí era omnipresente. Nunca se olvida un olor.

Maurus e Ilona habían inflado unos globos y los habían atado a la cama de Nina. Habían cantado y habían intentado jugar con ella a formar parejas con las cartas, pero Nina tuvo que volver a recostarse sobre la almohada.

—No me encuentro bien —dijo con voz queda.

Maurus le limpió la frente con un trapo húmedo y le susurró palabras tranquilizadoras hasta que se quedó dormida. Luego se sentaron junto a la ventana, mirando fuera hasta que comenzó a oscurecer. No había mucho que decir.

A última hora de la tarde, cuando ya hacía rato que había oscurecido y la luz amarillenta de las farolas de la calle entraba en la habitación, Nina se despertó.

—Papá —dijo en la oscuridad.

Maurus levantó la cabeza.

—Estoy aquí, princesa. A tu lado —dijo, y le puso la mano sobre el brazo.

—Hoy me habría gustado tanto ir al circo... —exclamó Nina.

—Lo sé —respondió Maurus, sin poder disimular el temblor en su voz—. Lo sé, *Csillagom*.

—Habría sido muy bonito...

—Sí —dijo Maurus en un susurro casi imperceptible—. Habría sido muy bonito.

Ilona se sentó al otro lado de la cama, le cogió la mano a Nina en la suya y comenzó a hablar en voz baja.

—Iremos al circo ahora —susurró—. Todos juntos.

Miró a Maurus por encima de la cama.

—Celebraremos tu cumpleaños yendo al circo, a ese tan grande que hay en el parque municipal, arriba del todo, en el Jardín Botánico, ¿me oyes? Imagínatelo. Cogemos un taxi para ir porque a tu papá se le ha hecho tarde, como siempre. Vamos muy elegantes. Yo llevo mi vestido rojo largo, tu papá se ha puesto el traje y tú llevas los vaqueros nuevos y el jersey azul que te ha regalado Laura...

Nina sonrió débilmente. Maurus le estrechó la mano con fuerza, y bajó la cabeza. Ilona prosiguió:

—Le pedimos al taxista que nos lleve hasta la puerta. Cuando llegamos, se baja y te abre la puerta, como se hace con las señoritas distinguidas. Te cogemos de la mano, papá de la izquierda y yo de la derecha, y entramos juntos. Encima de la entrada hay unas enormes letras luminosas de colores: FÓVÁROSI NAGYCIRKUSZ. ¿Oyes cómo toca la orquesta? Ahora se oye el redoblar de los tambores. La función está a punto de empezar. Hemos conseguido unos asientos estupendos, los mejores, en un palco de honor. Nos sentamos muy cerquita de la pista y desde ahí podemos verlo todo perfectamente. Se apagan las luces y solo queda un foco encendido, que ilumina el telón de terciopelo rojo.

Ilona bajó la voz un poco más hasta que se convirtió en un suave murmullo.

—Reina un silencio absoluto. Todos los espectadores contienen el aliento. El redoble de los tambores es cada vez más fuerte y de pronto, ¡tachán! ¿No es emocionante? El telón se levanta y aparece el director del circo. Es un hombre gordo, y lleva un frac largo y un enorme sombrero de copa negro en la cabeza. «Estimado público —grita—. ¡Damas y caballeros! Hoy les ofreceremos una función muy especial porque tenemos una invitada de honor: la pequeña Nina, que hoy cumple diez años». Todos aplauden a rabiar. ¿Lo oís? El director del circo hace una reverencia delante de nuestro palco y anuncia el primer número. Es el de los caballos. Cinco caballos blancos preciosos entran galopando en la pista. La luz es ahora azul, y los hace brillar de verdad. Llevan penachos de colores en la cabeza y sus ojos parecen muy negros. Galopan en círculo y ahora... Ahora se levantan sobre sus patas traseras. Es como si nos saludaran con los cascos delanteros. ¿Ves cómo saludan?

Nina asintió en silencio. Su corazón latía muy cerca de mi oído y tuve la certeza de que estaba viviendo ese sueño con Ilona y su padre, que sentía la dureza de las sillas, el olor de los animales y la atmósfera cargada de suspense.

Ilona continuó el relato. Describió a los leones, las focas y el mago, a los acróbatas y a las equilibristas, y no se cansó de elegir para sus descripciones las imágenes más brillantes y coloridas que podían imaginarse.

Maurus miraba a Ilona en silencio, le había estrechado la mano con la que tenía libre. Los tres cogidos de la mano; eran una unidad. Estaban juntos en el circo.

—Ahora sale el payaso —dijo Ilona—. Lleva una gorra enorme de cuadros blancos y negros, y por debajo asoma una cabellera desgreñada y de color rojo vivo.

Tiene una nariz roja y unos ojazos enormes. Es el payaso más famoso del mundo. Se llama Oleg Popov y ha venido expresamente en tu honor. Te hace una reverencia.

Nina sonrió.

—¿De verdad? —preguntó con voz ronca.

—Pues claro que sí —dijo Ilona—. La pista del circo está a oscuras, solo se ilumina un pequeño cerco redondo que parece un sol. Al fondo se oye un piano. ¡Mira! Oleg se sienta en el cerco del sol y saca una botella de una cesta, y un gran trozo de pan. Seguro que está de picnic. Parece muy contento. Pero ¿qué pasa ahora? El cerco del sol se está moviendo. Oleg salta tras él, intenta atraparlo, pero el cerco es más rápido. Zas, un poco más allá, y Oleg siempre detrás. El público se ríe de su torpeza. Mira, ¡por fin lo alcanza! Oleg se tumba en el cerco y lo acaricia con ternura. Sí, parece que le está hablando para convencerlo de que se quede. Muy bien, querido cerco, quédate aquí quietecito. Parece que el cerco se ha calmado. Ahora Oleg podrá terminar el picnic. ¿Qué? ¡El cerco quiere irse otra vez! Oleg vuelve a acariciarlo. Sí, así, muy bien. Pero ahora, de repente, viene alguien y quiere ahuyentar al payaso. Y ¿ves lo que hace ahora? Se arrodilla y abraza el cerco, y lo junta con muchísimo cuidado con las dos manos, como si apilara un montoncito de tierra. El cerco del sol se vuelve cada vez más pequeño, y ahora es tan pequeño y tan fácil de manejar que Oleg lo coge y se lo mete en el bolsillo. Ahora ya no lo perderá. ¿Ves cómo sale luz de su bolsillo? ¿Ves lo contento que está? Tiene la cara radiante.

Ilona levantó la cabeza lentamente y miró a Maurus a los ojos. Sin apartar la mirada, continuó hablando:

—Y el público aplaude, aplaude a rabiar. Y ¿sabes qué, mi vida? No están aplaudiendo a Popov, te aplauden a ti, solo a ti. Porque tú eres nuestro lucero, porque eres una niña valiente, lista y fuerte, porque...

—Sí —oí decir a Nina—. Con vosotros...

El corazón de Nina latía levemente, muy levemente. Yo oía cómo el aire entraba en sus pulmones y volvía a salir. Oía la sangre murmurando por sus venas y el gorgoteo en su estómago, oí que estaba viva, y tuve un único deseo, que resistiera, que tuviera fuerzas, que el amor la ayudara porque, excepcionalmente, allí había amor de sobra. Y por un momento logré convencerme de que así sería.

Pero Nina no lo consiguió. Murió dulcemente, como era su forma de ser, una mañana a las diez.

Ese día en la televisión dieron la noticia de que, en un pequeño pueblo fronterizo llamado Sopron, dos hombres habían hecho un agujero en el telón de acero y habían abierto simbólicamente la frontera entre Austria y Hungría. Demasiado tarde para Nina.

Hay muchas formas de llorar la muerte de alguien, y ninguna es mejor o peor que las otras. Por eso nadie tiene derecho a juzgar a los que están de duelo. Tampoco un oso de peluche.

Al cabo de dos semanas Maurus no aguantó más mi presencia ni tampoco la de los demás juguetes de Nina, y le pidió a Ilona que lo pusiera todo en una caja y la llevara al desván.

—No puedo seguir viendo estas cosas —dijo—. Cuando este oso de peluche me mira, se abre un abismo oscuro a mis pies. Quizá no sea lo correcto, pero así siempre pienso que Nina todavía está aquí, pienso que está... —Se le quebró la voz, e Ilona comenzó a recoger las cosas.

No sé por qué, pero Ilona no tuvo valor para meterme en la caja.

—¡Nina quería tanto a su Mici! —le dijo a Maurus, hundiendo la nariz en mi piel.
Yo también la quería mucho.

—Pues regálalo, o qué sé yo, pero sácalo de aquí. No quiero verlo más. Me parte el corazón.

Más claro, imposible. Y ¿qué puedo decir yo? Lo comprendía. Maurus no podía saber que en mi interior también se había extendido un desierto blanco, que yo también tenía una gran sensación de vacío y de absurdo. Todos echábamos de menos a Nina. Ninguno de nosotros podía entender la arbitrariedad con la que se distribuía la vida y la muerte entre los seres humanos. En las últimas semanas habíamos sido conscientes de que Nina no lo conseguiría, y aun así habíamos esperado un milagro. La impotencia y la imposibilidad de salvar a su hija habían llevado a Maurus al borde de la locura.

Ilona me regaló a Gyula, el primo de Nina, que tenía nueve años.

—Mira qué oso más simpático —le dijo Zsuzsa, su madre.

—No lo quiero —replicó Gyula, haciendo un mohín con la boca.

—¿Y por qué no? Necesita un nuevo hogar.

—Porque era de Nina.

—Sí, es cierto. Y seguro que ahora al osito le gustaría tener otro compañero de juegos.

No, gracias.

—Nina está muerta. No lo quiero.

Vi que Zsuzsa sonreía a Ilona, disculpándose. Las palabras del niño fueron como latigazos para Ilona.

—Bueno, quizá no era una buena idea... Volveré a llevármelo.

—No, déjalo —se apresuró a decir Zsuzsa—. Estoy segura de que pronto se harán amigos.

Ilona dirigió una mirada dubitativa a su cuñada.

—Nina quería mucho a este oso —dijo—. Sé que parecerá una tontería, pero me

gustaría que estuviera bien.

—No te preocupes, aquí estará bien. Gyula está pasando por una fase de terquedad, y nunca está contento con nada, ¿sabes? Serán cosas de la edad.

Nina no era así.

—Se llama Mici Mackó —dijo Ilona, y noté que se sintió extraña al decirlo.

Gracias, Ilona.

Después de una despedida tensa, Zsuzsa cerró la puerta detrás de Ilona y mi vida continuó, lo quisiera o no.

Lo diré sin rodeos: Gyula y yo nunca fuimos amigos. Lo único que compartíamos era nuestra preferencia por los canales de televisión del oeste, eso era todo.

Tenía la sensación de que mi vida se reducía cada vez más a un único sentimiento: la nostalgia. Cuanto más viejo me hacía, a más personas extrañaba, más dolorosa era la añoranza y más anhelaba un lugar tranquilo y duradero. No sospechaba en absoluto adónde me llevaría el tranvía llamado deseo. De lo contrario, quizá habría preferido quedarme con Gyula, en vez de con Sidonie Federspiel, su abuela.

Gyula no tenía ganas de ir a visitarla (después de que se abrieran las fronteras, ya no era una aventura viajar a los países occidentales) y tampoco tenía ganas de llevarme con él, y cuando por fin terminó la semana de visita obligada a la abuela se fue aliviado y se olvidó de mí, así, sin más, y, conociéndolo como lo conozco, seguramente a propósito. Por lo tanto, bien mirado, no me quedé en la Döblinger Hauptstrasse por casualidad, sino por voluntad de Gyula.

Madame Federspiel tenía la caja de zapatos en el regazo. Normalmente sacaba las fotografías de una en una. La copa de champán que tenía al lado estaba medio vacía. El disco había terminado y vi que el brazo del tocadiscos estaba apoyado en el centro del disco negro y enviaba sonoros crujidos por los altavoces. Pasaba casi cada día, porque siempre se quedaba dormida antes de que Tosca consiguiera matar al malvado Scarpia.

Yo seguía absorto en mis pensamientos cuando Lisette saltó de repente del regazo de su dueña y volcó la copa de champán. El líquido se derramó chapoteando sobre la moqueta. Madame Federspiel dormía como un tronco. Pero aunque se hubiese despertado, habría reaccionado al desliz de la gata gris meneando cariñosamente la cabeza. Era indulgente con sus favoritos.

La pandilla de gatos se alborotó. Eso no auguraba normalmente nada bueno, ya que yo solía pagar entonces el pato en sus juegos sádicos. Ping, Pang y Pong corrían por la habitación con la cola tesa, entonando un concierto de maullidos que no tenía

nada que envidiar a los de su dueña.

¿Qué mosca les había picado a esos estúpidos bichos? ¿No podían concederme un poco de tranquilidad por las tardes?

No pararon de maullar, y solo cuando anocheció y Sidonie Federspiel seguía durmiendo en su sillón, se me ocurrió pensar que posiblemente nunca despertaría.

La observé sin pestañear. Una hora, dos, tres, cinco. No se movió. Los gatos siguieron maullando y se apretujaron en el pasillo.

Madame Federspiel no se despertó. Se había dormido para siempre en medio de sus recuerdos más hermosos.

Qué diferente fue esa muerte de la de Nina. Entre ambas habían pasado diez años, diez años que le habían sido regalados a aquella anciana, diez años que a Nina le habían sido negados. Era tan pequeña... Había sido tan improcedente... ¿Y madame Federspiel? Ella había disfrutado de la vida, había vivido su vida, su tiempo había acabado por sí solo: de una ampolla del reloj de arena a la otra. El reloj de arena de Nina se había roto cuando la ampolla superior estaba todavía casi llena. Se había roto en mil pedazos, la arena se había esparcido y el viento la había arrastrado en todas direcciones.

No sentí pena, solo noté un ligero suspiro en mi interior por haber vuelto a sobrevivir a otra persona.

Pasé el cambio de siglo en la diminuta tienda de muñecos de Ferdinand. Después de que los gatos armaran jaleo durante tres días, una vecina había llamado a la policía. Después, se llevaron a los gatos al asilo para animales, los muebles a la planta de reciclaje y todos los demás objetos se los dieron a un trapero. Yo formaba parte de ellos. El resto es historia.

Durante las últimas horas no he parado de oír el chirriar de los motores cuando impulsan los aviones al cielo.

He reflexionado mucho.

Como tantas veces antes, espero a que alguien se haga cargo de mi destino y lo determine. Si miro atrás, puedo decirme con orgullo que he hecho bien mi trabajo. Mi vida, la vida de Henry N. Brown, ha sido una vida plena, emocionante, variada y movida, aunque en mi opinión no tendría por qué acabar forzosamente.

Oigo pasos.

Alguien entra y me saca de la bandeja.

Lo percibo todo y nada.

—Bueno —dice una voz desconocida—, vamos a ver con qué nos has provocado tantas molestias.

Venid a buscarme. Contemplad el amor que ha determinado mi vida. Sostenedlo en vuestras manos y sentid cómo late. Tal vez os ayude. Tal vez despierte en vosotros la fe en la bondad de una nueva vida. Tal vez cobréis aliento. Tal vez vosotros también os acordaréis de mí toda la vida. De Henry N. Brown, el oso de peluche que llevaba dentro de sí el amor.

Con el rabillo del ojo veo acercarse un cúter y espero la primera incisión.

Epílogo

Los cálidos rayos del sol caen a través del follaje ralo del abedul que hay delante de la ventana. Un herrerillo azul se ha posado en una rama y gorjea una melodía.

La escritora deja la taza de té encima del escritorio, se sienta en la silla de oficina y pone en marcha el ordenador.

Sobre la pila de libros que tiene al lado hay un pedazo de terciopelo negro. Acaricia con el pulgar la tela brillante, luego abre el cajón del escritorio y saca un corazón dorado. Es de oro y destella a la luz del sol. Así pues, ese es el aspecto del amor.

Con la uña del pulgar, la escritora acciona un mecanismo diminuto y la tapa de la joya se abre de golpe. Se pone bien las gafas para poder ver mejor, aunque hace tiempo que conoce de memoria la inscripción. Lee a media voz: «*A&W. May our hearts beat like one*».

Sonríe y levanta la mirada. Tuerce ligeramente la cabeza a un lado.

—Así qué, Henry, ¿manos a la obra? —dice, y me guiña un ojo.

El corazón me palpita de excitación. Le devuelvo el guiño desde mi sitio en la vitrina de madera de cerezo.

Comienza a escribir.



ANNE HELENE BUBENZER, nació en 1973 en la actual Siegen (Alemania). Es escritora, editora y traductora. *La fabulosa historia de Henry N. Brown*, que ha cosechado éxito de crítica y ventas en su país, es su primera novela publicada en nuestro mercado.

www.anne-bubenzer.de

Notas

[1] La cita pertenece al libro *Una habitación con vistas*, de E.M. Forster, traducido por Marta Pessarrodona. <<